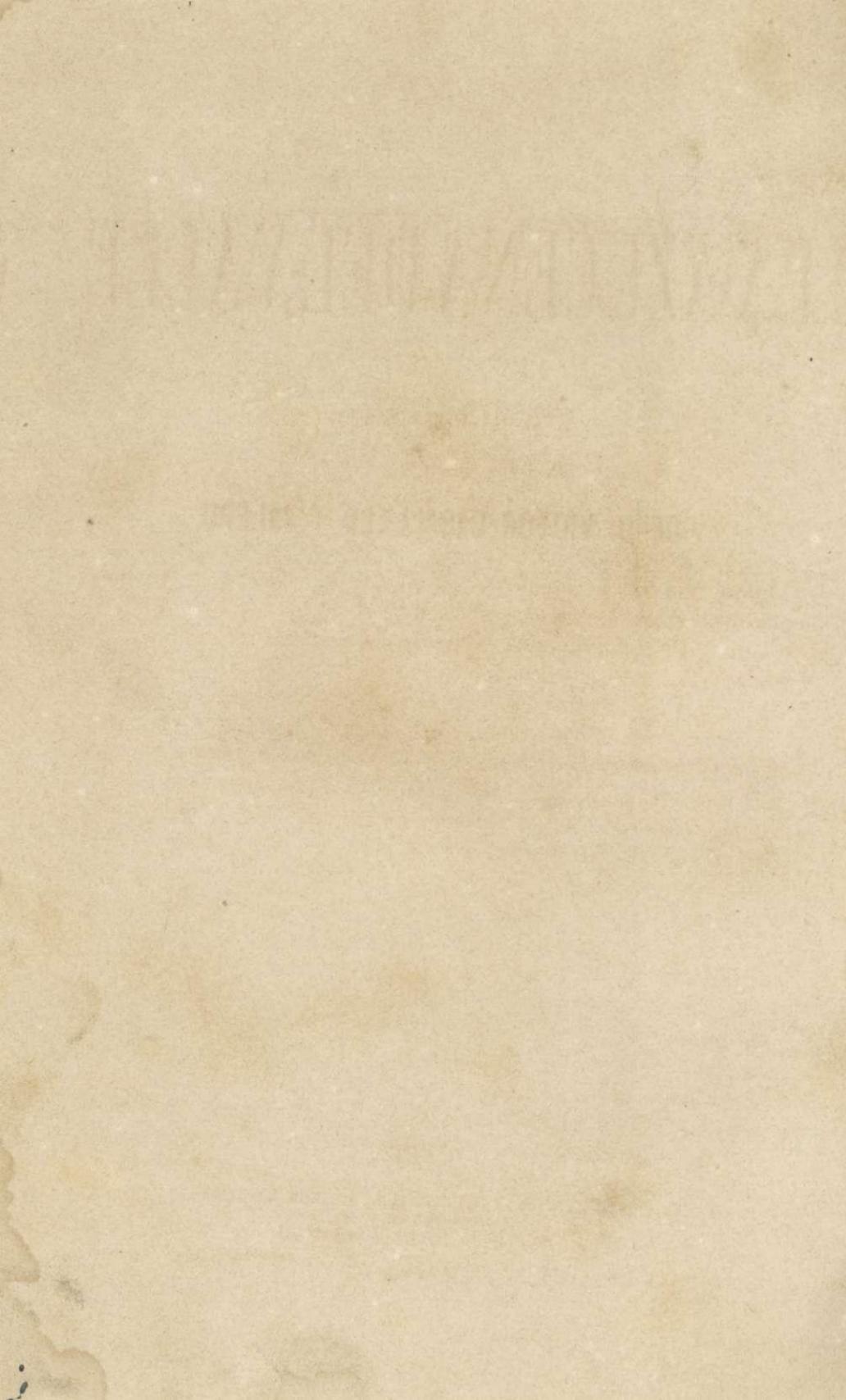




D. VICTOR CABALLERO Y VALERO.



XIX-8713

R:52136

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE ARJONA.

# LA AZUCENA DEL VALLE.

NARRACION POPULAR

DE D. VICTOR CABALLERO Y VALERO.

Cuarta edicion, corregida y considerablemente variada y aumentada.

CÁDIZ.

—  
IMPRESA Y LITOGRAFIA DE ARJONA,  
IMPRESOR DE S. M.,  
calle de la Torre, número 27.

—  
1865.

41

205

*Es propiedad de su editor.*

## PRÓLOGO DE LA TERCERA EDICION.

«PRÓLOGO, segun el Diccionario de la lengua castellana, es el exórdio ó prefacio que se pone y coloca al principio de los libros ó tratados para dar noticia al lector del fin de la obra, ó para advertirle de alguna otra cosa,» y supuesto que escribo un Prólogo, dicho se está que pienso hacer algo de lo que previene el Diccionario de la lengua. Si se tratara de una obra didáctica, de historia ó de filosofia, seria conveniente atenerse al primer extremo de la definicion del Diccionario *dar noticia al lector del fin de la obra*; pero, tratándose de una que pertenece á la amena literatura, me contentaré con *advertirle alguna otra cosa*, sobre ella, con la parsimonia que debe usar quien no pretende privar al lector de la sorpresa que pueda causarle la marcha de los sucesos, ni hacerle formar una opinion anticipada que ha de rectificar despues. Sucede con harta frecuencia que en lugar de escribirse Prólogos, se escriben juicios críticos, ó mas propiamente dicho, panegíricos, porque casi siempre el autor del llamado Prólogo es un amigo íntimo del de la obra, y que se encuentra muy dispuesto á encomiarla para cumplir este deber ó este compromiso de amistad. El Sr. D. Víctor Caballero no ha sido tan afortunado, pues yo no soy mas amigo suyo que de cualquiera otro jóven estudioso, de talento y que emprenda con fé su marcha por la áspera senda de la amena literatura; senda que parece sembrada de rosas á los ojos de los profanos, pero que lo está de agudas espinas y de cortantes pedernales; y por consiguiente, las pocas palabras que diga respecto á la *Azucena del Valle*, llevarán el sello de la mas estricta imparcialidad y serán hijas de mi profunda conviccion.

Prescindiendo de la mas ó menos feliz combinacion de la fábula y del mayor ó menor interés que inspiren los personajes que en ella juegan, toda leyenda se compone de descripciones, narraciones y diálogos; y la naturalidad, colorido y gala de las primeras, la facilidad y entonacion de las segundas y la viveza de los últimos, cautivan la atencion del lector, y hacen que le parezcan breves las largas tiradas de versos que, careciendo de las cualidades ante dichas, le parecerian insoportables. Veamos ahora de qué modo describe, cuenta y dialoga el Sr. D. Víctor Caballero, empezando por ejemplos de descripciones y por la que hace de Juan Antonio el *contrabandista* y de su caballo andaluz.

«Sobre un potro jerezano,  
 Brioso, de buena estampa,  
 De altiva y noble cabeza,  
 Ancho de pecho y de ancas,  
 De orejas cortas é iguales,  
 Ojos vivos, cola larga,  
 Animoso y engreido,  
 Casco negro y nariz ancha,  
 El recién llegado mozo  
 Con aire andaluz cabalga.  
 Unos veinte y cuatro años  
 A lo mas representaba;  
 Rasgados y negros ojos,  
 Tez morena y sonrosada;  
 Dulce y graciosa sonrisa  
 Por sus rojos labios vaga.  
 Tiene el cabello rizado,  
 Un lunar en la garganta  
 Y prestan sombra á su rostro,  
 Patillas negras y anchas.  
 Adornan su airoso cuerpo  
 Una vistosa zamarra  
 Con graciosos alamares  
 Y con gran primor bordada:  
 Lleva envuelta á la cintura  
 Moruna y lujosa faja,  
 Y dos seguras pistolas  
 Pendientes de la canana.  
 Calzon ajustado y corto  
 Con dos primorosas franjas,

Y un magnífico chaleco  
 Con cien botones de plata.  
 Bordados son sus botines  
 Y además lleva una manta  
 De caprichosos colores  
 Sobre los hombros terciada.  
 Al extremo de la silla,  
 Casi tocando en el anca,  
 Cuelga un lujoso trabuco  
 Naranjero de seis balas.  
 Corto calañés, terciado  
 Sobre la ceja con gracia  
 Dá á conocer que el mancebo  
 Es hombre de rompe y rasga.»

Así pinta el Sr. Caballero al contrabandista andaluz, á ese tipo que no tiene igual en el mundo, tan generoso como osado, y que á algunas malas cualidades, propias de una vida aventurera y fuera de la ley, reúne mil buenas de desprendimientos, conmiseracion y valor. Mas adelante presenta el autor á Blanca, la *Azucena del Valle*, en las siguientes octavillas:

«Es Blanca la zagala  
 De los azules ojos;  
 Las matutinas rosas  
 Envidian su candor;  
 Su aliento es de jazmines,  
 Y entre sus labios rojos  
 Dulcísima sonrisa  
 Depositó el armor.

Su voz es el murmullo  
 Del argentado río,  
 La sonrosada aurora  
 Sus gracias envidió:  
 Y en las templadas tardes  
 Del caloroso estío,  
 Por ella el verde prado  
 Con flores se adornó.

Los cisnes envidiaban  
 Su portentoso cuello,  
 Su cuerpo es mas flexible  
 Que palma tropical;  
 De su mirada dulce  
 El límpido destello

Al alma deja henchida  
 De encanto sin igual.  
 Su cabellera espléndida  
 Sobre su pecho nítido  
 Cuando la agita el céfiro  
 La besa con ardor,  
 Y á la expresion purísima  
 De su semblante angélico  
 Su tinte melancólico  
 Le concedió el amor.»

Pasando de las personas á las cosas, y de los héroes de su narracion á la oriental sultana que retrata sus esbeltas torres en las cristalinas corrientes del undoso Mediterráneo, el Sr. Caballero dice:

«Angeles edificaron  
 Á Málaga la querida,  
 Lánguida vírgen dormida  
 A la orilla de la mar:  
 Como una fragante rosa  
 Sobre el tallo se levanta,  
 Y con sus trinos le canta  
 El ruiseñor al pasar.

Eterno vergel de flores,  
 Casta deidad hechicera,  
 Estrella que reverbera  
 En un cielo de zafir  
 Remedo del Paraiso,  
 Ramo oloroso de aroma,  
 Málaga es una paloma  
 Que vá del nido á salir.

Garza de bello plumage  
 Sobre un valle levantada  
 Que eleva la vista airada  
 Hácia la etérea region;  
 Cual cisne de blancas plumas  
 Busca del agua el halago,  
 Y del trasparente lago  
 Se desliza en la extension.

Málaga la nazarena,  
 Los celestes querubines  
 Por habitar tus jardines  
 Descendieron del Eden;  
 Las vírgenes del olimpo  
 Con sus manos primorosas

Orlaron con blancas rosas  
 Tu noble y serena sien.  
 Málaga, rica matrona,  
 Bella como la esperanza,  
 Noche de Luna en bonanza,  
 Símbolo de bendicion:  
 Fanal de régia nobleza,  
 Encanto de Andalucía,  
 Tu cielo presta alegría  
 Al herido corazon.

¿Quién no contempla extasiado  
 A tu catedral famosa,  
 Cuya torre portentosa  
 Se divisa desde el mar;  
 Y parece que arrogante  
 Mira á la costa moruna  
 Y á la tosca media luna  
 Intenta desafiar?

Sílfide voluptuosa  
 Que envuelta en lijeros tules  
 Sobre las ondas azules  
 Del claro y sereno mar;  
 Muellemente te reclinas  
 Con magestad soberana,  
 Hermosísima sultana  
 De candoroso mirar.

Son saludables tus brisas,  
 Son tus campos seductores,  
 Son deliciosas tus flores  
 Y es tu aspecto celestial;  
 Tu cielo azul y esplendente  
 Se tiñe color de rosa;  
 Pues eres Málaga, hermosa,  
 Preciada perla oriental.»

La leyenda del Sr. Caballero abunda tanto en pintorescas descripciones que no consiste la dificultad en presentarla delicadamente poética, sino en elegir las mejores, y yo no presumo de haber sido del todo feliz en la eleccion. Vamos á presentar ahora algun trozo de narracion.

«El velo de la tristeza  
 Su agraciado rostro empaña  
 Y oculta negros pesares  
 En el fondo de su alma.

Él en sus alegres años  
 Por primera vez amara,  
 Quiere olvidar y no puede,  
 Que no olvida quien bien ama.  
 La buena María le adora,  
 Sabe sus penas y calla,  
 Sabe que su esposo gime  
 Por un hijo que idolatra;  
 Porque el amor de un buen padre  
 Ni aun con la muerte se acaba,  
 Que ese amor inestinguible  
 Al cielo lo lleva el alma.  
 Apenas los doce Abriles  
 Cumplió la divina Blanca,  
 Cercáronla adoradores  
 Y la lisonja bastarda;  
 El engaño que seduce  
 Y la adulacion que mata  
 Persiguieron á la niña,  
 Como á la paloma cándida  
 Persiguen los gavilanes  
 Con sus destructoras garras.»

En la *Azucena del Valle* abundan los buenos diálogos y algunos de ellos sumamente característicos, como lo son los que median entre los contrabandistas, pero para dar una idea de ellos seria necesario copiarlos casi íntegros; tarea completamente inútil cuando pueden leerse en su lugar correspondiente y rodeados de los accesorios que los hacen mas interesantes. Me contentaré por consiguiente con citar algunas redondillas que están puestas en boca del jóven Narciso y de la que parece su madre, cuando el primero se encuentra postrado en el lecho, sintiendo mas el robo de Blanca que la herida que lo tiene al borde del sepulcro.

—«Por Blanca vas á morir,  
 ¡Terrible amor te dió el cielo!

—Es la muerte mi consuelo  
 Y, madre, quiero vivir.

—Nada en la vida se alcanza  
 Cuando es horrible el pesar.

—Yo, madre, quiero gozar  
 El placer de la venganza.

—Será eterno tu dolor  
 Y esta desgracia me aterra,  
 —Todo se olvida en la tierra.  
 —Todo, menos el amor.

Acabo de presentar ejemplos de descripcion, de narracion y de diálogo, y por ellos podrán formar una ligera idea mis lectores, de cómo pinta, cuenta y dialoga el jóven autor de la *Azucena*. ¿Deberé pasar ahora á ocuparme del plan general de la obra, de los principales caractéres que en ella se presentan, de su desarrollo y desenlace? Yo creo que nó, porque efectuarlo seria mas propio de un juicio crítico que de un ligerísimo prólogo, de una sencilla introduccion. Los que lean *La Azucena del Valle*, verán por su propio criterio que Blanca es un ángel, una creacion tan pura como la flor cuyo alegórico sobrenombre lleva, y que Narciso, naturaleza delicada, como una sensitiva, no es menos puro que la heroina de la leyenda: encontrarán en Clara una de esas poéticas víctimas, que lloran con lágrimas de sangre años enteros un instante de ofuscacion ó de extravio y aborrecerán á Martin, el seductor infame, que lejos de sentir remordimientos y de deplorar el mal que ha hecho, ni se arrepiente ni se enmienda, y es la oruga vil, que se complace en roer los mas frescos y mas aromáticos capullos, el reptil inmundo que enturbia los raudales mas cristalinos.

Verán en el contrabandista Juan Antonio un alma hija de Dios, noble y generosa, aunque sufra los extravíos de la educacion y del hábito, y cuya verdadera redencion es el amor que llena su corazon apasionado. Los caractéres de Lorenzo y del Marqués, no pueden ser mas nobles y bellos, pues son dos almas purificadas en el fuego del sufrimiento, esa piedra de toque que ha colocado Dios en medio de la vida para probar los quilates de los metales de la doliente humanidad.

¿Debe inferirse de lo dicho que la obra del Sr. Caballero carezca enteramente de defectos? Yo no conozco ninguna obra de hombre que no los tenga, y las producciones literarias mas que las demás obras del ingenio. Creo aun

mas, creo que las obras mas eminentes, las que mas admiran los siglos, las que mas aplauden las generaciones, las que sirven de pedestal á sus autores en el templo de la gloria, quizás tienen mayor número y mas grandes defectos, que esas obras casi enteramente regulares en su acompasada y monotoná medianía, pero las brillantes bellezas de las primeras las han convertido en focos de luz, en tanto que solo son sombras las segundas.

Yo he leído *La Azucena del Valle* con vivo interés desde la primera página hasta la última, y esto es lo que debe exigirse de una obra de imaginación, cuando tiene también un fin moral como indudablemente lo tiene la obra del Sr. Caballero. Este jóven autor no ha marchado por la senda de la literatura en carroza triunfal ni pisado flores; á pié desnudo y sobre abrojos y pedernales ha dado sus primeros pasos. En su país natal, Andalucía, han hecho al fin justicia á su mérito y su constancia, aplaudiendo sus poesías líricas, primeras flores de su afanosa juventud. *La Azucena del Valle* es la primera obra que ha escrito el Sr. Caballero bajo el sol ardiente de los trópicos, la primera ofrenda literaria que hace á la reina de las Antillas, á esta Cuba singularmente hospitalaria para quien llega peregrinando á sus confines. Mucha fé habrá tenido el Sr. Caballero para dirigirse á sus playas con la lira del poeta en la mano; pero yo abrigo la esperanza de que será bien acogido, de que no tendrá jamás que arrepentirse de su larga peregrinación. No se ocupen, pues, de mi prólogo y háganlo sí de una narración que se recomienda por sí misma.

Juan de Ariza.

Habana: Noviembre 1860.

## PRÓLOGO DE LA CUARTA EDICION.

---

ESTA que ahora se publica es la cuarta edicion de *La Azucena del Valle*. Cuatro ediciones, hechas en un cortísimo espacio de tiempo, son la mejor egecutoria de un libro: el juicio del público, manifestado de un modo tan solemne, no admite apelacion.

Pero importa, además, el dar á conocer las circunstancias en que aquel se escribió, porque ellas nos darán luz para apreciar la legitimidad del éxito por él alcanzado.

Víctor Caballero, segun digimos ya en otro prólogo que escribimos para una coleccion de poesías suyas, es uno de esos jóvenes llenos de fé, de constancia y entusiasmo, que no debiendo nada á la fortuna, han tenido que luchar sin trégua para conquistarse un nombre. Su idea fija era la de llegar á ser poeta. Enumerar aquí todos los obstáculos que ha tenido que vencer para ilustrar su mente, para educarse á sí mismo, por decirlo así, fuera hacer la historia de sus años primeros. Pobre, sin otros recursos que los muy escasos que le proporcionaba su trabajo personal, aquella misma fé, aquel mismo entusiasmo, aquella misma constancia le prestaron fuerzas: sus primeros ensayos, débiles y todo como eran, revelaron en él una imaginacion poética, y el jóven desconocido comenzó desde entonces á tener un nombre y adquirirse patrocinadores que lo alentasen.

Pero este nombre no era posible que hubiese traspasado aun los muros de su ciudad natal, cuando Víctor Caballero, sin amigos, sin fortuna, sin relaciones, se presentó en la Isla de Cuba, en esa espléndida y hospitalaria reina de las Antillas que tan bien sabe comprender y hon-

rar todos los talentos. Pues bien; allí donde era ignorado, allí donde carecia de valedores, allí donde no llevaba por perspectiva de su fortuna otra cosa que su pluma é ingenio, allí Víctor Caballero escribió su *Azucena del Valle*, y allí ha visto agotarse, una tras otra varias ediciones de su leyenda. Digasenos ahora; ¿á qué poderoso Mecenas, á qué cábala literaria, á qué proteccion de parentesco ó de amistad pudo atribuirse éxito semejante? Por eso digimos antes que mediando circunstancias tales, el juicio del público no admite apelacion: él tiene por fuerza que ser el fallo de la justicia.

El distinguido literato D. Juan de Ariza, escribió en la Habana un Prólogo á una de las ediciones allí publicadas: Prólogo digno de su envidiable pluma. Dice en él con razon que un Prólogo no es, no puede ser un juicio crítico, y nosotros, perfectamente de acuerdo con su respetable autoridad, no lo vamos á hacer tampoco. No es esta nuestra mision aquí. El mismo señor creyó conveniente trasladar algunos trozos como muestra; pero como de su buen criterio no puede dudarse que escogeria los mejores en los varios géneros, resulta que nuestra tarea habia de limitarse á copiarlos á nuestra vez. Por eso nos remitimos á la apreciacion del público, que no dudamos acogerá con el favor que merece esta bella produccion de nuestro querido amigo y compatriota.

**Francisco Flores Arenas.**

Cádiz: 1864.

## A MI QUERIDO Y RESPETABLE AMIGO

EL EXCMO. É ILMO. SEÑOR

D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO,

*Ex-ministro de la Gobernacion del Reino.*

---

En mi espinosa carrera, pocos han sido, querido amigo, los que como V. me han ofrecido á la vez con la bondad, la franqueza y la lealtad que tanto le caracteriza la proteccion de un padre y el cariño de un hermano.

Pobre, solo, huérfano, abandonado, sin mas caudal que mi afan por aprender y luchando con las dificultades que ofrece el mundo á los que por él vagan inciertos, sin timon ni rumbo en el proceloso mar de la vida, V. me ha servido de benéfico faro marcándome la ruta de un puerto de salvacion.

Deseo que se me presente una ocasion para dar á conocer el cariño y la gratitud que por V. guardo en lo mas íntimo de mi corazon.

Mientras tanto, tengo que contentarme con recordar sus favores y abrigo la esperanza de que V. que sabe animar el buen deseo del laborioso y olvida mi incapacidad para estimular mi aplicacion, V. que ama á las letras y es al mismo tiempo el apoyo de los hombres que algo quieren valer, aceptará mi pobre *Azucena del Valle* como un humilde tributo de mi admiracion y de mi respeto.

Feliz yo si consigo que la primera edicion que hago en España de mi *Azucena del Valle* lleve al frente el nombre de una persona como V., con cuya amistad y proteccion me honro.

Si V. la admite, será eterna mi gratitud.

**Victor Caballero y Valero.**

*Sr. D. Victor Caballero y Valero.*

*Madrid 30 de Noviembre de 1864.*

MUY SEÑOR MIO Y ESTIMADO AMIGO: Acepto con sumo gusto el ofrecimiento que V. me hace de honrar mi nombre poniéndolo al frente de su libro: deseo conocerle por la idea ventajosa que tengo de V. y la que me hacen formar de su obra el Prólogo del Sr. Flores Arenas y el juicio del Sr. Ariza; ambos son antiguos y buenos amigos míos y personas de las mas competentes en la materia. Con este motivo tengo mucho gusto en ofrecerme á V. de nuevo, que es suyo afectísimo amigo y S. S.

Q. S. M. B.

**Antonio Cánovas del Castillo.**

## INTRODUCCION.

Es la tarde: ya el sol rojo  
Hacia Occidente declina,  
Dorando el azul del cielo  
Con mil caprichosas tintas.

Es la hora en que el arroyo  
Mansamente se desliza,  
Y sus azuladas ondas,  
Besan la arenosa orilla.

En que la naturaleza  
Muestra sus galas magníficas,  
Y al anhelado reposo,  
A los pastores convida.

En el trasparente cielo  
Dudosas estrellas brillan,  
Y una rutilante nube  
Al ocaso se retira.

¡Qué calma! no gime el viento,  
Y las bulliciosas brisas  
Los cálices de las flores  
Con sus alas acarician.

Vierte sus perlas la fuente  
Y los pajarillos trinan,  
Y en la enramada frondosa  
Arrulla la tortolilla.

Con dulces trinos las aves  
Dan al sol la despedida,  
Y tras la cumbre del monte  
Se oculta el astro del día,

Y las hojas de los árboles  
Por Favonio sacudidas,  
Mueven sus ramages frescos  
Con deliciosa armonía.

El zagal con su ganado  
Al aprisco se retira,  
Cantando de su zagala  
El amor que lo cautiva.

El labrador con sus bueyes  
Hacia su choza camina,  
Y en sus amorosos brazos  
Lleva durmiendo á su hija.

Con un cestillo en la mano  
Lo sigue su esposa linda,  
Y á un perro que alegre salta,  
Con la derecha acaricia.

Con ronca voz la campana  
De Iglesia pobre y antigua,  
Anuncia á los labradores  
Que la oracion se aproxima.

La errante luna amedrenta  
A la nube fugitiva,  
Y con sus blancos reflejos  
Al valle hojoso ilumina.

A los halagos del aura  
Matizadas florecillas,  
De sus delicados cálices  
Gratos perfumes destilan.

En el estrellado cielo  
La argentada luna brilla:  
Todo es silencio, la noche  
Al grato sueño convida.

---

I.

Amor de padre.

No ama mucho quien lo dice  
Sino quien mucho padece,  
Que amor sin penas ni obras  
De amor solo el nombre tiene.

—  
Como del cielo el rocío  
Caiga en tí mi bendicion,  
Y nacerán las virtudes  
Como en el campo la flor.

*Coplas populares.*

EN un delicioso valle,  
Sito entre Málaga y Mijas,  
Grata soledad de amores  
Por sus benéficas brisas  
Por su hermosísimo cielo  
Y sus fértiles campiñas,  
Que adornan frondosos árboles,  
Y embellecen las colinas  
Cuando la naturaleza  
Con sus galas se atavia,  
Y cuando el risueño Mayo,  
A la llanura matiza,  
Y engalana la pradera  
Con diversas florecillas,

Allí, al costado de un cerro,  
Aun existe una casita,  
Que adornan frondosos álamos  
Y á quien la parra benigna  
Le presta sombra: su aspecto  
No es el de lujosa quinta,  
Ni en sus modestos contornos  
El arte de Herrera brilla:  
Por el honrado Lorenzo,  
Conocen al que la habita,  
Y es dechado de virtudes  
Su fiel esposa María.  
Celebran los campesinos  
La hermosura de una niña  
Que tiene por nombre Blanca  
Y es como la rosa linda.  
Por *La Azucena del Valle*,  
Es de todos conocida,  
Y en verdad que la azucena  
Su rara hermosura envidia.  
El buen Lorenzo la llama  
Su consuelo y su delicia,  
Virgen, inocente y bella,  
Por ella el padre suspira,  
Que es la hermosura una rosa  
Que el desengaño marchita.  
Blanca sentada á la puerta  
De su modesta casita,  
Apoya la nivea frente  
Sobre su mano blanquísima,  
Y dos silenciosas lágrimas  
Por su rostro se deslizan.  
Está el buen padre á su lado  
En aptitud pensativa,  
Y á la sombra de la parra  
Cuyo ramage se inclina  
Como si enjugarse quisiera  
Las lágrimas de la niña.

La oracion reza en voz baja  
 La noble y buena Maria;  
 Interrumpen el silencio  
 Los rumores de las brisas;  
 Y el dulce y lejano cante,  
 De la errante golondrina  
 Que cruza la azul esfera  
 Buscando oculta guarida,  
 Despues de breves instantes  
 El buen padre se aproxima  
 A Blanca, y un beso imprime  
 Sobre su frente purísima.  
 Con inefable mirada  
 Le dá las gracias la niña,  
 Y Lorenzo con voz grave  
 De aqueste modo se esplica:

—Estás muy triste?

—No padre,

Mi pecho nó siente pena.

—No olvides que una hija buena  
 No miente!

—Diga usted, madre,  
 si sufro?

—Líbreme Dios

Que tú sufras, hija mia,

Si sufrieras la alegría

Nos faltaria á los dos.

—Tú nos hace padecer,  
 Tú estás siempre silenciosa,  
 Tú sientes alguna cosa  
 Que no puedes comprender.

—Tú estás triste y es preciso  
 Que algo te tenga afligida.

—No lo estoy, madre querida.  
 El Valle es un paraiso.

En mi enredadera hermosa  
 Y en usted mi dicha ciño,  
 Yo padre con su cariño  
 Me conceptuo dichosa.

Que ustedes me afligen veo  
 Y es mucha tenacidad...  
 Les diré al fin la verdad...  
 Tengo en el alma un deseo...

Yo quiero tender mis alas,  
 Padre, por otras regiones,  
 Quiero ver esos salones  
 Y esos trages y esas galas.

Y esa tierra bulliciosa  
 De encantos y de placeres,  
 Quiero que entre las mugeres  
 Me llamen la mas hermosa.

Quiero en fin, dejar el prado  
 Me aburre esta soledad;  
 Quiero ver á la ciudad  
 Cuya belleza he soñado.

En ella quiero gozar  
 Y en ella quiero vivir...  
 —Me estás haciendo sufrir...  
 —Me estás haciendo llorar...

Oh! no! no puedo escucharte...  
 ¿Quién ha sido el hombre impio?...  
 —No llore usted, padre mio,  
 Que no iré á ninguna parte.

—¡Hija, ¿dónde quieres ir?  
 ¿Por qué buscas falsa gloria?  
 Conserva en tu fiel memoria

Lo que te voy á decir.

Ya tengo sesenta años  
Y temo por tu inocencia,  
Me defiende la experiencia  
De pérfidos desengaños.

Tú jamás has advertido  
Al gavilan trás la loma,  
Tú eres, Blanca, una paloma  
Que nunca ha dejado el nido.

Tu alma, cual la flor cerrada,  
Duerme del aura al arrullo,  
Presto vá abrir su capullo  
Ay! esa flor delicada.

Cuidar mucho es mi deber  
Aquesa flor esquisita...  
Cuando esa flor se marchita  
No vuelve nunca á nacer.

Yo vigilo por mi nombre  
Y por tí Blanca hechizera;  
Te amo mucho y yo quisiera  
Que no te engañara un hombre.

Llega el alma á entusiasmarse  
Cuando en ser feliz se empeña,  
Hija lo que un padre enseña  
No debe nunca olvidarse.

Hoy le cumple á mi experiencia  
Librarte de un precipicio,  
Pues siempre camina el vicio  
Trás la cándida inocencia.

Ya mi pecho no desecha

Esta incertidumbre impia,  
 Ah! ¿será cierto, hija mia,  
 Que ya el milano te acecha?

Tal vez será un hombre ingrato  
 Y lo tendré por amigo,  
 Pongo al cielo por testigo  
 Que sea quien fuere lo mato.

Blanca, paloma inocente,  
 La lisonja te envenena,  
 Créeme, sí, pura Azucena,  
 Mira que un padre no miente.

Te amo con amor profundo.  
 —No quiero que usted se aflija...  
 —No quiero que luches, hija,  
 Con las miserias del mundo.

Sí, Blanca, breve es la vida.  
 ¡Cuán poco en ella se alcanza  
 Cuando huye la esperanza  
 Que á no sufrir nos convida.

Van las soberbias pasiones  
 Aniquilando los años,  
 Porque entre los desengaños  
 Se ocultan las ilusiones.

Hija, el hombre seductor  
 Llama martirio al placer,  
 Y presuncion al saber,  
 Y una mentira al amor.

A la virtud con desden  
 Airado luego condena;  
 Hija, la vida es muy buena  
 Si somos buenos tambien.

¿Dónde hallarás, hija mia,  
Mas felicidad que aquí?  
¿Dónde mas cariño, dí,  
Ni mas placer y alegría?

¿Dónde hallarás otra madre?  
¿Dónde un amor mas profundo?  
¿Y quién te querrá en el mundo  
Como te quiere tu padre?

Mi ansiedad no se destierra,  
Porque de un padre el amor  
Es el cariño mayor  
Que Dios ha puesto en la tierra.

Te adoro con frenesí,  
En mi amor no habrá mudanza,  
Mis glorias y mi esperanza  
Fundadas las tengo en tí.

Haria mil veces pedazos  
Al hombre que te engañara;  
Cien mil veces lo matara,  
Ven, Blanca, ven, á mis brazos.

Abrió los suyos Lorenzo,  
Se arrojó en ellos la niña,  
Y dos lágrimas ardientes  
Brillaron en sus pupilas.  
Levántose de su asiento  
La silenciosa María,  
Y con el llanto en los ojos  
Y en los labios la sonrisa,  
Besó repetidas veces  
A su encantadora hija.  
Lorenzo contempla á Blanca  
Con orgullo y faz tranquila,  
Y sentándola á su lado

Amoroso la acaricia  
Y vuelve á empezar de nuevo  
La plática interrumpida.

—Sí, Blanca, se van los años  
Y se van las ilusiones,  
Se gastan nuestras pasiones  
Y quedan los desengaños.

Luego el mortal llega á ver  
Tristemente en su amargura,  
Trás un dia de ventura  
Un siglo de padecer.

No olvides, Blanca querida,  
Que en el mundo adulator,  
Son el placer y el dolor  
Satélites de la vida.

Se ahuyenta la dulce calma:  
Hija, no llegues á amar,  
Haz siempre por conservar  
Las puras flores del alma.

Yo te adoro, pobre viejo,  
Veo en tí el sostén de mi vida,  
No olvides, Blanca querida,  
Que por tu bien te aconsejo.

Blanca escuchaba á su padre  
Con ansiedad infinita;  
Tornó el rostro hácia otro lado,  
Elevó al cielo la vista,  
Despues la fijó en el valle,  
Rápidamente suspira,  
Y trás una breve pausa  
Respondió con voz purísima:

—En vano es que usted se aflija,  
 No sé, padre, por qué llora,  
 Cuando mi pecho lo adora  
 Cual nunca adoró una hija.

Madre y usted son los dos,  
 Que quieren á la Azucena;  
 Padre del alma soy buena,  
 No se aflija usted por Dios.

Dige que queria salir  
 Sin saber en qué me fundo,  
 A ver las cosas del mundo,  
 Ya no lo vuelvo á decir.

—Me causa curiosidad,  
 Tu intempestivo deseo...  
 —¿No me llevó usted á paseo  
 Hace un año á la ciudad?

¿Cuando fuimos á una fiesta...  
 No me digeron hermosa...  
 Linda, adorable, graciosa?...  
 —Yo quiero que seas modesta.

Nunca prestes atencion  
 A esos caducos cumplidos,  
 Que pasan por los oidos  
 Y llegan al corazon.

¿Ves esa flor primorosa  
 Que se oculta entre las flores  
 Y que esparce sus olores  
 Entre la yerba?...  
 —¡Qué hermosa!

—Hija, violeta se llama,  
 Se oculta porque es modesta,

Y nunca se manifiesta,  
Y siempre ha odiado la fama.

Con su gratisimo olor  
Embalsama á las campiñas,  
Y Dios quiere que las niñas  
Imiten siempre á esa flor.

Rióse Blanca, y el buen padre  
Volvió á abrazar á su hija,  
Reinó un profundo silencio,  
Ambos contentos se miran,  
Y con magestad y gracia  
Dijo la buena Maria:

—Tiene tu padre razon  
Porque es mucha su experiencia,  
Dios conserve la inocencia  
De tu vírgen corazon.

¡Ay! tú empiezas á vivir  
Y no te es dado pensar,  
Que hay muy poco que gozar  
Y que hay mucho que sufrir.

Sí, Blanca, goza tu calma,  
Conserva tus ilusiones,  
Que no vengan las pasiones  
A martirizar tu alma.

Ignoras que hay padecer,  
Que existe un dolor que hiere...  
Lo que tu padre te quiere  
No lo puedes comprender...

Las pisadas de un caballo  
Interrumpen á María,  
Levantóse el buen Lorenzo,  
Inquieta tembló la niña,  
Porque un nuevo personaje  
Hácia la casa camina.

## II.

### El desconocido.

Si fueres á buscar novia  
Que no sea en romería,  
Si no en casa de sus padres  
Con ropita de aquel día.

—  
Un rosal cria una rosa,  
Y una maceta un clavel,  
Y un padre cria una hija  
Sin saber para quién es.  
*Coplas populares.*

ADELANTÓSE LORENZO,  
Y volvió á oír las pisadas  
De un caballo, y no vió á nadie  
Dirigirse hácia su casa.  
Oyó una voz seductora,  
Limpia, flexible, y muy clara  
Que cantó de esta manera:  
*Vente á mi lado, serrana,  
Dáme la manita, iremos  
Al sitio donde lloraste,  
Y entre los dos cogerémos  
Las perlas que derramaste.*  
Siguió adelante Lorenzo  
Y dijo alegre:





Juan Antonio.

—El que marcha

De fijo tiene un canario  
Encerrado en la garganta.  
Quiso seguirlo Azucena  
Y el padre volvió la cara  
Diciendo:

—No vengas, niña,  
Queda con tu madre, Blanca.  
La jóven que al oír el canto  
Se puso de pronto pálida,  
Al ver que Lorenzo astuto  
Que se detenga le manda,  
Sentóse junto á su madre  
Confusa y avergonzada.  
Volvió á cantar el viajero  
Y exhaló un suspiro Blanca.  
*Ya se me murió mi madre,  
Y una camisa que tengo  
No tengo quien me la lave.*  
Examinemos lectores,  
Ya que la noche está clara,  
Al cantador de los Valles  
Que es mozo de mucha gracia.  
Sobre un potro jerezano  
Brioso, de buena estampa,  
De altiva y noble cabeza,  
Ancho de pecho y de ancas,  
De orejas cortas, é iguales,  
Ojos vivos, cola larga,  
Animoso y engreido,  
Casco negro y nariz ancha,  
El recién llegado mozo  
Con aire andaluz cabalga,  
Unos veinte y cuatro años  
A lo mas representaba.  
Rasgados y negros ojos,  
Tez morena y sonrosada,  
Dulce y graciosa sonrisa

Por sus rojos labios vaga.  
Tiene el cabello rizado,  
Un lunar en la garganta,  
Y prestan sombra á su rostro  
Patillas negras y anchas.  
Adorna su airoso cuerpo  
Una vistosa zamarra,  
Con graciosos alamares  
Y con gran primor bordada.  
Lleva envuelta á la cintura  
Moruna y lujosa faja,  
Y dos seguras pistolas  
Pendientes de la canana.  
Calzon ajustado y corto  
Con dos primorosas franjas  
Y un magnífico chaleco  
Con cien botones de plata.  
Bordados son los botines,  
Y además lleva una manta  
De caprichosos colores,  
Sobre los hombros terciada,  
En el arzon de la silla,  
Casi tocando en el anca,  
Cuelga un lujoso trabuco  
Naranjero, de seis balas.  
Corto calañés terciado  
Sobre la ceja con gracia,  
Dá á conocer que el mancebo  
Es hombre de rompe y rasga.  
Adelantóse Lorenzo  
Y sorprendido se pára  
Ante un mozo tan bizarro,  
Mirando cuál manejaba  
Las riendas del noble bruto,  
Cuya hermosísima estampa  
Contempla el buen campesino  
Con atónitas miradas.  
Agita la suelta cola

La altiva frente levanta  
 Y á la voz de su ginete  
 Suspende el trote y piafa.  
 —¿Qué busca? Preguntó el padre  
 De la candorosa Blanca.  
 A lo cual contestó el otro  
 Con voz melodiosa y clara:  
 —Señor, yo vengo cansado  
 De correr seis leguas largas,  
 Y le ruego me permita  
 Por Cristo y su madre santa  
 Que descanse un rato y luego,  
 Si molestia no le causa,  
 Le eche un pienso á mi caballo,  
 Que en verdad que le hace falta.  
 —Pase adelante el buen hombre,  
 Yo á nadie niego mi casa.  
 —¡Olé! viva el rumbo! ¡bravo!  
 No hay tierra como la España  
 Para estas cosas... ¡Canelo!  
 Sóóó... y con arrogancia  
 Apeóse incontinenti,  
 Echó al caballo la manta  
 Y acariciándole el cuello  
 Con afectuosas palmadas,  
 Lo despojó de las bridas  
 Y lo dejó que pastára  
 La yerba que sembró el padre  
 Alrededor de la casa;  
 Siguió á Lorenzo, y sentóse  
 A la derecha de Blanca.  
 Y Lorenzo con voz grave  
 Le dijo:  
 —Buen hombre, vaya  
 Y siéntese en otra silla,  
 Ese es mi sitio.  
 —Mil gracias,  
 Contestó el mozo cortado

Pues le gustó la muchacha.  
 Fijó los ojos María  
 En la persona bizarra  
 Del jóven desconocido,  
 Cuya visita extrañaba;  
 Bajó los suyos la niña,  
 Y en extremo preocupada  
 En meditacion profunda  
 Sumergida observa y calla.  
 Contempla el mozo extasiado  
 El lindo rostro de Blanca,  
 Y una sorda y lenta lucha  
 Dentro su pecho se traba.  
 Hay un misterioso encanto  
 Que se apodera del alma,  
 Que muchos no lo comprenden  
 Y que simpatías se llama.  
 Lorenzo, como hombre ducho,  
 En observar se ocupaba  
 Al huésped desconocido;  
 Despues tomó la palabra,  
 Exclamando:

—Diga el mozo,  
 ¿Era usted el que cantaba?  
 Vuelve el jóven la cabeza,  
 Sin saber lo que le pasa,  
 Y así responde á Lorenzo  
 Con la voz entre cortada.  
 —Sí, señor, como ando solo  
 La paciencia se me gasta  
 Y cantando, algunas veces  
 Viene el fastidio y se larga.  
 —Canta usted bien.

—Hombre! hombre!  
 Le gusta á usted; muchas gracias.  
 —Esos *cantares* del pueblo  
 Le juro á usted que me encantan.  
 —Así, así, yo sé coplas

Tan tristes y bien sacadas,  
Que harian llorar, si pudiera,  
Hasta la misma giralda  
De Sevilla...

—¡Qué chistoso!

—Diga usted, ¿cómo se llama?

—Yo, Juan Antonio.

—¿De veras?

—¿Y el nombre de usted, mi alma?

—Me llaman aquí Azucena,

Pero yo me llamo Blanca.

—Pues aquí, niña, le han puesto  
El nombre que á usted le cuadra.

Al punto comprendió el padre

Que la hermosura de Blanca

Habia afectado al mancebo

Impresionando su alma.

Hizo un gesto de impaciencia

Y dijo:

—Buen camarada,

¿Vive usted léjos?

—Dos leguas

Habrá desde aquí á mi casa,

Contestó el mozo sacando

Un *puro* de la petaca.

¿Usted quiere un *puro* bueno?

—Hombre, no fumo, mil gracias.

—Mire usted que se la pierde;

Mi tabaco es una ganga,

Porque mejor no lo fuma

Ni el general de la Habana.

—Nunca me gustó el tabaco.

—Pues hombre, es una desgracia:

A mí sí, porque hecho humo

Que hasta los cielos se larga,

Como se van los amores,

Las dichas y la esperanza.

El hombre que se enamora

Cuenta al cigarro sus ansias,  
 Con el humo se entretiene;  
 Y como el querer se acaba  
 Como el cigarro, *paz Christi*,  
 Se fuma otro nuevo y basta.  
 —Estará usted enamorado  
 De alguna linda muchacha.  
 —Señora, no tiene amores  
 Quien de día y noche trabaja.  
 Al oír esta respuesta  
 Miró fijamente Blanca  
 Al bizarro forastero,  
 Y en sus audaces miradas  
 Parecía que la niña  
 Le daba al jóven las gracias.  
 Comprendió el padre el efecto  
 Que hizo la respuesta en Blanca,  
 Y enfadado dijo al mozo  
 Que conmovido se hallaba:  
 —¿Es usted hijo de Utrera?  
 —No señor, nací en Granada.  
 —¿Qué es usted?

—Contrabandista,  
 Y ando como todos andan  
 Huyendo de los lebreles,  
 Que si alguna vez me agarran...  
 —Lo persigue á usted el resguardo?  
 —¿Que si me persigue? aguarda...  
 No crea usted que se persigue  
 El contrabando en España.  
 En llevando usted levita  
 Se guarda usted veinte cajas,  
 Las pasa usted por las puertas  
 Aunque sean de la aduana,  
 Y ni el mismo Sunsumcorda  
 Le dice á usted una palabra.  
 Pero como sea usted un pobre  
 De calañés y de faja,

Aunque tenga usted mas gente  
 Que mantener que Juan Lanas,  
 Lo persigue á usted el resguardo  
 Y lo ahorcan si lo agarran.  
 Yo no me meto con nadie,  
 Pero al meterme en jarana  
 Pienso en la madre que tengo.  
 En mi madre y en mi hermana,  
 Que son, créalo usted señora,  
 Son las dueñas de mi alma.  
 Pero cuando me persiguen,  
 Ni cien tiros me acobardan,  
 A este quiero, á este no quiero  
 Pin! pun, pan, ¡qué zaragata!  
 Y siempre quedo triunfante  
 Como Espartero en Luchana.  
 —¡Jesus! ¡Qué vida, Lorenzo!  
 ¡Hija, que vida tan mala.  
 —No se apure usted, señora,  
 Peor está Muley-el-Abbas,  
 Que no le queda ni un cuarto  
 Para pagarle á la España.  
 Tiene el gobierno unas cosas...  
 ¿Hay una poca de agua?  
 Dispense usted la franqueza,  
 Tengo seca la garganta.  
 Iba el padre á levantarse  
 Pero anticipóse Blanca,  
 Y trajo á Juan con presteza  
 Un búcaro:

—Juy!! sentrañas!

Dijo el mozo.—No quisiera,  
 Que por mí se molestara.  
 Con seductora sonrisa  
 Le dió la jóven las gracias  
 Por el andaluz piropo.  
 Y rióse á carcajadas  
 La madre; pero Lorenzo,

Que poca paciencia gasta,  
Cruzó severo los brazos  
Y una intranquila mirada  
Dirigió á la alegre niña  
Como diciéndole—Blanca,  
Hija, lo que estás haciendo  
De castaño oscuro pasa.  
—Buenas noches, dijo un mozo  
De ojos negros y tez pálida,  
Que se presentó muy triste  
En la puerta de la casa.  
No es airosa su presencia,  
Ni sus modales encantan,  
Pero cualquiera que atento  
Un instante lo mirara,  
Veria en su rostro las huellas  
Que van dejando las lágrimas.  
Unos veinte y cuatro años  
A lo mas representaba,  
Y ya revelan sus ojos  
Las penas que sufre el alma.  
Besó la mano á Lorenzo,  
Miró con desconfianza  
A Juan Antonio, y con ira  
Le volvió brusco la espalda.  
Saludó á la buena madre  
Y se sentó junto á Blanca.  
—Siempre así! dijo Lorenzo  
Mirando al jóven con lástima,  
Narciso, dime, ¿qué tienes?  
—Señor Lorenzo... ¿yo?... nada!  
¿Quién será este mozo *cruo*?  
San Caralampio y qué facha.  
Está oliendo á Campo Santo;  
Replicó Juan en voz baja  
Fijando siempre los ojos  
En la jóven.

—¿Por qué callas?

Vamos, hombre, si padeces  
 Narciso, ¿por qué no hablas?  
 ¿No sabes tú que se alivian  
 Las penas comunicadas?

—Hay una pena, Lorenzo,  
 Que poco á poco nos mata,  
 Y esta pena con los años  
 Se disipa ó nos acaba.

—¿Qué pena es esa?

—La ignoro...

(Corazon revienta y calla.)

Quedó Lorenzo admirado  
 Al escuchar las palabras  
 De Narciso, miró atento  
 El contrabandista á Blanca  
 Y se dijo:

—Ese es el novio,  
 Sin duda, de esta muchacha,  
 Ea, señores, me retiro.  
 Buenas noches y mil gracias  
 Por su...

—Calle usted la boca,  
 No tiene usted por qué darlas.  
 —Señor, es usted muy bueno;  
 Si algun dia le hago á usted falta,  
 Hasta la pared de en frente  
 Soy suyo; voy que me aguardan.  
 Dirigióse hácia María  
 Y la saludó con gracia,  
 Pero al quitarse el sombrero  
 Y al despedirse de Blanca,  
 Brillaron sus negros ojos,  
 Sintió oprimírsele el alma  
 Y no pudieron sus labios  
 Pronunciar una palabra.  
 Observando que Narciso  
 Con fijeza lo miraba,  
 Sacó fuerza de flaqueza

Y dijo:

—Me pongo en marcha,  
No olvide usted, hermosa niña,  
Que soy su esclavo:

—Mil gracias,  
Contestó alegre la jóven.

—Vale usted un millon de plata.  
He visto muchas mugeres,  
Entre ellas muchas muy guapas,  
Pero todas en un saco  
Por usted las cambiaba.

Dijo, y alzóse Lorenzo,  
Y Narciso se levanta  
En aptitud ofensiva

Lívido el rostro de rabia.

En pié se puso la madre,

Abrazó á Lorenzo Blanca

Y Juan sosegadamente

Dijo:

—Señores, no es falta  
Decirle á una niña hermosa  
Que es linda y que tiene gracia,  
En fin, ustedes perdonen  
Y se acabó:

—Que lo aguardan,  
Dijo impaciente Lorenzo.

—Ya me largo, llevo el alma...

Con que salud, buenas noches,

Volvió á saludar á Blanca

Y lanzó sobre Narciso

Despreciativa mirada.

—Queman mas que el hierro ardiendo  
Los ojos de esa zagala.

Dijo saliendo con garbo,

Corre al caballo, lo agarra,

Y montándose de un salto

En la silla jerezana

Exhaló un hondo suspiro,

Despues se embozó en la manta,  
Echó el caballo al galope  
Y partió como una bala,  
Dejando á Maria suspensa,  
Triste y pensativa á Blanca,  
Inquieto al anciano padre,  
Y de Narciso en el alma  
La inquietud y la zozobra  
Y de los celos la rabia.  
Cruzó los brazos Lorenzo  
Diciendo:

—Tengo desgracia,  
Todo el que la vé la quiere,  
Y el que la oye se encanta.  
Volvió el buen padre los ojos  
Al sitio dó su hija estaba,  
Observó al jóven Narciso  
Inmóvil como una estátua,  
Y vió que por sus mejillas  
Se deslizaron dos lágrimas;  
Tambien ignora Lorenzo  
De su padecer la causa,  
Y sufre porque á Narciso  
Como á un buen hijo idolatra.  
En extremo pensativa  
Su inquietud demuestra Blanca;  
Aplica atenta el oido,  
Triste escucha lo que hablan,  
Duda, teme, se extremece,  
Velozmente se levanta,  
Fija la vista en el valle  
Con la ansiedad del que aguarda,  
Y de su agitado pecho  
Hondo suspiro se exhala.  
Otro nuevo personage  
Embozado en negra capa  
Rápidamente atraviesa  
Por la puerta de la casa.

Tembló un momento la jóven,  
Volvió á otro lado la cara  
Y reflejó su semblante  
La honda angustia de su alma.  
Fijó los ojos Narciso  
En la linda faz de Blanca,  
Y sin dar las buenas noches,  
Que horribles celos lo abrasan,  
En pos del desconocido  
A toda prisa se lanza.  
No comprendió el buen Lorenzo  
Por qué el jóven se marchara.  
Tomó la mano á su madre  
La niña trémula y pálida,  
Que al fin habia comprendido  
Lo que su padre ignoraba.  
Anunció lenta las once  
Con ronca voz la campana,  
Entró la niña en su cuarto  
Que así el padre lo mandara.  
Y despues entró la madre  
Que en vano á su esposo aguarda,  
Y este quedó pensativo  
En la puerta de la casa.

---

### III.

#### Ayes del alma.

Son tan grandes mis fatigas  
Que casi me van ahogar,  
Se siguen unas á otras  
Como las olas del mar.

—  
¿A quién le contaré yo  
Lo que á mí me está pasando?  
Se lo contaré á la tierra  
Cuando me estén enterrando.

*Coplas populares.*

En el lejano azul del horizonte  
Gallarda brilla la argentina luna,  
Y al verde prado y la llanura amena  
Con sus rayos blanquísimos alumbrá.

Las azuladas bóvedas del cielo  
Tímida estrella solitaria cruza;  
De su esplendor la nube avergonzada  
Hácia el ocaso se retira augusta.

Noche grata, magnífica y serena,  
De esas que el triste con anhelo busca  
Y en las que cuenta á las errantes brisas  
Su grave pena y su mortal tristura.

Lorenzo inclina la cabeza cana  
Sobre su pecho, por su frente cruzan  
Tristísimos y negros pensamientos  
Que su alma llenan de mortal angustia.

Dolor intenso, incomprensible, agudo,  
Que allá en su fondo el corazón oculta,  
Y que revela el pálido semblante  
En el silencio de la noche augusta.

¿Quién causa su dolor? ¿Por qué suspira  
Y un lenitivo á su aflicción no busca?  
¿Por qué derraman sus dolientes ojos  
Lágrimas abundantes de amargura?

Su pobre corazón es un arcano  
Y cada fibra un sentimiento oculta,  
Y airado invade su abrasada frente  
El negro pensamiento de la duda.

Diez lustros ha cumplido el buen Lorenzo  
Y es esbelta y gallarda su apostura;  
Sus huellas el pesar dejó en su rostro  
Y en su espaciosa frente las arrugas.

Blancos cabellos y mirada altiva,  
Su grave rostro la tristeza anuncia;  
Por su honradez el vulgo lo respeta  
Y con bienes brindóle la fortuna.

Si á las fiestas del valle lo convidan  
Con corteses palabras se disculpa,  
Y jamás se separa de su esposa,  
Ni á su adorada hija deja nunca.

Si alguna vez un pensamiento aleve  
El mar revuelto de su frente surca,  
Brillan siniestros sus azules ojos

Y entre sus manos la cabeza oculta.

No puede el hombre ni las ciencias pueden,  
Endulzar del dolor las amarguras:  
Cuando la pena el corazón desgarras,  
¿Quién dá el consuelo que el que sufre busca?

A la voz de Narciso que llegaba  
Lorenzo levantó la faz adusta,  
Y un suspiro exhaló, triste, doliente,  
Grave presagio de la pena suya.

Por el moreno rostro del mancebo  
Lágrima lenta y silenciosa cruza,  
Y el anciano y el joven se comprenden  
Que en ambos pechos el dolor se oculta.

El alma que á sufrir es condenada  
Por la mano cruel de la fortuna,  
En la escabrosa senda de la vida  
Otra alma noble con anhelo busca.

Y otra alma encuentra que su mal consuela,  
Ambas placeres y dolor disfrutan,  
Ambas sufren, se hablan, se comprenden;  
¡Almas que el cielo convirtiera en una!

Sentóse el triste joven y el anciano  
Sobre el pecho inclinó la frente mustia;  
Poco despues al abatido joven  
Con voz entrecortada le pregunta:

—Narciso, ¿por qué al salir  
No distes algun consuelo  
A mi afliccion?

—Vive el cielo  
Que iba á matar ó á morir!

¿Consuelo me pide? á fé  
 Que mi ciencia es infinita:  
 Hoy Narciso necesita  
 De los consuelos de usted.

—Hablas y no te comprendo...  
 Mis angustias son mayores...  
 —¡Dios mio! ¿son sus dolores  
 Como los que estoy sufriendo?

¿Usted no vió á un hombre...

—Sí.

—Pues bien, á Blanca miró  
 Y Blanca palideció.

—¿Y qué hicistes?

—Lo seguí.

Le juro á usted por mi nombre  
 Que atrás el rostro volvia  
 Cuando vió que lo seguia...  
 —¿Y amará Blanca á ese hombre?

—Lo ama, sí, ya lo he observado  
 Y ese hombre me provoca...

—¡Mientes!

—¿Cuándo se equivoca  
 Un celoso enamorado?

—Tú la amas?

—Yo la adoro,  
 Y con ciega idolatría:  
 Por ella el alma daría;  
 Yo no tengo otro tesoro.

La triste idea de perderla  
 Destroza mi corazon,  
 La amo, Lorenzo, perdon,  
 Pero déjeme usted verla.

Me debe usted perdonar  
Si este amor le causa enojos,  
¿Tengo culpa en tener ojos?  
¿Es un delito el amar?

Ya no puede mi alma herida  
Soportar mi amor profundo.  
¿No hay médico en este mundo  
Que cure de amor la herida?

Perdon, Lorenzo, perdon,  
Si adorarla me he atrevido,  
No es mi culpa haber nacido  
Con tan grande corazón.

—Narciso, á mis brazos ven,  
Sé lo que quema esa llama;  
Sé como vive el que ama.  
¡Ay yo he querido también!

Nuestro destino es fatal,  
Y al cabo ha querido Dios  
Que en este mundo á los dos  
Nos hiera el mismo puñal.

—Sus penas cuénteme usted,  
También desgraciado soy,  
Diga usted sus penas hoy  
Y yo lo consolaré.

He visto que usted ha llorado,  
Mucho debe usted sufrir,  
No me quiere usted decir  
Sus penas, y me he callado.

Jamás la ventura hallé,  
No sé si alguno la halló:  
Una vida tengo yo

Y aquesta vida es de usted.

Al huir las alegrías  
Se van las horas serenas:  
Vamos, cuente usted sus penas  
Que yo le diré las mias.

Dijo el jóven, y Lorenzo  
Los ojos al cielo alza,  
Y por su agraciado rostro  
Corren abundantes lágrimas.

Vá á revelar al mancebo  
Los secretos de su alma.  
Y trascurrido un instante  
Así se expresó en voz baja:

—Tengo un pensamiento eterno  
Que atosiga mi memoria,  
Fué lo pasado mi gloria,  
Y lo presente mi infierno.

El amor brinda ventura  
Y todo en él es placer,  
Y luego nos dá á beber  
La copa de la amargura.

Jóven, llorar y sufrir,  
Y ver su dicha perdida,  
Y aborrecer á esta vida  
Es el todo del vivir.

—¿Usted no cree en la esperanza?  
¿En qué funda usted ese empeño?  
—En que la esperanza es sueño  
Y de ella poco se alcanza.

Es una loca ilusion  
Que mucho al hombre promete,

Nada cumple, es un juguete  
Que entretiene al corazón.

—Tal vez en su triste duelo  
Loco la maldice el hombre,  
¡La esperanza! dulce nombre,  
La esperanza es don del cielo.

—Cuando es adversa la suerte  
Y cuando el mal nos persigue  
El bien que el hombre consigue  
Es el placer de la muerte.

—Lorenzo, ¿hay mayor dolor  
En esta efímera vida  
Que ver su dicha perdida,  
Vivir muriendo de amor?

—Son horribles desventuras  
Las que en el mundo has sufrido,  
Pero á mí me han afligido  
Otras mayores torturas.

También en mi juventud  
Edad de dichas y flores,  
Tuve plácidos amores  
Que disfrutara en quietud.

¡Tiempo que no ha de volver!  
Breve y llorada alegría!...  
Impresionó el alma mía  
El amor de una muger.

Cual la ilusión era bella  
Y envidiable su fortuna,  
Mas era humilde mi cuna  
Y de hidalga cuna ella.

Nuestro amor descubrió el padre,  
Y en mi amargo desconsuelo  
Amparo le pedí al cielo:  
¡Mi bella llegó á ser madre!

Y despues cuando imploraba  
Perdon á su amor violento,  
En un lejano convento  
El padre la sepultaba.

Tomó el honor por excusa,  
Dando mi pena al olvido,  
Y al hijo tierno y querido  
Depositó en una inclusa.

Mis ilusiones divinas  
Marchitas las encontré,  
Y desde entonces marché  
Por un sendero de espinas.

Mucho tiempo trascurrió,  
Y encerrada en el convento  
Víctima de su tormento  
Mi adorada sucumbió.

Murió la que amaba tanto;  
Mi único bien y mi gloria;  
Hoy me queda su memoria,  
Sí, su memoria y mi llanto.

De los ojos de Lorenzo  
Brotaron copiosas lágrimas,  
Y reveló su semblante  
Las angustias de su alma.  
Narciso pálido y triste  
Conmovido lo escuchaba.  
Y el desventurado padre  
Despues de una breve pausa

Con acento dolorido  
Volvió á tomar la palabra.

—Tal vez me maldecirá  
Ese hijo desgraciado,  
Creyendo que me he olvidado  
De su existencia.

—Hallará...

—Tal vez en su triste suerte  
Y cansado de sufrir,  
Trueque el dolor de vivir  
Por el goce de la muerte.

Si comprendieras mi duelo,  
Mi amargura, y mi ansiedad...  
Tal vez en triste orfandad  
Gima en extranjero suelo.

La pena me parte el alma  
Y por su suerte me aflijo:  
Cuando el Señor nos dá un hijo  
Se lleva en cambio la calma.

Mi reposo sacrífico  
Y trás de la pena voy.  
¿Se creerán que feliz soy  
Siendo honrado y siendo rico?

No enjuga el oro en verdad  
Estas lágrimas que lloro;  
Miente quien diga que el oro  
Nos dá la felicidad.

Solo ha logrado vencer  
En tan reñida batalla,  
María, que ha puesto una valla  
Entre el amor y el deber.

María, ángel de candor,  
Destello puro y divino  
Que colocó en mi camino  
Para salvarme el Señor.

Ella es mas afortunada,  
No sabe que siempre lucho  
Con el dolor, la amo mucho  
Para hacerla desgraciada.

Y si alguna vez se inquieta  
Al comprender mi dolor,  
Como es inmenso su amor,  
Sufre mucho y lo respeta.

Y triste la veo llorar,  
Y triste me vé sufrir;  
No me es posible vivir,  
Porque no puedo olvidar.

Ni mi esperanza se trunca,  
Ni cesa mi padecer,  
Si se ama á una muger  
No puede olvidarse nunca.

Y cuando en eterna gloria  
Busca el alma su consuelo,  
El que ama en este suelo  
Nunca olvida su memoria.

El primer amor enciende  
El santuario del alma,  
Nos dá la ilusion su palma  
Y el hombre no lo comprende.

Despues se suele encontrar  
Otra muger que admiramos,  
Nos creemos que la amamos

Porque nos suele halagar.

Pero ese amor no es el mismo  
Que nos robó nuestra calma  
Y engaña el hombre á su alma  
Engañándose á sí mismo.

No he olvidado en mi vejez  
El amor que mi alma encierra,  
Una vez se ama en la tierra...  
—Yo estoy amando esa vez.

Dijo Narciso ocultando  
Entre sus manos la cara,  
Porque en su emocion sublime  
Sintió oprimírsele el alma.  
Pura, inefable, elocuente  
Bañó su faz una lágrima  
Que elabora el sentimiento  
Y por los ojos se escapa,  
Presagiando los pesares  
Que en nuestro pecho batallan.  
Cruzó el buen padre los brazos  
Y el triste jóven aguarda  
Poder hablar, que en su pecho  
Arde del amor la llama:  
Ambos guardaron silencio:  
Satisfecho de su causa,  
El buen Narciso se atreve  
A entrar con Lorenzo en plática.

—Cuando á impulsos del dolor  
Iba á dar fin á mi vida,  
Me quitó el arma homicida  
La mano de usted, señor.

Yo le digo, buen anciano,  
Amparo por caridad,

No me niegue su amistad;  
Y usted me tendió su mano.

Usted me enseñó á vivir  
Y mi destino á llorar,  
Mi suerte me enseñó amar,  
Blanca me enseñó á sentir.

Yo sé que es una locura  
Abrigar esta pasión,  
¡No puede mi corazón  
Poseer tanta hermosura!

Señor, con lenguaje extraño  
Dice mi madre afligida,  
Que las flores de la vida  
Las marchita el desengaño.

Que la muger brinda amor,  
Que prodiga sus favores  
Y que después dá entre flores  
La copa del sinsabor.

Que es un delirio el placer  
Y el amor que el alma encierra,  
Que solo existe en la tierra  
La muerte y el padecer.

Ella dice con empeño,  
Rebosando el pecho ira,  
Que la amistad es mentira  
Y que el amor es un sueño.

Dice que amar con delirio  
Es horrible padecer,  
Que el hombre dice placer  
En vez de decir: martirio.

Yo nunca quiero escuchar  
Ese lenguaje iracundo,  
Porque creo que en el mundo  
Hay necesidad de amar.

Y es tan bendito el amor  
Que se apodera del alma,  
Que á mí me quitan la calma  
Un pájaro y una flor.

—De este valle á la maleza  
No llega el torpe sarcasmo,  
Y el hombre con entusiasmo  
Ama á la naturaleza.

Aquí de la dicha en pos,  
Siempre para el bien propicio,  
El hombre aborrece al vicio  
Y adora rendido á Dios.

Las fugaces ilusiones  
Enjendran al padecer.  
¡Si el hombre pudiera ser  
Superior á sus pasiones!

—Lo quiero á usted como á un padre,  
Y sus consejos escucho,  
Y Lorenzo, extraño mucho  
Que no conozca á mi madre.

Niño á mi padre perdí  
Y me quedé sin consuelo,  
Lorenzo, bien sabe el cielo  
Cuanto en mi infancia sufrí.

Le cuento lo que me pasa,  
Mis penas, mis desengaños,  
Y van pasando los años

Y usted sin ir á mi casa.

—Escucharte me dá pena  
Y tu razon considero,  
Mas no puede el jardinero  
Descuidar á su *Azucena*.

Existen hombres traidores  
Por estas verdes campiñas,  
Y no olvides que las niñas  
Son lo mismo que las flores.

Cual las flores son hermosas,  
Cuidarlas mucho es preciso;  
Si no se cuidan, Narciso,  
Se ajan como las rosas.

—Es verdad, yo considero  
La razon que á usted le asiste;  
Yo soy una adelfa triste  
Y como la adelfa muero.

A usted entrega un desdichado  
Su bien, su vida, su suerte,  
Usted me dará la muerte,  
Ó usted me hará afortunado.

Lorenzo escucha á Narciso  
Que con tanto fuego habla,  
Y conmovido lo mira;  
La adusta frente levanta,  
Lleva la mano á su pecho,  
Y creyendo en las palabras  
Del infortunado jóven  
Que en amor puro se abrasa,  
Le dice solemnemente  
Con grave acento, voz clara:

—Blanca es de mi bien la flor,  
Y en sus albores tempranos  
La cultivaron mis manos  
Con el esmero mayor.

Tu inocente amor respeto,  
Porque sincero ha de ser:  
Blanca será tu muger.

—¡¡De veras!!!

—Te lo prometo.

La faz del triste Narciso  
Púsose de pronto pálida,  
La estrecha cárcel del pecho  
Intentó romper su alma,  
Latió el corazón con fuerza,  
Bendijo el nombre de Blanca,  
Besó las manos al padre  
De la muger que adoraba,  
Alzó los ojos al cielo,  
Derramó copiosas lágrimas,  
Intentó hablar y no pudo  
Pronunciar una palabra.  
Hay en la vida emociones  
Incomprensibles y santas,  
Que bruscamente conmueven  
Y que algunas veces matan.  
Despidióse el buen Narciso,  
Entró Lorenzo en su casa  
Y se retiró la luna  
Ante el resplandor del alba.

#### IV.

### Blanca.

Desde que te ví te amé,  
Desde que te amé me muero,  
Y si me muero por tí  
Dichosa me considero.

—  
Triste está mi corazón  
Y no sabe lo que tiene.  
Que está muy lejos de aquí  
El que consolarlo puede.

*Coplas populares.*

Es Blanca la zagala  
De los azules ojos,  
Las matutinas rosas  
Envidian su candor.  
Su aliento es de jazmines,  
Y entre sus labios rojos  
Dulcísima sonrisa  
Depositó el amor.

Celebran los pastores  
Sus gracias juveniles,  
Y el alma que la admira  
Le rinde adoracion.  
Aun no cuenta cumplidos





Blanca, la Azucena.

Los diez y seis abrilés,  
Y es puro y generoso  
Su tierno corazón.

Proclámala su aurora  
La alegre primavera,  
Las auras acarician  
Su rostro encantador.  
El ciferillo amante  
La busca en la pradera,  
Con regalados trinos  
Le canta el ruiseñor.

Su voz es el murmullo  
Del argentado río,  
Y el alba sonrosada  
Sus gracias envidió.  
Y en las templadas tardes  
Del caloroso estío,  
Por ella el verde prado  
Con flores se adornó.

Los cisnes envidiaban  
Su portentoso cuello,  
Su cuerpo es mas flexible  
Que palma tropical.  
De su mirada dulce  
El límpido destello,  
Al alma deja henchida  
De encanto celestial.

Su cabellera espléndida  
Sobre su pecho nítido,  
Cuando la agita el céfiro  
La besa con ardor.  
Y á la expresión purísima  
De su semblante angélico  
Su tinte melancólico

Le concedió el Amor.

Es pura cual la rosa  
Que en el Abril florido,  
Al soplo de las brisas  
Sus pétalos abrió.  
Es ángel de ventura  
Del cielo descendido.  
Es ángel que el poeta  
En sus delirios vió.

Hermosa cual la estrella  
Que en el azul del cielo  
Fulgura allá en las noches  
De Mayo seductor;  
Bendice al mundo vano  
Con inocente anhelo  
Que Blanca simboliza  
Las gracias del amor.

Mansion de eterna dicha  
El mundo le parece,  
Sus puras ilusiones  
La colman de placer;  
Incauta lo bendice  
Que su entusiasmo crece;  
Ignora que hay engaños  
Y horrible padecer.

Admiran las zagalas  
Su faz linda y serena,  
De celestial encanto  
Natura la dotó;  
Y llámánla del *Valle*  
La cándida *Azucena*;  
Su gracia y denosura  
Tal nombre le captó.

¡Ay de la bella niña  
Que al amor abre el alma  
Sin ver que el desengaño  
La sigue por doquier!  
Si tu inocente pecho  
Disfruta dulce calma,  
No anheles de este mundo  
Las penas conocer.

La hermosa niña exhala  
Tristísimo lamento,  
Y al rayo de la luna  
Se pone á suspirar;  
Las auras la acarician,  
Y el armonioso viento  
Recoge sus suspiros  
Y siente su pesar.

¿Por qué llora la niña  
De los azules ojos?  
¿Quién es el inhumano  
Que aleve la engañó?  
¿Quién es el hombre infame  
Que causa sus enojos?  
¿Quién de su alegre pecho  
La calma disipó?

No salgas de tu nido,  
Castísima paloma,  
No anheles el espacio  
Cruzar con loco afan;  
No olvides, Blanca bella,  
Que oculto trás la loma  
Con sus sangrientas garras  
te acecha el gavilan.

Pintada mariposa  
Que en el jardin del mundo

Las flores de la vida  
Te brindan con su olor,  
Incauta irás volando  
Por el vergel fecundo  
Y quemará tus alas  
La llama del amor.

No turbe la tristeza  
La paz de tu alma pura,  
Ni vengan las pasiones  
Tu pecho á emponzoñar;  
El ángel de la guarda  
Defienda tu hermosura;  
Si duermes, niña hermosa,  
No anheles despertar.

Tú, vírgen bondadosa,  
Juzgando al mundo bueno,  
En tu ardorosa mente  
Te finges un eden,  
De penas y amarguras  
Tu corazon ageno  
Bendices á la vida  
Como supremo bien.

Ignoras que el destino  
Nos brinda con dolores,  
Ignoras que se pierde  
Del alma la ilusion;  
Ignoras que marchita  
La flor de los amores  
No vuelve nunca, Blanca,  
La paz del corazon.

No ignores que la dicha  
Con su oropel engaña,  
Pues son sus breves goces  
Presagios del pesar,

Que al corazon amante  
Con su amargura empaña,  
Y despiadado niega  
El goce de llorar.

Mas ¡ay! que tu alma pura  
Sin duelo y sin enojos,  
En tu inocente pecho  
Se duerme sin temor.  
De un juvenil semblante  
Los hechiceros ojos,  
Despiertan á tu alma  
Del sueño seductor.

Ya sientes y suspiras  
Porque tu pecho ama,  
Sin comprenderla acaso  
Bendices tu ilusion,  
Y anuncian tus lamentos  
Que inestinguible llama  
Con fuego incomprensible  
Te quema el corazon.

No goza ya tu pecho  
La paz de aquellos dias  
En que la alegre infancia  
Feliz te sonrió,  
Que herida tu alma noble  
Por dulce simpatía,  
Sin comprender la causa  
Con entusiasmo amó.

En el azul espacio  
De la region del cielo  
Al hombre que tú amas,  
Te finges contemplar,  
Tu inmenso amor bendices  
Y en tu inocente anhelo,

Tu corazón no sientes  
Con fuerza palpitar.

Tu alma es una rosa,  
Y en su purpúreo broche  
Guardaba los perfumes  
Que el céfiro envidió;  
De amor la dulce brisa  
La acarició una noche,  
Y á su contacto fresco  
Su cáliz entreabrió.

No quiera el cielo, niña,  
Que en tus alegres años,  
En tu sereno pecho  
Se agite el huracán.  
Respeten ¡ay! tu calma  
Los crudos desengaños,  
No turben la dulzura  
De tu inocente afán.

Como la blanca espuma  
Del sonoro río,  
Que á la arenosa playa  
Se acerca con rumor,  
Se lleva entre sus alas  
El desengaño impío,  
Las envidiables horas  
Del bendecido amor.

Amor es quien marchita  
Tu faz linda y serena,  
Amor es quien inflama,  
Tu pecho virginal.  
Amor es quien te ofrece  
Tu interminable pena  
Y amor te quema el alma  
Con fuego sin igual.

V.

**La cita al amanecer.**

Un corazon de madera  
Tengo que mandar hacer,  
Que ni sienta, ni padezca,  
Ni sepa lo que es querer.

—  
Corazon no suspires,  
Alma no sientas,  
Memoria no te acuerdes  
De quien te acuerdas.

*Coplas populares.*

Está la siguiente noche  
En silencio sepultada,  
Y en el azulado espacio  
La argentina luna irradia;  
Deja en el cielo la nube  
Luciente rastro de plata,  
Y tímida y silenciosa  
Hacia Occidente se marcha.  
Mil refulgentes luceros  
A la azul cortina esmaltan,  
Muy débil susurra el viento  
Y en la frondosa enramada  
El pardo ruiseñor duerme;  
La naturaleza calla.



Que era hermosa.

—No es posible...

—Lee, Narciso, vamos, anda,  
Y el jóven tomó el billete  
Y se estremeció su alma.  
Y con voz trémula y ronca  
Su contenido relata.

«Preciosa de azules ojos,  
Bella como la alegría,  
Tú me has robado alma mia  
La paz de mi corazon.  
Cuando te ví tan hermosa  
Me pareciste, serrana,  
La aurora de la mañana  
Cuando alumbra la creacion.

«Por la salud de mi madre  
Que ya vivo sin sosiego,  
Abrasa á mi pecho un fuego  
Que no puedo comprender:  
No pensé que de tal modo  
Pudieran robar mi calma,  
Y herirme en medio del alma  
Los ojos de una muger.

«Yo no he querido en la tierra  
Mas que á mi madre, y comprendo  
Que nazca el hombre queriendo  
A la que le diera el ser;  
Pero al verte, Blanca hermosa,  
Me dije con sangre fria;  
Ea, prepárate, alma mia,  
Que vás de nuevo á querer.

«Al sentir sus impresiones  
Las juzgué vano deseo  
Y por mi desdicha veo

Que ya no puedo vivir:  
 Siento que á mi pobre pecho  
 Lo quema un fuego que abrasa.  
 Mi paz, la dejé en tu casa  
 Sin yo saberlo al salir.

«En el rayo de la luna  
 Miro tu cara de cielo,  
 Eres mi bien, mi consuelo,  
 ¡Ay si me llegas amar!  
 Por los ojos de tu cara  
 Quiéreme, Blanca hechicera,  
 Que es esta la vez primera,  
 Que el mundo me vé llorar.

«Las flores le regalaron  
 Sus perfumes á tu boca,  
 Y cuanto tu mano toca  
 Tiene la gracia de Dios.  
 Si me dices que me quieres  
 ¡Ay que dicha, San Facundo!  
 ¿Habr  persona en el mundo  
 Que nos iguale á los dos?

«A Dios, hermosa *Azucena*,  
 La de lindos lábios rojos,  
 Te suplico por tus ojos  
 Que no me dejes morir.  
 Por una palabra tuya  
 Yo mi sangre verter a,  
 Consu lame en mi agonía;  
 Sin t  no puedo vivir.»

Apenas terminó el jóven  
 La lectura de la carta,  
 Llev  la mano   su pecho  
 Y dijo:

—Ya s  que Blanca

Ha leído estos renglones,  
Sé que otro hombre la ama;  
Tal vez ella corresponda  
A su cariño, mi alma  
Ha perdido para siempre  
El consuelo y la esperanza,  
¡Ay del corazón amante  
Que con el amor batalla,  
Y cuando lograr creía  
El premio de su constancia  
Un horrible desengaño  
Su inmensa pasión apaga!  
Ya para mí no hay placeres  
Sino suspiros y lágrimas.  
¡Quiera Dios que si algún día  
Su niña de usted se casa,  
Encuentre un hombre que sepa  
Cual yo la adoro, adorarla.  
Dijo el joven, y Lorenzo  
Trémulo, con la faz pálida,  
Bañado en llanto el semblante  
Y henchida de pena el alma,  
Abandonando su asiento  
Así conmovido exclama:  
—Narciso, ante Dios te juro  
Que si algún hombre la engaña  
Con sus falsos juramentos  
Y sus falaces palabras,  
Por la gloria de mi madre  
Y por su memoria santa,  
Que cien mil veces lo mato:  
Quiero mucho á mi hija Blanca,  
Por ella abandoné el mundo  
Y á aquesta soledad grata  
La traje, cifrando en ella  
Mis dichas y mi esperanza.  
Huyo del hombre y el hombre  
Hasta el campo me acompaña.

¿No existe un lugar seguro  
En este valle de lágrimas?  
Dijo con turbado acento  
Y mal comprimida rábía,  
Y al asombrado Narciso  
Le volvió brusco la espalda  
Y se retiró agitado  
Al interior de la casa.  
Cruzó los tres aposentos,  
El gabinete y la sala,  
Que con su luz melancólica  
Alumbra bruñida lámpara,  
Y pues que tenemos tiempo,  
Bueno será examinarlas.  
Están las habitaciones,  
Lujosamente amuebladas,  
Costosos cuadros y espejos  
Banquetas limpias y anchas,  
Un sofá y un escritorio,  
Veladores, mesas, camas,  
Todo anuncia que del dueño  
Las rentas no son escasas,  
Sus padres al buen Lorenzo  
Por su virtud le dejaron  
Una pequeña fortuna;  
Pero su nombre sin mancha  
Y su infatigable celo  
Y su asombrosa constancia,  
Dieron aumento á sus bienes,  
Alcanzó de honrado fama,  
Comerció con el ganado,  
Se dedicó á la labranza,  
Y fué respetado siempre  
Por el comercio de Málaga.  
El velo de la tristeza,  
Su agraciado rostro empañá,  
Y oculta negros pesares  
En el fondo de su alma,

Él en sus alegres años  
Por primera vez amara,  
Quiere olvidar y no puede,  
Que no olvida quien bien ama.  
La buena María lo adora,  
Sabe sus penas y calla,  
Sabe que su esposo gime  
Por un hijo que idolatra,  
Porque el amor de un buen padre  
Ni aun con la muerte se acaba,  
Que ese amor inestinguible  
Al cielo lo lleva el alma.  
Apenas los doce abriles  
Cumplió la hechicera Blanca,  
Cercáronla adoradores  
Y la lisonja bastarda,  
Y el engaño que seduce  
Y la adulacion que mata,  
Persiguieron á la niña  
Como á la paloma cándida  
Persiguen las gavilanes  
Desde el valle á la montaña.  
Lorenzo que en su amargura  
Perdida vió la esperanza,  
De hallar al hijo adorado  
Que con anhelo buscaba,  
Reconcentró su cariño  
En la hija de su alma.  
De la ciudad retiróse,  
Pues la ciudad le cansaba,  
Buscó en el fondo de un valle  
Donde ocultarse, una casa  
Que fuese de pobre aspecto  
Y no lujosa fachada,  
Y con sus sábios consejos  
Educó á su hermosa Blanca.  
Huye de los labradores,  
Y con ninguno se trata,

Y con su esposa y su hija  
 Cuando el resplandor del alba  
 Las tinieblas de la noche  
 Disipa con su luz clara,  
 Cuando á los fieles convoca  
 Con ronca voz la campana  
 Se dirige al santo templo;  
 Cuando la misa se acaba  
 Vuelven, y hasta el otro dia  
 No salen de su morada.  
 Lindo jardin embellece  
 Del buen Lorenzo la casa,  
 Y una hermosa enredadera  
 Que cuida la bella Blanca,  
 Cubre con sus verdes hojas  
 Una pequeña ventana  
 Y por ella se descubre  
 De un alto monte la falda.  
 Lorenzo busca á su hija  
 Y viendo que no la halla,  
 Se dirige silencioso  
 Al jardin, oye que hablan,  
 Y recogiendo el aliento  
 Junto á la pared se agacha.  
 Negro pensamiento cruza  
 El mar de su frente pálida,  
 Y escucha la voz de un hombre  
 Que está seduciendo á Blanca,  
 Brillan sus azules ojos  
 Con la expresion de la rabia,  
 Eleva la vista al cielo  
 Y triste á escuchar se pára.

—Con que ya lo sabes, niña,  
 Te lo suplico...

—Le ruego  
 que me deje.

—¿Qué te deje?

¿No sabes tú que te quiero?  
Te lo repito, mañana  
Has de salir;

—Yo no puedo.

—Yo no intento hacerte daño;  
Lo que solamente intento,  
Es á la luz de la aurora  
Dar por el valle un paseo.  
Oír á los ruiseñores,  
Mirar los retoños nuevos,  
Cojer un ramo de rosas...  
Irás al campo, hablaremos  
Sentados junto á una fuente,  
Volverás á casa presto.  
Sino vas, vendré á la noche  
Con algunos compañeros,  
Y te sacaré á la fuerza...

—Jesus! Jesus! santos cielos!

¿Y mi padre?

—¿Qué me importa?

Con que, sin falta te espero.  
Escoje...

—Qué triste suerte!  
Señor, me causa usted miedo.

Dijo con voz temblorosa  
La pura y sensible Blanca,  
Fué interrumpido el relato  
Por una pequeña pausa;  
El padre exhaló un suspiro  
De esos que salen del alma.  
Cuando fuertes emociones,  
La combaten, ya le faltan  
Las fuerzas y desfallece;  
La palidez de su cara  
Manifiesta los dolores  
Que allá en su pecho batallan.  
¡Pobre Lorenzo! ¡La hija

Que con esmero guardabas,  
 El arcángel de tus sueños,  
 La pura Azucena cándida,  
 La hermosísima paloma  
 El milano la acechaba.  
 No permitas, no permitas  
 Que la destrocen sus garras.  
 ¿Y quién es el hombre aleve  
 Que de ese modo le habla?  
 ¿Por qué tiembla, por qué tiembla  
 La pobre niña asustada?  
 ¿En dónde y cuándo vió al hombre  
 Que de tal suerte la trata?  
 ¡Pobre *Azucena del Valle!*  
 ¡Pobre padre! ¡Pobre Blanca!  
 De nuevo el desconocido  
 Vuelve á tomar la palabra,  
 Y el triste Lorenzo escucha,  
 Que en verdad le interesaba  
 Saber, si la niña acepta  
 La cita al rayar el alba.

—¿Saldrás mañana?

—¡Dios mio!

Ya le he dicho que no puedo.

—Vendré á robarte á la noche,  
 Comprometerás al bueno  
 De tu padre; yo he de verte  
 De cualquier modo.

—Primero

Es mi padre que mi vida.  
 Saldré, saldré.

—Bueno, bueno,

Cuidado como me engañas.  
 (Ya entre mis brazos la tengo.)  
 Hasta mañana, bien mio.

—Me deja el corazon muerto.

Calló la niña y por su faz de rosa  
Lágrima lenta de pesar corrió;  
Sobre la palma de su mano hermosa  
Su lánguida cabeza reclinó.

Vé disiparse su ilusion, su encanto,  
Se aumenta su inocente frenesí,  
Vierten sus ojos abundante llanto,  
Confuso siente el corazon latir.

Su amor naciente con su pena lucha  
Que á su alma vírgen laceró el dolor;  
El docto padre su lamento escucha  
Y tiembla por la hija de su amor.

Latir su pecho vigoroso siente  
Y henchida el alma de furor sin fin,  
La mano lleva á su abrasada frente  
Y silencioso abandonó el jardin.

---

## VI.

### Los contrabandistas.

Suspiros que de mí salgan  
Y otros que de tí vendrán,  
Si en el camino se encuentran  
¡Qué de cosas se dirán!

A tu querer lo comparo  
Con la luz de un montañés,  
Viene un borracho la apaga  
Y otro la vuelve á encender.

*Coplas populares.*

ANGELES edificaron  
A Málaga la querida,  
Lánguida vírgen dormida  
A la orilla de la mar.  
Como una fragante rosa  
Sobre el tallo se levanta,  
Y con sus trinos le canta  
El ruiseñor al pasar.

Eterno vergel de flores,  
Casta deidad hechicera,  
Estrella que reverbera  
En un cielo de zafir.  
Remedo del paraiso,

Ramo oloroso de aroma,  
Málaga es una paloma  
Que vá del nido á salir.

Garza de bello plumaje  
Sobre un valle levantada,  
Que eleva la vista airada  
Hácia la etérea region,  
Cual cisne de blancas plumas  
Busca del agua el halago  
Y del trasparente lago  
Se desliza en la estension.

Málaga la nazarena,  
Los celestes querubines  
Por habitar tus jardines  
Descendieron del Eden.  
Las vírgenes del Olimpo  
Con sus manos primorosas,  
Orlaron con blancas rosas  
Tu noble y serena sien.

Málaga, rica matrona,  
Bella como la esperanza,  
Noche de luna en Bonanza,  
Símbolo de bendicion.  
Fanal de régia nobleza,  
Encanto de Andalucía,  
Tu cielo presta alegría  
Al herido corazon.

¿Quién no contempla estasiado  
A tu catedral famosa,  
Cuya torre portentosa  
Se divisa desde el mar.  
Y parece que arrogante  
Mira á la costa moruna,  
Y á la tosca media luna

Intenta desafiar.

Silfide voluptuosa  
Que envuelta en lijeros tules,  
Sobre las ondas azules  
Del claro y sereno mar,  
Muellemente te reclinas  
Con magestad soberana,  
Hermosísima sultana  
De candoroso mirar.

Son saludables tus brisas,  
Son tus campos seductores,  
Y tus prados y tus flores,  
Y tu aspecto celestial:  
Tu cielo azul y esplendente  
Se tiñe color de rosa,  
Pues eres Málaga hermosa  
Preciada perla oriental.

No muy distante de Málaga  
Y algo mas léjos de *Mijas*,  
Entre las veredas fijas  
Que conducen á *Alhaurin*,  
Casi á la falda de un cerro  
Hay una estrecha llanura,  
Que dá entrada á la espesura  
De un ancho bosque sin fin.

Al traves de los arbustos  
Se vé una cueva entre breñas,  
Por dos seculares peñas  
Tapada la puerta está.  
Apretados matorrales  
La defienden, y altos pinos  
Por entre zarzas y espinos  
A la honda cueva se vá.

Al pié de vieja colina  
Rodeada de montañas,  
Un arroyo entre espadañas  
Se arrastra murmurador.  
Y al dejar el ancho valle  
Por sobre la alfombra verde,  
Su linfa pura se pierde  
Con delicioso rumor.

Nuevos árboles adornan  
La estension del bosque umbrío,  
Y bajo un sauce sombrío

Angosta mesa se vé.  
Sirve un peñasco de asiento,  
Y una nutrida enramada  
Sobre la mesa enlazada  
Hace que sombra le dé.

Es la hora en que las aves  
Saludan al nuevo día,  
Y ostenta su lozanía  
El fértil suelo andaluz.  
Vestida de blanco y rosa  
El alba fresca y galana  
Sale anunciar la mañana  
Con su benéfica luz.

Allí en tan silvestre asilo  
Callado el viento reposa,  
Que en aquel sitio se goza  
Completa tranquilidad.  
Allí á la naturaleza  
Se ama con loco entusiasmo,  
Que allí no llega el sarcasmo  
Del mundo y la sociedad.

Hay tres caballos sujetos  
A corpulentas estacas,  
Y dos impacientes jacas  
Que diestras en correr son,  
Relinchan, bufan, patean,  
Y entre mantas y retacos  
Hay cien fardos de tabaco  
Al pié de un grueso peñón.

Allí habita una partida  
A las órdenes de un hombre,  
Que se ha adquirido el renombre  
De valiente por doquier.  
Viviendo del contrabando

Siempre habita en las montañas,  
Y en sus nocturnas campañas  
Sabe morir ó vencer.

*Señó Paco* es el teniente  
Y *Anton Berrinchez*, el cabo,  
Y por *Juan Antonio el Bravo*  
Conocen al capitan;  
Los compañeros restantes  
Son todos trabajadores,  
Sirven á los superiores  
Con interminable afan.

Ya *señó Paco* es un viejo  
Que cuenta sesenta años,  
Los crueles desengaños  
Hirieron su corazon,  
Por su notoria experiencia  
En las cosas de la vida  
Lo respeta la partida  
Con especial distincion.

Regañon y maldiciente  
Tuerto y muy mal encarado,  
Pelo crespo, corcovado  
Y de estatura ruin;  
Boca grande, negro rostro,  
El buen teniente asustaba,  
Pero en su pecho abrigaba  
Un alma bondosa en fin.

Compasivo y cariñoso  
Al desvalido socorre  
Y cuando á caballo corre  
*Tio Paco* no tiene igual;  
Porque apesar de sus años  
Es ágil y diligente,  
Muy precavido y valiente

Pundonoroso y leal.

Viejo de terribles fuerzas  
 Cuando en la lucha batalla,  
 Su valor no tiene valla,  
 Que es inmenso su valor:  
 Con el amor de un buen padre  
 A *Juan el Bravo* corrige  
 Y á la cuadrilla dirige,  
 Que es el viejo pensador.

Si le pregunta cualquiera:  
 —Hombre! ¿Está usted enamorado?  
 Frunce el entrecejo airado  
 Sin dignarse responder.  
 O le contesta:—Buen hombre,  
 Oiga usted lo que le digo,  
 Si quiere usted ser mi amigo  
 No me miente á la muger.

*Anton Berrinchez* es un mozo  
 De unos veinte y seis abriles,  
 Y entre los hombres gentiles  
 Se eleva por su valor.  
 Pelo negro, tez morena,  
 Buen mozo y de buen talante,  
 Zambrero, tuno, insultante,  
 Pendenciero y jugador.

En extremo recatado  
 Obra siempre con perfidia,  
 Pues vino la ciega envidia  
 Su alma noble á conmovier.  
 Por lo listo y lo valiente  
 Le nombró el teniente *cabo*  
 Y odia el mozo á *Juan el Bravo*  
 A quien no puede vencer.

De palmas acompañado  
 Un contrabandista canta;  
 Tendidos sobre una manta  
 Otros descansando están.  
 Pica un tabaco el teniente;  
 Otro cantando se queja,  
 Mientras los naipes maneja,  
 El *Berrinchez* con afán.

Las horas que el jefe ha dado  
 Para entregarse al sosiego  
 Las invierten en el juego  
*Berrinchez* y *Rafael*;  
 Que es otro contrabandista  
 De tan pésima calaña,  
 Que á su mismo padre engaña  
 Con egoismo cruel.

Encendió yesca el teniente:  
 Con voz bronca el vigilante  
 Dió un silbido penetrante  
 Anunciando al capitán.  
 —Señores! vamos arriba,  
 Que ya se acerca su jaco:  
 Y todos trás del tío *Paco*,  
 A hacerse presentes van.

Con el insulto en los ojos  
 Y en el rostro la amargura,  
 A caballo en la espesura  
 El gefe se presentó.  
 Y apeándose de un salto  
 Tendió enrededor la vista,  
 Y á un jóven contrabandista  
 Caballo y manta entregó.

Inclinando la cabeza  
 Saludó á la compañía,

Señal que el gefe venia  
 Muy triste y de mal humor.  
 Quitóse airado el sombrero,  
 Mandó retirar la gente,  
 Sentó á su lado al teniente  
 Y le dijo con furor:

—¿Qué novedades ha habido,  
 —Ninguna, se fué el *Pelao*.  
 —¿Antonio está mal herido?  
 —¿No sabes lo que ha *pasao*?  
 —Tio Paco, nada he sabido.

—Se hizo una cortadura,  
 Le puse una cataplasma  
 Y me salió mal la cura,  
 Se ha empeñado ese fantasma  
 En irse á la sepultura.

—¿Le sentó la cura mal?  
 —Mal le sentó por lo visto,  
 ¿Se le abona su jornal?  
 —Tio Paco, por Jesucristo.  
 Mándelo usted al hospital.

Que se vaya prontamente;  
 —Se irá, toma ese tabaco,  
 ¿Qué es lo que tu pecho siente?  
 Tengo que hablarte...

—Bien Paco,  
 —Aquí no, que oye la gente,

Juan al tio Paco siguió  
 A otro lugar apartado,  
 En un banco se sentó:  
 Sentóse el teniente al lado  
 Y de este modo le habló.

—Conmigo franco has de ser;  
 Vas á decirme enseguida  
 Quién causa tu padecer.  
 —¿No ha querido usté en su vida,  
 Paco, á ninguna muger?

—Nunca dí mi corazon.  
 De las mugeres emigro,  
 Y me asiste esta razon,  
 «El que huye la ocasion  
 Jamás encuentra el peligro.»

Nunca fuí yo mameluco,  
 Y quiero, por San Antonio,  
 Que antes me mate un trabuco,  
 Que me endose un suegro cuco  
 El cordel del matrimonio.

Tú ya me has dicho que adoras  
 A una muger muy bonita,  
 Que por su cariño lloras...  
 —Vamos, que se van las horas,  
 ¿Quién le llevó la esquelita?

—Apenas dieron las siete  
 Dí tu carta al sevillano,  
 Tomó el camino el pobrete  
 Y en la casa del anciano  
 Dice que dejó el billete.

—¿Estaba la moza allí?  
 —Eso es lo que yo no sé.  
 —¿A quién se la entregó, dí?  
 —A nadie...

—Bestia de mí,  
 ¿Por qué yo no la llevé!

—Yo nunca me he enamorado

Ni creo en el amor tampoco,  
Y siempre, Juan, he pensado  
Que el hombre que sea casado  
Viene á ser dos veces loco.

Cásate tú con placer,  
Y no tendrás que sufrir,  
Cuando veas una muger  
Sin boca con que pedir  
Y sin ojos con que ver.

La tranquilidad te quitas  
Con tu querer bullanguero,  
Tienes lo que necesitas;  
¡Las mugeres! no las quiero  
Aunque me las den benditas.

—Yo no puedo comprender  
Que sea feliz en la tierra  
Quien nunca supo querer!  
No sabe usted lo que encierra  
El alma de una muger.

Que tenga usted esa aversion  
A las mugeres, me extraña!  
—Hombre, yo tengo razon.  
—Me ha robado el corazon  
La mejor moza de España!

Sus ojillos son dos soles,  
Un cuerpo que dá las dos,  
Piés chiquitos, españoles.  
Y una boca, ¡caracoles!  
Qué jembra, ¡válgame Dios!

Le roba la paz al alma  
Esa hechicera criatura,  
Al verla perdí la calma

¡Ay se cimbreo su cintura  
Como se cimbreo una palma!

Al verla andar ¡qué poder!  
Aquel que mas valor tenga  
Dice que no puede ser  
Que un pié tan chico sostenga  
El cuerpo de esa muger.

Al mirar tanta hermosura  
Se vuelve la razon loca,  
Y amarla el alma procura,  
Porque tiene esa criatura  
La primavera en la boca.

Paco, quiero á esa muger  
Y no la puedo olvidar,  
Y la tengo que querer  
Aunque me haga rabiarse,  
Y sufrir y padecer.

—Bueno, comprendo tu afan  
Ya sé tus penas y callo,  
Olvida á esa muger, Juan,  
Que yo te pondré un serrallo  
Mejor que el del gran sultan.

Se comió Adan la manzana  
Y Luzbel dijo fiero,  
La muger será sultana,  
Y el hombre será el carnero  
Que suelte siempre la lana.

A un criminal van á ahorcarlo:  
Esto es hablar sin malicia,  
Pues bien, en vez de matarlo,  
¿Qué debia hacer la justicia  
Para escarmiento? casarlo.

Juanillo, por San Pascual,  
No conviene ese belén,  
Te lo aseguro formal:  
Las mugeres quieren bien  
A los que las quieren mal.

Presumen y son coquetas,  
Quieren poco y hablan mucho;  
Mienten más que los poetas,  
En esto, Juan, estoy ducho.  
Son muy falsas y veletas.

Te engañarán con salero  
Cuando les diga: te quiero:  
Te darán respuesta pronta  
Diciéndote: si hay dinero  
Dame pan y dime tonta.

Si te enciende esa pasión  
Dentro del pecho una fragua,  
Busca la resignación:  
Si te quema el corazón  
Bébetelo un vaso de agua.

Por mi patrón San Antonio  
Que esa muger no te peta,  
Créeme, sí, no seas bolonio:  
Sé que una muger coqueta  
Es más mala que el demonio.

Yo Juan, me lavo las manos,  
Porque mi sangre se cuaja  
Con tus amores tempranos,  
Ellas tienen pocos granos,  
Pues todas se vuelven paja.

¿Qué tienen? ¿qué son muy bellas?  
¿Que tienen lindos cabellos?

¡Por vida de las estrellas!  
 ¿No sabes tú que son ellas  
 Las perdiciones de ellos?

Mira, los años se van,  
 Y se van las alegrías  
 Y solo queda el afán,  
 Yo te juro que hace días  
 Que no te conozco Juan.

Te estás volviendo un *Sanana*  
 Ya no gozas como antes,  
 Te digo de buena gana  
 Que con tu madre y tu hermana  
 Tienes mugeres bastantes.

En cuanto el sol está ausente  
 Te vas á cantarle un polo  
 Y haces muy mal, francamente,  
 Porque me quedo yo solo  
 Para luchar con la gente.

Con ella me desatino,  
 Tú cojes la guitarrilla,  
 Bebes un vaso de vino  
 Y te largas al camino  
 A cantarle á esa chiquilla.

Conque olvídala ó me jundo:  
 Ponte alegre y á beber,  
 Mira Juan que yo me fundo  
 Que por causa é la muger  
 Se vá acabar pronto el mundo.

—Tio Paco, está usté de juego:  
 De escucharlo me cansaba  
 Y de su charla reniego.  
 Lo único que me faltaba

Era un romance de ciego.

Tio Paco bien sabe usted  
Que siempre lo he respetado  
Y... francamente, no sé,  
Con qué derecho me ha hablado  
De ese modo, ya se vé.

Me ha llamado usted *Sanana*,  
Se sale usted de su centro;  
Dice usted con voz ufana  
Que si salgo, que si entro...  
Voy donde me dá la gana.

—Hombre, Juan, yo siento mucho  
Que así tomes las razones  
Que por tu bien desembucho.  
Con esas contestaciones  
Me estás matando...

—¡Qué escucho!

—Tu génio no tiene enmienda  
Y con tu génio me aflijo.  
Vamos, contéstame prenda  
¿Si te echa mano la hacienda?  
¿Cómo te saco yo, hijo?

Haz lo que quieras *chorré*,  
Voy hablarte francamente:  
Como poco te se vé  
Por estos sitios, la gente  
Murmura, charla y... no sé.

Yo los oigo, y la verdá,  
Me hacen pasar un mal rato,  
Tanta, y tanta nesedá...  
—Tio Paco, el que sea lo mato,  
Diga usted su nombre ya.

—No te sofoques, Juanillo,  
 Mi trabuco tiene alpiste  
 Para despachar al pillo  
 Que sea deslenguado y chiste...  
 —¿A que murmura el Cabillo?

—Tiene malas intenciones.  
 —No lo puedo ver...

—Ni yo.

—No mas consideraciones,  
 Yo no quiero valentones.  
 Despáchelo usted...

—Eso no.

Súbito rumor de voces  
 Llega de Juan al oído,  
 Y se levanta atrevido  
 Y hácia la llanura vá,  
 Y mira al cabo *Berrinchez*  
 Con un puñal en la mano  
 Y á otro mozo jerezano  
 Que armado tambien está.

Dijo á *Berrinchez* el gefe:  
 —Ya llegastes á aburrirme,  
 Hazme el favor de decirme  
 ¿Quién es el que manda aquí?  
 Eres un tuno insolente  
 Y de tu casta reniego,  
 Dije que no queria juego.  
 ¿Vas á burlarte de mí?

Ha llegado á mis noticias  
 Que hablas mal de mí á la gente,  
 Que presumes de valiente  
 Y que fuistes un soplón,  
 Y estoy dispuesto á probarte  
 Hoy mismo en cualquier terreno

Que soy mas que tú, mas bueno  
Y tengo mas corazon.

Coje tus trastos y ahora  
Te largas de aquí enseguida,  
No te quiero en la partida,  
Largate al punto, chorré;  
Como me tomes en boca,  
Saldré á buscarte yo mismo  
Y te romperé el bautismo:  
Tio Paco, páguele ustedé.

Esto dijo Juan el Bravo,  
Mozo resuelto y valiente,  
Y volviéndose á su gente  
De este modo se expresó.  
—Señores, si aquí hay alguno  
Que siendo del cabo amigo,  
Está enfadado conmigo  
Que se largue y se acabó.

Tio Paco, vaya ustedé pronto  
Recoja ustedé esa navaja,  
Rómpame ustedé esa baraja  
No quiero juegos aquí.  
Y por Cristo le prevengo,  
Que ponga ustedé en este instante  
A la gente un vigilante  
Y que me dé parte á mí.

Sus cosas arregló el cabo  
Y en sorda cólera ardiendo,  
Montó en su jaca diciendo:  
—Nadie me volverá á vé...  
Y al salir de la llanura  
Atrás el rostro volvia,  
Y en voz muy baja decia,  
—Juan Bravo! me vengaré.

Sobre un caballo á galope  
 Llegó un mozo sevillano  
 Con una carta en la mano  
 Y al jefe se la entregó.  
 Al leer su contenido  
 Brillaron sus negros ojos  
 Y lleno el pecho de enojos  
 Con voz trémula exclamó:

—Me ha traído *Boca Negra*  
 Señores, una noticia,  
 Que apesar de la justicia,  
 A mi casa voy á ir.  
 Es de mi madre esta carta,  
 Há un año que no le he escrito.  
 ¡Ay! venganza necesito,  
 Oiga el que la quiera oír.

«Juanillo, me alegraré  
 Que al recibir esta carta  
 Estés bueno y tan tranquilo  
 Como lo desea mi alma.  
 No estoy buena, hace muy poco  
 Me levanté de la cama,  
 Y estoy muy triste, muy triste,  
 Y como siempre estoy mala,  
 Estoy esperando siempre  
 Para consuelo tus cartas.  
 Hijo, dí, ¿te has olvidado  
 De la madre que te ama?  
 Que te adora, que te quiere  
 Que está enferma por tu causa?  
 No me escribes, ¡ay, qué ingrato!  
 ¿Por qué no escribes, mi alma?  
 Mira, Juan, yo no te he escrito  
 Por no saber donde estabas,  
 Pues hace ya cuatro años  
 Que saliste de Granada,

Supé por el comerciante  
Que me dá lo que tú mandas,  
El sitio donde tú vives  
Y allí te mando esta carta.  
Muy pronto, Juan, hará un año  
Que me pasó una desgracia  
Que ya no puedo hijo mio  
Por mas que quiero, callarla.  
Un hombre infame ha robado  
Hace ya un año á tu hermana,  
A las doce de la noche  
Se fué la niña de casa,  
Le dí parte á la justicia,  
Sé que fueron á buscarla  
Pero no la han encontrado:  
¡Ay! no hay justicia en España.  
Yo no vivo sin mi hija  
Sin ella todo me falta.  
¡Qué así los hijos le paguen  
A la madre que los ama!  
Mira, siempre estoy llorando;  
El sentimiento me mata,  
Ven, ven á verme, hijo mio,  
Ven, que tu madre te aguarda.  
Tú no querrás que me muera,  
No, ven por la Virgen santa,  
Ven, á ver si conseguimos  
Que vuelva á parecer Clara.  
¡Estos hijos! ¡estas hijas!  
¡Ay! que el cariño no pagan  
De la madre que los quiere  
Que por ellos daría el alma.  
¿Qué es una madre sin hijos  
En este valle de lágrimas?  
A Dios, te espero, te espero:  
Juan, que te espero sin falta,  
A Dios, qué vengas, que vengas.  
¿Vendrás? tu madre

*Lutgarda.»*

Guardó el capitán la esquila  
 Con pasmosa sangre fría,  
 Y dijo á la compañía  
 Que le daba la razón:  
 —Voy á buscar á ese hombre  
 De mi familia el tirano,  
 Porque quiero por mi mano  
 Arrancarle el corazón.

Y aunque se esconda ese infame  
 En la Iglesia de la aldea,  
 Lo mato donde le vea  
 Sin que pronuncie Jesús,  
 —¡Hombre! contestó el teniente,  
 Por la gloria de tu padre,  
 ¿Acaso tiene tu madre  
 Mas esperanzas que tú?

Vete corriendo á tu casa,  
 Consuéla la por tu vida,  
 Yo quedo con la partida,  
 Y si apurado te ves,  
 Avisa al punto que todos  
 Iremos como leones,  
 A arrancarle los riñones  
 Como dos y una son tres.

Y si por buena fortuna  
 Pescas al *escalichao*  
 Que á tu hermana te ha *robao*,  
 Lo mandas al punto acá.  
 Y juro que de sus huesos  
 No quedará ni memoria,  
 Pues *guisao* en pepitoria,  
 Nos lo vamos á *jamá*.

—Señores, voy á mi casa  
 Mañana al rayar el día,

Me llama la madre mia  
Y á mi madre voy á ver.  
A trabajar con conciencia,  
Queda en mi puesto el teniente:  
Yo, señores, francamente  
Muy pronto pienso volver.

Y el bravo contrabandista  
Mandó preparar su jaco,  
Y con el viejo *tio Paco*  
Se puso de nuevo á hablar.  
Tomó el teniente instrucciones  
Del jefe, y con faz sombría  
Le dijo á la compañía  
Que fuesen á descansar.

---

## VII.

### La paloma y el milano.

Ya yo no vivo en la calle  
Donde usted me conoció,  
Ahora vivo en la plazuela  
Del Desengaño mayor.

—  
Me llaman el celoso  
¡Miren qué pena!  
Soy labrador y debo  
Guardar mi hacienda.

*Coplas populares.*

Trás la alta cumbre del añoso monte  
Ocultaba la luna  
Su blanquísima faz, grata dejando  
De estrellas esmaltado el horizonte;  
Una nube importuna,  
La azul esfera tímida cruzando,  
De plata la bordaba;  
El viento suspiraba,  
Su suspiro el arroyo repetía  
Y en su ignorado nido  
El ave espera el anhelado día.

En vano Blanca con ferviente empeño  
Anhela descansar, su faz de rosa

Una lágrima empaña silenciosa  
 Y su envidiable paz le niega el sueño;  
 Al escuchar la voz de la campana  
 Más la cuitada niña se desvela  
 Y á respirar el aire que consuela  
 Se sienta en su ventana.

Cuando el jardín abandonó Lorenzo  
 En pos del miserable  
 Que á su hija engañaba,  
 Lanzóse audaz, con furia le buscaba  
 Por el valle florido,  
 Pero el cobarde huía,  
 Y á la furia del padre se escondía.

El valeroso anciano  
 Tornó á su casa taciturno y triste:  
 Narciso el fiel amante  
 Su dolor manifiesta,  
 Al ver sufrir al bienhechor querido;  
 Triste suspiro lanza,  
 Pregúntale el mancebo entristecido  
 La causa de su mal, y él le contesta  
 Exhalando del pecho hondo gemido:  
 —«Necesito venganza;  
 Tengo de sangre el corazón sediento.»  
 Y llevando sus manos á la frente  
 Se dirigió furioso á su aposento.

Levantóse Narciso silencioso,  
 Y atónito á Lorenzo contemplaba:  
 Era la vez primera que le hablaba  
 Con tan ciego furor; la triste madre  
 En silencio sufría  
 Al ver que el buen esposo que adoraba  
 Ni sus negros pesares le contaba  
 Ni con ella sus penas compartía.

Súbito pensamiento  
 Acarició la mente de Narciso.  
 Con ímpetu violento  
 Latió su corazón, sus negros ojos  
 Brillaron de furor, pronunció un nombre  
 Con voz entrecortada y temblorosa,  
 Y á la madre afligida.  
 Que triste y silenciosa  
 Apuraba las penas de la vida,  
 Le dijo el jóven con turbado acento:  
 —Su niña adora á un hombre:  
 Su padre ha descubierto  
 Sus amores tal vez, mi adversa estrella  
 Lo habrá dispuesto así, negra es mi suerte;  
 Mucho la quiero y velaré por ella,  
 Si ama á otro hombre, si su amor es cierto...  
 Su amor ¡Dios mio! me dará la muerte.

Esto el mancebo dijo;  
 Y luego repetía:  
 —Consuelo espero á mi dolor en vano.  
 Besó la ardiente mano  
 De la triste María,  
 Y por el grato y floreciente llano  
 Que á su humilde morada conducía  
 Fuese Narciso y trémulo exclamaba:  
 —Hermosa Blanca mía,  
 Mi tierno corazón siempre te adora,  
 Mi corazón amante me engañaba,  
 Me causará la muerte tu desvío...  
 Yo te veré cuando amanezca el día.  
 Dijo y perdióse en la arboleda umbría.

Gime el triste Lorenzo desvelado;  
 El retumbante son de la campana  
 Penetrando en su oído  
 Llega á su corazón; súbitamente  
 Levántase el anciano;

Por el ancho aposento se pasea,  
 Coge el reloj con temblorosa mano,  
 Se sienta de repente  
 Y oculta entre sus brazos la ancha frente,  
 Su cabeza abrasaba  
 El fuego de una idea.  
 A su misma razon le preguntaba  
 Por qué la hija querida,  
 Que con prolijo esmero vigilaba,  
 Dejándose arrastrar de un devaneo,  
 Su autoridad burlaba  
 Y en su inocencia cándida dormida  
 Escuchaba el inícuo galanteo  
 Del infame impostor que la engañaba.  
 —¿De qué me sirve, exclama, la experiencia  
 Si ha disipado mi horrorosa suerte  
 Mi seductora calma?  
 No ha dejado á mi hija la inocencia,  
 Y un hombre viene á emponzoñar su alma,  
 A disipar su plácida alegría,  
 A engañar su inocencia infamemente,  
 Y á empañar la pureza de su frente.

Cuando el dolor su corazon desgarrá,  
 Y su alma exhala lánguido gemido,  
 Escucha el triste anciano sorprendido  
 El melodioso son de una guitarra.

De una voz argentina el dulce acento  
 En su estancia resuena:  
 Suspende absorto su murmullo el viento,  
 Que en la noche serena  
 Esa voz parecia  
 El suspiro de un alma enamorada  
 Que en el azul del cielo se perdía.  
 Esa voz arrebatá  
 Del triste corazon la pena impía.  
 Al escuchar la amante serenata,

La candorosa Blanca sonreía  
Y de puro placer se estremecía.

Cuando Lorenzo escucha  
Del nocturno cantor la dulce queja,  
Sin comprender lo que por él pasaba,  
El blando sillón deja  
Y escucha atrás la reja  
La hermosísima voz del que cantaba.

### Serenata andaluza.

#### I.

Oye niña las penas que por tí siento,  
En tu hermosura siempre pensando estoy,  
Déjame ver tu rostro que es un portento,  
Quiero verte un instante, después me voy.  
En el azul del cielo tus ojos miro;  
Eres la blanca estrella de la mañana,  
Por tí me muero niña, por tí suspiro,  
Abre por Dios las rejas de tu ventana.

Ví tu cara de rosa  
Perdí mi calma,  
Déjame verte, hermosa,  
Perderé el alma.  
Sol de los cielos  
Del aire que respiras  
Tengo yo celos.

#### II.

Vengo niña á cantarte, porque te quiero.  
Mi esperanza, mi vida, mi bien tú eres,

Por eso, Blanca hermosa, te considero  
La mas pura y gallarda de las mugeres.  
Oye la triste queja del que te canta;  
Vente pronto á mi lado gachona mia  
Y en mi caballo negro, sobre mi manta,  
Verás los bellos campos de Andalucía.

Veremos la pradera  
Brotando flores,  
Y cantar por doquiera  
Los ruiсеñores.  
No seas tirana,  
Abre niña las rejas  
De tu ventana.

## III.

No hagas niña hechicera que el pecho estalle,  
No me maltrates, Blanca, con tus rigores,  
Cual yo te adora, niña, la flor del valle;  
Pues con tu aliento viven las demás flores.  
Eres la dulce madre de las palomas,  
Oye la triste queja del que te llama,  
Es tu pecho amoroso nido de aromas;  
No desgarres el pecho del que te ama.

Si en la noche callada  
La blanca luna  
Mueve el agua azulada  
De la laguna,  
Por tí suspiro,  
Que en el fondo del agua  
Tu imágen miro:

## IV.

Tengo un árbol frondoso que te dé sombra;  
 Lo adornó con sus galas la primavera;  
 Tiene al lado una fuente que á tí te nombra,  
 Cuando sus aguas vierte, niña hechicera.  
 Las auras lo acarician y el sol lo doña,  
 Y se vá la tristeza que al alma oprime  
 Cuando al mundo despierta la blanca aurora  
 Y el arroyo murmura y el ave gime.

Vente pronto á mi lado,  
 Paloma mia,  
 Mi pecho enamorado  
 Tu amor ansía.  
 No seas tirana,  
 Abre por Dios las rejas  
 De tu ventana.

Calló el cantor, y el melodioso acento  
 De su trova sencilla y amorosa  
 En sus ligeras alas llevó el viento  
 Hasta la estancia de la niña hermosa.  
 Cuando la llama del amor sentimos  
 Que nos abrasa el alma,  
 Y la voz escuchamos  
 Del bendecido objeto que adoramos,  
 Torna al pecho la calma.  
 Para el amor vivimos  
 Y todas nuestras penas olvidamos.  
 Blanca en éxtasis dulce sumergida  
 La tierna serenata habia escuchado  
 Del rendido galan que la adoraba.  
 Olvidó su partida  
 Para el bosque fatal, habia olvidado  
 Que á la falda del monte la esperaba  
 Un seductor malvado.  
 De sí misma la niña se olvidaba.

En su sensible pecho habia brotado  
 Un misterioso y noble sentimiento,  
 Y la inocente jóven no sabia  
 Que su breve contento,  
 Y la pura emocion que la encantaba,  
 Y el fuego intenso que en su pecho ardia;  
 La flor de su inocencia marchitaba,  
 La calma de su pecho destruia.

En su lujosa manta  
 Embozóse el cantor, y preparando  
 Las bridas del caballo con destreza  
 Montó de un salto en la andaluza silla.  
 Despues con gentileza  
 Le dijo á su corcel;—Corre! me espanta  
 Que el *resguardo* me atrape;  
 Vamos á defender el contrabando,  
*Azar!!!* dijo, y el potro relinchando  
 La crin sacude y se tendió al escape.

Lorenzo que habia oido  
 Del triste amante la amorosa queja,  
 Comprendiendo quien fuera el atrevido  
 Que á la cerrada reja  
 De su Blanca querida  
 Le cantaba con voz entristecida  
 Sus ansias y dolores,  
 Abandonó su casa, y affigido  
 Dirijióse del valle á la espesura,  
 Su situacion horrible ha comprendido,  
 Y así dice gimiendo de amargura:  
 —Hízome desgraciado  
 La primera ilusion de mis amores:  
 Comprendo la pasion del que ha cantado.  
 Su amor á mi hija llama  
 Y mi hija tal vez lo habrá escuchado:  
 ¡Ay! qué será de mí si ella lo ama.

Del plateado oriente  
Envuelta en nubes de amaranto y grana,  
La sonrosada aurora,  
Gallarda cruza la region del cielo,  
Y de su blanca frente  
Tímida y refulgente  
Brotó la tibia luz de la mañana.  
Despiértanse las flores  
Salpicadas con gotas de rocío;  
Perfuman sus olores  
Al valle hojoso, al descuidado nido  
Tornan á descansar los ruiseñores  
Y en la arboleda umbría  
Canta la alondra saludando al día.

Manso susurra el viento  
Y le responde murmurando el río;  
El cáliz abre la naciente rosa,  
Y la fértil llanura  
Cruza cantando alegres pajarillos,  
Con blando movimiento  
Las hojas de los árboles se agitan,  
En la pradera hermosa  
Triscan los inocentes corderillos,  
De azul púrpura y oro  
Se tiñe el Occidente,  
Y ante la blanca aurora  
Tímida huye la flotante nube;  
Trás del lejano monte,  
Lanzando rayos de su luz divina,  
Al ancho espacio de los cielos sube  
El sol radiante, y esplendente dora  
El perfumado valle y la colina.

Con temblorosa mano  
Abrió la endeble puerta  
La candorosa Blanca, y vacilante  
Por la senda desierta  
Que á la falda del monte conducia,  
Trémula caminaba:  
Su corazon con ímpetu latia,  
Triste se amedrentaba,  
Atrás el rostro con temor volvia  
Que de sus propios pasos se asustaba.

Le robó su semblante  
Su dulce palidez á la Azucena,  
Se adorna el ancho prado de esmeralda  
Y en la menuda arena  
Donde su huella imprime  
La hermosa Blanca, de zafir la dora,  
El viento enamorado  
Besa la nívea espalda  
De la inocente niña,  
La tortolilla gime  
Lamentando la ausencia de la hermosa,  
La persigue la alegre mariposa,  
La saludan los pájaros cantores,  
Sus perfumes le dan las gayas flores;  
Porque Blanca querida  
Vá difundiendo animacion y vida  
Y admirando su gracia y su belleza  
La bendice tambien naturaleza.

Incauta la avecilla,  
Apenas mueve las nacientes alas,  
Abandona su nido:  
Y al ver el campo por la vez primera  
Con entusiasmo trina,  
Y despreciando altiva la pradera  
Ráuda se eleva al azulado cielo;  
Y allí con grato anhelo

Desdeñosa no quiere  
Bajar gallarda al floreciente suelo,  
Cuando reina del aire se imagina  
El inhumano cazador la hiere,  
Y entre sus alas ocultando el pico  
Baja al prado que altiva despreciara  
Y envuelta en sangre la cuitada muere.

La candorosa Blanca,  
Semejante á la incauta tortolilla,  
Su nido abandonando  
Se dirige del bosque á la espesura  
Sin ver que el cazador la está acechando,  
Y aleve tronchará con mano impura  
La delicada flor de su hermosura.  
¿Por qué deja la niña  
La dulce calma del hogar materno  
Y á la feraz campiña  
Se dirige afanosa  
Acariciando un pensamiento eterno?  
De su propia ignorancia satisfecha  
Sin comprender del mundo los rigores  
En pos del miserable que la acecha  
Caminando atrevida  
Vá á apurar sin saberlo los dolores  
Que emponzoñan las horas de la vida.

Tórtola estraviada,  
Vuelve á tu ameno valle,  
Torna otra vez al nido abandonado,  
No pruebes del destino la violencia  
Y conserva en tu pecho sosegado  
La inapreciable flor de tu inocencia.

Adorna una colina  
De risueña vertiente,  
Una estensa llanura,  
Por una fresca alfombra tapizada  
Y cuya grama verde  
Por el llanto del alma humedecida  
Aumenta su hermosura;  
Susurra entre las flores  
Entreabiertas al soplo de las brisas  
Un límpido arroyuelo,  
Y al reflejar en sus azules aguas  
Del sol naciente el rayo  
Brotan chispas de oro  
Salpicando de plata el pavimento  
De la llanura hermosa,  
Y á los besos del aura enamorada  
Fragancia esparce la entreabierta rosa.

Del arroyo las márgenes decoran  
Los álamos frondosos,  
Cuyos blancos ramages  
Al soplo de los céfiros temblaban,  
De la cuitada tórtola el arrullo  
Al ruiseñor amante conmovia,  
Las aves saludaban  
Al astro augusto que preside el día  
Y el cielo, el mar, las aves y las flores  
El corazón llenaban de alegría:  
Natura entera respiraba amores.

Un hombre al parecer de siete lustros,  
De rudo continente,  
Morena tez, y penetrantes ojos,  
Altiva la mirada y altanera,

De mediana estatura y mal formado  
Y de pequeña frente,  
Inquieto se pasea  
Por el risueño prado  
Con la ansiedad terrible del que aguarda:  
Cruel incertidumbre lo domina  
Señal segura que al que espera tarda.

No revela su rostro  
Ni la amable bondad ni la franqueza,  
Por sus delgados labios,  
Vaga constantemente una sonrisa  
Hija tal vez de su intencion traidora.  
Pródiga le dotó naturaleza,  
Del don de seducir, pero le faltan  
Sentimiento y valor; sin fe ni acierto,  
Cruza el infausto piélago del vicio:  
Ni á la amable muger constante adora  
Ni á la virtud respeta,  
Lo arrastra á un precipicio  
Su misma desventura,  
Su perversa intencion á su alma inquieta  
Le niega un sentimiento  
De ternura y amor, aleve engaña  
Con falso juramento  
A la niña inocente  
Que candorosa su pasion escucha,  
Y luego indiferente,  
En ódio convirtiendo la ternura  
Con que amarla fingia,  
Triste llanto le arranca de amargura,  
Y su desdicha es tanta,  
Que en momento no mas todo le encanta,  
Un momento despues todo le hastía.

Alma de cieno y corazon de lodo,  
De la virtud sublime se burlaba,  
Y dudando de todo

Al pudor ultrajaba;  
Al contemplar el borde de un abismo  
Sus pasos al abismo dirigia,  
Y al mundo aborrecia,  
Porque se odiaba él mismo.

Si á una cándida niña  
De vírgen corazón y de alma pura  
En su camino hallaba,  
Con solícito anhelo la seguia,  
Astuto la engañaba  
Y si su amor mentido no acogia,  
Con astucia infernal la amenazaba;  
Y la medrosa jóven lo queria,  
Cuando el sensible pecho emponzoñaba  
De la niña inocente  
Con mofador semblante sonreia  
Y luego se marchaba indiferente.

En su pecho no existen ilusiones  
Ni fe en su corazón, seco en el alma  
El dulce manantial del sentimiento,  
Sus violentas pasiones  
Disiparon su calma,  
Aborto del infierno  
Avido siempre de insufribles males  
Invocaba las furias del averno  
Y el escarnio y horror de los mortales.

En brazos de los vicios  
Alarde haciendo de su suerte mucha  
Y con la noble sociedad en lucha,  
El pecho henchido de rencor profundo,  
De los ajenos males se alegraba,  
Su pecho de placer se estremecia  
Al escuchar la voz de un moribundo  
Que trégua á sus dolores imploraba.

Martin Sanchez y Orgaz, tal es el nombre  
De este pérfido hombre,  
Sin virtud y sin fé, solo en la tierra,  
Con su propia conciencia por castigo,  
Maldito por los justos y los buenos  
De la casta virtud, torpe enemigo,  
Se mofa del desprecio que recibe  
Y satisfecho de su audacia vive.

No existen ilusiones en su pecho  
Ni el pundonor en él tuvo cabida,  
De sí mismo el aleve satisfecho  
A la jóven querida  
Con impaciencia aguarda,  
Que no se apiada del copioso llanto  
Que su víctima vierte,  
Y contento se goza en el quebranto  
De la que en él cifraba su ventura,  
Su bien, su dicha, y su futura suerte.

Algunas veces el terror le asusta,  
Se asombra de sus propios pensamientos,  
Ahuyéntase su calma,  
Maldice del destino la violencia,  
Que escucha resonar dentro su alma  
El grito vengador de la conciencia.  
Ese lúgubre grito que resuena  
En el fondo del alma envilecida,  
Es del remordimiento la cadena  
Que aprisiona las horas de la vida.

Un lánguido suspiro  
Que arrancara el dolor á un alma inquieta,  
Surcó los aires, y Martin atento,  
Vuelve el rostro asustado  
A uno y otro lado;  
—Pardiez; exclama, qué rumor he oido?  
Será el trino de un ave que ha cantado,

O el susurro del viento...  
 Dijo sereno y su semblante tapa  
 Al embozarse en su lujosa capa.

—Tarda la jóven... dijo,  
 Gran trabajo me cuesta esta conquista,  
 Vendrá, vendrá, de fijo,  
 No existe una muger que se resista  
 A mi modo de amar, conquisté á Elena,  
 A Julia y á Isabel, mas la Azucena,  
 Tanto le teme á su terrible padre,  
 Que hace un año que lucho con denuedo  
 Con su eterna virtud, ya he conseguido  
 Que al fin me tenga miedo  
 Y mi amoroso objeto veo cumplido.

La candorosa Blanca  
 Con vacilantes pasos,  
 Hácia el hombre fatal se dirigia,  
 Pálida y angustiada,  
 La hermosa faz en lágrimas bañada,  
 La rubia cabellera suelta al viento  
 Con ímpetu violento  
 Late su corazon; Martin al verla,  
 Dió un sofocado grito de alegría,  
 Exclamando ¡qué hermosa! ¡es una perla!  
 Gracias á Satanás, ya Blanca es mia.

En la olorosa boca,  
 Recogido el aliento,  
 Alarde haciendo de su fuerza poca,  
 Acercóse la niña  
 A Martin que estasiado la miraba.  
 —Hace tiempo, mi bien, que te aguardaba;  
 Siéntate, Blanca, que te sientes digo,  
 Angel bello, mi amor, yo te bendigo.

Con tembloroso acento

La jóven le contesta;

—Dígame usted por Dios qué es lo que quiere...

Yo no puedo explicar lo que me pasa,  
Hable pronto, señor, porque al momento,  
Que dé usted á mi pregunta la respuesta  
Con la ayuda de Dios, vuélvome á casa.

Con maligna sonrisa

Le responde Martin:

—Vamos despacio,

Ya ves, amada bella, que no hay prisa  
A lo menos por mí, tanto te quiero,  
Que hablar contigo de mi amor espero.  
El sol de la mañana  
Presta al valle sus rayos seductores,  
¿Y te quieres marchar, linda tirana,  
En vez de contemplar las gayas flores?

Este sitio es mejor que tu ventana,  
Tus miradas hermosas  
Aumentan el valor de esta llanura,  
¡Me pareces la reina de las rosas!  
Sígueme y gozaremos  
Del cuadro de la gran naturaleza,  
De amores hablaremos...  
Este sitio conviene á tu belleza.

—Yo no paso de aquí... respondió Blanca.  
Amante hija de mis padres soy,  
No olvide usted señor, que ellos no saben,  
Que he salido de casa, pronto, pronto,  
Hálleme usted señor, porque me voy.

—¿Quieres venir conmigo,  
Le preguntó Martin, niña adorada?  
Ven, y verás á la oriental Sevilla.  
Allí tendrás criados á millares.  
De mi título noble serás dueña,

Verás la maravilla  
 Que te reservo allí, baños de rosas,  
 Carretelas de lujo, palomares.  
 Iremos al teatro y al paseo,  
 Me casaré contigo,  
 Te compraré en el campo una casita  
 Y esclavo viviré de tu deseo.

—Cállese usted señor, contestó Blanca.  
 No quiero por Jesus que me acredite  
 Lo que me tiene dicho tantas veces.  
 ¿Por qué otra vez aquí me lo repite  
 Si siempre á sus anhelos me he negado?  
 Déjeme usted, señor, ¿por qué me llama?  
 Yo con mi padre amado  
 Vivo feliz señor, déjeme quieta.  
 Yo no quiero de hermosa tener fama  
 Busque usted por piedad, á otras mugeres  
 Que apaguen pronto de su amor la llama  
 Que yo tengo en mi casa mis placeres.

—No, no, hermosa mia  
 No desoigas mi amor, yo te lo ruego:  
 Yo ví estasiado tu hermosura un dia  
 Y sin tu amor ni vivo ni sosiego:  
 Dijo Martin; y se arrojó á las plantas  
 De la jóven hermosa  
 Estendiendo los brazos hácia ella;  
 La púdica doncella  
 Se alejó de su lado presurosa.  
 —¡Me estás desesperando, vive Cristo!  
 Dijo Martin con agitado acento.  
 Siempre contestas con tu amada madre;  
 Y á mi amoroso intento  
 Te opones en el nombre de tu padre;  
 Ha trascurrido un año  
 De inútil suplicar, la pasion mia  
 Adquiere con mi audacia nueva gloria.

No pienses que te engaño;  
Yo guardo en la memoria  
Del año entero la enredada historia.

Estremecióse Blanca,  
Los ojos alzó al cielo  
Y despues en el valle los fijaba,  
Porque la bella jóven comprendia  
Que Martin abusaba  
De su dulce inocencia y noble anhelo.  
—Oyeme pues, hermosa;  
Dijo Martin volviendo la cabeza  
En todas direcciones  
Por ver si algun testigo le escuchaba,  
Y luego sosegado  
Le dijo así:

—En Málaga, hechicera  
Te ví una noche al lado de un anciano,  
Y ledo al contemplar por vez primera  
Tu cándida hermosura  
Trocóse mi ilusion en densa hoguera  
Y mi amor hácia tí, rayó en locura.  
Supe despues que tu amoroso padre  
Con tan inmenso amor te idolatraba  
Que á la Iglesia tambien te acompañaba  
Y ni un momento sola te dejaba,  
Y asistias á las fiestas con tu madre.  
Comprendí tu inocencia  
Y cartas amorosas te escribia.  
Ingrata desdeñaste  
Mi amor ciego y profundo  
A mis cartas tampoco contestaste...  
—Señor yo las rompía  
Temiendo que mi padre las cogiera.  
—Bien; no hay poder en el mundo  
Que á mi intento se oponga.  
A mí me convenia

Que tu querido padre no supiera  
 Mis protestas, tu miedo, mis amores;  
 Por eso te decia  
 Que si tu padre viera  
 Que me hablabas de noche en tu ventana  
 Con la fuerza, mi bien, te robaria.  
 Ya miro realizado  
 El pensamiento mio.  
 ¿Quién rompe de mi amor los dulces lazos?  
 ¿Quién se atreve á arrancarte de mis brazos?  
 A tu padre y al mundo desafio.  
 Dijo Martin; y la inocente jóven  
 Que lo escuchó indignada,  
 Fijó en el seductor los bellos ojos;  
 Con el carmíneo tinte de la rosa  
 Sus pálidas mejillas se tiñeron.  
 Estaba tan hermosa  
 Que Blanca parecia  
 Una creacion por el amor formada  
 Que al alto cielo proteccion pedia.

—Jamás lo amaré, dijo:  
 Desde el primer momento  
 Que usted me habló de amor, por mi desdicha  
 Dijo mi corazon que no le amaba,  
 Usted me amenazaba  
 Con robarme del padre que amo tanto  
 Usted causa mi llanto,  
 Usted tambien me arrebató mi dicha.  
 Martin, le tengo miedo.  
 Por usted he sufrido mucho, mucho,  
 Y he salido de noche á la ventana.  
 Si mi adorado padre lo supiera  
 ¡Qué pena no tendria!  
 Usted con alma ufana  
 Me ha visto padecer de noche y dia.  
 Esta es la vez postrera  
 Que vengo á hablarle, con delirio adoro

A un hombre muy valiente.  
 Si no me deja usted, voy á decirle  
 Que es usted el causante de mi lloro.  
 Nada le he dicho á mi adorado padre  
 Por no aumentar sus prolongadas penas.  
 Por no verlo sufrir, yo vertiria  
 Gota á gota la sangre de mis venas.  
 Si usted vuelve otra vez, sabrá mi madre  
 Que usted me sigue cual vision maldita:  
 No quiero verlo mas que me anonada  
 Y miro retratada  
 La perfidia en usted; si sufro ha un año  
 Que usted me desespere y que me aflija,  
 Aquí lo desengaño.  
 Amo á mi padre como buena hija,  
 Valor mi pecho con su nombre adquiere;  
 Pero si usted inhumano,  
 Quiere que llanto por mi honor derrame;  
 Le arranco con arrojo soberano  
 Del pecho vil, el corazon infame.

Dijo Blanca pasándose la mano  
 Por su rubia y rizada cabellera;  
 Levantóse Martin y arrojó al suelo  
 Con sosiego la capa,  
 Y á la niña inocente  
 Le contestó con risa mofadora.  
 —Loca te considero  
 Doy al olvido tu insensata queja  
 Que no amedrenta al lobo carnicero  
 La débil amenaza de la oveja.  
 ¿Conque adoras á un hombre?  
 Júrote, hermosa, que al rival maldigo  
 Y pues le distes de valiente el nombre  
 Sin ser valiente partirás conmigo.  
 A ese amante veremos  
 De noche en tu ventana  
 Hablando con la brisa, partiremos...

Me sofoca el calor de la mañana.

—¡Jamás! ¡Jamás! ampárame, Dios mio!  
 Gritó la pobre niña  
 Y sus azules ojos  
 Se anegaron en lágrimas ardientes.  
 Con ansiedad miraba  
 Por el ameno llano  
 Que á su modesta casa conducia,  
 Y su esperanza única cifraba  
 En que alguno vendria,  
 Y al escuchar que amparo demandaba,  
 De Martin con valor la salvaria.  
 A nadie descubria  
 Y al lanzarse veloz á la carrera  
 El infame Martin que la seguia  
 Trémulo la detuvo entre sus brazos;  
 La hermosa jóven con denuedo lucha  
 Y la sujeta el mónstruo abominable  
 Diciéndole:

—Por siempre ya eres mia.  
 ¿Quién tus gritos oirá?

—¡¡Yo, miserable!!

Vociferó Lorenzo con presteza,  
 Que oculto en la maleza  
 Atento habia observado  
 El sacrilego intento del malvado.  
 Erizado el cabello,  
 Contemplando de Blanca la belleza,  
 Como el tigre bramando  
 Rayos despiden sus brillantes ojos,  
 Y de furia temblando  
 Un agudo puñal su mano agita.  
 En su ardoroso pecho  
 Hierve la sangre generosa y noble.  
 El ofendido anciano  
 A su mismo corage resistia.

Como al rudo aquilon resiste el roble,  
 El anciano valiente  
 Triunfó de la templanza:  
 Dentro del corazon su sangre ardia  
 Y cifrando en la suerte su esperanza  
 El indignado padre parecia,  
 El genio destructor de la venganza  
 Que á castigar al criminal venia.

Martin quedó asustado,  
 Pues el vil seductor no habia observado  
 Que el padre de la jóven le escuchaba.  
 De palidez cubierta las megillas  
 No pudo de valor hacer alarde;  
 Que el hombre que sorprende á la inocencia  
 Y tiembla en la presencia  
 Del ofendido padre que ultrajaba  
 No tiene corazon, es un cobarde.

Blanca al oir la voz atronadora  
 De su padre adorada,  
 Sobre la yerba del florido prado  
 Cayó la pobre jóven desmayada  
 Su hermosa cabellera dando al viento.  
 El padre al seductor con rabia mira  
 Y con robusto acento  
 Le dijo arrebatado en su ardimiento,  
 Henchido el pecho de terrible ira.

—Desde anoche, traidor, yo te acechaba.  
 En vano te serenas.  
 Con terrible ansiedad yo te buscaba  
 Para beber la sangre de tus venas.

Dice Lorenzo y á Martin se acerca  
 Con resuelta intencion, mas este astuto  
 Amartilló con calma una pistola  
 Y dijo en alta voz:

—Padre insensato,  
No se acerque usted á mí, porque lo mato.

El padre dió un rugido  
Y el infame Martin con alegría  
El arma levantó y osó apuntarle,  
Lorenzo lo miró con faz serena;  
Al tiempo de tirarle  
Rápido un hombre á socorrerle vino.  
Audaz detuvo con valor el brazo  
Del cobarde asesino,  
Y la pistola consiguió arrancarle.  
Volvió Lorenzo el rostro  
Y contempló á Narciso que suspenso  
Lo miraba tambien; Martin entonces  
Pusóse al punto en vergonzosa fuga  
Que aprovechando aleve á aquel instante  
En que el padre y Narciso no sabian  
Ni menos comprendian  
Como en aquel parage se encontraban,  
Lanzóse velozmente á la carrera  
Salvando la colina y la pradera;  
Narciso descargando la pistola  
Corre trás de Martin; el padre inquieto  
Se lanza trás el jóven que queria;  
Y Blanca quedó sola  
En la verde llanura,  
Víctima de su amor y su hermosura.

Airosos cabalgaban  
Sobre valientes potros corredores  
Cuatro contrabandistas generosos,  
Todos ellos llevaban  
Vestidos primorosos,  
Y caprichosas mantas de colores.  
Detuvieron los potros con presteza  
Curiosos á la jóven se acercaron,  
Y absortos al mirar tanta belleza

De sus nobles caballos se apearon,  
 —Colócala en la silla  
 Del potro cordobez, le dijo uno  
 Con donaire á su tosco camarada;  
 —¡Vive Dios! que es garbosa la chiquilla!  
 —¡Lástima que se quede desmayada!  
 —Vamos con ella, que la vea el teniente.  
 —Esta niña, Jesus, me vuelve loco,  
 —*Boca-Negra*, chiton...  
 —Calla importuno,  
 —¿No se puede decir lo que se siente?  
 Siempre digo las cosas poco á poco...  
 De nuevo se montaron,  
 A escape los caballos se tendieron  
 Y á la hechicera Blanca se llevaron.

## VIII.

### Angel y demonio.

Quise bien y aborrecí,  
Que no es delito en quien ama.  
Que cuando yo aborrecí,  
Mas que aborrecido estaba.

—  
Creo que no tienes alma,  
Ni has nacido en este reino,  
Sino que en la moreria  
Tuviste tu nacimiento.

*Coplas populares.*

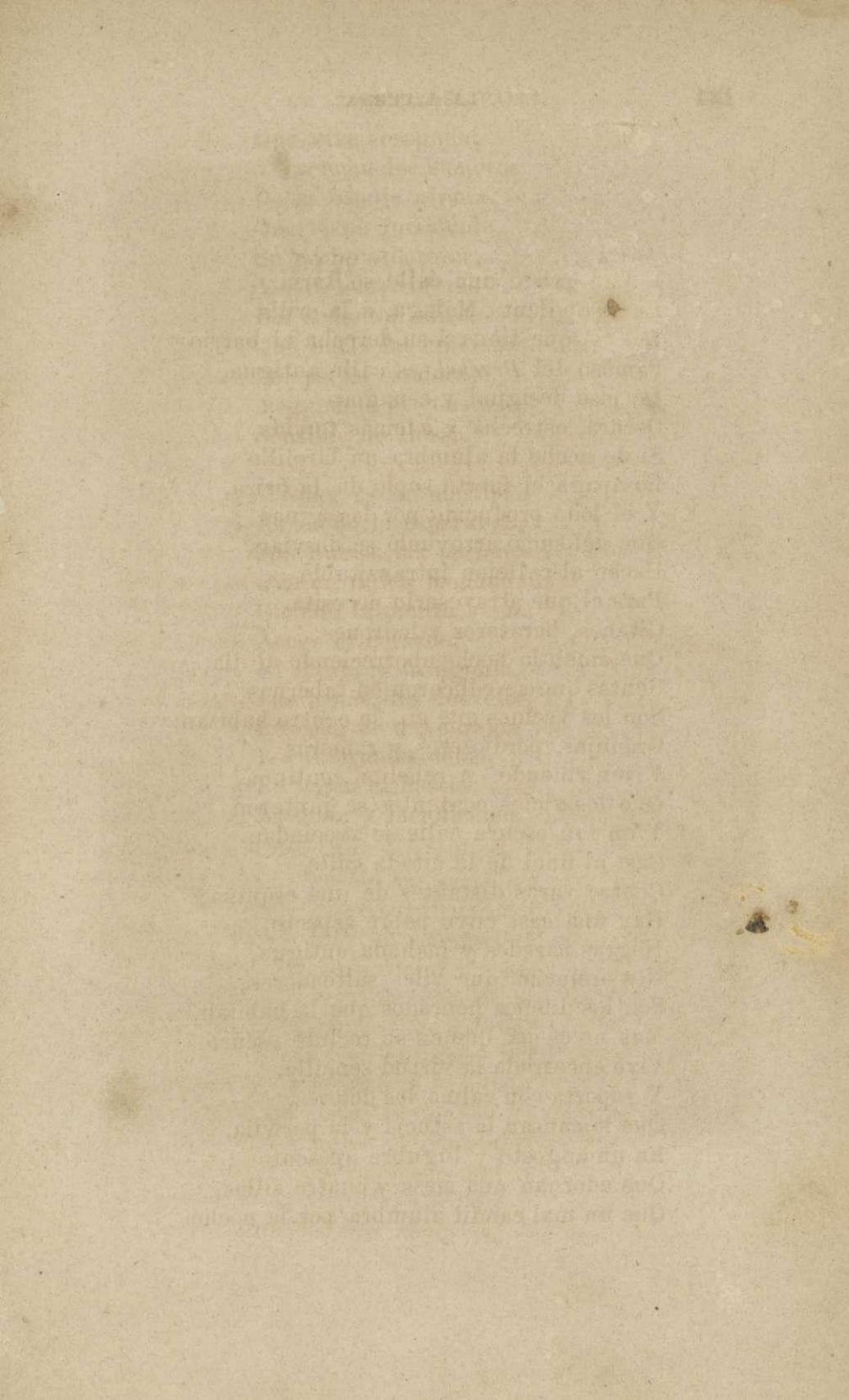
MÍSERO del que pierde  
Las ilusiones puras  
Y mira disiparse  
Los sueños de venturas,  
Quedándole tristezas,  
Delirios y afliccion;  
Le roba el desengaño  
Los goces de su alma,  
Disipan los pesares  
La seductora calma  
Que fuera la delicia  
Del tierno corazon.

¡Ay de la incauta niña

Que vive sosegada,  
Y escucha los suspiros  
De la lisonja airada  
Que viene furibunda  
Su pecho alborotar;  
Y sufre los rigores  
Del seductor odioso  
Que burla las creencias  
Del pecho candoroso  
Negándole el consuelo  
Sensible de llorar.

Amor es un martirio,  
Es sueño la esperanza,  
Son humos las pasiones  
Que en dulce bienandanza  
Cuando la mente sueña  
Acoge el corazón;  
El llanto y la agonía,  
Las penas, los desvelos,  
Los negros desengaños  
Los infernales celos  
Le legan el hastío  
La duda y la aflicción.

Aun existe una calle solitaria  
En la opulenta Málaga, á la orilla  
Del rio que tiene á su derecha el barrio  
Famoso del *Perchel*, es calle antigua,  
De piso desigual y cenagoso  
Oscura, estrecha y además torcida.  
Si de noche la alumbrá un farolillo  
Lo apagá el fuerte soplo de la brisa,  
Y el lodo producido por las aguas  
Que del sucio arroyuelo se desvian,  
Hacen al callejon intransitable  
Para el que atravesarlo necesita.  
Gitanos, barateros y ladrones  
Que aman la noche aborreciendo al dia,  
Gentes que se educaron en tabernas  
Son los vecinos que en su centro habitan:  
Granujas, pordioseros y rameras  
Viven riñendo en rebelion continua,  
Que los vicios contentos se juntaron  
Y en tan oscura calle se avecindan.  
Casi al final de la citada calle,  
Cuatro varas distantes de una esquina,  
Hay una casa cuyo pobre aspecto,  
Négras paredes y fachada antigua,  
Nos anuncian que viles salteadores  
Son los dueños honrados que la habitan.  
Mas no es así, que en su recinto oscuro  
Vive encerrada la virtud sencilla,  
Y soporta con calma los dolores,  
Que la causan la astucia y la perfidia,  
En un angosto y lúgubre aposento  
Que adornan una mesa y cuatro sillas,  
Que un mal candil alumbrá por la noche





Clara y su hijo.

Y los rayos del sol le niega el día,  
 Una triste muger de veinte abriles  
 Como una rosa en la mañana linda,  
 Duerme á un niño de negra cabellera  
 De bello rostro y celestial sonrisa.  
 La dulce palidez de la azucena  
 Cubre su faz espléndida y suavísima,  
 Y el fuego de sus lágrimas devora  
 El carmíneo color de sus mejillas.  
 Sobre un negro gergon de seca paja,  
 Al inocente niño deposita,  
 Y exhalando del pecho hondo gemido  
 Y abriendo una pequeña ventanilla  
 Que el término descubre de la calle,  
 Se asoma inquieta y á la calle mira:  
 Su tersa frente, sus hermosos ojos,  
 Su cabellera en trenzas recogida,  
 Su faz graciosa, sus purpúreos labios,  
 Y el tinte de tenaz melancolia  
 Que embellece su rostro y que revela  
 La pena grave que su pecho abriga,  
 Forman una muger jóven y hermosa  
 De esas que el bardo en sus delirios pinta.  
 La condujo su cándida belleza  
 De alegre campo á la mansion sombría  
 Donde el cáliz libó de los placeres,  
 Y el caliz apuró de las desdichas.  
 Abandona gimiendo la ventana;  
 Sobre la tosca mesa se reclina,  
 Fija los ojos en la endeble puerta,  
 Y exclama sollozando:

—¡Madre mia!

Madre del corazón! oye á tu Clara  
 Que llora de su amor arrepentida;  
 No puedo soportar tantos pesares,  
 ¡No puedo resistir tantas desdichas.  
 De una voz ronca el vigoroso acento  
 Le anuncia que el que aguarda se aproxima:

Abrió temblando y en su bello rostro  
 Se retrata el horror que la domina.  
 Entre los pliegues de su capa envuelto  
 Un hombre entra y con mirada altiva,  
 Mandó cerrar la puerta, y agitado  
 Soltó la capa y se sentó en la silla.

Quedóse pensativo;  
 Clara fijando en él sus negros ojos  
 Trémula de terror lo examinaba.  
 —Yo no sé como vivo!  
 Exclama el hombre respirando enojos.

Viendo que lo observaba  
 La cuitada muger, con voz de trueno  
 Le preguntó furioso—¿Qué me miras?  
 —No vinistes anoche,  
 En voz baja la jóven le contesta.  
 —Tú provocas mis iras  
 Con tanto preguntar, nada te importa;  
 Ahí tienes mi respuesta;  
 Mi permanencia aquí será muy corta...  
 —Martin yo no merezco  
 Tan negro proceder, responde Clara.  
 —Me aburre tu cariño y te aborrezco,  
 Le contesta Martin.

—Yo no sé en donde  
 Te ocultaré que el mundo no te vea...  
 Indignada la jóven le responde:

—Sensible te juzgaba,  
 Y en pos de otra muger loco te alejas:  
 Martin, llegó la hora  
 Que esta jóven tan fiel que has maltratado  
 ¡Ay! se lamente en dolorosas quejas  
 Al infame imposter que la ha engañado.

La voz de mi inocencia  
 Hoy te exige su paz dulce y querida,

Tú llenastes el cáliz de mi vida  
De hiel amarga, mis dolientes ojos  
De llorar tus rigores se han cansado;  
Tú me robastes mi tranquila calma  
En el hermoso abril de mi existencia;  
Y trajites al fondo de mi alma  
El gusano roedor de la conciencia,

Más feliz que la alegre mariposa  
Que vuela por el llano,  
Aspirando el perfume de la rosa  
En las templadas tardes del verano,  
Pasé mi infancia amada,  
Era pobre, Martin, pero era honrada.

En un florido valle  
Cerca de Velez, se meció mi cuna.  
Las flores de la alegre primavera  
A mi infancia perfumes le brindaron,  
Y bendiciendo incauta mi fortuna,  
Vivia feliz al lado de mi madre;  
Los buenos labradores  
Mis juveniles gracias celebraron;  
Mi idolatrado padre  
Con purpurísimas flores  
Coronaba mi frente,  
Y velaba por mí constantemente  
La Virgen celestial de los Dolores.

A mi blanca casita,  
De flores y de arbustos coronada,  
Cultivada la tierra por mi hermano,  
La blanca tortolita  
Triste y enamorada  
Siempre acudia temprano  
Y en mi falda amorosa recostada  
Disfrutaba del grano  
Que sostenia la palma de mi mano.

Oh! cuán feliz vivia!  
 Mi hermano su contento me llamaba;  
 Por el valle corria  
 Detrás de un cabritillo  
 Que de mi lado alegre se alejaba.  
 Con sonrisa inocente  
 Al verlo tan amable y tan sencillo,  
 Hasta el lejano monte lo seguia;  
 Al lado de una fuente  
 Sobre la fresca yerba reposaba;  
 Yo entonces lo besaba.  
 ¡Qué tiempo tan querido!  
 ¡Qué feliz ignorancia!  
 Verdugo de mi honra! ¿dó se han ido  
 Las dulces horas de mi alegre infancia?

La muger inocente  
 De aqueste modo habló, sus bellos ojos  
 Lágrimas de amargura derramaron.  
 Martin indiferente  
 Ocultando en el pecho sus enojos,  
 Sobre sus manos apoyó la frente  
 Y dijo con sarcástica sonrisa:  
 —Cuando me acosa el sueño  
 Te place recordar que no me agrada  
 Esa sensible campesina historia  
 De tus bellas fugaces ilusiones,  
 Ya no me importa nada  
 Tu loco afán y tu incesante empeño  
 De explicarme tus tiernas emociones,  
 No guardo en la memoria  
 Lo que hice ayer, ni me interesa hoy.  
 Prosigue si te agrada,  
 Pero te advierto que á dormirme voy.

Pálida y angustiada  
 La infelice muger, sintió indignada,  
 Que en su pecho sensible

El triste desengaño y su amor puro  
 Luchaban sin cesar; venció el primero  
 En la tremenda lucha  
 Y dirigióse al hombre que la escucha  
 Con extremo valor, faz encendida,  
 Colérica, resuelta y ofendida.

—¿Me aborreces? le dijo;  
 No pienses, no, que compasion invoco  
 Aunque angustiada con mi pena lucho;  
 Tu inicuo corazon vale muy poco;  
 Mi virtud y mi alma valen mucho.  
 Hay Martin una joya inestimable;  
 Ella es el puro sol de nuestra vida  
 Y el castigo del hombre miserable.  
 Por la virtud hermosa protegida  
 Levanta contra el vicio fuertes muros;  
 El limpio honor le llaman,  
 Mas los hombres perjuros  
 Que cubren sus semblantes  
 Con la falsa espresion de un sentimiento,  
 Que dicen que nos aman  
 Y sorprenden la cándida inocencia  
 De los primeros años,  
 Que nos llenan de duda la existencia  
 Para dejarnos luego desengaños,  
 Dicen que estamos siempre en su memoria;  
 Nos juran que su amor nos será eterno,  
 Y al divisar la cumbre de la gloria  
 Nos dejan descender hasta el infierno.  
 Encienden en el alma las pasiones;  
 Hacen que los amemos  
 Y nos roban despues las ilusiones,  
 Nos ofrecen un vaso de amargura  
 Y en el lodo del vicio nos perdemos.  
 El amor que abrigamos  
 La ponzoña del vicio lo destruye;  
 Solas y abandonadas

Por nuestro mismo sexo escarnecidas,  
El alma en su dolor se prostituye;  
Hastadas nos odiamos,  
Huye de nuestro pecho la fé pura,  
Y en el mar de los vicios naufragamos;  
Vemos desesperadas  
Que se mofan tambien de nuestros nombres  
Y nos llaman mugeres depravadas;  
Miente el mundo ruin, culpe á los hombres,  
Que por los hombres somos engañadas.

Yo inocente vivia  
En mi tranquilo hogar; mi tierno pecho  
El fuego del amor no conocia.  
Sencilla y virtuosa,  
Al manantial del bien mi alma se abria  
Como al soplo del céfiro la rosa.  
Tú vinistes un dia  
Y de tu amor me hablaste;  
Incauta te creia;  
La calma de mi pecho te llevaste.  
¿Qué culpa tiene la que no sabia  
Que el hombre inicuo que de amor le hablaba  
Infame la engañaba  
Y desgarrar su pecho apetecia?  
¿Dónde estás madre mia?  
Por tu mentido amor dejé á mi madre.  
¿Quién calmará su llanto y su tristeza?  
Maldigo mi belleza  
Y te odio en el nombre de mi padre!  
Aquí vivo ignorada,  
De mi madre y el mundo abandonada.  
¿Y tú me odias con rencor profundo?  
Pues bien, tu amor no quiero,  
Dios te maldice y te desprecia el mundo.  
Si notas que me aflijo,  
Si ves que tu maldad me desespera,  
Es, infame Martin, porque quisiera

Un poco de tu amor para mi hijo.  
 Tú no sabes, Martin, cuanto te ama  
 Ese niño inocente  
 Que en su alborozo sin cesar te llama;  
 Mira su pura frente,  
 Sus bellos ojos, su pequeña boca.  
 ¿Por qué miras al niño indiferente?  
 Quiérello mucho, corazón de roca.  
 Dime, padre tirano,  
 ¿Por qué no quieres á mi pobre niño?  
 No tienes corazón, no eres cristiano,  
 No puedes comprender lo que es cariño.

—¡Oh! calla, calla, porque ya mi furia  
 En el fondo del pecho se levanta,  
 Y al escuchar tu injuria  
 Abrigo un pensamiento que me espanta.  
 Me dices que á tu amor he sido ingrato,  
 Que causo tus desvelos,  
 Debes agradecer, viven los cielos,  
 Que tus frases escucho y no te mato.

Pálida y aterrada  
 Quedó la madre al escuchar las voces  
 Del infiel seductor, llena de espanto,  
 Y mirando á Martin, con marcha incierta,  
 Se dirigió temblando hácia la puerta,  
 Regando el pavimento con su llanto.

Descorriendo el cerrojo  
 Con mano temblorosa,  
 La abrió de par en par: rápidamente  
 Colócase Martin junto á la hermosa,  
 Y cogiéndola aleve por un brazo  
 La condujo á la fuerza á otro aposento;  
 Cerró la dura puerta con la llave  
 Y despues la arrojó por la ventana

Exclamando furioso

—¡Suerte impía!

Ya no sales de ahí, porque mañana  
De Málaga me ausento,  
Luego al cerrar la puerta de la casa  
Retrocedió cobarde  
Al contemplar á un grave caballero  
Que le dijo con pausa:

—Dios te guarde.

De ceño adusto y penetrantes ojos  
Y de ancha frente, que arrugó el pesar,  
Ebrio de ira y respirando enojos  
Entró Don Diego en el oscuro hogar.

Viste de negro el respetable anciano,  
Y su rostro revela su dolor;  
Sobre su pecho colocó la mano  
Y examinaba atento al seductor.

Asombrado Martin, lo contemplaba  
Pálida y mústia la morena tez,  
Y al sorprendido amante horrorizaba  
Del venerable anciano la altivez.

Y de su torpe miedo haciendo alarde  
Sobre la tosca mesa se apoyó;  
Alma perdida, corazón cobarde  
Que la infamia y el vicio emponzoñó.

Por eso tiembla el seductor impío  
Y se aumenta su lento frenesí,  
Al ver la calma y grave señorío  
Con que Don Diego lo contempla allí.

Con faz sañuda y tardo movimiento  
El anciano á Martin se aproximó:  
Con voz entera y penetrante acento

Trás de una breve pausa preguntó:

—¿Te sorprendes, Martin? ¿Te has asustado?  
 ¡Que no vendria yo nunca imaginabas!  
 ¿Por qué bajas la frente avergonzado,  
 Cuando en tus mismas dudas te engañabas?

Hoy anhelo extasiarme en tu agonía;  
 Mas te aborrezco á tí, que á tu delito.  
 ¡Infame seductor de la hija mia!  
 Vas á escuchar la carta que te he escrito.

Dijo el marqués y con convulsa mano  
 El cerrado billete desdobló,  
 Y el triste padre, en su dolor insano,  
 Con dolorido acento lo leyó.

«Hoy te escribo Martin por vez primera,  
 Y henchida de dolor el alma mia,  
 Te juro que será la vez postrera  
 Que sufra el yugo de mi suerte impia.  
 Sigue, infame, sin frenos tu carrera,  
 Que castigo tendrá tu alevosía;  
 Te juro por el cielo soberano  
 Que vengaré su muerte por mi mano.

«Tú has llenado mi pecho de amargura  
 Inícuo seductor de mi hija amada;  
 Tú nublaste mi estrella de ventura,  
 Y has hecho mi existencia desgraciada.  
 ¡Hija del corazón! ¡Era tan pura!  
 ¡Murió como una rosa perfumada!  
 ¡Oh! nunca, nunca olvidaré tu nombre,  
 Víctima triste del amor de un hombre!

«Sed de venganza me devora el pecho;  
 Vengarme es mi esperanza mas querida;  
 De matarte, traidor, tengo el derecho;

Nada es tu muerte en cambio de su vida.  
 ¿Tú, no sabes, infame, lo que has hecho?  
 Por tí no existe ya mi hija querida.  
 Si corazón me falta para odiarte  
 Me sobra ¡vive Dios! para matarte.»

Dijo el marqués, y trémulo de furia  
 La triste carta rápido rompió,  
 Y al absorto Martín, por más injuria,  
 A la faz los pedazos le arrojó.

—No te mandé esta carta, infame mozo,  
 Temiendo que de Málaga te fueras;  
 Mas hoy te encuentro, ¡me domina el gozo!  
 De tí no me separo hasta que mueras.

—¿Por dónde sabe usted mi paradero?  
 ¿Quién á esta pobre casa lo ha guiado?  
 ¿Con qué derecho en fin, mal caballero,  
 En mi propio aposento ha penetrado?

Dijo Martín con nécia altanería,  
 Y al noble anciano se acercó despues,  
 Y alarde haciendo de su sangre fría  
 Con voz pausada contestó el marqués:

—Bien te cuadra, Martín, tanta insolencia;  
 Bien demuestras, infame, tus enojos,  
 Cuando debias estar en mi presencia  
 Suplicando perdon, puesto de hinojos.

Tu acción infame te colmó de gloria,  
 Ella causó mi eterna desventura;  
 Oye de nuevo mi funesta historia,  
 Que en mi pecho rebosa la amargura.

En triste soledad en tí pensaba,  
 En tu mismo aposento he penetrado

Porque á tu misma estancia me guiaba  
El derecho de un padre desgraciado.

Yo en mi hija cifraba mi ventura;  
Tú marchitaste, aleve, su belleza,  
Tú causaste mi eterna desventura  
Y mi pecho llenaste de tristeza.

Casta y sencilla, cándida paloma  
Con esmero cuidada por mi mano,  
Y que al tender su vuelo hácia la loma  
La ecechaban las garras de un milano.

Dijo en el lecho del dolor postrada:  
«Padre mio, cesad en vuestro encono;  
Conozco que me ha hecho desgraciada,  
Pero ¡triste de mí! yo lo perdono.»

Y sus ojos al mundo se cerraron  
Y en mi pecho sentí dolor impio,  
Y sus labios un nombre pronunciaron  
Y ese nombre, Martin ¡ay! no fué el mio.

Móvil de mi afliccion y mi agonía,  
Hoy á matarte decidido vengo;  
Tu negra sangre mi venganza ansia .  
Tu sangre he de beber, te lo prevengo.

El triste anciano al seductor miraba;  
Confuso siente el corazon latir;  
En sudor su semblante se bañaba.  
Con voz medrosa se atrevió á decir:

—Cállese usted, marqués, yo se lo imploro...  
—¿Temes, infame, que mi voz sea oida?  
¡Ya nadie enjugará mi triste lloro!  
¿Qué consuelo me queda en esta vida?

—Pero... cese el dolor, ya no me aflijo;  
 Al cabo de dos años te he encontrado.  
 ¿Te acuerdas de Gonzalo, que cual hijo  
 En mi quinta de Oviedo se ha criado?

¿Ese jóven que amable y virtuoso  
 En la tierra mi afecto ha merecido  
 Y en la senda del mundo, cariñoso  
 Mi franca proteccion ha agradecido?

Pues ese jóven á Matilde amaba  
 Y en Matilde cifraba su alegría;  
 Te buscó por doquier, no te encontraba  
 Y anduvo trás de tí de noche y dia.

Al cabo te encontró, trascurrió un año;  
 Supe por él el sitio donde estabas;  
 Escribíome otra vez, no te sea extraño,  
 Y me dijo la casa que habitabas.

Murió Matilde, lo llamé á mi lado,  
 Y en él depositando mi esperanza  
 De mis riquezas lo dejé encargado  
 Y á realizar, yo vengo, mi venganza.

¡Cuán cobarde ante mí te considero!  
 ¿Piensas que á mi vejez le falta brio?  
 Te engañas, y cual cumple á un caballero  
 Infame seductor, te desafío.

Un grito lastimero y penetrante  
 En la pequeña estancia resonó,  
 Y al eco de ese grito agonizante  
 El niño que dormía despertó.

Llamó á su madre sollozando el niño,  
 Y confuso y atónito el marqués  
 Se acercó al inocente con cariño

Y con asombro lo miró despues.

Tendió los brazos con afan doliente  
El pobre niño y prorrumpió á llorar;  
Tal vez le pide amparo el inocente  
Al noble anciano que lo fué á mirar.

Fijó el marqués los penetrantes ojos  
En el moreno rostro de Martin,  
Y henchido el pecho de pesar y enojos  
Con voz airada le pregunta al fin:

—Alma dó nunca penetró el cariño,  
Responde á mi pregunta prontamente.  
¿A dónde está la madre de ese niño  
Que llora por su madre el inocente?

—Ese niño, marqués, no tiene madre;  
A las puertas de casa lo he encontrado  
Y lo cuido y lo quiero como un padre...  
—Está su madre aquí, mientes, malvado.

Dijo la pobre madre que encerrada  
La atroz calumnia de Martin oyó.  
—Es mi hijo, replica arrebatada...  
Martin al escucharla se indignó.

—¿Una muger aquí? dijo el anciano  
¿Dónde la llave está de ese aposento?  
¿Dónde la llave está, hombre inhumano?...  
Martin responde con turbado acento:

—Aquí tengo la llave que me pide.  
Y un puñal de la mesa arrebató  
Y á cometer un crimen se decide:  
Asombrado el marqués, retrocedió.

Una pistola amartilló el anciano

Y pudo al asesino contener;  
Abrió la puerta con robusta mano  
Y se dignó á el aleve responder:

—Deja tu pobre víctima aquí sola,  
Y suelta miserable ese puñal;  
No disparo, asesino, la pistola  
Por no herir á ese niño angelical.

Haciendo alarde de furor horrible  
Martin su negra capa recogió;  
La vieja puerta con afan terrible  
De par en par en su delirio abrió.

—La fortuna cruel me ha abandonado,  
Dijo temblando al tiempo de salir,  
Este hombre feroz me ha desarmado,  
No me queda mas medio que el de huir.

Salió el marqués, y al niño que lloraba  
Se acercó inquieto con amor y fé,  
Y le dijo á la par que lo besaba  
«No llores pobre niño, volveré.»

Cerró despues la puerta y con denuedo  
Marchó el anciano, de Martin en pos  
Y al tiempo de salir le dijo quedo:  
—Suplica al cielo que te ampare Dios.

---

IX.

La mano de Dios.

El leon con ser leon  
Dicen que lo rindió el sueño  
Yo que soy criatura humana  
De pensar en tí no duermo.

—  
En la soledad del campo  
Me puse á llorar mis penas  
Y fueron tantos mis llantos  
Que florecieron las yerbas.

*Coplas populares.*

Es cerca del medio dia,  
Los rayos del sol abrasan  
Y está despejado el cielo  
De las nubes que lo empañan.  
Un errante pajarillo  
Se desprende de una rama,  
Y á la orilla de un arroyo  
Gracioso descende y canta.  
El labrador bajo el árbol  
Que le dá sombra se ampara;  
Es la hora del reposo,  
Está tranquila su alma  
Y en meditacion profunda  
O reflexiona ó descansa.

Un zagal recorre el prado  
Trás la oveja que se marcha,  
Y esta con dulce balido  
Alegre se le adelanta.  
El rio en graves murmullos  
Agita sus ondas claras,  
Que parece que se quejan  
Al espirar en la playa.  
Naturaleza reposa  
En los brazos de la calma,  
Y el sol dora con sus rayos  
Las cumbres de las montañas.  
Solo un jóven que sentado  
Sobre una peña se halla,  
Con la mano en las mejillas  
Y lleno el rostro de lágrimas,  
Y que sufre sin moverse  
Del sol la ardorosa llama  
Que con sus rayos de fuego  
Su triste semblante abrasa,  
Desdeña la alegre hora  
Que el Sumo Hacedor señala  
Para el descanso preciso  
Al que sin fuerzas trabaja.  
Es Narciso que lamenta  
La pérdida de su amada;  
Por ella al sol le pregunta  
Pero ¿cómo allí se halla  
Solo y triste? ¡pobre jóven!  
¡Cuánto sufre quien bien ama!  
A Martin siguió Lorenzo  
Pero este con audacia  
Tomó por otra vereda  
Con direccion hácia Málaga:  
Desesperado Narciso  
La pistola le descarga  
Y muy cerca del aleve  
Pasó silbando la bala,

Viendo que Martin se aleja  
Y que los dos no lo alcanzan,  
Tornaron á la espesura  
En busca de la hija amada,  
Y ya los contrabandistas  
Se habian marchado con Blanca.  
El buen padre, mudo y triste,  
Llena de afliccion el alma,  
Como un loco delirando  
Trémulo á Narciso manda  
Que presto por un camino  
En busca de su hija parta,  
Y él marchó por otro lado  
Desesperado á buscarla.  
El pobre Narciso corre  
Por veredas solitarias  
Y á la hermosa niña busca  
En vano, pues no la halla.  
Hambriento, triste, cansado,  
Que ya las fuerzas le faltan,  
Se sentó sobre una peña  
A lamentar su desgracia.  
Él á la luz de la luna,  
La buscó por las cabañas,  
Él penetró en los cortijos,  
Subió á las lomas mas altas  
Y nadie ha visto á la jóven  
Ni nadie razon le daba.  
Levántase conmovido,  
Los ojos al cielo alza  
Y con voz triste pronuncia  
Esta piadosa plegaria:

Vírgen querida  
Pura y sin mancha,  
Madre del Verbo  
Que nos salvara,  
Haced que venga

Mi hermosa Blanca,  
Que yo la encuentre  
Madre adorada;  
Porque la quiero  
Con toda el alma.

Madre y Señora,  
Llegue á encontrarla,  
Que yo en tu Iglesia  
Te pondré galas,  
Rojos claveles,  
Y rosas blancas,  
Lirios del valle,  
Jazmin y dalias,  
Porque la quiero  
Con toda el alma.

Virgen querida,  
Madre adorada,  
Que yo la encuentre  
Que vea yo á Blanca.  
La voz escucha,  
Del que la ama,  
Del que la quiere,  
Con toda el alma,  
Ella es el faro  
De mi esperanza.

Antes que la voz del jóven  
Espirase en su garganta  
Y antes que enjugara triste  
Sus inconsolables lágrimas,  
Un mozo de alta estatura  
Embozado en una manta  
Llegóse al jóven tocándole  
Pausadamente en la espalda.  
Volvió la cara Narciso  
Y sorprendido quedara

Al ver al hombre resuelto  
Que le preguntó:

—Caramba,

¿Compadre, está usted llorando?

—¿A usted le interesa?

—Calma,

A mí no, pero los pobres

Hablando se entienden;

—Vaya,

Prosiga usted su camino

Y déjeme

—¡Qué arrogancia!

Vamos, sosiéguese hombre,

Hable usted por Santa Clara

Que yo consuelo á los tristes

Con poquísimas palabras;

Mire usted sirve la lengua

Para charlar, y las ratas

Se cuentan sus desazones

Metidas en las cobachas.

Yo tambien sufro, y me callo

Mire usted, tengo una rabia...

Pero yo soy de los buenos

Y yo tomaré venganza.

Extrañó el jóven Narciso

El modo con que le hablaba

El otro mozo:

—Buen hombre

Le dijo: si la desgracia

Le persigue, no se queje;

Para sufrir sirve el alma;

Mis pesares no le importan

Ni á mí los de usted...

—¡Mal haya!

Miste el que tiene mal génio

Viene el *bronqui* y se lo jama.

Vamos, paciencia ¿le cuento

Mis penas que son muy largas?

—No creo que exista en el mundo  
 Persona mas charlatana,  
 Me vá usted hacer que me marche...

—Señor, tenga usted cachaza  
 ¿Suelto la sin hueso?

—Pronto,

Hable usted.

—Pues oye y calla

Yo soy un contrabandista  
 Que allá abajo trabajaba  
 Y tuve una media bronca,  
 Con un *perdi*, unas palabras,  
 Por el juego, ¡juj! el juego  
 Trae consecuencias muy malas:  
 Pero como al fin se juega,  
 Me hizo el otro un par de trampas  
 Y le solté dos sopapos  
 En la mitá de la cara.

Es menesté que usted sepa  
 Que soy hombre de jarana  
 Y que le tiro un mordisco  
 Jasta el lucero del alba.  
 Yo sé cantá malagueñas  
 Seguidillas y livianas;  
 Canto el polo de Tobalo  
 Las rondeñas y la caña,  
 Se hacen peazos los hombres  
 Cuando cojo la guitarra  
 Y ya me han dicho que tengo  
 Los mejores deos de España.  
 —Diga usted ¿y qué me importa  
 Su habilidad?

—Vamos, guasa,

Pues seño, se enfadó el mozo,  
 Despues que me hizo la trampa;  
 Se puso en pié, y el cuchillo  
 Desenvainó de la faja;  
 Mire usted, me dió un coraje

Que metí mano á la daga;  
 Vino el capitan, que tiene  
 Por arrobas las agallas,  
 Y me plantó en el camino  
 Con mi trabuco y mi jaca.  
 Yo tenia cuartos ahorraos  
 Pero los perdí sin gracia,  
 Y aquí estoy sin una mota;  
 Camará, sin una blanca,  
 Sin paciencia, y sin cigarros...  
 ¿Me quié usted dá la petaca?  
 —Yo no fumo.

—¡Que criatura!

Pues déjele usted, mi alma:  
 Estoy echando de menos  
 Mis puros y mis montañas.  
 Vea usted yo, encontrarme solo  
 Lejos de mis camaradas,  
 Y ahora que sé que han llevado  
 Allá abajo una muchacha,  
 Bonita como un pimpollo,  
 Muy rubia y de buena estampa.

Estremeciósese Narciso  
 Al escuchar las palabras  
 Del jóven contrabandista;  
 Tornó la alegría á su alma  
 Y levantósese temblando...  
 —Señó, ¿tiene usted tercianas?  
 Le preguntó el que tenia  
 Tanta afición á la charla.  
 —Padezco de calenturas,  
 Dijo Narciso.

—Mil gracias

Por su atencion...  
 —Siento mucho  
 Las cosas que á usted le pasan.  
 —Por mí pierda usted el cuidao,

Que yo tomaré venganza.  
 Ya le dí parte al Gobierno  
 Y pronto vendrá la guardia;  
 Aquí la estoy esperando  
 Para marcarle la marcha;  
 Verá ustedé como los pillan.  
 —Dígame ustedé, camarada;  
 ¿Está con toda esa gente  
 Esa rubia, esa muchacha?...  
 Preguntó el jóven Narciso  
 Al otro mozo con ansia.  
 —¿Tiene ustedé allí algun pariente?  
 ¿Conoce ustedé á *Saragata*?  
 ¿A Pepillo *el Conileño*?  
 ¿A Paco *el maton de Málaga*?  
 ¿A Boca-Negra *el Tiñoso*?  
 ¿A *Rafacillo el mal alma*?  
 ¿Al *Teniente* que es muy feo?  
 ¿Al *mozo de las agallas*?  
 ¿A *Antoñillo Trapisondas*?  
 ¿A *Manolo Traga Aldaba*?  
 ¿O á *Ramonsillo el Velero*  
 Hijo de *Maria sin lacha*?  
 —Hombre no conozco á nadie  
 De esa tropa; me alegrara  
 Verlos juntos, soy curioso...  
 —La curiosidad no es falta.  
 Agarre ustedé ese camino,  
 Súbase ustedé á esa montaña  
 Y allí los verá ustedé á todos.  
 ¿Se entera ustedé?

—Muchas gracias,  
 Exclamó alegre Narciso  
 Poniéndose al punto en marcha,  
 Y el otro siguió gritando:  
 —Cuando llegue á la montaña  
 Vaya ustedé por la derecha  
 Que no hay vigilantes, arza.

Jesucristo; cómo corre!  
 Pues señó de órdago naja.  
 Ese chavosito tiene  
 Un carril en cada pata.  
 Ahora que he reflexionado...  
 ¡Jesus! mal rayo me parta...  
 ¿Pues no le he dicho á ese hombre  
 Que voy á tomar venganza?...  
 ¿Si será espía de la gente?  
 Mardita sea mi garganta,  
 Y mi lengua y mi gañote  
 Y mi cabeza y mi facha.  
 Nada, es menester matarlo;  
 Dejé mi trabuco en casa.  
 Para despacharlo listo  
 Me sobra con esta daga,  
 Dijo el cabo y con presteza  
 Cogió el sombrero y la manta  
 Y trás del jóven Narciso  
 Echó á andar

—Tente, canalla,

Le dijo con voz de trueno  
 Saliendo de entre unas matas  
 El valiente jerezano  
 Que con el cabo jugara.  
 —¡Rafaelillo!

—Si, yo soy,  
 Que vengo á romperte el alma;  
 Soy un mozo muy valiente,  
 Mas que tú;

—Chavo, te engañas...

—Cuando Juan Bravo te dijo  
 Con razon que te marcharas,  
 Juré vengarme del hombre  
 Que á mí me pegó; y con rabia  
 Te he buscado noche y dia;  
 Las fatiguillas me ahogaban;  
 Te vi hablando con un mozo

Desde allí abajo, aguardaba  
 Que el otro se fuera, entonces  
 Salí ¿tú ves esta cara?  
 Pues en ella nadie ha puesto  
 La mano

—¿Qué quieres? habla:

—Matarte.

—¿Matarme? bueno;

Vamos á ver si me matas.  
 Exclamó el cabo furioso  
 Desenvainando su daga.  
 —Antes quiero devolvarte  
 Tu ofensa: y con arrogancia  
 El valiente Rafaelillo  
 Le pegó una bofetada  
 Que casi estuvo el mancebo  
 Para caerse de espaldas.  
 Furioso arremetió el Cabo,  
 Lívido el rostro de rabia  
 A su contrario, mas éste  
 Con valor se le adelanta  
 Evita con tino el golpe  
 Que el cabillo le tirara,  
 Y dijo:

—Cabo, detente

¿No ves que el sol nos abrasa?  
 Vamos á otro sitio

—¿Tiemblas?

Mardecía sea tu casta  
 Yo contigo me peleo  
 Metio dentro é una fragua  
 —Ese es jarabe de pico.  
 Vete delante, ea, jarsa  
 Aquel es mejor terreno  
 Y allí los guapos se matan.  
 Sigue un terne al otro terne,  
 Cruzan sendas solitarias,  
 Silenciosas y sombrías,

Cruzan la pradera ancha  
 Que conduce á un valle angosto  
 Que el rio Guadaljorce baña.  
 Altos árboles lo adornan  
 Unidos, mezclan sus ramas  
 Que bulliciosas se agitan  
 Y el soy radiante trabaja  
 Por penetrar con sus rayos  
 En tan silvestre morada.  
 Rafaelillo con destreza  
 Dice á su contrario

—Vaya,

Vamos á ver si eres hombre  
 Que sabes dónde está el alma.  
 —Voy á hacerte dos pedazos,  
 Dijo el cabillo con rabia,  
 Y el uno frente del otro  
 Un breve instante se paran  
 Los fuertes pechos latiendo,  
 Los ojos brotando llamas,  
 Mirarónse con desprecio,  
 Empuñan las fuertes dagas,  
 Y entre ambos combatientes  
 Horrible lucha se traba.  
 Ambos se acosan, se estrechan,  
 Se aproximan, se separan,  
 Y ambos evitan los golpes,  
 Jadeantes, con las mantas.  
 Rafaelillo, que es mas diestro,  
 Dió al otro una puñalada  
 Que cayó sobre la tierra  
 Murmurando estas palabras:  
 —Válgame Dios, madre mia,  
 La madre de Dios me valga.  
 Ay, Rafael, me has matao;  
 —¡Qué fatigas! Virgen Santa.  
 Convulsivo, agonizante  
 El pobre herido se arrastra,

Y Rafael con presteza  
Embozándose en su manta,  
Echó á correr hácia el sitio  
Donde la partida estaba  
Diciendo:

—Ya estoy vengado,  
Yo soy un guapo de fama,  
O soy cabo, ó al teniente  
Voy á partirle la cara.  
Así se portan los hombres,  
Así los hombres se matan.

Llegó Narciso á la cumbre  
De una pequeña montaña,  
Que de la cueva del *Bravo*  
Dista seis ó siete varas;  
Desde allí contempló el mozo  
A la encantadora Blanca,  
En una aptitud doliente  
Sobre una peña sentada.  
Dió un grito dejando el puesto,  
Y rápidamente baja  
De la cumbre, y agitado  
Una idea grande buscaba  
Para penetrar valiente  
Donde la jóven se halla.  
Sin duda Dios lo ilumina,  
Pues en el bosque se lanza  
Y entra por el lado opuesto  
Del sitio donde vió á Blanca.  
El pobre mozo temia  
Que lo viese su adorada,  
Porque gritaria de gozo.  
Detrás de un árbol se ampara  
Y escucha cómodamente  
Todo lo que allí se habla.  
—Juy que jembra, dijo uno.  
—Es preciosa, me hacia falta,  
Añadió otro:  
—Señores,  
Dijo un tercero, yo el alma  
Estoy echando de menos  
Desde que ví á esa muchacha.  
—Es bella como una rosa.  
—Caballeros, qué pestañas.

¿Pues y el cabello? ¿y los ojos?  
 ¿Pues y el pecho, y la garganta?  
 Sansacabó, ya lo he dicho;  
 La primer moza de España.

—Oyes, sabes que el Teniente  
 Desde ayer no se separa  
 De su lao?

—La quiere mucho.

—Jesus! si irá á enamorarla,  
 Con mas años que el borrico  
 Que Noé tuvo en el arca.

—Tiñoso, no digas eso,  
 ¿Quién vá á querer á esa facha?

—Señores, no hay que apurarse  
 Replicó otro:

—Ella es guapa,  
 Y al ver á una jembra *asina*  
 De esa *jechura*, caramba;  
 El viejo olvida los años,  
 Como una encina se alza  
 Y se vuelve una alcachofa...

—Já, já, já

—Viva la gracia!

—Esa muger con sus ojos  
 Al que no hiere lo mata.

—Está todo el día llorando.

—Hace bien, no se me escapa,  
 Ella dice: con el llanto  
 No crian los ojos lagañas.

—Si esa muger me pidiera  
 Seis mil arrobas de plata,  
 En dos minutos iria  
 A California á buscarla.

—Jesus, que tilin me hace.

—Oye tú, ¿cómo se llama?

—Debe llamarse esa moza  
 Código penal de España,  
 Porque los hombres al verla

Se llenan de penas.

—Vaya,

Vamos, callarse la boca  
Que aquí viene la muchacha.  
Suelto el rizado cabello  
Sobre la hechicera espalda,  
Con la amargura en el rostro,  
Los ojos llenos de lágrimas  
Y con vacilantes pasos,  
Trémula, triste y muy pálida,  
Seguida del viejo Paco  
Llegó la afligida Blanca  
Al sitio donde Narciso  
Sin ser visto la observaba.

—No puedo mas, los dolores  
Me están traspasando el alma.

Dijo la inocente niña;

Trás una pequeña pausa  
Sentándose en un peñasco.

—Por Dios, llevadme á mi casa,

Yo quiero ver á mis padres:

¡Ay! madre de mis entrañas,

¡Qué suplicio, qué suplicio!

—No llore usted mas, caramba,

Dijo el teniente, no puedo

Complacerla

—¡Qué desgracia!

—Aquí soy el encargado,

Pronto al capitan se aguarda;

En seguida que lo vea

Le diré lo que le pasa

Y en diez minutos la pongo

Sobre mi garbosa jaca,

Y en menos que canta un gallo

La dejo á usted en su morada.

A mí el capitan me ha dicho

Muchas veces: «si algun maula,

O una muger, algun dia

Por estos sitios se para  
La detiene usted al momento  
Si es buena, vuelve á su casa;  
Pero si viene á espiar nos  
Y se conoce que charla,  
La deja usted quietesita  
Que lave la ropa blanca.»  
Como aquí no se obedece  
A nadie mas que al que manda,  
La tengo á usted detenida  
Hasta que vuelva, sentraña.  
Yo sé que es usted muy buena,  
Compadezco su desgracia,  
Yo de usted no desconfío,  
Yo sé que es usted muy guapa,  
Que tiene usted la inocencia  
En los ojos retratada;  
Si la mando con alguno  
Vamos, no me fio, caramba,  
Ya sabe usted que no puedo  
Allá afuera acompañarla.  
Si dejo la gente sola  
Aquí ninguno trabaja.  
El capitán vendrá pronto,  
La vé á usted, viene y le habla,  
Usted le cuenta su pena,  
Se derrite, vá y me llama  
Y me dirá: «señó Paco,  
Prepáreme usted la jaca,  
Adórnela usted con moños  
Lleve á esta niña á su casa;  
Llega usted, vé usted á su padre  
Los besa usted, los abraza  
Y yo me vuelvo á este sitio  
Y se acabó la jarana.  
Está usted como una reina,  
Aquí ninguno le falta;  
No permitiré que nadie

Le diga á usted una palabra;  
 No llore usted mas, criatura,  
 Antonio, trae la guitarra  
 Y suelta un polo; muchachos,  
 Ea, vamos, tocar las palmas.  
 ¿Se le ha perdido el salero  
 A los hijos de la España?  
 —Tardará mucho el que viene  
 A salvarme?

—¡Qué! ¿á salvarla?

Dígame usted en el momento  
 Si alguien le ofende:

—No, gracias.

—Vamos á cantar, señores,  
 Y venga fiesta hasta el alba:  
 Tocan las palmas los ternes,  
 Toca Antonio la guitarra  
 Y un jóven contrabandista  
 Con voz dulcísima canta.

*Atame con un cabello  
 A las puertas de tu casa,  
 Que aunque el cabello se rompa  
 Seguro está que me vaya.*

—Ole, viva Andalucía.  
 —Salero, viva la gracia.  
 Venga otra copla:

—Que cante.

—Alla vá.

—Cuidao quien habla.

*Si mi corazon llegara  
 A pedirte una limosna  
 Y no tuvieras que darle,  
 Dile con amor: perdona.*

—Oiga usted, dijo el Teniente,  
 El que á toditos nos manda  
 Es un mozo que si coge  
 Un tiple ó una guitarra,  
 Y entona una seguidilla,

¡Jesú! ni en Lima ni en Francia,  
 Ni en Turquía, ni en Judea,  
 Ni en Galicia ni en Jamaica  
 Hay un mozo mas plantao  
 Ni hay quien cante con mas gracia.  
 —Venga otra copla, Antoñillo,  
 Que vales tú mucha plata.

*Aunque tú no me quieras  
 Tengo el consuelo  
 De saber que tú sabes  
 Que yo te quiero.*

Calló el cantador, los mozos  
 Que estáticos lo escuchaban  
 Con palabras cariñosas  
 Lo elogian, otros lo abrazan,  
 Aquel le tira el sombrero,  
 Otro le dá la petaca  
 Y otro le dice:

—Canario,

Qué bien cantas, qué bien cantas.  
 Dió un silbido el vigilante  
 Que estaba haciendo la guardia,  
 Y con presteza el Teniente  
 Deja la jóven y marcha;  
 Y Narciso que traia  
 Su estratagema estudiada  
 Le salió al encuentro á Paco  
 Diciéndole

—Es una infamia.

—¿Qué dice usted?

—¡Pobre gente!

¿No sabe usted lo que pasa?

—No señó, responde el viejo

—¡Hombre! ¿no sabe usted nada?

¡Jesus que infame sorpresa!

Dijo Narciso con ansia,

—Vamos, chavó, habla claro

O voy á romperte el alma.

—Allá abajo he visto un hombre  
Embozado en una manta,

—¿Quién es?

—El contrabandista  
Que el capitán de aquí echara:  
Ha dado parte al Gobierno  
De todo lo que aquí pasa:  
Yo lo oí, pronto, muy pronto  
Llegará la fuerza armada.

—Señores, gritó el tío Paco:  
El cabillo, ese mal alma  
Ha citado la justicia.

¡Ay! maldita sea su casta.

—Señores, pronto, esos fardos  
Quitarlos de enmedio, anda,  
Parece que estás bebido  
Animal, pronto, despacha  
Le dijo á un contrabandista  
El Teniente que volaba  
De un lado á otro.

—Al momento,  
Cargar, que saquen las balas  
Que seis hombres se adelanten  
Al camino, que uno vaya  
A darle aviso á los otros  
Que están de ronda.

—El que salga  
Mas pronto, es el mas valiente;  
No entretenerse, y en marcha,  
Dijo Narciso corriendo  
Desesperado.

—Mi jaca,  
Gritó el Teniente, el trabuco  
Y al campo presto; sentrañas  
Dispénsese usted, yo vuelvo,  
Dijo *Señó Paco* á Blanca.  
Todos cogieron sus potros  
Y se armó una zalagarda

De los diablos; los ternes  
 Velozmente se preparan.  
 Este monta las pistolas,  
 Aquel su trabuco carga,  
 Este vota, el otro corre  
 Y todos con arrogancia  
 Punzan los potros y parten  
 Con la inquietud en el alma,  
 Dejando al bosque sombrío  
 Y solitaria.

—Ven, Blanca

—Ah... Narciso.

—Chist, no grites.

—¡Qué alegría!

—Calla, calla.

—¡Y mi padre?

—Sigue bueno.

—Mi madre...

—No tiene nada.

Sígueme, sígueme al punto  
 Que van á volver, ea, anda.  
 En sus temblorosos brazos  
 Recibió Narciso á Blanca,  
 Con pasos acelerados  
 De la espesura la saca  
 Pálido el rostro, convulso,  
 Porque luchan en su alma  
 El amor y la zozobra.

—¿A dónde vamos?

—A casa.

—Sí, sí, vamos.

—Chist, no hables,

Nos pueden oír.

—Sí, anda.

No quiero ver á esa gente.

—¡Justo Dios, dame tu gracia!

No me abandones, Dios mio;

Que no vuelvan, Virgen Santa.

¿Puedes andar, vida mia?

—Sí, Narciso, sí.

—Pues anda.

Sobre el hombro de Narciso  
 Su cabeza apoyó Blanca;  
 Brillaron los negros ojos  
 Del jóven; duda, se para,  
 Que resistir ya no puede  
 Esas emociones santas  
 Que se apoderan del pecho  
 Que en amor puro se abrasan.  
 Lleva á la jóven querida  
 Que con tanto fuego ama  
 Y teme que vuelva alguno  
 Con intencion de quitársela.  
 La pobre jóven suspira,  
 No puede andar, y se para.  
 Entre sus brazos la toma  
 Narciso, que caminaba  
 Velozmente.

—Ni un caballo

Encuentro aquí, ni una jaca  
 Santo Dios, esto es horrible.

—La resignacion me falta,  
 Exclamó la pobre niña.

Narciso; estoy tan cansada!...

—Silencio, que alguien se acerca.

Dios mio, que se salve Blanca.

—¡Ah! son ellos, ¡ay! son ellos.

¿Me matarán?

—No, mi alma.

Yo estoy para defenderte.

—Se acercan.

—¿Quién me amenaza?

Exclamó un mozo á caballo  
 Que hácia los dos se adelanta.

—Es él,

—Santo Dios, ¡qué veo!

—Es Juan Antonio.

—¡Qué rabia!

Dijo el capitán Juan Bravo

Apeándose con ansia

Y sacando su cuchillo.

—¡Por Dios! ¡Por Dios! gritó Blanca

Cayendo triste de hinojos

De Juan Antonio á las plantas.

Como un tigre el buen Narciso

Sobre el capitán se lanza;

Pero este con coraje

Le tiró una puñalada

Y Narciso cayó al suelo

Exclamando:

—¡Dios me valga!

—Lo ha matado ¡ay! asesino

Asesino el que yo amaba!...

—¿Me amaba usted? Pero... ¡cielos!

¿Qué es esto que á mí me pasa?

—¡Asesino! sí, ¡asesino!

—No soy asesino, Blanca.

—Narciso; por Dios! no oye!...

Él de esa turba me saca

Y en cambio le dan la muerte...

—¿Cómo? ¿Cómo?

—El me libraba

De esos ladrones...

—Señora...

—¡Ay! Martín. Exclamó Blanca

Viendo al seductor odioso

Pasar corriendo.

—¡Qué rabia!

La veo aquí, y el marqués viene

Trás de mis pasos.

—¡Qué infamia!

Aun todavía me persigue...

Dijo la niña aterrada.

—Ese es Martín?... Azucena?

—Sí, sí, sí.

—Martin se llama?

El mismo será sin duda  
Que dijo mi madre, vaya,  
El cielo escuchó mis voces...  
Voy á vengar á mi hermana,  
Dijo el capitan furioso,  
Y trás de Martin se lanza  
Dejando sin advertirlo  
Caballo, sombrero y manta.  
El marqués faltó de aliento  
Pasó delante de Blanca.

—Caballero generoso,  
Ampáreme usted.

—¿Quién llama?

Es una jóven.

—Libradme

Y pronto, si no me matan  
Esos ladrones. Narciso,  
Narciso, ¡Dios mio, no habla!  
—Los ladrones la persiguen.  
Se parece á mi hija amada.  
Vamos, niña, dijo el viejo,  
Y rápido el potro agarra  
Del capitan, y con fuerzas  
Tomó en sus brazos á Blanca.  
Montó cogiendo las bridas  
Y partió con la muchacha.

X.

Días de llanto.

Sufre con ánimo igual  
Alma, lo que mas lastima,  
Que la mas áspera lima  
Limpia mejor el metal.

—  
A una piedra de la calle  
Le conté yo mi dolor;  
Mira tú que le diría  
Que la piedra se partió.  
*Coplas populares.*

ERA una noche espléndida y serena;  
En la region del cielo  
Fulguraba la luna  
Y su rayo blanquísimo rielaba  
En el terso cristal de la laguna.

La esposa de Lorenzo  
En su modesta habitacion sentada,  
Tristemente suspira,  
La frente entre sus manos apoyada.  
Gime la pobre madre  
Y en vano intenta contener su llanto;  
Hácia la puerta mira,  
Y mustia espera al desolado padre,

Y espera á la hija amada  
Que motiva su pena y su quebranto.

— ¡Triste de mí! decía.  
Tengo de muerte el corazon herido,  
Vuelve pronto, hija mia.  
¡Consuelo de mis años! ¿dó te has ido?  
¡Ay buen Dios! cuánto tarda!  
¡Por piedad, quiero verla,  
Mi corazon la aguarda,  
Me mata el sentimiento de perderla!

Esto dijo la madre desgraciada,  
Alzó la vista al cielo,  
Breve tregua pidiendo á sus enojos,  
Y en su impío desconsuelo  
Sintió su faz bañada  
Con el ardiente llanto de sus ojos.

Existe un sentimiento  
En el fondo del alma,  
Eterno, misterioso, incomprensible,  
Él sostiene la calma  
Él endulza el tormento  
Que con su fuerza horrible  
Destroza el corazon, él deja henchida  
De un placer infinito la existencia,  
Llena de paz las horas de la vida,  
Y antes que el duelo el corazon taladre  
Él lo defiende airado,  
Que ese afecto sensible y sublimado  
Es el santo cariño de una madre.

Sentimiento sublime  
Que la muger comprende;  
Que al alma justa del dolor redime,  
Y el fuego santo del amor enciende.  
Amor puro y sincero

Que el noble pecho generoso encierra;  
 Cariño sin igual sobre la tierra,  
 Unico, incomparable y duradero.  
 Sentimiento inmortal que Dios bendijo,  
 Siendo inspirado por su amor profundo;  
 ¿Qué amor hay en el mundo  
 Como el amor de madre para el hijo?

Sin consuelo María,  
 Triste y acongojada,  
 Espera á la hija amada  
 Y al afligido esposo que queria.  
 Escuchó con placer el claro acento  
 Del padre que llegaba;  
 Con ímpetu violento  
 La puerta abrió: triste y sombrío  
 Se presentó el anciano.

—Te aguardaba,

Dijo la madre, pero no esperaba  
 Verte llegar así, ¡solo, Dios mio!

Con voz entrecortada por la pena,  
 Y sumido en su amargo sentimiento  
 Y con el alma de amargura llena,  
 El pobre padre le pidió un asiento.

—¿Y mi hija dó está?

—¡Pobre María!

La busco con afan, no la he encontrado  
 Y tu pregunta aumenta mi agonía...  
 Ya tengo el corazon despedazado.  
 ¿No ha venido Narciso?  
 Ni ese consuelo mi dolor alcanza.  
 Del valle los abrojos  
 Los he regado con el triste llanto  
 Que derraman mis ojos.  
 Me queda la esperanza  
 Que Narciso tal vez la habrá encontrado;

Toda la culpa es mía;  
 Yo al seductor furioso perseguía  
 Y el seductor infame me ha burlado.  
 Todo lo he recorrido,  
 El valle, las colinas, la pradera;  
 Pregunté por doquiera  
 Y nadie á mi pregunta ha respondido.  
 Se ha disipado mi apacible calma;  
 Me siento á descansar bajo la sombra  
 De un álamo frondoso,  
 Y al escuchar el canto  
 Del tierno ruiseñor, sentí en mi alma  
 Aumentarse la pena;  
 Que no debiera de cantar el ave  
 Al contemplar mi angustia y mi quebranto.  
 ¡Pérfido mundo de miseria y lodo!  
 ¿Dónde estás, hija mía?  
 Mi pecho amante contemplarte implora.  
 Cuando un buen padre por sus hijos llora  
 Debe gemir el universo todo.

—Vámonos por piedad, esposo mio,  
 Vamos, vamos de aquí, la buscaremos;  
 Ella es mi bien, mi vida, mi albedrio;  
 Me dice el corazon que la hallaremos.  
 Esto dijo la madre con tristeza,  
 Y los buenos esposos se abrazaron  
 Y lágrimas copiosas derramaron.

—¡Cuán aciaga es mi estrella!  
 Dijo Lorenzo, mi contraria suerte  
 Ha disipado mi esperanza bella,  
 Los negros desengaños  
 Presto mi bien, me causarán la muerte.  
 Han transcurrido ya catorce años  
 Y no sé de mi hermano, no me ha escrito  
 Y temo por su vida; si supiera  
 Con él te mandaría:

Cuando Blanca volviera  
 A llevarla á tus brazos volaria.  
 ¡Oh mi amada María!  
 En la bondad confío  
 Del Supremo Hacedor de la natura;  
 Que yo encuentre á mi hija, Padre mio,  
 Que ella calme mi acerba desventura.

—Me consuelas en vano,  
 Dijo la madre, mi dolor bendigo;  
 Si supieras, Lorenzo, de tu hermano  
 De tu lado jamás me alejaria;  
 Yo quiero mi dolor partir contigo  
 Como contigo parto mi alegría.

El abatido padre  
 Contempla triste á la afligida madre  
 Que se dirige sola á su aposento,  
 Trémula se arrodilla  
 Ante la imágen de Jesus, y llora  
 Y por la vuelta de su niña implora  
 La compasion del cielo,  
 Y á Dios piadoso resignada pide  
 Que mitigue su horrible desconsuelo.

Con vacilantes pasos  
 Lorenzo se presenta  
 En la pequeña estancia  
 Que le sirve á su esposa de oratorio,  
 Y se coloca de su esposa al lado:  
 Ante la imágen de Jesus bendita  
 Cayó tambien de hinojos,  
 Porque llorar el padre necesita  
 Y llanto vierten sus dolientes ojos.

Felices los que vierten  
 Cuando la pena el corazon corroe  
 Lágrimas ¡ay! que en su angustioso duelo

El triste corazon las elabora,  
Por los ojos se escapan,  
Ellas prestan consuelo  
Al alma dolorida.  
Feliz mil veces el mortal que llora  
Porque es un mar de lágrimas la vida.

¡Ay de aquel que en el mundo  
No le es dado llorar, cuando de pena  
Rebosa el corazon! ¡Ay del que gime  
Atado con la bárbara cadena  
De un oculto dolor, cuando el quebranto  
El noble pecho oprime  
Quiere el hombre llorar, y vé que el llanto  
De sus ojos se aleja,  
Y vé que lo contempla el desconsuelo  
Sin escuchar su dolorosa queja.

Inflexible el destino  
A esos seres les niega  
El placer de llorar, solo se alcanza  
Del mundo en el camino  
Cuando el alma se anega  
En lágrimas de hiel, mirando al cielo,  
Como suprema y única esperanza,  
Demandarle consuelo  
Y en oracion piadosa  
Suplicar que mitigue la amargura  
La santa religion sublime y pura.  
Lorenzo en su tristeza  
A Dios Eterno por su niña implora:  
La pobre madre llora  
Y los tristes esposos  
Ante la imágen del Señor oraron  
Y la lujosa estancia abandonaron.

—Adios, esposa mia,  
Vuelvo á buscarla, me parece el valle

Un horrible desierto  
 Sin la hermosa Azucena que adoramos.  
 Por la anchurosa calle  
 Que conduce á la Iglesia me dirijo,  
 Y en mi insufrible duelo  
 A la luciente estrella  
 Que brilla en el azul del horizonte  
 Le pregunto por ella;  
 A la olorosa flor que brota el suelo  
 Le pregunto tambien, al alto monte,  
 A la humilde cabaña, al manso rio,  
 A la pequeña roca  
 Por ella implora el pensamiento mio.  
 La natura sonrie,  
 La tortolilla vuelve  
 Y con sus alas cubre á sus hijuelos  
 Y con ellos se muestra cariñosa.  
 El ruiseñor amante la saluda  
 Y expresa su cariño con su canto,  
 Y yo no encuentro, triste,  
 A la hija inocente que amo tanto.

—Voy contigo á buscarla,  
 Me anima la esperanza de encontrarla.  
 ¿Sin ella, qué es mi vida?  
 —¡Oh mi esposa querida!  
 En busca marcho de mi Blanca bella,  
 El corazon me dice  
 Que la hallaré de fijo.  
 Adios, esposa, volveré con ella.  
 Esto Lorenzo dijo  
 Y los dos se miraron  
 Y gimiendo de pena se abrazaron.

Un pobre campesino  
 Ante el padre afligido se presenta:  
 —Señor Lorenzo, dice, Margarita,  
 Madre de mi vecino,

Anoche para uste me dió esta carta  
 Tómela usté, señor, me ha suplicado  
 Que lo lleve á su casa, necesita  
 Hablarle sin demora.

— ¡Es de Narciso!  
 Exclama el padre y delirante lee:

«Padre mio, querido padre,  
 Por mí escribe Margarita;  
 Estoy enfermo, no puedo  
 Salir de casa, en seguida  
 Venga usté á verme; Dios mio!  
 Yo sé dónde está su hija  
 Está... las fuerzas me faltan,  
 La fiebre me martiriza  
 Venga usté á enjugar el llanto  
 Que corre por mis mejillas.»

—Dice que enfermo y triste  
 Está en el lecho del dolor postrado;  
 Sabe de Blanca, y mi ansiedad resiste  
 Y el sitio donde está se ha reservado.  
 Marchemos, dijo el padre,  
 No llores mas por Dios, esposa mia.  
 Y los dos se alejaron  
 Sin oír los sollozos de la madre  
 Que al mirarlos marchar desesperada  
 Y en su horrible agonía  
 —Que venga mi hija amada;  
 A gritos á su esposo le pedía.  
 —¿Dónde mi Blanca está, que es mi consuelo?  
 ¿Dónde está mi esperanza y mi alegría?  
 Esto la pobre madre repetía  
 Fijando sus miradas en el cielo.

## XI.

### La revelacion.

Yo no le temo á la muerte  
Aunque la encuentre en la calle,  
Que sin permiso de Dios  
La muerte no mata á nadie.

—  
Compañera de mi vida  
Ya no me conocerás,  
Que mata mas una pena  
Que una larga enfermedad.  
*(Coplas populares.)*

EN un verde bosquecillo  
Que dá salida á una sierra  
De fertilisima tierra  
Hay una casa ruin.  
Los árboles le dan sombra,  
La aman los ruseñores  
Y le dan las gayas flores  
El aspecto de un jardin.

Quando con manos de rosas  
La encendida primavera  
Engalana la pradera  
Dándole vida y color,  
Parece el risueño bosque

De ricas flores vestido  
El paraíso perdido  
Que al hombre diera el Señor.

La casa es pobre y antigua,  
Y está en medio edificada  
De un llano, y una enramada  
Que casi empieza á nacer  
Estiende sus verdes hojas,  
Y prendada de su brio  
Le regala su rocío  
El alba al amanecer.

Ved un delicioso llano,  
Una elevada colina,  
Una fuente cristalina  
Y un arroyo saltador:  
Un cielo hermoso sin nubes,  
Teñido de azul y rosa,  
Y una alegre mariposa  
Volando de flor en flor.

La música de las hojas,  
El canto del pajarillo,  
El balar del corderillo,  
Las querellas del zagal;  
La canción de la pastora  
Sencilla y enamorada,  
El rumor de la cascada  
Cuando agita su raudal.

Las estrellas de la noche,  
La luz de la blanca luna  
Cuando argenta la laguna;  
Los trinos del ruiseñor,  
La dulce amorosa queja  
De la tórtola inocente,  
El ruido del torrente

Y el perfume de la flor.

Todo de noche y de día  
Hacen este sitio ameno,  
Aquí el corazón sereno  
Respira con libertad,  
Aquí se admira del mundo  
La inapreciable grandeza,  
Aquí á la naturaleza  
Se rinde la voluntad.

En un cuarto limpio y claro,  
Que no es largo ni es estrecho,  
Recostado sobre el lecho  
El pobre Narciso está.  
El pálido rostro anuncia  
Su amarga y terrible pena,  
Y por su frente morena  
Negro pensamiento vá.

Una mesa, un crucifijo  
Por una vela alumbrado,  
Un sillón mal colocado,  
Cuatro sillas, un belón;  
Dos cuadros, un libro viejo,  
Una bien limpia escopeta,  
La cama y una carpeta  
Adornan la habitación.

Un perro de anchas orejas,  
De rubio y carnoso cuello,  
Valiente, animoso, bello,  
Diestro en correr y cazar  
Levanta lánguidamente  
Su hermosa y rubia cabeza  
Mira al dueño, y con tristeza  
Se vuelve luego á acostar.

Levanta el jóven la mano  
Y al hermoso perro llama  
Y sobre la estrecha cama  
El noble animal saltó;  
Gime, ladra, y bullicioso  
La larga cola menea

Y en contemplar se recrea  
Al dueño que lo crió.

Abrióse la vieja puerta,  
Ladró el perro de contento  
Y en el humilde aposento  
Se presentó una muger;  
Sus negros y dulces ojos  
Revelaban que los años  
Trocaron en desengaños  
Las horas de su placer.

Sesenta abriles cumplidos  
La buena muger contaba,  
Y al jóven Narciso amaba  
Con extraño frenesí.  
Levanta el jóven la vista,  
Sienta á la anciana á su lado  
Y en tono grave y peusado  
Se esplica el mancebo así:

—Madre, me siento mejor,  
Está cerrada la herida;  
—Mucho temí por tu vida...  
Eres ingrato á mi amor.

Poco en la vida se alcanza  
Cuando es eterno el pesar:  
—No, madre, quiero gozar  
El placer de la venganza.

—Por Blanca vas á morir,  
Terrible amor te dió el cielo.  
—Es la muerte mi consuelo  
Y, madre, quiero vivir.

—¡Tienes pálido el semblante!  
—De sufrir estoy cansado,

Grata paz he deseado  
Y no la encuentro un instante.

—Será eterno tu dolor,  
Y esta desgracia me aterra,  
Todo se olvida en la tierra...  
—Todo, menos el amor.

—Por tu suerte estoy llorando...  
Hijo, ¿qué piensas hacer  
Con respecto á esa muger?...  
—¡Estarla siempre adorando!

—Hijo, la ardiente pasion  
Que tu alma noble devora,  
Quisiera arrancarla ahora  
De tu hermoso corazon.

—Dolores que estoy sintiendo,  
Recuerdos que van pasando,  
¡Ay madre! vivir amando  
Es como vivir muriendo.

—Con ese amor imposible  
Estás perdiendo la calma.  
—Yo siento un fuego en el alma,  
Margarita, inestinguible.

Al crear el ser eterno  
La existencia, darnos quiso  
En la mente un paraíso  
Pero en la tierra un infierno.

¿Cómo ocultar mi dolor  
Cuando mas violento estalla?  
Cuando en mi pecho batalla  
Un incomprensible amor.

¡Dí corazón! ¿qué deseas  
Si ya has perdido tu calma?...

—De la nobleza del alma  
Nacen las grandes ideas.

—Ella ignora mi pasión  
Y mas que he podido he hecho;  
¿Tengo yo acaso el derecho  
De mandar mi corazón?

Maldigo mi adversa estrella;  
—Si ella ignora tu querer  
No puede corresponder...  
—Debió adivinarlo ella.

Siempre temo en mi aflicción  
Que mi amor le cause enojos,  
¡Ay! ya le han dicho mis ojos  
Lo que calla el corazón.

—Llevas del dolor la palma,  
No es muger observadora;  
—Son los ojos del que adora  
Las voces con que habla el alma.

Dicen que perdí á mi padre  
Siendo todavía muy niño,  
No conocia mas cariño  
Que el que profeso á usted, madre.

En mi angustiosa orfandad  
Lejos del mundo moraba  
Porque usted me consolaba  
En tan grata soledad.

Alegre cazando un día  
De plácida primavera,  
Ví una niña en la pradera

Bella, como la alegría.

Nunca pude comprender  
Que me hiriesen en el alma  
Y se llevasen mi calma  
Los ojos de esa muger.

Desde entonces la seguí  
Con entusiasmo profundo,  
Y creo que me grita el mundo  
Ese amor no es para tí.

Temblar hace á mi denuedo  
La triste idea de perderla,  
Quiero huir, y quiero verla,  
Quiero olvidarla y no puedo.

—Torna el amor en desden  
Cuando el deber te lo mande...  
Y puesto que el alma es grande  
Sea el hombre grande tambien.

—Cuando es necesario hallar  
Un ángel para vivir  
Y no se puede decir  
Cuando se llega á encontrar.

Dios escuchó mi agonía  
Y como siempre, infinito,  
El alma que necesito  
Me otorga con mano pia.

Quando van las ilusiones  
Colmándonos de placer,  
Quando enciende esa muger  
El fuego de las pasiones.

Y cuando despues de verla

Se aumenta el amor fecundo,  
Y por las leyes del mundo  
Se espone el hombre á perderla;

Cuando lucha en su afliccion  
Con su terrible ansiedad,  
Y busca en la soledad  
A el ángel de su pasion;

Cuando harto de sufrir  
Maldice el hombre su suerte  
Y llama loco á la muerte  
Porque su objeto es morir;

Cuando su estrella fatal  
A otro camino lo llama  
Y sabe que la que ama  
Quiere mucho á otro rival,

El hombre no puede, no;  
Seguir amando á la vida...  
¡Ay, porque madre querida,  
Mi rival no me mató!

—¡Hijo! recobra tu calma  
Y ten compasion de mí,  
¡Ay! no te espreses así...  
¡Me estás desgarrando el alma!

Cuando á consolarme vienes  
Te encuentro triste y llorando.  
Me está esa muger robando  
El cariño que me tienes.

Narciso, en esta ocasion  
Tan solo callar me toca,  
Ni la maldice mi boca  
Ni la odia el corazon.

Yo te perdono porque...  
 —¡Ay! perdon si la he ofendido,  
 Mas madre no he conocido  
 Que ustedé, señora, que ustedé.

Usted en mi edad dichosa  
 Con esmero me ha cuidado...  
 Sí, madre, ¿me ha perdonado?...  
 ¡Es usted tan bondadosa!...

No puedo, madre querida,  
 Librarme de este pesar;  
 Su amor no puedo olvidar  
 Porque su amor es mi vida.

—Ven sobre mi corazon,  
 Rompe Narciso esos lazos,  
 Ven y olvida entre mis brazos  
 Tu desdichada pasion.

Nada le resta á tu anhelo,  
 Ni á tu terrible quebranto;  
 Lloro Narciso, que el llanto  
 Es manantial de consuelo.

Dulcifica los enojos  
 Estando el alma angustiada,  
 El sentir la faz bañada  
 Con lágrimas de los ojos.

La tristeza y el dolor,  
 Cura la ciencia en la vida,  
 —Pero, ¿quién cura la herida  
 Que abre en el pecho el amor?

Blanca!!

—No mientes su nombre,  
 ¿Quién calmará tu agonía?

Porque al fin llegará el día  
Que Blanca querrá á otro hombre.

—No, madre, no, yo no quiero  
Que ella ame á otro rival.

—Hijo, tu estado es fatal.

—Madre, de angustias me muero...

Dijo el infeliz Narciso;  
Sobre el lecho se incorpora,  
Y á su madre mira y llora  
Lágrimas del corazón,  
Un tercero abrió la puerta,  
Dejando la entrada franca,  
Y el triste padre de Blanca  
Penetró en la habitación.

—Narciso!

—¿Ya llegó usted?

—Habla presto; ¿quién te ha herido?

—Yo lo ignoro.

—¿Quién ha sido

El infame?

—No lo sé.

—Y Blanca la has visto;

—Sí.

—Y ¿se haya aquí, responde?

—Eso á mi pena se esconde...

—Dios santo! ¿pues no está aquí?

Habla, cuéntame al instante...

—(Su dolor me causa espanto).

Lorenzo, ¿vé usted este llanto

Que corre por mi semblante?

Pues le juro por mi nombre

Que es horrible mi tormento.

Yo no viviré contento  
Hasta que no mate á un hombre.

—Por Dios, decidme, señora,  
Aunque mi dolor lá aflija,  
Donde se encuentra mi hija...  
—Tambien mi madre lo ignora.

—Narciso, por compasion,  
Apiadate de mi pena.  
¿A dónde está la Azucena  
Que adora mi corazon?

Con tu silencio me aflijo  
Porque sé que tú la adoras,  
Tú callas, porque tú ignoras  
De qué modo se ama á un hijo.

—Lorenzo no lloré usté,  
Pronto quedará enterado  
De todo lo que ha pasado...  
—¡Habla, Narciso!

—Hablaré.

Cuando el seductor huyó  
Cuando le salvé la vida,  
Y cuando Blanca querida  
Tambien desapareció;

Cuando fuimos á buscarla  
Cada uno por su lado,  
Cuando yo desesperado  
Desconfié de encontrarla,

Un hombre se llegó á mí,  
Trabamos conversacion  
Y con astuta intencion  
Donde estaba descubrí.

Rápido seguí la pista  
 Que aquel hombre me marcaba,  
 Y ví que Blanca le hablaba  
 A un viejo contrabandista.

Mi furia y mi amor sujeto,  
 Con mi incertidumbre lucho,  
 Y allí conmovido escucho  
 Que la tratan con respeto.

De aquel sitio la saqué  
 Pero Juan Bravo nos vió,  
 Y le arremetí y me hirió  
 Y lo demás no lo sé.

—¿Juan Bravo el contrabandista?  
 —Sí, Lorenzo, sí.

—¡Dios mio!

¿A dónde estará ese impío?  
 Lo buscaré y Dios le asista.

Y Blanca ¿á dónde se fué?  
 —Cuando Juan me dejó herido  
 Lorenzo, perdí el sentido...  
 Y en mi cama me encontré

Cuando á la vida volví.  
 —Y yo, señor, afligida,  
 Cuando temia por su vida  
 Mi existencia aborrecí.

—¿Y cómo á casa volvió  
 Quién lo trajo á este lugar?  
 —Eso le voy á contar  
 Pues él no lo sabe, no.

Hace ya veinte y dos años  
 Que vivo lejos del mundo

De ese piélago profundo  
De farsas y desengaños.

A Narciso con delirio  
Adora mi corazón,  
Su amargura es mi aflicción,  
Su tristeza es mi martirio.

Siento su pena cruel,  
Y en aquesta soledad  
Lamentando su orfandad  
Paso mi vida con él.

El amor que su alma encierra  
Mi sentimiento pregonar,  
Que es la única persona  
Que me sostiene en la tierra.

Yo sufro cuando se queja,  
Cuando llora desvario,  
Y cuando se ríe me río  
Y lloro cuando se aleja.

Señor, en esta semana  
Una noche no dormí  
Y de casa se ausentó  
Al despuntar la mañana.

Pasó un día y otro día,  
Y yo, gimiendo y llorando,  
Lo estuve inquieta esperando  
Y el ingrato no volvía.

Cansada ya de esperarlo  
Y temiendo por su vida,  
Con el alma dolorida  
Al valle salí á buscarlo.

Ví á un labrador y me dijo:  
«No se asuste usted señora,  
Vuelva usted á casa que ahora  
Le traerán á usted á su hijo.»

Luego entre cuatro lo ví  
Y herido me lo entregaron,  
Y todos me consolaron  
En mi horrible frenesí.

Delirante de dolor  
A Narciso me abracé  
Y á un campesino mandé  
Que fuese por el doctor.

«Es una herida sencilla,  
Me dijo el doctor Pascual,  
Se conoce que el puñal  
Tropezó en una costilla.

«Ha sido una gran ventura  
La que este mozo ha tenido,  
Otros con menos han ido  
Derecho á la sepultura.

«No llore usted, Margarita,  
Pronto, pronto, estará bueno,  
Me dijo de gozo lleno:  
Hoy reposo necesita.»

Narciso á Blanca llamaba;  
Su calentura fué breve,  
Y aunque la herida era leve,  
De noche y dia deliraba.

Ya lo veo restablecido  
Y no cesa mi recelo.  
¡Ay, señor, bien sabe el cielo

Todo lo que yo he sufrido.

—¡Pobre madre!

—¡Margarita!

A usted se lo debo todo.

—No hables, hijo, de ese modo

Mi tristeza es infinita.

—Narciso, te vengaré.

—Lorenzo, cuando yo salga,  
Si lo encuentro Dios le valga.

—Narciso ¡por Jesús!

—¿Qué?

Vamos, descansa, hijo mio,

No vuelva la calentura;

¡Cuánto sufre esta criatura!...

—Tiene sueño y tiene frío.

—Vámonos de este aposento,  
Hoy le encuentro fatigado.

—Hasta despues, hijo amado,

—Vamos, descansa un momento.

—Y Blanca ¿dónde estará?

Ya que las señas me has dado,

Narciso, pierde el cuidado

Que Blanca parecerá.

—Búsquela usted, se lo ruego.

—Iré enseguida á buscarla.

—Y si llega usted á encontrarla...

—Vendré á decírtelo luego.

Narciso saludó al padre,

Luchando con su honda pena

Y pensando en su Azucena

El pobre padre lloró.

El enfermo dió un suspiro,  
Y trémulo y agitado  
De fatigas agobiado  
Los negros ojos cerró.

Y despues, lánguidamente,  
Se recostó sobre el lecho,  
Llevó la mano á su pecho  
Y se le oyó suspirar.  
Lorenzo y la triste anciana  
Gimiendo se retiraron  
Y al pobre jóven dejaron  
Un instante descansar.

A los piés de la enramada  
Sentóse el padre abatido,  
Con acento dolorido  
Lamentaba su dolor.  
Y Margarita se sienta  
A la izquierda del anciano  
Y espera consuelo en vano  
A su inmenso sinsabor.

—Señora, voy al momento  
A ver si encuentro á mi hija,  
Dispense usted que le exija  
Que mitigue el sentimiento

De Narciso, lo amo tanto!  
—¡Ay si su madre viviera!  
—¿Su madre?

—Sí, yo quisiera  
Que ella enjugara su llanto.

—Señora, ¿usted no es su madre?  
—Como una madre lo quiero.  
—Saber esa historia espero,  
Yo lo amo como un padre

Puede querer á un buen hijo.  
Sé que es bondadoso y bueno,  
Y por sus desgracias peno  
Y por sus penas me aflijo.

—Lamentando sus enojos  
Y su insufrible amargura,  
He regado la espesura  
Con el llanto de mis ojos.

Muchas veces he pensado  
Hablar con usted, señor,  
Y revelarle su amor,  
Que es amor bien desdichado.

—Tarde llegué á comprender  
Que él á mi Blanca queria,  
Y le he jurado que un dia  
Será Blanca su muger.

—Señor, tal dicha no cabe  
En mi triste corazon.  
Deje usted por compasion  
Que su buena accion alabe.

A usted deberé la calma  
Que ya hace tiempo perdí,  
Pues por Narciso ¡ay de mí!  
Diera mi vida y mi alma.

El amor que su alma encierra  
Con su alma partirá,  
Y creo que Blanca será  
Con él feliz en la tierra.

Lo quiere á usted como á un padre,  
Y usted vivirá contento  
Y cumpliré el juramento

Que hice al morir á su madre.

—¿A su madre?

—Sí, señor,

Yo bendigo su memoria

—Refiérame usted esa historia,

Se lo exijo por favor.

—Mas antes júreme usted,

Ya que usted su dicha labra,

Que cumplirá la palabra

Que le prometió.

—Si á fé.

Señora, ¿por qué vacila?

—Le diré lo que he callado;

Él vivirá afortunado

Y yo moriré tranquila.

—Me devora la ansiedad.

Ese secreto!...

—Mé fundo

En que no quiero en el mundo

Mas que su felicidad.

En una edad mas dichosa,

Cuyo recuerdo bendigo,

Era mi padre muy amigo

Del marqués de Santa Rosa.

—Siga usted, sí,

—Caballero!

—No haga usted que se lo exija.

—Tenia el marqués una hija

Hermosa como un lucero.

Con ellos siempre viví,

Pues ellos siempre me amaron,

Y gozosos me otorgaron  
Cuantas gracias les pedí.

Con ellos vivia dichosa,  
Mas luego un hombre me amó  
Y entonces conseguí yo  
El dulce nombre de esposa.

Con tierna solitud  
Lo amé, y con amor profundo.  
Era mi esposo en el mundo  
Un modelo de virtud.

Mas luego la avara muerte  
A mi esposo me quitó,  
Y con él ¡ay! se llevó  
Mi porvenir y mi suerte.

Entonces perdí mi calma,  
Crucé este valle de abrojos  
¡Ay! con el llanto en los ojos  
Y la amargura en el alma.

Me prestó el cielo su ayuda  
Cuando su amparo imploré,  
Que en el mundo me encontré  
Huérfana, pobre y viuda.

Mas de mi padre el amigo,  
Recordando su amistad,  
Me amparó en mi viudedad,  
Me acogió bajo su abrigo.

Moderándose mi pena  
Sentí alejarse el dolor,  
Y amaba á mi protector  
En una vida serena.

Desde entonces una idea fija  
Constante me atormentaba,  
Porque el marqués me trataba  
Con mas amor que á su hija.

Tan marcada distincion  
Juro á usted que me ofendia,  
Pues su hija me queria  
Con todo su corazon.

Magdalena, porque así  
La marquesa se llamaba,  
A un hombre constante amaba...  
—Su nombre pronto, ¡ay de mí!

Señora, tambien me acuerdo  
De aquellas horas de calma,  
Me está desgarrando el alma  
Ese bendito recuerdo.

—Con su cariño hácia mí  
El marqués me fatigaba,  
Contra mi honor atentaba.  
¡Qué tarde lo comprendí!

Mas de mi honra el crisol  
Nunca, jamás lo empañé,  
Y siempre lo mostraré  
Refulgente como el sol.

Con su cariño constante  
El marqués me perseguia,  
Mas yo de su amor huia  
Sin escucharlo un instante.

Cuando ausentarme pensé  
De aquella casa con pena,  
Ví llorando á Magdalena,

Y á sus ruegos me quedé.

Magdalena en cinta estaba,  
El padre lo descubrió  
Y á un convento la llevó  
Y á mí sola me dejaba.

Antes de partir me dijo:  
—Ya nada ignora mi padre,  
Júrame tú que otra madre  
Has de ser para mi hijo.

Llorando le juré yo  
Que al hijo protegería...  
—¿Y el hijo?  
—Supe que un día  
El marqués se lo quitó.

—¡Infeliz! ¡era tan buena!...  
—Mira de su infamia el fruto,  
Dijo el marqués, ponte luto...  
Ayer murió Magdalena.

Su pasión no tiene excusa  
Añadió con ronco acento,  
Toma al niño y al momento  
Depositálo en la inclusa.

—Usted no lo haría, no,  
Mi felicidad me quita...  
Dígame usted, Margarita,  
¿A dónde el niño dejó?

Dígale usted la verdad  
A un triste que se lo implora.  
De usted depende, señora,  
Toda mi felicidad.

—A su madre le cumplí  
Lo que en vida le juré,  
Porque yo al niño salvé  
Cuando del marqués huí.

Magdalena me trataba  
Con cariño, y no se asombre  
Si nunca me dijo el nombre  
Del amante que adoraba.

¿Cómo buscar á su padre  
Si su nombre no sabia?  
Pero yo al niño queria  
Como si fuese su madre.

Me ausenté de la ciudad,  
Con esmero lo cuidé  
Y mi amor constante fué  
Su consuelo en su orfandad.

Por eso siento su pena  
Y lamento su dolor,  
Porque es Narciso, señor,  
El hijo de Magdalena.

Absorto escuchó Lorenzo  
Lo que dijo Margarita,  
Y en su emocion infinita  
Rápido se levantó,  
Y con el llanto en los ojos  
Con alegría verdadera,  
Al pié de la enredadera  
Desfallecido cayó.

Con angustia y sobresalto  
La anciana á Lorenzo mira,  
Y mas cada vez la admira  
De Lorenzo el frenesí.

Haciendo un supremo esfuerzo  
Se vá el padre dominando  
Y de contento temblando  
Al cabo se esplica así:

—Yo no sé lo que me pasa,  
Que este es un sueño imagino;  
Bendigo al feliz destino  
Que me ha traído á esta casa.

Quien vá de la pena en pos,  
Quien de todo desconfia,  
Alegre bendice un dia  
La providencia de Dios.

Usté me ha vuelto la calma,  
Que hace tiempo que perdí,  
Porque al cabo encuentro aquí  
¡Ay! al hijo de mi alma.

Dios querrá que desde el cielo  
La bendiga á usté su madre,  
Hoy en la tierra su padre  
Le debe á usté su consuelo.

De mi triste juventud  
El dulce fruto buscaba,  
Sin saber que lo abrigaba  
En sus brazos la virtud.

Yo fuí, señora, el amante  
De la que quisimos tanto;  
Por ella vierto este llanto  
Que corre por mi semblante.

A Narciso con pasion  
Hace tiempo que adoraba;  
Que era el hijo que buscaba

Me decia mi corazon.

Y no me engañó en verdad  
Este oculto sentimiento,  
A usted debo mi contento,  
Mi eterna felicidad.

Margarita con asombro  
A Lorenzo contemplaba,  
Porque atónita dudaba  
De las palabras que oyó,  
Y Lorenzo conmovido  
Con esactitud notoria  
De sus amores la historia  
A la anciana refirió.

Con el contento en los ojos,  
A cada frase que oia  
La anciana se estremecia  
Conociendo la verdad,  
Y Lorenzo y Margarita  
Gozosos se comprendieron  
Y llorando bendijeron  
De Dios la suma bondad.

Entonces, Lorenzo dijo:  
—¿Permitirá usted señora,  
Que un padre que á su hijo adora  
Corra á abrazar á su hijo?

Estoy de sorpresa loco,  
Es mi gozo extraordinario...  
—Hoy, Narciso, es necesario  
Que lo sepa poco á poco.

No desoiga usted mi ruego.  
Muchas veces la ventura,  
Tambien mata á la criatura.

Yo á Narciso veré luego.

—Mi cariño me condena.  
A un hijo se quiere tanto...

—Hablaemos entretanto  
Del padre de Magdalena.

Voy á revelarles ahora  
Lo que con él me pasó  
Cuando á mi casa volvió...

—Bien, la escucho á usted señora.

—Cuando su hija me amaba  
Con desconsuelo veia  
Que el marqués me aborrecia  
Porque á su hija adoraba.

Nunca merecí su encono  
Porque nunca lo odié yo;  
Su hija lo perdonó.

—Y yo tambien lo perdono.

—Una noche ví al marqués  
Cuando de su casa huí.

—Estuvo en el campo?

—Sí,

Pero no ha vuelto despues.

Era una noche de luna,  
No puedo echarla al olvido,  
Y ví á un hombre que atrevido  
En hora tan importuna

Se presentó en mi aposento;  
Al punto lo conocí,  
Y el marqués se acercó á mí  
Y dijo con ronco acento:

—Calla, no vengo á ofenderte  
Ni de mi cariño á hablarte;  
Tan solo vengo á entregarte  
Lo que te tocó por suerte.

Cuando mis bienes partí;  
Con anhelo te he buscado  
Hace tiempo, te he encontrado,  
Parto enseguida de aquí.

Mi existencia es un misterio;  
Solo sabrás Margarita  
Que mi alma necesita  
La calma de un monasterio.

No hay en mi vida fatal  
Mas placer que el de morir,  
Pero tú debes vivir  
Ahí te entrego mi caudal.

Por doquiera me persigue  
La fatalidad prolija,  
Y la sombra de mi hija  
A todas partes me sigue.

Siempre desgraciado fui;  
Por mi alma rezarás,  
Porque nunca me verás  
Ni nunca sabrás de mí.

Entonces le rogué yo  
Llorando que no marchara  
Y con Narciso habitara.

—¿Y qué dijo?

—Se alejó.

Sus pensamientos extraños  
Nunca los pude saber.

No se ha dignado volver  
Y han transcurrido diez años.

—Ay! Margarita, me extraña,  
Se lo juro por mi nombre,  
Que me aborrezca ese hombre  
Con tan implacable saña.

—Hemos sufrido los dos  
Su carácter con paciencia.  
Que prolongue su existencia  
Lorenzo, le ruego á Dios.

Ay, señor! bien sabe el cielo  
Lo que yo á Narciso adoro,  
Por su madre al cielo imploro  
Y por su bien me desvelo.

Yo su caudal he guardado  
Porque, señor, yo queria  
Dárselo á Narciso el día  
Que fuese á tomar estado.

No hay dicha que no me cuadre  
Cuando satisfecho está,  
Y lloro cuando me dá  
El dulce nombre de madre.

Muchas veces afligida  
Su martirio comprendí,  
Y nunca le descubrí  
El secreto de su vida.

Mas hoy mismo cumpliré  
Lo que le juré á su madre,  
Y ya que encontré á su padre  
Su caudal le entregaré.

—Ese proceder me esplico.  
Es digno de un alma honrada,  
El padre no acepta nada,  
Tambien el padre es muy rico...

Mi grata admiracion crece  
Y el padre dice á usted ahora,  
Acéptelo usted, señora,  
Porque á usted le pertenece.

A usted que al hijo ha criado  
Con un cariño profundo,  
A usted que sola en el mundo  
Con esmero lo ha educado.

A usted le debo mi calma  
Deje usted que se lo diga,  
Deje usted que la bendiga  
Con el lenguaje del alma.

Usted á mi casa vendrá  
Con mi hijo idolatrado.  
Usted en mi familia ha entrado  
Y con ella vivirá.

—Tanta dicha en mí no cabe:  
Vamos á verlo, señora.  
—Narciso todo lo ignora...  
—Narciso todo lo sabe.

Exclamó abriendo la puerta  
El pobre jóven contento  
Que estuvo escuchando atento  
Toda la revelacion.  
Pálido el moreno rostro  
Y con vacilantes pasos  
Dijo estendiendo los brazos  
—¡Padre de mi corazon!



Lorenzo, Narciso y Margarita.



Entonces el buen Lorenzo  
Abandonó su templanza,  
Sobre su hijo se lanza  
Con indecible placer;  
Entre sus brazos lo estrecha  
Con frenética alegría  
Y por su rostro sentía  
Dulces lágrimas correr.

En tanto que Margarita  
Está llorando de gozo,  
Gime el padre en su alborozo,  
Mira al hijo y quiero hablar.  
Pero la emocion sublime  
Que á su alma noble sofoca  
Le corta el habla en la boca  
Y el padre rompe á llorar.

Detrás de la endeble puerta  
Narciso estuvo escondido  
Y de este modo habia oido  
Lo que Margarita habló.  
De gozo se estremecia  
Y estar soñando pensaba,  
Tambien Narciso dudaba  
De las palabras que oyó.

Aplica atento el oido,  
Llora, gime y se estremece,  
Su espíritu desfallece  
A impulsos de su emocion.  
Lleva la mano á su pecho  
Y su ansiedad se acrecienta,  
Porque al jóven lo amedrenta  
Su propia respiracion.

Sus sinsabores olvida  
Y su amor desventurado;

Sabe, porque lo ha escuchado,  
 Que tiene á su padre allí.  
 En esa suprema hora  
 Brota en el pecho del hombre  
 Un sentimiento sin nombre  
 Que disipa el frenesí.

Y brotan los ojos llanto,  
 Y el sudor baña la frente,  
 Y algo nuevo el alma siente  
 Que es imposible explicar,  
 Porque ese santo cariño  
 Que vuelve al hombre la calma  
 Es eterno como el alma  
 Infinito como el mar.

—¡Padre mio!

—Tu padre, sí.

—¡Ay, Margarita querida!  
 A usted le debo la vida  
 Y el ver á mi padre aquí.

Todo lo he escuchado, todo,  
 Ya de mí se apiadó el cielo.  
 ¡Padre, mi bien, mi consuelo!  
 —Hijo mio, de cualquier modo

A casa debes venir.  
 Tambien vendrá Margarita.  
 —Mi corazon necesita  
 Verla delante partir.

Connigo nunca fué franca  
 Y mi historia me ocultó.  
 —No pienses en eso, no;  
 Ahora pensemos en Blanca.

—Hoy mismo la encontraré

Yo sé el sitio en dónde está  
 Mi hermana parecerá  
 Padre, yo iré con usted.

¡Dios mio, que débil me siento!  
 —Narciso, no puedes ir...  
 —Sí, padre, voy á salir.  
 —Estoy de vuelta al momento.

Lorenzo besó á Narciso,  
 Y con alegría infinita  
 Abrazando á Margarita,  
 De la casa se alejó;  
 Y atravesando triunfante  
 Por diferentes caminos,  
 Con alegres campesinos  
 Luego á la casa tornó.

Los tranquilos labradores  
 Que á Lorenzo respetaban  
 Y que nunca imaginaban  
 Que los habia de llamar,  
 Escucharon con asombro  
 Al buen padre que les dijo:  
 —Venid, vereis á mi hijo,  
 Que ya lo llegué á encontrar.

Señores, exclamó el padre,  
 Es Narciso mi hijo amado,  
 Margarita lo ha criado  
 Con el amor de una madre.

Tan tierna solicitud  
 Pague el cielo con favores.  
 Demos un viva, señores,  
 A su intachable virtud.

—¡¡Dios la bendiga, señora!!

Los labradores gritaron,  
Y á Narciso rodearon  
Que los abrazó tambien,  
Y entre todos con presteza  
En sus brazos lo cojieron  
Y con Narciso partieron  
Por el malagueño eden.

---

## XII.

### La pureza y la virtud.

Yo me confié á un amigo,  
Por ver si me consolaba,  
Y mi amigo estaba enfermo  
Del mismo mal que yo estaba.

Hasta la cama en que duermo  
Se queja de mi dolor.  
Siendo de madera y siente  
¿Qué será mi corazón?

*Coplas populares.*

Por ancha pradera  
Que adornan los cerros,  
Tendido al escape,  
Seguido de perros  
Que ladran furiosos,  
Vá un bruto veloz.

Con ambas espuelas  
Lo ostiga un anciano,  
Y el potro relincha  
Y el valle y el llano  
Atrás deja indómito  
Del hombre á la voz.

Sentada en la silla  
La jóven hermosa,  
La vista al espacio  
Levanta afanosa,  
Asiéndose al cuello  
Del viejo marqués.

Devora la angustia  
Su pecho amoroso,  
Su faz está pálida  
Y el bruto animoso  
Saltando una peña  
Se aleja despues.

—¿Dó vamos? dó vamos?  
Pregunta la niña.  
—Dejad que atraviere  
La oscura campiña,  
Responde el anciano  
Bañado en sudor.

El noble caballo  
Veloz se desboca,  
Y bufa y bañada  
De espumas la boca  
Las bridas desprecia  
Con loco furor.

Rómpese parda nube,  
Y de su seno líquido  
Despréndese la lluvia  
Y silba el viento lúgubre  
Vagando por doquier.  
Al alto cielo lánzase  
El polvo leve y rápido;  
La mies esbelta y rubia  
Al golpe de las aguas  
Se inclina con placer.

Desbórdase el torrente,  
Y con silbidos ásperos  
Cruza los altos montes  
El agorero cárabo,  
Y arrecia furibunda  
La ronca tempestad.

Un velo de tinieblas  
Cubre el espacio célico;  
Se oculta el sol radiante  
Trás la montaña altísima  
Y envuelve al ancho valle  
Completa oscuridad.

Con botes rápidos  
El fiero bruto  
Las altas cúspides  
Atrás dejó;  
Los viejos árboles  
Y el verde llano;  
Las peñas áridas  
Fiero saltó.

Y cruza  
Los charcos  
Con súbito  
Vuelo,  
Y deja  
Los valles  
Y toca  
En el suelo,  
Y airado  
Galopa,  
Sacude  
La crin.

Fiero  
Se lanza

## LA AZUCENA

Por otro  
Camino;  
Con poca  
Templanza  
Maldice  
Al destino  
El trémulo  
Anciano  
Que teme  
Su fin.

Ya deja  
La sierra,  
Ya salta  
El vallado  
Y arranca  
La tierra  
Veloz,  
Desbocado,  
Y en vano  
Las bridas  
Sugeta  
El marqués.

Y llora  
La niña  
Y gime  
Aterrada.  
La inculta  
Campaña  
Contempla  
Asustada,  
Y el bruto  
Cansado  
Se para  
Una vez.

Empapado en sudor, falto de aliento  
Llegó el marqués á la famosa Málaga,  
Y al penetrar en las oscuras calles,  
De la ciudad por todos celebrada,  
Cayó muerto el caballo, y el ginete  
A la niña infeliz convulso agarra  
Y exhalando un suspiro, entre sus brazos  
Cayó la triste jóven desmayada.  
El cansancio cruel, la inquieta duda  
Abaten del anciano la arrogancia,  
Y humildemente le suplica al cielo  
Que le preste las fuerzas que le faltan.  
Lóbrega noche, en el oscuro espacio,  
El génio infiel de las tinieblas vaga,  
La lluvia crece, y el terrible trueno  
Anuncia el rayo y furibundo brama.  
Al fragoroso son de la tormenta,  
Que por el ancho valle se desata,  
Y á la rápida luz de los relámpagos  
Que cruzan por la bóveda enlutada,  
Se ven pasar las cenicientas nubes  
Al son del trueno y al rumor del agua.  
Tiembla el marqués en tan horrible noche;  
Mil pensamientos por su frente pasan,  
Porque en su noble afan busca una idea  
Que le revele la mansion de Blanca,  
Y un ser humano delirante busca  
Que le recuerde el sitio en que se halla.  
—¿Quién es, se dice, tan hermosa niña?  
¿Por qué amparo gimiendo me implorara?  
¿Quiénes sus padres son? estas preguntas  
Se hacia el anciano, y conmovido aguarda  
Que mitigue su grave pesadumbre

La bienhechora luz de la mañana.  
 Sigue la tempestad, la lluvia sigue,  
 Permanece la jóven desmayada,  
 Y el triste anciano la paciencia pierde  
 Y rendido lamenta su desgracia.  
 Oyó abrir una puerta, y anhelante  
 Fijó sobre la puerta sus miradas.  
 Late su corazón, ansioso observa  
 Al resplandor opaco de una lámpara  
 Que lanzando sus débiles reflejos  
 El interior alumbra de una casa,  
 A un hombre que á la calle se dirige  
 De tosco aspecto y de estatura alta.  
 —Señor, dice el marqués, un forastero  
 Que bendice esta tierra hospitalaria  
 Y sostiene, hace tiempo, entre sus brazos  
 A la única hija que idolatra,  
 Os suplica, señor, que lo lleveis  
 Al barrio del Perchel.

—Lejos se halla,  
 Contesta el hombre con robusto acento.  
 Ya lo vé usted, señor, no cesa el agua...  
 —¿Está lejos de aquí? ¡ay! y esta niña  
 Que sostengo en mis brazos desmayada  
 Amparo ha menester.

—Jaime el cochero  
 Vive cerca de aquí y es camarada.  
 Si quiere usted, señor, iré á decirle  
 Que venga con un coche...

—Vaya, vaya,  
 ¡Generoso señor!

—Voy en seguida.  
 —Por el precio que exija el coche traiga.  
 Partió el desconocido, y tornó luego  
 Con el coche que el viejo deseaba.  
 —Jaime, dijo al cochero, es necesario  
 Que al barrio del Perchel lleves con alma  
 Al señor y á su hija; que no corras

Mira que está la jóven desmayada.

—Corriente, dijo Jaime.

—Dios bendiga

Su generosa accion...

—Señor, mil gracias,

Dijo Jaime y del coche abrió la puerta.

Conmovido el marqués colocó á Blanca

En el sitio mejor del carruaje,

Y dando una moneda al que buscara

Al conductor del coche, tomó asiento,

Y á la voz del cochero el jaco arranca.

Sumergido en profundas reflexiones

Iba el marqués, con impaciencia aguarda

Saber el nombre de la niña hermosa,

De azules ojos y piadosa alma,

Que proteccion llorando le pidiera

En aquella campiña solitaria,

—¡Es un vivo retrato de Matilde,

Es su imágen, buen Dios! el viejo exclama.

Inclinó sobre el pecho la cabeza,

Rodó por sus mejillas una lágrima,

Cruzó los brazos, exhaló un suspiro

Y el bello rostro contempló de Blanca.

—El barrio del Perchel, gritó el cochero.

—Número veinte y dos, esa es mi casa,

Dijo el marqués.

—Ya estamos á la puerta,

—Baje usted del pescante, me hacen falta

Sus auxilios ahora...

—Voy al punto.

—Abriremos la puerta de esta estancia,

Que es la casa que busco.

—Ya está abierta.

Encenderé la luz.

—Ahora con calma

Saquemos á la jóven.

—Vamos pronto.

Y ambos se acercan á la hermosa Blanca.

Entre el marqués y el complaciente mozo  
 Que con respeto y gusto lo acompaña,  
 A la inocente jóven depositan  
 En una silla de la estrecha sala.  
 Conmovidó el marqués pagó al cochero  
 Y le exigió las señas de su casa.  
 Satisfecho el cochero se retira,  
 El pobre niño en el jergon estaba  
 Llorando sin consuelo, el noble anciano  
 La voz escucha de la pobre Clara  
 Que en su aposento con angustias dice:  
 —¡No ha nacido muger mas desgraciada!  
 Nadie de mi dolor se compadece;  
 ¿Quién me socorre aquí? ¿quién? exclamaba.  
 —No llore usted, señora, por el cielo,  
 Enjague usted sus dolorosas lágrimas,  
 Tome aliento, serénese un instante  
 Que el cielo me envió para salvarla.  
 Dijo el marqués acariciando al niño  
 Que con risa infantil lo contemplaba.  
 —¿Quién me consuela así? dijo la madre.  
 —¿Dónde estoy, Santo Dios? exclamó Blanca  
 Con voz triste al volver de su desmayo.  
 —Ay, señor, diga usted lo que me pasa.  
 —No tema usted, no tema, pobre niña,  
 Cuando esta por mi amparo custodiada.  
 Tome usted este niño en un instante  
 Y cállelo un momento.

—Hijo del alma,

Gritó la pobre madre imaginando  
 Que al fruto de su amor lo arrebatában.  
 No se lleven al hijo de mi vida,  
 Él solo me consuela en mi desgracia.  
 Yo sin mi hijo moriré de pena,  
 Abridme por piedad: añadió Clara.  
 —¡La voz de una muger que pide amparo  
 Y llora por su hijo! de esta casa  
 Salgamos al instante.

—No es posible  
 Salir de esta mansion desventurada  
 Sin hablar con la madre de este niño.  
 —¿Veremos á la madre? dijo Blanca.  
 —Abrid por compasion, abrid al punto,  
 Temo que me abandone la esperanza,  
 Gritó la madre, y el marqués le dice:  
 —Yo no encuentro la llave que buscaba;  
 Haré un esfuerzo y abriré la puerta.  
 Esto dice el anciano y se adelanta  
 Y con terrible afan la puerta empuja,  
 Intenta abrir y diligencia vana,  
 La puerta á sus esfuerzos se resiste;  
 Pero el marqués sobre la puerta carga,  
 Hace un supremo esfuerzo y en seguida  
 La fuerte cerradura rota salta.  
 Pálido y triste el agraciado rostro,  
 Cubiertas las mejillas con sus lágrimas,  
 Gimiendo de dolor y delirante  
 Ante el anciano se presenta Clara.  
 —¿Dónde mi niño está? venga mi hijo,  
 Dice la madre y se lo quita á Blanca.  
 Sobre su amante pecho lo coloca,  
 Lo besa con delirio, ora lo abraza  
 Y lo vuelve á besar y lo bendice,  
 Y en una silla se arrojó cansada.  
 Absorta Blanca, con sus lindos ojos  
 Al suspenso marqués interrogaba  
 Y dice inquieta:

—Mis amados padres  
 Que llorarán por mí, señor, me aguardan.  
 Si es usted generoso y compasivo  
 Lléveme usted, señor, pronto á mi casa.  
 —Yo no quiero, por Dios, quedarme sola.  
 Pronto vendrá Martin, exclamó Clara.  
 ¿Quién es usted, señor? yo lo bendigo.  
 Si me libra de él, seré su esclava.  
 Tambien mi madre por mi ausencia llora,

Tambien mi madre con amor me aguarda.

—¿No es su esposo Martin?

—No, me ha engañado,

Llamándome su esposa me maltrata.

—¿Martin dice esa jóven? ¡justos cielos!

Que no lo vea yo mas, exclamó Blanca.

—Dígame la verdad, hermosa jóven:

¿Es Martin quien motiva sus desgracias?

—Hace tiempo, señor, que me persigue

Y que me roba mi querida calma.

Siempre le he dicho yo que lo detesto,

Que lo maldigo y que su amor me espanta.

—¿Tambien á usted la quiere ese malvado?

¿Tambien á usted la sigue? dijo Clara.

—Yo quisiera saber toda su historia.

—Generoso señor, mi historia es larga

Y muy triste, muy triste. Sola vivo

Sin consuelo, sin paz, sin esperanza.

Dígame usted, por Dios, ¿es usted acaso

El que habló con Martin esta mañana?

—El mismo soy, señora.

—Pues entonces

¿Dónde quedó Martin?

—Por mi desgracia

A mi furia burló, mas le prometo

Que yo lo buscaré.

—No, dijo Clara.

Por la fortuna de mi pobre hijo,

Respete usted su vida.

—¡Virgen Santa!

Vá á venir ese hombre, yo no quiero

Que me encuentre otra vez; ¡madre del alma!

Quiero ver á mis padres, pronto, pronto

Lléveme usted con ellos, dijo Blanca.

—Yo no quiero vivir con ese hombre,

Yo no me quedo aquí.

—No temais nada,

Dijo el marqués, mientras Martin exista

No estará satisfecha mi venganza.

¿A dónde vive usted?

—Vivo muy léjos,  
Vivo cerca de Mijas.

—Irá á su casa  
Hoy mismo, se lo juro.

—Caballero,  
Permita usted que le tribute gracias,  
Véngase usted tambien, jóven hermosa,  
No sufra usted á Martin, le dijo Blanca  
Con rostro afable y cariñoso acento  
Besando al niño, á la afligida Clara  
Cuya noble franqueza y bello rostro  
A la inocente jóven cautivaban.

—Su tierna proteccion yo le agradezco,  
Tan hermosa es usted como su alma,  
Pero mi madre me estará esperando,  
Hace un año que vivo separada  
De mi madre infeliz. Martin un dia  
Me arrebató la dicha que gozaba  
Al lado de mi madre, desde entonces  
Maldigo mi pasion desventurada  
Y lloro sus consejos, recordando  
Ella estará llorando por mi causa.  
¡Quién la pudiera ver! mi pobre madre  
De mi suerte fatal no sabe nada.

—A dónde vivia usted?

—Dentro de Velez.

—Usted, señor, que al desvalido ampara,  
Usted que es generoso y es tan bueno,  
A esta señora dejará en su casa.  
Su triste madre la estará esperando  
Como mis padres mi regreso aguardan,  
Y esta señora y yo con fé sincera  
Rogaremos á Dios con toda el alma  
Que prolongue su vida.

—Niña hermosa,  
Tu dulce voz mi corazon encanta.

Esta jóven tambien verá á su madre.  
 Dígame usted, por Dios, ¿cómo se llama?  
 ¿Por qué en el campo la encontré tan triste  
 Y amparo sollozando me imploraba?  
 Con dulce acento refirió la historia  
 De sus desdichas la hechicera Blanca,  
 Y el marqués conmovido le pregunta  
 —¿Y sus padres de usted, cómo se llaman?  
 —Lorenzo, el labrador.

—Bien, ¿y su madre?...

—Maria Lopez Delgado, dijo Blanca.  
 El marqués se estremece cuando escucha  
 Los nombres de su hermano y su cuñada.  
 Quiere abrazar á Blanca y se domina  
 Y trémulo á la puerta se adelanta.  
 —Voy á salir ahora.

—No por Cristo,

Yo no me quedo aquí, le dijo Clara.  
 —Voy á buscar un coche, es necesario  
 Que salgamos hoy mismo de esta casa.  
 —Señor, yo le suplico que esta jóven  
 Tambien nos acompañe, dijo Blanca,  
 Que venga con nosotros, que no vuelva  
 A ver al hombre que sus penas causa.  
 Es jóven como yo y como yo sufre,  
 Y yo la quiero ya como á una hermana,  
 Que no hay dicha mas pura en este mundo  
 Que tender una mano á la desgracia.  
 —¿Cómo podré pagar tanto cariño?  
 Deje usted que la abrace, exclamó Clara.  
 —¡Pobres niñas! tan nobles corazones.  
 Tantos tesoros de ternura guardan,  
 Que el dichoso mortal que los conmueve  
 Contempla que á torrentes se derraman.  
 Esta niña es el ángel del consuelo,  
 Dijo el marqués y derramó una lágrima.  
 —Voy á buscar un coche y enseguida  
 Doy la vuelta.

—Señor, le dijo Blanca,  
¿Y si vuelve Martín?

—Bien, por si vuelve  
Me llevaré la llave de la casa.

—¡Solas las dos aquí; solas, Dios mio,  
Nos vamos á quedar!

—No temais nada,  
Que yo daré la vuelta en el instante.

—Dios lo bendiga á usted, exclamó Clara.  
Cerró el marqués la puerta con cuidado,  
Se contemplan las jóvenes y callan,  
Y el pobre niño se quedó dormido  
Entre los brazos de su madre amada.  
Hay en el corazón un sentimiento  
Puro y hermoso, simpatía se llama,  
Y es hermano gemelo del cariño  
Y fiel amigo de los nobles almas.  
Blanca un momento su pesar olvida,  
Y el torrente detiene de sus lágrimas;  
No conoce del mundo los rigores  
Y en su pecho renace la esperanza.  
Las jóvenes se cuentan sus desdichas  
Y su amistad bendicen y se abrazan.  
Clara de Blanca la hermosura admira,  
Al niño besa con delirio Blanca  
Y la madre infeliz llora de gozo  
Al recordar que deja la morada  
Donde tantos tormentos ha sufrido,  
Y á donde tantas penas le aguardaban.  
Blanca un momento con placer recuerda  
Al gallardo mancebo que la ama,  
Su bendita ilusión le trae á su amante  
Envuelto entre los pliegues de su manta  
Cabalgando en su potro jerezano,  
Y en su pecho resuenan las palabras  
Que el que adora le dijo aquella noche  
Que por primera vez lo vió en su casa.  
Recuerda sus protestas, sus paseos,

Las seductoras frases de la carta  
Del bravo capitán, también recuerda  
Las dulces y sentidas serenatas  
Que el mozo enamorado le dedica  
Al melodioso son de su guitarra.  
Recuerda le aventura de Narciso,  
Y se le oprime de tristeza el alma.  
Piensa en su padre y sus enojos teme;  
Todo en confuso remolino pasa  
Por su frente nublando el pensamiento  
Y la joven comprende su desgracia.  
El ruido de un coche que se acerca  
Oye temblando, palidece Clara,  
De sus muebles llorando se despide  
Entra el marqués y la intranquila Blanca  
Escucha que le dice:

—Ya es muy tarde,  
Marchemos pues, que la tormenta amaga.  
Quiero que antes que termine el día  
Esteis con vuestros padres que os aguardan.  
¡Pobres padres! marchemos, yo no ignoro  
El cruel dolor que el corazón desgarrar  
Cuando á los hijos no se ven, yo sufro  
El horrible poder de esa desgracia.  
Hoy os abrazarán.

El noble anciano  
Salió á la calle y se enjugó las lágrimas;  
Entraron en el coche los viajeros;  
Tomó la llave de su cuarto Clara,  
Y á la voz del cochero los caballos  
Se alejan relinchando de la casa.

---

### XIII.

#### La lucha.

Sufre con ánimo igual  
Alma lo que mas lastima,  
Que la mas áspera lima  
Limpia mejor el metal.

—  
El tiempo y el desengaño  
Son dos amigos leales,  
Que despiertan al que duerme  
Y enseñan al que no sabe.

*Coplas populares.*

NEGRAS nubes encapotan  
La azul cortina del cielo,  
Y horrible tormenta amaga  
El oscuro firmamento.

Eclipsan del sol los rayos  
Los nubarrones espesos  
Y por los valles retumban  
Las roncadas voces del viento.

Huye al aprisco la oveja,  
Torna á su casa el labriego,  
El ave busca su nido,  
Ladran furiosos los perros.

Detrás de Martin vá el Bravo  
 Henchido de furia el pecho,  
 Y Juan tiembla de coraje  
 Y Martin tiembla de miedo.

Quiere saltar un vallado  
 Y Juan lo agarra soberbio,  
 Y entonces Martin lo mira  
 Con semblante cadáverico.

—¿Quién es usted? le pregunta,  
 ¿Por qué me sigue? ¿qué es esto?  
 ¿Soy acaso su enemigo?  
 ¿Por qué me sigue resuelto?

—Puedes decir lo que quieras,  
 Le responde Juan.

—Yo quiero...

—Eres el que yo buscaba,  
 Te he encontrado y no te suelto.

Tu semblante es el retrato  
 De tu corazón perverso.  
 Tú eres Martin; sí, tú eres,  
 Te está delatando el miedo.

Tienes la misma figura  
 Del que busco, el mismo cuerpo,  
 Traigo encima tu retrato,  
 Gracias á Dios que te encuentro.

Dijo el capitán con calma,  
 Y con ademan resuelto,  
 Mirando á Martin sañudo  
 Sacó un retrato del pecho.

Ve el retrato y examina  
 Al seductor de ira ciego,

Y acercándose á su lado  
Le dice con ronco acento:

—Verdugo de mi familia,  
¿Dónde vives? dílo presto,  
O entre mis brazos te ahogo.  
Espílicate sin rodeos.

Díme el nombre de la calle  
En donde vives, corriendo,  
Y encomiéndate á la Virgen  
Señora de los Remedios.

—Yo no soy el que usted busca.

—Mientes, Martín.

—Yo no miento.

Tampoco Martín me llamo.

—¿Cómo te llamas?

—Tadeo.

Martín pronunció este nombre  
Con desfallecido acento.  
Su turbación lo vendía;  
Juan lo miró con desprecio.

—Se me acaba la paciencia,  
Tú eres Martín, vive el cielo.  
Mi corazón me lo dice  
Y el odio que te profeso.

La palidez de tu cara  
También me lo está diciendo,  
Y el terror que manifiesta  
Tu semblante traidorero.

Tú, que á la madre que adoro  
Has dejado sin sosiego,  
Tú que á las niñas seduces

Con tus falsos juramentos.

Tú que á la jóven mas pura  
Engañas con torpe empeño,  
No debieras ser cobarde;  
Habla claro y reza el credo.

Juan Bravo montó el trabuco  
De su rabia en el exceso.  
—Habla, le dice, ó te escondo  
Tres balazos en el pecho.

Martin estendió los brazos  
Hácia el capitan diciendo:  
—No me mates, si me matas  
Lo que me pides te niego.

—¡Dí pronto! ¿dónde está Clara?  
—Clara?

—Sí.

—Murió hace tiempo.  
—¡Ay hermana de mi vida!  
Tú me engañas; no, no es cierto...

¡Ella morir tan hermosa!  
Tan jóven, dí que no ha muerto.  
Mi pobre madre la espera;  
Yo con delirio la quiero.

—Murió tu hermana hace un año;  
Un hijo de su amor tengo...  
—Tú lo afirmas y te escucho...  
Infame, permita el cielo...

—La pura verdad te he dicho,  
No me mates, te lo ruego.  
Mira que el hijo de Clara,  
Necesita mi amor, presto...

—Calla, reptil asqueroso,  
Calla, corazon de cieno,  
Tus palabras me hacen daño;  
No cabe el ódio en mi pecho.

Martin creyó que Juan Bravo  
Desistiera de su empeño  
De tomar pronta venganza  
De su aleve desacierto,

Forjando la atroz mentira  
Que el capitan oyó atento,  
Y que acrecentó la furia  
Que se abrigaba en su seno.

Viendo la actitud del Bravo  
Y su furor conociendo,  
Hizo de valor alarde  
Y dijo con ronco acento;

—Tú me humillas de ese modo  
Porque me ves indefenso;  
Siempre ha de ser asesino  
Quien siempre fué bandolero.

Juan dió un salto y se detuvo,  
Miró á Martin con desprecio,  
Descargó el trabuco al aire  
Y arrojó el trabuco al suelo.

—Yo no respondo á tu insulto,  
Porque responder no debo.  
Voy arrancarte la lengua  
Porque destila veneno.

Como se mata á un malvado  
Debiera matarte presto,  
Pero no soy asesino

Y te mataré en un duelo.

Dijo Juan con voz solemne,  
Sus pistolas tomó luego,  
Y descargó una de ellas  
Con ademan desenvuelto.

Martin al Bravo contempla  
Convulso y calenturiento,  
Y Juan con calma le mira  
Y así le dice sereno.

—Esta pistola cargada  
Es del que proteja el cielo.  
Así se portan los hombres;  
Si no aciertas, te prevengo

Que sin compasion te mato.  
Vamos, que se pasa el tiempo,  
Y colocó las pistolas  
Debajo de su sombrero.

—No hay que asustarse, al avio.  
Coje una pistola presto  
Y preparete en seguida;  
Si tienes suerte veremos.

Ya ves que el cielo se viste  
Con sus nubarrones negros.  
¿Oyes como en la montaña  
Retumba la voz del trueno?

Es que la naturaleza  
A gritos me está diciendo  
Que vengue á mi pobre hermana  
Que por culpa tuya ha muerto.

Temblando Martin lo escucha,

Y se adelanta resuelto,  
Y una pistola recoje.  
—Otra yo en la mano tengo,

Dijo Juan. Estamos solos,  
Sin mas testigo que el cielo,  
Y la tempestad que ruge  
Y el campo que huele á muerto.

Martin con rápidos pasos  
Adelantóse gran trecho,  
Apunta á Juan con presteza  
Pero el arma no dió fuego.

Juan la pistola descarga  
Con valeroso denuedo,  
Y Martin exhaló un grito  
Y cayó al instante al suelo.

—Anda y que Dios te perdone  
El mal que en el mundo has hecho.  
Hermana, ya te he vengado,  
Yo por tu hijo iré luego.

Tornó el capitan en busca  
Del ángel que está queriendo,  
Y vió á Narciso tendido  
Pálido como un espectro.

Llama á Blanca y no responde,  
Busca al caballo lijero,  
Y escucha sordas descargas  
De unos que se están batiendo.

Vaga su incierta memoria  
Por el mar del pensamiento,  
Y una horrible incertidumbre  
Se apodera de su pecho.

La tempestad se acrecienta,  
Arde el rayo, silba el trueno;  
—¡Blanca! dice Juan muy triste,  
Y ¡Blanca! repite el eco.

¡Blanca! dice, mi caballo,  
Mi caballo, grita recio,  
Suenan tiros, y esos tiros  
No resuenan, no, muy lejos.

Rayos despiden sus ojos,  
Y él triste, en cólera ardiendo,  
Se adelanta delirante  
Por el silvestre sendero.

—Nadie responde, Dios mio,  
Ando y grito, á nadie veo,  
Tal vez se bata mi gente,  
De mi desgracia reniego.

¿A dónde está mi caballo?  
¿A dónde está mi canelo?  
A dónde está mi tesoro  
Que lo busco y no lo encuentro.

Mi pobre gente me espera,  
Y creerán que tengo miedo,  
Siguen los tiros, no hay duda,  
Mi gente se está batiendo.

Esto dice Juan el Bravo  
Mesándose los cabellos,  
Y sus gritos de amargura  
Lleva en sus alas el viento.

Corre, salta, grita, suda,  
Alza los ojos al cielo,  
Y los fija en el camino,

Queda un instante suspenso.

Oye la voz de un ginete  
Que cruza por un sendero.  
—¿Quién vá allá? téngase al punto.  
—Capitan.

—Hola.

—Soy Pedro.

—Díme ¿qué pasa? ¿y la gente?  
—Señó Juan, vamos perdiendo;  
Ha venido mucha tropa,  
Tenemos ya siete muertos.

—Ira de Dios!

—El caballo

Nos vendió por el dinero.  
Desde esta tarde á las cuatro  
Ha empezado el tiroteo.

—Y el teniente?

—Yo al principio

Lo ví al frente de los nuestros,  
Despues no lo he visto:

—Ay madre!

¿Me lo habrán matado, Pedro?

—No sé capitan.

—Qué sino,

Qué sino tan malo tengo.  
Pues bien, yo voy á vengarlo,  
A morir estoy resuelto.

—Mi capitan, ya no es hora:  
Bien sabe usted que lo quiero,  
Debe usted ponerse en salvo.  
—Los hombres no se van, Pedro.

Dame tu jaco y tus armas;  
Yo desafío al mundo entero,  
Que yo solo, vive Cristo,  
Valgo mas que todos ellos.

Mira, si acaso me matan,  
Irás á Velez corriendo  
Y le dirás á mi madre,  
Que bendiciéndola muero.

Dijo; montó en el caballo,  
Preparó el trabuco presto,  
Y con la rabia en los ojos  
Partió veloz como el viento.

En el angosto llano  
De la poblada sierra,  
Donde los bravos tienen  
Fortuna y hogar,  
El mozo llegó ufano,  
Tembló al llegar la tierra,  
Y dijo furibundo:  
«Morir ó ganar.»

—Valor, camaradas,  
Valor y ganamos,  
Con poco que hagamos  
Tendrán que partir.  
Maldito del cielo  
Perezca el cobarde,  
Valor, que no es tarde,  
Podemos morir.

Bramando de coraje  
Juan Bravo se adelanta,  
Y al enemigo espanta  
Valiente el capitán.  
Descarga su trabuco,

Cruzando los senderos:  
Sus bravos compañeros  
Lo siguen con afán.

Cruza el veloz caballo  
Por la frondosa viña,  
Depone la campiña  
Que fuera su placer.  
La tropa los persigue,  
Cortándole el camino,  
Y el viento un remolino  
Levanta por doquier.

Las nubes rásganse,  
Y el trueno lúgubre  
Brama frenético.  
Del rayo fúlgido  
La luz fosfórica  
Cruza las bóvedas  
Con magestad.  
Genio diabólico  
La ardiente atmósfera  
Traspone rápido,  
Y estalla horrisona  
La tempestad.

Y en tanto en el cielo no brilla una estrella,  
La lóbrega noche su manto tendió,  
La luna entre nubes medrosa descuella,  
Quizás á otro espacio su lumbre llevó.

Ya chocan los astros con golpes violentos,  
Ya véñse los rayos la esfera cruzar,  
La tierra se agita, ya silban los vientos  
Sus roncós bramidos remeda la mar.

Los bravos se baten, la tropa voceá,  
Se empeña la lucha con hórrido afán,

Y al son de la horrible sangrienta pelea  
Se escuchan los gritos terribles de Juan.

A ellos, que son pocos  
Vamos á ellos,  
Un esfuerzo nos basta  
Para vencerlos,  
Nadie nos busque.  
Porque somos leones  
Los andaluces.

Dice Juan, y de repente  
Ante un guardia se presenta,  
Y de un solo trabucazo,  
Le taladra la cabeza.

Los demás contrabandistas  
No ceden en la pelea,  
Y un tiro, un ¡ay! y un lamento  
Se escucha allí por doquiera.

Cuando la luz de un relámpago  
Brilla y muere, mas se acercan,  
Y se buscan, se acometen  
Y mas la lucha se empeña.

Juan Bravo está en todas partes,  
El sostiene la refriega,  
Y ufano el peligro busca  
Despreciando su existencia.

Crece la lluvia y los truenos  
Retumban en la alta esfera,  
Parece que se desquicia  
De sus cimientos la tierra.

La tropa se vá aumentando,  
Unos mueren y otros llegan,

Y los bravos se retiran  
Y Juan á ellos se acerca.

—A ellos, dice, mis valientes,  
Nuestra fortuna se llevan.  
¿Vereis á vuestras familias  
Sumidas en la miseria?

¿Quereis ver á vuestras madres  
Y á vuestras mugeres bellas,  
Pedir limosna á los ricos  
Llorando de puerta en puerta?

¿Quereis ver á vuestros hijos  
Luchando con la indigencia?  
Vamos, valor compañeros,  
Mas vale astucia que fuerza.

Es la noche muy oscura,  
Vamos á ganar la sierra,  
Y detrás de nuestro cerro  
Ganaremos la pelea.

Los pocos contrabandistas  
Que escuchan las voces estas,  
Buscan con rabia á la tropa  
Y cargan las escopetas.

Pero una horrible descarga  
Acaba con los que quedan,  
Y Juan los llama y ninguno  
Dá á sus palabras respuesta.

Viéndose sin un cartucho  
A su caballo espolea,  
Y este se tiende al escape  
Saltando charcos y peñas.

Juan que conoce el camino  
Tuerce por una vereda,  
Y hácia donde vive Blanca  
Al potro guía que lo lleva.

Por sus pálidas mejillas  
Corre una lágrima acerba,  
Que todo Juan lo ha perdido  
Y á sus amigos recuerda.

Alza los ojos al cielo,  
Suelta al caballo las riendas,  
Y lánguidamente inclina  
Sobre el pecho la cabeza.

—De tan bizarra partida  
Tan solo el capitán queda,  
Dice con acento triste,  
Dios de mí compasión tenga.

Satisfechos se retiran  
Los que defienden la Hacienda,  
Y todos creen que Juan Bravo  
También murió en la refriega.

Recojen todos los fardos  
Y las armas con presteza,  
Y hácia Málaga se vuelven  
Que la tempestad arrecia.

---

## XIV.

### El retorno.

Males que acarrea el tiempo,  
Quién pudiera remediarlo,  
Para ponerle remedio  
Antes que viniera el daño.

—  
Qué largas las horas son  
En el reloj del afán,  
Y qué poco á poco dan  
Alivio á mi corazón.

*Coplas populares.*

APENAS la blanca aurora  
Cruzó la estension del cielo  
Y su estrellada cortina  
Recogió la noche presto,  
Cuando la afligida madre  
Salió á esperar á Lorenzo,  
Que han transcurrido diez horas  
Y el buen anciano no ha vuelto.  
Lucha la infeliz Maria  
Con sus dolores acerbos  
Y en su corazón se ocultan  
Cruelles presentimientos.  
Por el valle se adelanta  
Y llora y suspira luego,

Porque los tristes suspiros  
¡Ay! del dolor son los ecos.  
Recorre la madre el campo,  
Torna á su casa sufriendo,  
Llama á su esposo querido,  
Canta el ave, gime el viento.  
La fértil naturaleza  
Con todo su esplendor régio,  
Rica en galas y perfumes  
Ostenta sus dones bellos.  
A las matizadas flores  
Despierta el galante céfiro,  
Y la purpurina rosa  
Abre temblando sus pétalos  
Dá su perfume á la brisa  
Y presta belleza al suelo.  
Por el sonrosado Oriente  
Se adelanta el rojo Febo  
Iluminando los montes,  
Las praderas y los cerros.  
Siéntase la pobre madre  
En su aislado alojamiento,  
Y con las manos cruzadas  
Sobre el dolorido pecho  
Así dice en su amargura:  
— ¡Divino Dios, Padre nuestro,  
Por vuestra preciosa sangre  
Derramada en el madero;  
Por los agudos dolores  
De vuestra madre, le ruego  
Que torne pronto mi Blanca,  
Que vuelva pronto Lorenzo!  
Y como si hubiese oído  
Su plegaria el Padre Eterno,  
Oyó la triste señora  
De su hija el dulce acento  
Que le dijo:

— ¡Madre mía!

Ya estoy aquí!!

—¡Mi hija, cielos!

Gritó con gozo la madre  
Trémula y palideciendo.  
Latió el corazón con fuerza  
Y con ansia intentó luego  
Levantarse, mas no pudo,  
Quiso llorar de contento,  
Y las lágrimas del gozo  
No brotaron de su pecho.  
Por el verde bosquecillo  
Viene la jóven corriendo  
Con la sonrisa en la boca,  
Suelto á la espalda el cabello,  
Y con la alegría en los ojos  
Y con semblante risueño,  
Vió Blanca á su buena madre  
Y olvidó al punto su duelo.  
Que en esta efímera vida  
Hay un instante supremo  
En que los pesares luchan  
Sin trégua con el contento.  
Vence el segundo, y entonces  
Torna la calma á su centro  
Y el bien al mortal le niega  
Expresar su gozo inmenso.  
María, ébria de ventura,  
De su alegría en el exceso,  
Abrió gimiendo los brazos  
Y Blanca se arrojó en ellos.  
No hablan y se comprenden,  
¡Cuán sublime es el silencio!  
¡Ay, ese hermoso lenguaje  
Puro, indefinible, excelso,  
Es el que expresan los ojos  
Cuando el gozo invade el pecho.  
Clara, detrás de los álamos  
Se oculta con su hijo bello

Y con la pena en el alma  
 Contempla aquel cuadro tierno,  
 La jóven piensa en su madre,  
 Recuerda el dichoso tiempo  
 De su cándida inocencia,  
 Fija la vista en el cielo  
 Y con la brisa que juega  
 Con sus rizados cabellos,  
 La pobre Clara llorando  
 Manda á su madre un recuerdo.  
 A la cariñosa anciana  
 Contempla el marqués atento  
 Y ufano la reconoce;  
 Queda un instante suspenso;  
 Agitado se retira,  
 Vuelve á mirarla de nuevo,  
 Y así exclama conmovido:  
 —¡Es ella, María, los cielos  
 Me han conducido á la estancia  
 De mi familia!

—Deseo,

Dijo Blanca, que este anciano,  
 Por quien á verla á usted vuelvo,  
 Descanse aquí, madre mia.

—Hermosa niña, agradezco  
 El interés...

—Dios, qué escucho!

Ese rostro y ese acento...

Dijo la madre mirando  
 Fijamente al caballero.

—¿Ya no conoce María  
 Al hermano de Lorenzo?

—¡Jesus! es él! qué fortuna.

—Mi tío!

—Mi cuñada!

—Diego!

Y Diego y María se abrazan  
 Y se miran sonriendo.

Blanca interroga á su madre  
Con escrupuloso esmero.  
La sorpresa la domina  
Y dice:

—Madre ¿es un sueño  
Lo que aquí pasa? ¿es mi tío,  
Señora, este caballero?  
—Hija, sí, corre á sus brazos.  
—Ven, Blanca, sobre mi pecho.  
Ay, yo no te conocía.  
Ya tus padres me dijeron  
Que eras la niña mas bella  
Del emporio malagueño.  
Hace diez y siete años  
Partí del hogar paterno.  
En tí pensé muchas veces,  
Y cuando á mi casa vuelvo,  
Cuando tan bella te admiro,  
Entonces Blanca comprendo  
Que mi hermano no mentía  
En sus cartas, yo te quiero  
Y tu hermosura me encanta  
Y ya de aquí no me alejo.  
Confusa la hermosa jóven  
Trémula abrazó á Don Diego,  
Bajó modesta los ojos  
Y dijo con dulce acento:  
—Muchas veces me decían  
Mi padre que era usted bueno,  
Justo, amable y generoso.  
Pensé en usted mucho tiempo  
Y con ansia lo esperaba  
Porque queria conocerlo,  
Y á Dios todo poderoso  
Rogaba por su regreso.  
—Yo tambien, niña, pensaba  
En tu madre y en Lorenzo,  
Y siempre te he dedicado

Mis mas dulces pensamientos.

¡Por Dios que tarda mi hermano!

—Sí, madre, tarda y lo siento.

—Hija, lo llamó Narciso...

—¡Narciso!!

—¡Sí!

—¡Dios supremo!

¿Se ha salvado, madre mia,

Se ha salvado, no habia muerto?

—¿Quién es Narciso, es tu esposo?

Preguntó al punto Don Diego.

—Narciso, dijo María,

Es un jóven que queremos

Como á un hijo.

—Se ha salvado,

Gritó Blanca.

—¿Estaba enfermo?

Preguntó el marqués.

—Anoche

Cuando sonaban los truenos

Mandó á tu padre una carta

Con un labrador del pueblo,

Diciendo que estaba herido

Y que pronto estaria bueno.

—¡Pobre Narciso! Dios sabe,

Madre, lo que yo le debo.

Si no viene, madre mia,

Si tarda vamos á verlo.

¿Y mi padre? ¡cuánto sufro!

Con impaciencia lo espero,

Madre amada, me parece

Un siglo que no le veo,

Y no sé por qué motivo

Verme en su presencia temo.

—Desecha ese temor, Blanca,

Por Jesus, no tengas miedo.

Tu padre, niña, te quiere

Lo mismo que yo te quiero.

Tú disipas nuestras penas.  
 Tú enjugas el llanto nuestro.  
 ¿Quién habria de decirme  
 Que despues de tanto tiempo  
 Cuándo nadie te esperaba  
 Volverias á casa, Diego?  
 Dónde hallastes á mi hija  
 Que es de mi dicha el lucero?  
 Habla por Dios, tú no sabes  
 Lo que he sufrido.

—Lo creo.

—Pero en fin, ya estoy tranquila,  
 Dios ha escuchado mis ruegos  
 Y solo Dios ha evitado  
 Que me matara el contento.  
 Ven, torna á mis brazos, Blanca,  
 Ya entre mis brazos te tengo.  
 Y á tí, Diego de mi vida,  
 Tanta ventura te debo.

Así se expresa la madre  
 Dulces lágrimas vertiendo.  
 El marqués contó á la anciana  
 Donde vió á Blanca, y sereno  
 Al pié de la enredadera  
 Cansado ocupó un asiento  
 Y dijo:

—Breve es la vida:  
 Diez y siete años, cielos,  
 Qué pronto la vida pasa.  
 ¡Ay qué veloz corre el tiempo!  
 —Señor ¿está usted cansado?  
 Preguntó Blanca á Don Diego.  
 —No estoy cansado, alma mia,  
 Un doloroso recuerdo  
 Me destroza el alma y sufro...  
 Ver á mi hermano deseo,  
 Tarda, y mi impaciencia crece...

—Sí, señor, tarda, y yo quiero  
Pedirle perdon...

—Descansa,

Tú lo necesitas...

—Luego.

—Quisiera ver á Narciso.

—Quisiera ver á Lorenzo.

El pobre niño de Clara

Llora, su madre corriendo

Lo coloca entre sus brazos,

Lo estrecha sobre su pecho,

Y con sus besos lo acalla

Y lo alegra con sus besos.

María á la jóven contempla,

Mira curiosa á Don Diego,

Y sorprendida se acerca

A Blanca, que con respeto

Su curiosidad disipa

De esta manera diciendo:

—Madre del alma, esta jóven

Que á presentarle me atrevo,

Como yo ha sufrido mucho

Los amaños del perverso

Que con su amor me persigue

Y causa nuestros tormentos.

Por la ausencia de esta niña

Está su madre sufriendo:

Cuando usted sepa la historia

De esta jóven, le prometo

Que la querrá usted, señora,

Lo mismo que yo y Don Diego.

En Velez vive su madre

Y á Velez la llevaremos.

Mas que descanse es preciso

Sí, madre mia; yo deseo

Que descanse.

—Hija del alma

Tu accion generosa apruebo.

Jóven, esta casa es suya,  
Escuse los cumplimientos..  
—Señora, contestó Clara,  
Su proteccion agradezco.  
Es un ángel vuestra hija  
Y con delirio la quiero.  
Yo no he tenido en el mundo  
Mas amigo que el tormento,  
Mas placer que la tristeza,  
Ni mas amparo que el cielo.  
Dejé en mal hora á mi madre  
Por el hombre que aborrezco,  
Y su memoria bendigo  
Y de mi amor me avergüenzo.  
Yo no he encontrado á una amiga  
Con quien compartir mi duelo,  
Ni á quien contarle las penas  
Que me destrozan el pecho:  
Cuando mas triste sufría  
Los sinsabores sin cuento  
Del hombre que me engañaba  
Con sus falsos juramentos:  
Cuando encerrada en la alcoba  
De mi insufrible aposento  
Veia llorar á mi hijo  
Sin poderle dar consuelo:  
Su hermosa hija en mi casa  
Se presenta, oye mis ruegos,  
Por mi suerte se interesa,  
Suplica á este caballero  
Que me dé amparo, y al punto  
Me sacan de aquel infierno.  
¡Ay si yo expresar pudiera  
Todo mi agradecimiento!...  
—¡Pobre jóven! desde ahora  
Por su suerte me intereso;  
En mí encontrará usted un padre,  
Le dijo á Clara Don Diego.

—Madre, que jóven tan buena,  
Dijo Blanca.

—Yo le ruego,

Contestó triste María,  
Que descanse usted un momento.  
Su desgracia me interesa,  
Tiene usted un niño muy bello.  
Y la anciana con dulzura  
Tomó al niño y le dió un beso.

—Gracias, señora, mil gracias,  
Tanta bondad pague el cielo  
Y su noble accion bendiga...

—Dispensa, dispensa, Diego.  
Creí que esta hermosa jóven  
Era hija tuya.

—¡Hace tiempo

Que la perdí!

—¿Y tu esposa?

—Murió tambien, ya no tengo  
Esos pedazos del alma  
Que Dios permite á los buenos.  
¡Pobre Matilde, hija mia!  
Dijo entre sollozos Diego  
Y dos lágrimas ardientes,  
Mensajes del sufrimiento,  
Por la faz del triste anciano  
Rápidamente corrieron.  
Suspensa quedó María  
Las desventuras oyendo  
Del anciano.

—¡Ya estoy solo,

Solo en el mundo!

—No es cierto,

Dijo Blanca. Desde ahora  
Todos juntos viviremos.  
Yo le querré mucho, mucho,  
Y yo velaré su sueño  
Y rezaré por su hija,

Por su esposa y...

—Yo me ofrezco,

Añadió Clara temblando,  
A cuidarlo con esmero  
Mientras viva; de ese modo  
Verá mi agradecimiento.

—Gracias, hijas, vuestras almas  
No son dignas de este suelo  
De farsas y de amarguras;  
Lo que valeis, yo comprendo,  
Y si á mí me fuese dado  
Prescindir de los recuerdos  
Que mantienen mi existencia  
Y alargan mis sentimientos,  
Con vosotros viviria  
Muy feliz y satisfecho.

Mi felicidad existe  
Allá arriba, lejos, lejos.  
Y el anciano sollozando  
Alzó los ojos al cielo.

—Tú no te irás de esta casa,  
No te irás.

—Señor, le ruego

Que se quede con nosotros.

—Bien, Blanca, bien, yo no puedo  
Negarte nada.

—Hija mia...

Dijo la anciana.

—Ya es tiempo

Que descanses.

—¿Qué ruido?

Madre, ¿qué gritos son esos?

—Es tu padre que se acerca.

—Viene mi hermano Lorenzo.

Voy á abrazarlo:

—No salgas,

Espéralo aquí.

—No puedo

Contenerme, ¡padre mio!  
 —Se acerca, vamos á verlo,  
 Viene Lorenzo delante  
 De los alegres labriegos,  
 Dando el brazo á Margarita;  
 Brilla en su rostro el contento,  
 Y el buen Narciso apoyado  
 En los hombros de un mancebo  
 Que arrogante lo sostiene  
 Fija la vista en el cielo,  
 Y el jóven mira á su padre  
 Dulces lágrimas vertiendo.  
 Blanca y la buena Maria  
 A recibirlo salieron.  
 Apenas vió el padre á Blanca  
 Abrió los brazos diciendo  
 Con frenética alegría:  
 —¡Hija del alma!

—¡Lorenzo!

Y el anciano delirante  
 Vuelve abrazarla de nuevo.  
 —¿Dónde has estado, hija mia?  
 Dí, ¿cuándo á tu casa has vuelto?  
 Blanca de gozo lloraba.  
 Narciso con sentimiento  
 Fija los ojos en ella.  
 —Gracias á Dios que te veo,  
 ¡Pobre Narciso! ¿qué tienes?  
 —Blanca, mi gozo es inmenso  
 Tus ojos me dan la vida,  
 Ya te he visto y ya estoy bueno.  
 —Estás pálida, hija amada,  
 Le dijo á Blanca Lorenzo.  
 —¿Quién á casa te ha traído?  
 ¿A quién la dicha le debo  
 De verte aquí?

—Padre mio,  
 A su hermano, á mi tio Diego.

—¡A mi hermano!

—Sí, á tu hermano.

—Maria, ¿qué estás diciendo?

¿Dónde está mi hermano?

—En casa.

—¿En casa? vamos ligero.

Hay dichas en este mundo

Incomprensibles por cierto.

—Padre ¿quién es esa anciana

Que me mira sonriendo?

—¿Quién es esa, esposo mio?

Preguntó Maria á Lorenzo.

—Escúchame, esposa amada.

Tú no ignoras que hace tiempo

Que lloraba por el hijo

De mis amores primeros.

Hoy la sábia Providencia

Me ha revelado un secreto.

Es Narciso el hijo amado

Que buscaba...

—¡Justos cielos!

Gritó asombrada Maria

Y entonces contó Lorenzo

A su hija y á su esposa

El inesperado encuentro

Con Margarita. La madre

La abrazó dándole un beso

Y Margarita llorando

La abrazó tambien diciendo:

—Sea usted su madre, señora,

Porque Narciso es tan bueno

Que pagará con usura

Su cariño, le prometo...

—Hace tres años, que todos

Con delirio lo queremos

Como á un hijo, ya no ignoro

Lo que por él habeis hecho

Y pronto le daré pruebas

Del cariño que le tengo.  
 —Hija mia, ese es tu hermano,  
 Dijo gozoso Lorenzo,  
 La alegre niña asombrada  
 Se acerca á Narciso y luego  
 Que lo abraza, á Margarita  
 Se aproxima y con respeto  
 Le dice:

—Que Dios le pague  
 Su accion, señora, yo debo  
 Quererla mucho, mi hermano  
 Sin usted se hubiera muerto.  
 —¡Qué corazon tan hermoso!  
 —¡Qué hermana tan buena tengo!  
 No pudiera concebirse  
 Espectáculo mas bello  
 Que el que presentaba el valle  
 En tan solemne momento.  
 El sol huía hácia Occidente  
 Y con sus rayos postreros  
 Los montes iluminaba  
 Dorando el azul del cielo;  
 Los alegres pajarillos,  
 Saludaban con gorgeos  
 Al sol moribundo, gime  
 Entre las hojas el viento.  
 En tanto al jóven Narciso  
 Felicitan los labriegos,  
 María con sencillas frases  
 Otorga al jóven consuelo.  
 Blanca con gozo lo mira,  
 Vuelve abrazarlo Lorenzo,  
 Margarita lo contempla  
 Con cariño y sonriendo,  
 Y Maria mira á su esposo  
 Y goza con su contento,  
 Y Narciso dulcemente  
 Cerrando sus ojos negros,

De tanta dicha dudando,  
 Porque le parece un sueño  
 Su felicidad, suspira  
 Lleva la mano á su pecho  
 Y sofoca los latidos  
 De su corazón. Lorenzo  
 Despide á los labradores  
 De esta manera, diciendo:  
 —Señores, les doy las gracias  
 Por el favor que habeis hecho  
 Al mas feliz de los hombres,  
 Pronto otra vez nos veremos,  
 Yo voy á labrar la tierra  
 De mi propiedad y cuento  
 Con ustedes.

—¡Viva!! ¡viva!!

¡Que viva el señor Lorenzo!  
 Gritaron todos.

—Señores,

Contad conmigo: marchemos.  
 Los alegres campesinos  
 Dándole vivas partieron  
 Y por la estension del valle  
 Los vivas repite el eco.  
 Rodearon á Narciso  
 Maria y la anciana. Lorenzo  
 Camina al lado de Blanca  
 Por el silvestre sendero.

—Hija mia, ¿dónde has estado?  
 ¿De qué modo á casa has vuelto?  
 ¿En dónde á mi hermano viste?  
 ¿Cómo encontrastes á Diego?  
 Blanca refirió á su padre  
 Todo lo ocurrido.

—Bueno,

Dijo el padre, Dios vélaba  
 Por nosotros.

—Ya no vuelvo

A salir sola.

—Hija mía,

No salgas mas, por el cielo.

Próxima á su casa, Blanca

Señaló al marqués...

—Lo veo,

—Es mi hermano.

—¡Hermano mio!

—¡Ay! es la voz de Lorenzo.

Con la sonrisa en la boca

Salió el marqués á su encuentro,

Y ambos hermanos se abrazan

Se contemplan en silencio,

Y el marqués vuelve á abrazarlo

Y dice:

—¡Por fin te encuentro!

—Ven, hermano de mi alma,

Gracias á Dios que te veo,

Hace diez y siete años

Que partiste.

—Sí, en efecto.

—Te encuentro pálido y triste.

—Sufro mucho, ya hablaremos,

Mi historia es larga.

—Supongo

Que no partirás.

—Lorenzo,

No tengo á nadie en el mundo

Mas que á ustedes.

—¿Sí? ¿qué es eso?

¿Quién es esa hermosa jóven?

Y ese niño, ¿es tuyo Diego?

—Esa es una pobre niña

Que engañó el hombre perverso

Que persigue á Blanca.

—¡Infame!

¿Y ese hombre que detesto

Vive aun?

—Padre querido,  
 Dijo Blanca con respeto,  
 A este niño y á esta jóven  
 Los protege mi tio Diego.  
 —Y el hombre que la ha engañado  
 ¿Dónde está?

—No sé, Lorenzo,  
 Pero yo saldré en su busca  
 Y te juro...

—Le prometo,  
 Dijo Narciso al anciano,  
 Que lo buscaré muy presto  
 Y pagará con su vida  
 Su inícua accion.

—Bien, mancebo.  
 —Al hijo de Magdalena,  
 Hermano mio, te presento.  
 —¿Lo has encontrado?

—Esta anciana  
 Lo ha mantenido en silencio;  
 Y á ella la vida le debe  
 Y yo mi dicha le debo.  
 —Eres feliz.

—Ven, Narciso,  
 Abraza á tu tio corriendo.  
 —Señor, usted me perdone.  
 —¡Abrazame!

—Mas ¡qué veo!  
 Un hombre á caballo viene  
 Hácia este sitio, Lorenzo.  
 —¡Ay! él es! exclamó Blanca.  
 —¡Es Juan el Bravo!

—Los cielos  
 Aquí me traen á ese hombre.  
 —Dejadme tomar aliento,  
 Exclamó Juan dando un salto  
 Del caballo.

—Si me atrevo

A entrar aquí, es, señores,  
Porque me falta el denuedo  
Y la tropa me persigue...

Y ya de fatigas muero.

—¡Venganza! gritó Narciso

Y se levantó soberbio.

—¡Miserable! dijo el padre

De rabia palideciendo.

¿A dónde está mi escopeta?

Añadió ronco Lorenzo.

—¡Por Dios, por Dios, padre mio!

Dijo Blanca, y se asió al cuello

De su padre:

—¡Juan! ¡mi hermano!

—¡Clara! ¿eres tú? ¡vives! ¿puedo

Decir que mi hermana vive?

¡Clara!

—¡Juan!

—¡Jesus! ¿qué es esto?

Y Clara y Juan se abrazaron

Dejando al padre suspenso,

Parado al jóven Narciso

Y absorta á Blanca. Don Diego

Miró asombrado á su hermano,

Clara temblando de miedo

Rompió á llorar.

—Vida mia,

Dijo Juan con ronco acento,

No llores mas, porque el hombre

Que te ofendió ya está muerto:

Ya está vengada tu honra

Y yo estoy ya satisfecho.

—¿Murió Martin? ¿no me engaña?

Le preguntó á Juan Don Diego.

—Sí, señor, contestó el Bravo.

Yo lo he matado en un duelo.

Por Jesus, creo que estoy loco.

Dígame usted, caballero,

¿Cómo se encuentra mi hermana  
 En este sitio? yo sueño!  
 Martín me dijo en el valle  
 Que mi Clara se había muerto...  
 Miserable... me ha engañado...  
 Clara dió un grito tremendo  
 Y en los brazos de María  
 Cayó desmayada.

Diego

Corrió á socorrerla; Blanca  
 Llorando abrazó á Lorenzo,  
 Y Juan á Clara se acerca  
 Con semblante cadavérico.  
 —Clara, hermana mía, no sufras...  
 Vuelve en tí, que yo te quiero  
 Mas que á mi vida.

—Señores,

O me sacais de este infierno  
 De dudas que me consume,  
 O á la justicia me entrego.  
 Mi pobre madre no tiene  
 En este mundo perverso  
 Mas amparo que su hijo;  
 Mi hermana está aquí, yo quiero  
 Que me diga usté al instante  
 A quien la dicha le debo  
 De hallar á mi hermana.

—Jóven,

Dijo conmovido Diego,  
 ¿Por qué lo busca la tropa?  
 —Soy contrabandista y temo  
 Que me encuentren; me han quitado  
 Mi fortuna en un momento,  
 Mi bienestar ya no existe  
 Mis camaradas han muerto...  
 —Aquí tendrá usté un asilo  
 Seguro...

—Se lo agradezco.

—Vengador de la familia  
Desde hoy lo llamaremos,  
Dijo el marqués con dulzura  
Acercándose á Lorenzo.

—Ese hombre hirió á Narciso  
A traicion.

—¡Yo!!! miente.

—¿Miento?

—No me insulte por la Virgen,  
Yo nunca fuí traicionero.

—Perdónelo, padre mio,  
Me hirió, es verdad, lo confieso,  
Mas lo hizo en su defensa  
Pues yo lo ataqué primero.

—Es verdad, venga esa mano,  
Quiero darle en ella un beso,  
Que á los hombres generosos  
Los admiro y los respeto.  
Yo entera la daría mi vida  
Por usted.

—Noble es por cierto  
El mozo; ¡qué bien se expresa!  
Dále la mano, Lorenzo,  
Este jóven es honrado,  
Dijo á su hermano Don Diego.

—Juan vámonos de este sitio,  
Donde no te quieren, presto;  
Dijo Clara sollozando  
Tomando el niño:

—No quiero  
Que se vaya usted, es preciso  
Que antes se aclare el misterio  
De todo lo que aquí pasa,  
Dijo en seguida Lorenzo.

—Es menester que se aclare  
Todo, repitió Don Diego,  
A quien ya le interesaban  
Las desdichas del mancebo.

Viene el mozo mal vestido,  
Sin zamarra ni sombrero,  
En vez del oro y la plata  
Que ostentaba en otro tiempo,  
Viste un calzon sin bordados,  
Trae en la cabeza un pañuelo,  
La faz cubierta de lodo,  
Desmelenado el cabello,  
Un puñal roto en el cinto  
Y en vez del caballo negro,  
Cuya hermosísima estampa  
Tanto le agradó á Lorenzo,  
Trae una jaca mal herida  
Sin la manta y los arreos.  
—Padre, yo soy generoso,  
Dijo Narciso.

—Yo quiero  
Que ese jóven nunca diga  
Que lo dejamos espuesto  
Al furor del que lo busca...  
—Narciso, tu accion apruebo.  
Entre ustedé.

—Señor, mil gracias,  
—Entrad todos allá dentro,  
Y descansad.

—Padre mio,  
Que entre Clara, lo deseo.  
—Sí, Blanca, díle que entre  
Y que descanse un momento.  
Blanca con gozo á la jóven  
Echó los brazos al cuello,  
Entran todos en la casa  
Y el valle quedó en silencio.

---

XV.

**Dos historias.**

Anda y pregúntale á un sábio  
Cuál de los dos sufrió mas  
El que comió de sus carnes,  
O el que publicó su mal.

—  
Sin vida estoy por vivir  
La vida que estoy viviendo,  
Pues vivo y no sé si vivo,  
Porque mas que vivo muero.

*Coplas populares.*

A la benigna sombra  
De la parra sentóse el buen Lorenzo  
Al espirar el dia,  
Y en tanto que su hermano descansaba  
Narciso le decia  
Que con ferviente anhelo deseaba  
Saber de Clara la sensible historia.  
Blanca y Clara llamaron á Maria  
Y su encuentro á la madre le contaron;  
Juan Bravo llegó luego  
Del brazo de Don Diego  
Y al lado de Lorenzo se sentaron.  
Margarita contenta  
Sin apartar los ojos de Narciso

Junto á Blanca se sienta,  
Que tímida á Juan Bravo contemplaba.  
El sol se retiraba hácia Occidente  
Dejando el horizonte  
Salpicado de púrpura y de oro;  
Un brillante lucero  
Sobre la cumbre del lejano monte  
Precursor de la luna  
Argentaba el cristal de la laguna.

Las brisas de la tarde  
Las hojas de los árboles movian;  
Cruzaban los canoros pajarillos  
El azulado cielo;  
Perfumaban las flores  
El matizado suelo;  
La errante golondrina  
Se oculta en la frondosa enredadera;  
El pardo ruiseñor torna á su nido;  
Pueblan las sombras el ameno valle,  
Cruza la casta luna el firmamento  
Con su hermoso color de fuego y rosa  
Y en la mitad de la azulada esfera  
Toma el color de nácar y orgullosa  
Alumbra la estension del bosque umbrio,  
Y sus rayos reflejan en el río.  
Grande ansiedad reinaba  
En la callada gente.  
La esposa de Lorenzo dulcemente  
A su Blanca rogaba  
Que su triste aventura refiriera.  
Blanca contó á su madre  
Con el llanto en los ojos  
Todo lo que en su ausencia habia pasado  
Y calmó de su pecho los enojos.  
Juan á su hermana mira,  
La triste Clara con afan suspira  
Y cuenta sus pesares á su hermano.

Lorenzo en su amargura,  
Conocer anhelaba  
De Don Diego la historia verdadera  
Motivo de su inmensa pesadumbre,  
Viendo que lo escuchaba  
A Don Diego le habló de esta manera:

—Escucha, hermano mio,  
En mis plácidas horas de alegría,  
En mis breves momentos de ventura,  
En mis terribles ratos de agonía  
Y en mis años de duelo y de amargura  
Mi pobre corazón perdió su brio.  
Entonces deseaba  
¡Ay! estrecharte en mis amantes brazos,  
Revelarte mis penas  
Y escuchar tus consejos,  
Que en este mundo vano  
Cuando se pierde á un padre  
Y se quiere á los hijos  
No hay cariño mas puro y verdadero  
Que el amor á la esposa  
Y el cariño al hermano.  
Tus cartas aguardaba  
Pensando que á mis brazos volverías,  
Y pasaban los años  
Y mi terrible pena se aumentaba  
Aguardándote siempre y no venías.  
—Son muy justas tus quejas  
Mas cuando sepas mi terrible historia  
Tú me disculparás, te lo prometo,  
Dijo Don Diego con acento triste.

—Desde el terrible día  
De tu ausencia fatal, mis tristes ojos  
Revelaban mi pena y mi quebranto,  
Dijo su madre á Blanca.  
¡Ay! yo pensé que me faltaba el llanto.

—Yo tambien, madre mia,  
Sufrió y lloré y en mi angustioso duelo  
Recordé su cariño  
Y verla pronto le rogaba al cielo.

—No llores, pobre Clara,  
Dijo Juan Bravo á la afligida amante  
Del seductor impio,  
Que mañana al rayar la blanca aurora  
Sobre el caballo mio  
A Velez partiremos  
Y á nuestra buena madre abrazaremos.

—¿Por qué esa jóven llora?  
Lorenzo preguntó.

—Porque es muy buena  
Y lejos de la madre que la adora  
No halla consuelo su infinita pena.

—Oiga usted, padre mio,  
Exclama Blanca contemplando al Bravo  
Extasiada un momento.  
A Clara quiero mucho  
No podré resistir el sentimiento  
De verme separada  
De mi constante amiga,  
Que tiene un alma buena y generosa;  
No se aleja usted, hermosa,  
No se aleje y el cielo la bendiga.

—Jóven, dijo Don Diego  
Dirigiéndose á Clara,  
Llegué á su casa en busca de un malvado  
Y al escuchar el llanto de ese niño  
Mi furia se calmó; mi alma desea  
Consolar á los tristes; yo le ruego  
Que acepte bondadosa mis favores.  
En mí de un padre encontrará el cariño

Y ya que de su encierro la he salvado  
 Y que la causa sé de sus dolores,  
 Velaré por su hijo, y desde ahora  
 En mí tendrá su hermano  
 Amparo y proteccion; de mis haciendas  
 Será administrador desde este dia;  
 Su madre, Juan, que sin consuelo llora  
 Quiere ver á su hija; yo deseo  
 Que antes que vuelva la rosada aurora  
 Vaya usted á Velez por su amada madre,  
 Yo en este valle buscaré una casa,  
 Y cerca de nosotros vivireis  
 Y en mi familia proteccion tendreis.

Lorenzo oyó admirado  
 Lo que su hermano habló, Blanca y Maria  
 Confusas se miraron, y Narciso  
 Que nada comprendia  
 Fijó en su padre sus rasgados ojos.  
 Clara miró á Don Diego  
 Asombrada tambien, Juan con presteza  
 Trémulo y triste se acercó al anciano  
 Y con respeto le besó la mano:  
 Despues con gentileza  
 De este modo le habló:

—Buen caballero,

Usted salvó á mi hermana  
 Del hombre que encerrada la tenia  
 Y además la consuela con esmero.  
 Le dije esta mañana  
 Que el vil que la ultrajó no volveria  
 A presentarse aquí, y ahora le digo  
 Que mientras Dios me otorgue la existencia  
 Seré en el mundo su mejor amigo.

Despues la triste Clara  
 La historia refirió de sus amores,  
 Desde la infausta hora

Que conoció á Martin, hasta el instante  
 En que el marqués y Blanca la salvaron  
 De la oscura mansion donde lloraba.  
 Con solemne silencio la escucharon:  
 Despues la pobre madre suspiraba;  
 Al marqués se acercó y así le dijo:

—Nací sensible y franca,  
 Y nunca olvidaré lo que usted ha hecho  
 Por esta desgraciada que no sabe  
 De qué modo pagar tantos favores.  
 Su preciosa amistad me ofrece Blanca  
 Y han brotado en mi pecho  
 De mi esperanza las primeras flores.  
 Yo enseñaré á mi hijo  
 A bendecir su nombre y su memoria;  
 Por su hermosa salud pediré al cielo,  
 No olvidaré en mi vida  
 De su familia el generoso anhelo.  
 Mi alma agradecida  
 A usted debe el consuelo,  
 Y mi madre querida,  
 Cuando sepa mi historia,  
 Tambien señor bendecirá su nombre,  
 Y sabrá agradecer como merece  
 La noble proteccion que usted me ofrece.

—¿Vé usted, madre del alma?  
 Dijo Blanca, esa jóven se hace digna  
 De la amistad y proteccion que ahora  
 Le ha ofrecido Don Diego.  
 Al lado de nosotros tendrá calma;  
 Ruéguele usted, señora,  
 A mi padre querido  
 Que no parta del valle, se lo pido.  
 Sí, madre, deseara  
 Que mi amiga del valle no partiera,  
 No olvide usted, por Dios, que se lo ruego...

Narciso miró á Clara  
 Y la tristeza reveló su rostro.  
 Conmovido escuchara  
 La triste relacion de los amores  
 De la hermana de Juan, y el mozo siente  
 De tan bella muger la desventura.  
 Acercóse á su padre y dulcemente  
 Le pidió con ternura  
 Que á la afligida madre le rogara  
 Que del risueño valle no partiera.  
 Lorenzo oyó á su hijo  
 Y á Clara le rogó que se quedara,  
 Y á Juan Bravo le dijo  
 Que pronto á Velez por su madre fuera,  
 Que Clara quedaria  
 En su casa con ellos; que esperaba  
 Que Juan aceptaria  
 Tan franca proteccion, y que viniera  
 Con su madre, y entonces dijo Diego  
 Que en el valle una casa compraria,  
 —Yo le ofrezco la mia,  
 Lorenzo contestó.

—No, yo te ruego,

Dijo el marqués,

Que me permitas hoy

Que me acepten la casa que les doy.

Juan Bravo miró al padre  
 De la muger hermosa que adoraba,  
 Y á sus piés se arrojó con ligereza.  
 Clara de gozo en su expansion lloraba;  
 El Bravo con presteza  
 A Narciso abrazó, le dió la mano,  
 Y á Lorenzo le dijo:  
 —Que me cuente su hijo  
 En la familia ya como á un hermano.  
 —Señores, escuchad, dijo Don Diego  
 La breve narracion de mis dolores;

Hoy que un consuelo mi vejez alcanza,  
Padre sin hijo, esposo sin amores,  
Corazon sin placeres ni esperanza,  
Hoy que el consuelo que me dais me auxilia  
Hoy yo quiero que sepa  
La historia de mi pena mi familia.

Lorenzo prontamente  
Silencio impuso y todos se sentaron,  
Y á oír la narracion se prepararon  
Del anciano marqués que dulcemente  
Y con pausado acento,  
Que revelaba el hondo sentimiento  
De su alma oprimida,  
Fijando su mirada en la alta esfera,  
Su historia relató de esta manera:

—No intenta recordar mi fantasia  
Las bellas horas de mi dulce edad  
Impregnadas de encanto y de alegria  
Que nos roba la inicua realidad.

En mis horas de calma y de ventura  
Un mundo en mis delirios me forjé,  
Y henchida de entusiasmo mi alma pura  
Partí trás la esperanza que soñé.

Siendo jóven y alegre, la esperanza  
Con su esplendente manto me cubrió,  
Y en brazos de la dulce bienandanza  
Dueño del mundo me juzgaba yo.

En pos de un porvenir y una fortuna  
Dejé el reposo del paterno hogar,  
Y con un alma noble cual ninguna  
Crucé del mundo el proceloso mar.

Era la corte mi esperanza bella

Luego á la corte complacido fuí.  
¡Cuánto gozaba al penetrar en ella!  
¡Cuánta amargura me esperaba allí!

¡Ay! que es la corte de la pobre España  
Templo de la bastarda adulacion.  
Madrid con sus miserias nos engaña  
Y llena de ponzoña el corazon.

Despues de innumerables sacrificios  
Intenté mi esperanza realizar,  
Y en el cínico templo de los vicios  
Pensé en mi patria y prorrumpí á llorar.

¡Ay del que corre en pos de los placeres  
Y se rinde al poder de una ilusion,  
Y sufre que los lentos padeceres  
Destrocen sin piedad su corazon!

¡Ay del que deja la apacible calma  
Del patrio suelo y se encamina allá,  
Y triste lleva del dolor la palma  
Y en pos del lucero de la gloria vá!

No me es dado esplicar cuánto se llora  
Lejos del suelo que nos vió nacer,  
Se apetece la calma encantadora,  
Se ama el recuerdo seductor de ayer.

La dulce calma de la amada madre  
El tierno encanto del primer amor,  
El buen consejo del anciano padre  
Que mitiga las horas de dolor.

La suave brisa que meció mi cuna,  
El aire que en mi infancia respiré,  
El arroyo alumbrado por la luna  
Que mi delicia en el verano fué.

Yo recordaba el murmurante río,  
El campo alegre y la gentil ciudad,  
Y aquí volaba el pensamiento mio  
Mientras yo lamentaba mi orfandad.

Pobre y enfermo, de sufrir cansado  
A la corte de España abandoné,  
Y á Toledo partí desesperado  
Y amparo á una marquesa demandé.

¡Cuán generosa me ofreció su ayuda!  
La amé desde el momento que la ví;  
Ella aceptó mi amor, era viuda,  
Y su amor y su nombre conseguí.

De mi fiel gratitud en testimonio  
Mi existencia y mi amor le consagré,  
El lazo nos unió del matrimonio  
Y mi perdida calma recobré.

Una hija señores díome el cielo,  
Pura como el perfume de una flor,  
Bella como la Virgen del Consuelo  
Que cura las heridas del dolor.

Cuando en los brazos de mi fausta suerte  
Adoraba á la esposa que me amó,  
La destructora mano de la muerte  
La existencia á mi esposa arrebató.

Nublóse para siempre la ventura  
De un corazón que laceró el pesar;  
Desde entonces me sigue la amargura  
Y ni el consuelo tengo de llorar.

Sufrir de la fortuna la mudanza,  
Sufrir de las desdichas el rigor,  
Vivir sin ilusiones ni esperanza

Sin mas dicha en el mundo que el dolor,

No igualan al tormento que sufrimos  
Cuando deja una esposa de existir.  
Si luego una esperanza concebimos  
Es la dulce esperanza de morir.

Cuando el hombre contempla en su tristura  
Que la muger que amó no existe ya,  
Si un consuelo le resta en su amargura  
Es la esperanza de encontrarla allá.

¡Ay que el primer amor nunca se olvida  
Y en su seno lo lleva el corazon!  
Él ha sido el encanto de mi vida  
Y el móvil de mi pena y mi afiecion.

De un arroyo en la plácida ribera  
Al rayo de la luna me senté;  
Allí le hablé de amor por vez primera,  
Allí su faz hermosa contemplé.

¿Por qué atosiga á la abatida mente  
Triste recuerdo del placer que huyó?  
¿Por qué se muestra el mundo indiferente  
Con el que sufre como sufro yo?

¿No puedo hallar acaso un lenitivo  
Que dé tregua un instante al padecer?  
¿Y en esta tierra en que penando vivo  
No existen para mí paz ni placer?

No existen, no, que para el alma herida  
Que desgarrando el infortunio está,  
Si un consuelo le queda en esta vida  
Es el reposo que la muerte dá.

A la hija querida de mi alma

Mi amor grande y eterno consagré;  
Ella á mi corazon volvió la calma,  
Ella el consuelo de mi vida fué.

Pérfido un hombre en desdichada hora  
Su cándida inocencia sorprendió,  
Como la flor al beso de la aurora  
Ella al amor su corazon abrió.

Tímida vírgen que bajó del cielo,  
No pudo en su ignorancia imaginar  
Que era mentido el amoroso anhelo  
Del que vino su calma á disipar.

Yo la llamaba tierna sensitiva,  
Que el cielo delicada la formó,  
Del dolor resignado imágen viva  
Su cariño y su pena me ocultó.

Ella que por las flores deliraba,  
Ingrata luego con las flores fué;  
Su tristeza mortal me anonadaba  
Y una noche llorando la encontré.

La faz bañada con su amargo lloro,  
Llamaba delirante al seductor:  
Ven, Martín, exclamaba, «yo te adoro,»  
Ven y calma mi pena y mi dolor.

Otras veces al rayo de la luna  
A las flores contaba su pesar,  
Y las horas pasaba una por una  
Exhalando suspiros sin cesar.

Otra noche al entrar en su aposento  
Pálida y moribunda la encontré;  
Le dije que calmase mi tormento  
Y de su grave pena me enteré.

«Padre, me dijo, mi contraria suerte  
Disipa mi ventura y mi quietud;  
La destructora mano de la muerte  
Me sorprende en mi hermosa juventud.

«Aunque débil me siento, padre amado,  
Le quiero mis desdichas revelar:  
Mi corazón un hombre me ha robado  
No tengo mas consuelo que llorar.

«El mismo Dios, por la familia humana,  
En la cruz enclavado sucumbió,  
Y su mano del orbe soberana  
A su injusto enemigo perdonó.

«¡Ay! yo abrigo un amor puro y vehemente  
Que haciendo estragos en mi pecho está:  
Un hombre lo ha escuchado indiferente  
Mi amor al cielo con el alma irá.

«No ignoro que este amor grande y profundo  
Lo desprecia el mortal que lo inspiró;  
Acaso á padecer en este mundo  
Habré nacido condenada yo.

«En el amor cifré mi confianza  
Y aqueste amor se convirtió en pesar;  
La candorosa flor de mi esperanza  
La quiso el desengaño marchitar.

«Era una tarde del ardiente estío,  
Me aparté de Gonzalo y Serafin  
Y alegre y satisfecha, padre mio,  
Al ocultarse el sol bajé al jardín.

«Aspirando el aroma de las flores  
En mi banco de piedra me senté,  
Escuchando á los pájaros cantores

Y una carta en mi asiento me encontré.

«Leí el billete que de amor me hablaba  
Y en él rendido me decia su autor,  
Que si á la reja luego lo esperaba  
Él me daría las pruebas de su amor.

«Sin comprender la causa yo lo amaba,  
Y orgullosa escuchaba su pasión.  
¡Qué tarde comprendí que se llevaba  
La calma de mi pobre corazón!

«Brotó en mi corazón un sentimiento  
Grande y desconocido para mí,  
Yo no sé si de dicha ó de tormento  
Cuando su voz apasionada oí.

«Pídeme por esposa, le decia  
Embriagada en mi sueño seductor,  
Y entonces enojado me prohibia  
Que revelase á usted mi tierno amor.

«Con delirante afán me suplicaba  
Que acudiese á sus citas al jardín,  
Y yo sin tregua con mi amor luchaba  
Y pude siempre dominarme al fin.

«Y pasaba algún tiempo y no venia  
A calmar mi dolor y mi inquietud...  
Entonces lo llamaba y acudía...  
Mas grande que mi amor fué mi virtud.

«Exigióme una noche un juramento,  
Mas nunca quise complacerlo yo,  
Y entonces, padre, con fatal acento  
De mi virtud hermosa se burló.

Y yo sentí mi corazón herido

Por el horrible dardo del pesar:  
 Quiero olvidar su amor y no le olvido,  
 Que es imposible para mí olvidar.

«Me siento, padre, fallecer de pena,  
 Débil siento latir mi corazón,  
 De mi vida se rompe la cadena  
 Y le pido su santa bendición.

«Padre del alma, su perdón imploro,  
 Que siempre ingrata á su cariño fuí;  
 Estas últimas lágrimas que lloro  
 Disculpan el error que cometí.

«¡Cuántos sueños de amor desvanecidos!  
 Pasaron como pasa una ilusión,  
 Extasiando un momento los sentidos,  
 Desgarrando después el corazón.»

Esto dijo mi Adela agonizante  
 Y mi inmensa desdicha comprendí,  
 Loco maldije al seductor amante...  
 Por un momento la razón perdí.

Escuché que mi hija me llamaba  
 Y á su lecho de muerte me acerqué,  
 Y ví que un sacerdote la auxiliaba  
 Y al doctor junto al lecho contemplé.

En el postrer momento de su vida  
 Las cartas de su amante me entregó;  
 Un ósculo le di de despedida  
 Y en mis trémulos brazos espiró.

¡Inolvidable hija de mi alma!  
 Tú que en el cielo mi amargura ves,  
 Pídele á Dios que me conceda calma  
 Que pronto, pronto, te veré otra vez.

Astro de gloria en apacible noche  
A la abatida tierra descendió,  
Nítida rosa de purpúreo broche  
Que la mano del hombre deshojó.

Sobre la losa de su tumba fria  
Esterminar al seductor juré,  
Y al verlo con frenética alegría  
En su mismo aposento lo reté.

De un bosque desigual en la espesura  
El malvado á mi furia se escapó,  
Y á Blanca vi gimiendo de amargura  
Que amparo delirante me pidió.

De mi terrible sino los rigores  
Probé desde el momento que nací:  
¿Dónde hallaré consuelo á mis dolores,  
Si ya todo en el mundo lo perdí?

Víctima soy de mi dolor tirano...  
La esperanza tambien me abandonó,  
Del idioma de la dicha, hermano,  
¡Ay, las palabras desconozco yo!

Las lágrimas ahogaron  
El doloroso acento del marqués, Maria  
Trémula lo escuchaba.  
Lorenzo con tristeza  
Sintió que el llanto por su noble rostro  
A torrentes corria,  
Inclinó sobre el pecho la cabeza  
Y á su hermano querido contemplaba.  
Narciso la amargura comprendia  
Del afligido padre.  
Clara se estremecia,  
Y todos á Don Diego rodearon  
Y sus lágrimas tristes enjugaron.

La pobre Blanca se acercó á su madre,  
La linda faz en lágrimas bañada,  
Que la jóven hermosa  
Tan pura y candorosa  
Recordaba temblando al hombre aleve  
Que con inicuo celo,  
Pidiéndole su amor la perseguia.  
Alzó la vista al cielo  
Y al Bravo que habia oido silencioso  
La historia del marqués, con voz serena  
Le rogó que la suya refiriese.  
Escuchó conmovido á la Azucena  
El gallardo y feliz contrabandista,  
Y él á su vez le suplicó á la jóven  
Que su triste aventura le contara,  
Y Blanca al punto refirió á Juan Bravo  
El sitio alegre en que por vez primera  
La persiguió Martin, los galanteos  
Del hombre miserable,  
La cita al campo y la agresion artera.  
Del amante de Clara, sus paseos;  
Le dijo que al volver de su desmayo  
Se encontró en la pradera,  
Cercada de la gente generosa  
Que su virtud amable respetaron  
Y su terrible pena consolaron.  
Despues contó Narciso  
Al Bravo capitan que lo escuchaba  
Su encuentro con el cabo en la llanura,  
Su rasgo de valor cuando en la cueva  
Se introdujo valiente,  
Y dió al *tio Paco* la terrible nueva  
Que al combate fatal llevó á la gente.

—Ya todo lo comprendo,  
Dijo Juan Bravo, el cabo nos vendia  
Y á mi gente entregó, yo no sabia  
Que ese traidor á tanto se atreviera

Si lo encuentro algun dia...  
 Dios se lo tome en cuenta á esa fiera.  
 El mundo es un fandango  
 Y vive bien el que mejor lo baila,  
 Pero el pobre infeliz que no vá al tango  
 Ni por el mar de las traiciones boga,  
 Le sucede, señor, lo que á los monos  
 Que el que llega mas tarde ese se ahoga.  
 El que nace feliz, con buena estrella  
 Se encuentra á cada paso la fortuna  
 Y vive un siglo sin reñir con ella.  
 A mí me persiguió desde la cuna  
 La desgracia, señores, no lo niego.  
 Que dijera mi historia me pedian  
 Hace un momento la hechicera Blanca.  
 Ya nos contó Don Diego  
 Su dolorosa historia,  
 Y yo tambien referiré la mia,  
 Que siempre tuve yo buena memoria.

Todos allí aprobaron  
 La promesa de Juan, Blanca al instante  
 Se preparó á escuchar al que le amaba  
 Con profunda atencion: Diego y Maria  
 Al lado del mancebo se sentaron,  
 Lorenzo lo miraba  
 Y Juan Bravo triunfante  
 Con dulce voz, que á todos conmovia,  
 Así dijo al marqués que lo escuchaba  
 Y al atento auditorio que lo via.

Granada, tierra querida  
 De poetas y pintores  
 Del profeta la elegida,  
 Gallarda mora dormida  
 En blando lecho de flores.

La de encantos sobrehumanos,

La de escondidos tesoros,  
 La de invisibles arcanos,  
 La llorada por los moros  
 Y amada por los cristianos,

Permite que te bendiga  
 Quien en bulliciosa zambra,  
 De la tristeza enemiga,  
 Viendo tu cielo y tu Alhambra,  
 Te llamó su dulce amiga.

En ese oriental jardín  
 Nací junto á un arrecife  
 Que tiene la Alhambra al fin  
 Y que perfuma el jazmin  
 Y baña el Generalife.

En esa ciudad hermosa,  
 Que recuerdo suspirando,  
 Con mi madre bondadosa  
 Pasé yo la edad dichosa  
 En que se vive soñando.

Mi buen padre me queria,  
 Y con afanes prolijos  
 Me educaba noche y dia  
 Porque mi padre sabia  
 Como se educa á los hijos.

Fué mi padre un hombre honrado  
 Que labraba con ardor  
 La tierra que habia heredado  
 De un opulento señor  
 Que mucho lo habia estimado.

Sufrió despues los rigores  
 De la suerte que no auxilia  
 A las almas superiores,

Y con agudos dolores  
Vió sin pan á su familia.

Sin descansó trabajaba  
Con la suerte batallando,  
La miseria lo amagaba...  
Cuando todo le faltaba  
Se dedicó al contrabando.

Al cabo se decidió...  
Recuerdo que una mañana  
De nosotros se alejó  
Y con mi madre y mi hermana  
Me quedé llorando yo.

Pasó un dia y otro dia,  
Yo esperaba sin cesar  
Y mi padre no volvia,  
Y el alma se me partia  
Viendo á mi madre llorar.

Mientras mi hermana jugaba  
Con las campesinas flores  
Y los pájaros miraba,  
Yo en la soledad buscaba  
Un consuelo á mis dolores.

Un dia mi padre escribió  
Colmándonos de ventura  
Y su regreso anunció...  
Era noche muy oscura  
Cuando mi padre volvió.

Con delirio le abracé,  
Y al abandonar su cuello  
Aterrado me quedé,  
Porque entonces contemplé  
Que traia blanco el cabello.

Estuvo en casa escondido,  
 Y de noche nos contaba  
 Todo lo que habia sufrido...  
 Mi pobre madre lloraba  
 Y yo lo oia conmovido.

Segun mi padre contó,  
 Con peligro de su vida  
 Doce veces se batió  
 Y organizó una partida  
 Que su jefe lo nombró.

Dijo que se habia creado  
 Compromisos á millares,  
 Que vivia desesperado  
 Y que allí no habia encontrado  
 Quien calmara sus pesares.

Escuché con atencion  
 Sus penas y sus desvelos...  
 Tomé una resolucion...  
 Que los buenos hijos son  
 De sus padres el consuelo.

—Padre, le dije, ya estoy  
 A marcharme decidido,  
 En su compañía me voy  
 Y este favor que le pido  
 No me negará usted hoy.

Con asombro me escuchó;  
 Pero mi madre se opuso,  
 Mi hermana se enterneció  
 Y mi buen padre dispuso  
 Que en casa, quedara yo.

Así las cosas, un dia  
 Recibió una carta urgente

Que mató nuestra alegría:  
En ella se le decia  
Que le esperaba su gente.

«Hoy me tengo que ausentar,»  
Dijo padre con enojos  
Sin poderse dominar,  
Y con el llanto en los ojos  
Vió yo á mi padre marchar.

No sé que cosa sentia,  
Que el sosiego me quitaba;  
En las fiestas me aburría  
Y á mi madre contemplaba  
Llorando de noche y día.

Una mañana temprano  
Mi mejor ropa vendí,  
Y un caballo jerezano  
A mi padrino pedí  
Que es hombre muy campechano.

En una noche de luna,  
Que habia salido mi madre,  
Cojí una manta moruna  
Y en alas de mi fortuna  
Corrí á buscar á mi padre.

Hermosa la noche estaba,  
Y triste me parecia  
La Vega que atrás dejaba,  
Y atrás el rostro volvia  
Y por mi madre lloraba.

Animaban la creacion  
Los arroyos saltadores,  
Las aves con su cancion  
Y la brisa con las flores

Trababa conversacion.

Menospreciando mi vida  
Sin descanso caminaba,  
Y á los tres dias de mi huida  
Llegué al sitio donde estaba  
Mi padre con la partida.

Me vió, le ví y le abracé;  
Al verme se incomodó,  
Mi salida le conté,  
A mi madre le escribió  
Y á su lado me quedé.

Mi padre severamente  
Estas palabras me dijo:  
—«Es preciso ser valiente,  
Buen compañero y buen hijo,  
Pundonoroso y prudente.

Mucho olfato y buena vista  
Y muchas acciones buenas.  
Sigue al resguardo la pista...  
Para ser contrabandista  
Hay que pasar muchas penas.

Hay quien dice sin razon  
Que vivir del contrabando  
Equivale á ser ladron;  
Pero aquí se le está dando  
Un mentís á esa opinion.

Mientras que mande á esta gente  
Y mientras que el sol irradie  
Y salga por el Oriente  
Probaré lógicamente  
Que aquí no se roba á nadie.

No salimos al camino  
A quitarle su dinero  
Al honrado campesino,  
Ni su hacienda el caballero  
Como el cobarde asesino.

Soy pobre y en mi pobreza  
Sé que libre me hace el rey...  
Acepto tanta grandeza  
Y declaro con franqueza  
Que estoy fuera de la ley.

Todos nos queremos bien,  
Cada cual aquí es un sábio,  
No se conoce el desden,  
Y se perdona el agravio  
Y al que lo infiere tambien.

Aquí se calma el pesar,  
Se enjuga del triste el llanto  
Y se aprende á trabajar,  
Y se fuma, se ama el canto  
Y se prohíbe el jugar.

Se adora la religion,  
Y en la sierra solitaria  
En las horas de afliccion  
Se alza á Dios una plegaria  
Implorando su perdon.

Como vivimos aquí  
Ya te he contado, hijo mio;  
Ya mis consejos te dí...  
Mira, Juan, que yo confío  
Que te harás digno de mí.

Voy á enseñarte en seguida  
Lo que nunca olvidarás...

Te quedas en la partida  
Y con eso aprenderás  
A saber ganar la vida.

Nadie mas pronto aprendió  
Lo que mi padre enseñaba...  
Nadie mas bien se batió,  
Ni nadie un potro domaba  
Con mas prontitud que yo.

Jamás á nadie ofendí,  
Ni jamás he consentido  
Que nadie me ofenda á mí.  
Si me atacó un atrevido  
Con pena me defendí.

Siete años trascurrieron,  
Y yo tanto trabajé  
Que todos me distinguieron,  
Y con sorpresa escuché  
Que *Juan Bravo* me pusieron.

Despues mi padre enfermó,  
Lo llevé á casa en seguida,  
En mis brazos espiró  
Y con el alma afligida  
A trabajar volví yo.

Cuando á aquel sitio volví  
Era tanta la tristeza  
Que se apoderó de mí,  
Que maldije á la pobreza  
Que me obligó á estar allí.

De mi buen padre y señor  
Me seguia la sombra grata,  
Y dejaba en mi dolor  
Un recuerda en cada mata

Y un suspiro en cada flor.

Confieso que aborrecia  
Mi ocupacion enojosa...  
Otra mas noble queria...  
Pero, señores, ¿qué hacia  
Si yo no sabia otra cosa?

Un dia me llamó el teniente  
Y me dijo: «señó Juan,  
Por buen mozo y por valiente  
Está conforme la gente  
En nombrarlo capitan.»

—«Tio Paco, no me ande usté  
Con escrúpulos de monja,  
Con pena le contesté;  
Mil gracias por la lisonja.  
Me convenció y acepté.

Algunos me provocaron  
Dudando de mi valor,  
A una lucha me retaron  
Y los traté con rigor  
Y despues me respetaron.

Quiso mi suerte tirana  
Que maldijera mi nombre  
Al saber una mañana  
Que sin compasion un hombre  
Habia robado á mi hermana.

A ver á mi madre fuí  
Y de todo me enteré...  
Estaba el retrato allí  
Del seductor; lo cojí  
Y dije: ¡te buscaré!

Cuando de casa volvía,  
A Blanca ví con enojos  
Que un hombre la sostenia  
Y que salvacion pedia  
Con lágrimas en los ojos.

Me vió Blanca y se asustó,  
Y yo al verla me asombré,  
Y Narciso me atacó  
Y mi cuchillo saqué,  
Y creo que él mismo se hirió.

Juro que pasé un mal rato;  
Blanca se desesperaba,  
Y á un hombre ví que pasaba  
Muy parecido al retrato  
Que en mi poder conservaba.

Noté que á Blanca miró  
Y que huía de mala gana...  
Entonces lo seguí yo  
Y él mismo me confesó  
Que habia robado á mi hermana.

Reñimos y yo vencí,  
Y casi me vuelvo loco  
Cuando al camino volví...  
Ya Blanca no estaba allí  
Ni mi caballo tampoco.

Yo corrí como un demente  
Por los silvestres senderos  
Sin mi caballo valiente,  
Mientras los carabineros  
Acababan con mi gente.

Mi desgracia me contó  
Juan Pedro que iba de huida,

Su caballo me cedió,  
Y á defender mi partida  
Corrí delirante yo.

Estaba la noche oscura  
Y la tormenta bramaba,  
Y á pesar de mi bravura  
Sin mi gente me quedaba...  
Sin hacienda y sin ventura.

Cuando solo me encontré  
Y sin pólvora me ví  
De mi madre me acordé,  
Y como un cobarde huí  
Y á esta casa me acerqué.

Voy á esplicar claramente  
Por qué en tan fatal estado  
Aquí llegué diligente...  
Señores, un hombre honrado  
Debe decir lo que siente.

Probaré en esta ocasion  
Y de una manera franca,  
Que soy digno de perdon,  
Y que los ojos de Blanca  
Me han robado el corazon.

Lorenzo, no mire ustedé  
A su hija de ese modo...  
La quiero y lo probaré;  
Pero escuche ustedé ante todo  
Lo que ahora le diré.

De tal modo me robó  
Su hija mi dulce calma,  
De tal modo me encantó  
Que siento dentro del alma

Algo mas grande que yo.

Si por mi causa ha de haber  
En la familia un disgusto,  
Juro que no he de volver...  
Me destierro por mi gusto...  
Nadie me volverá á ver.

Mi noble pasion sofoco  
Con mi corazon en lucha,  
Por eso indulgencia invoco...  
Porque mi pasion es mucha  
Y mi sufrimiento es poco.

Si de la pasion que abrigo  
Quisiera usted persuadirse,  
Tráteme usted como amigo...  
Y llegará á decidirse  
A ser amable conmigo.

Si mi oficio y mi pobreza  
Y lo humilde de mi cuna  
Me niegan esa belleza,  
Dígalo usted con franqueza  
Y buscaré una fortuna.

Dijo el contrabandista  
Y en su pecho sensible y generoso  
Latió su corazon violentamente.  
Blanca fijó la vista  
En su padre querido,  
Pálida de emocion, porque impaciente  
De su padre aguardaba la respuesta  
Que el fiel amante le exigió imprudente.  
El marqués complacido  
A Lorenzo miró, la absorta Clara  
En el padre fijó tambien sus ojos,  
Lorenzo inquieto levantó la frente

Y al bravo mozo contempló un instante.  
 Con actitud modesta  
 Esperaba el amante  
 Que Lorenzo le hablara, mas Don Diego  
 Conociendo el enojo de su hermano  
 Dijo con magestad:

—Vamos, Maria,

Es preciso pensar en el sosiego...  
 De ese asunto hablaremos otro dia...  
 Vamos á descansar, Juan yo le ruego  
 Que hoy mismo á Velez por su madre parta;  
 Aquí lo espera Clara. Hermano mio,  
 Sí, que Blanca descanso necesita  
 Y esta jóven tambien. Yo estoy cansado  
 Y Narciso está enfermo todavia.

—Te escucho con agrado.

Lorenzo respondió: vamos, Narciso...

—Disponga usted de mí, señor Lorenzo,

El Bravo replicó, hoy es preciso  
 Que vaya á Velez, partiré en seguida  
 Por mi madre querida...

Sé que mi historia lo dejó suspenso,  
 Mas le prometo á usted que cuando vea  
 Mi franco proceder, cuando conozca  
 La firme voluntad de mi amor puro,  
 Se apiadará de mí, se lo aseguro.  
 Le imploro por el cielo soberano  
 Que me perdone usted si lo he ofendido.

Lorenzo conmovido

Al triste capitan tendió la mano.  
 Juan Bravo la estrechó con alegría  
 Y á su hermana abrazó, despues ufano  
 Se despidió de Blanca y de Maria  
 Y estrechando á Narciso y á Don Diego  
 Con el llanto en los ojos partió luego.

Con su manto de grana  
 Abandonó los límites de Oriente

La risueña mañana.  
La saludan las flores  
Que la aurora galante  
Adornára con gotas de rocío.  
La mariposa amante,  
Aspirando liviana los olores  
De la rosa sencilla,  
Tiende sobre su cáliz perfumado  
Las aligeras alas.  
Murmura alegre el armonioso río,  
Y en la mojada orilla,  
Donde el suspiro de la errante ola  
Moribundo resuena,  
Del sol el rayo esplendoroso brilla  
De oro esmaltando la menuda arena.

---

XVI.

La madre y el hijo.

Por ver á mi madre diera  
Un dedito de la mano;  
El que mas falta me hiciera.

De padres á padrastos  
Hay cuatro leguas,  
De madres á madrastas  
Hay cuatrocientas.

*Coplas populares.*

EN la magnífica costa  
De la rica y noble Málaga,  
Al pié de verdes colinas  
Está Velez situada  
Y parece una paloma  
Que á orillas del mar se baña.  
Cuando la argentina luna  
Sus rayos trémulos lanza  
Sobre sus macizas torres  
Que se miran en el agua  
Del terso Mediterráneo,  
Que sosegado descansa;  
Parece su caserío  
Un ramo de rosas blancas.

Velez, bendecida Velez,  
La querida de las gracias,  
La del delicioso clima,  
La de las colinas altas,  
La del trasparente cielo,  
La de las hijas gallardas,  
¿Quién en tu suelo benigno  
No disfruta dulce calma?  
¿Quién de tí no se enamora?  
¿Quién al verte no se encanta?  
Es bendito el dulce ambiente  
Que se aspira en tus montañas,  
El aroma de tus flores,  
La pureza de tus auras,  
Los murmullos de tus hojas,  
Tus campiñas celebradas  
Y lo fértil de tus campos,  
Y tu atmósfera templada.  
La alegría te dió sus dones,  
La primavera sus galas,  
La luna de Abril sus rayos,  
El mar te besa las plantas,  
El amor vive en tu suelo,  
Los ruiseñores te cantan,  
Los poetas te bendicen,  
Las ilusiones te aman.  
Parece que te contemplo  
A orillas del mar sentada,  
Escuchando los murmullos  
Deliciosos de las aguas.  
Velez, bendecida Velez,  
Hermoso jardin de Málaga,  
¿Quién en tu suelo benigno  
No disfruta dulce calma?  
El que vió tu hermoso cielo  
Y el verdor de tus montañas,  
La pureza de tu clima  
Y de tus hijas la gracia;

El que aspira de tus flores  
La dulcísima fragancia;  
El que escucha los murmullos  
Deliciosos de las aguas,  
Del claro Mediterráneo  
Que vá á besarte las plantas;  
El que entusiasmado aspira  
La pureza de tus auras,  
Quién vé tus fértiles campos,  
Y tu atmósfera templada,  
Te dedica al ausentarse  
Un suspiro y una lágrima.  
Velez, bendecida Velez,  
Hermoso jardín de Málaga,  
Los poetas te bendicen,  
Los ruiñeñores te cantan.

Hay en un barrio de Velez  
Una antigua y pobre casa,  
Por los vientos combatida,  
Por el tiempo respetada.  
Entremos lector amable  
En una pequeña estancia  
Que adornan cuatro sillones,  
Un velador y una cama.  
A los piés de un crucifijo  
Que alumbra una limpia lámpara,  
Con las manos sobre el pecho,  
Suelto el cabello á la espalda,  
Con la oracion en los labios  
Y lleno el rostro de lágrimas,  
En una actitud doliente  
Está una muger sentada.  
Entre sus negros cabellos  
Relucen las hebras blancas,  
Que en la noche de los años  
Las estrellas son las canas.  
Sus garzos y dulces ojos,  
Y sus mejillas rosadas,  
Que sin compasion ajaron  
Las inconsolables lágrimas  
Que en las horas de amargura  
Brotan del fondo del alma;  
La resignacion sublime  
Que en su rostro se retrata,  
Su indescriptible franqueza  
Y su apostura gallarda,

Muestran la muger hermosa  
Que la vejez amenaza.  
Ante el Cristo cae de hinojos,  
Y con voz entrecortada  
Por la pena que la aflige,  
Mirando á la imagen santa  
Con veneracion profunda  
Y resignacion cristiana,  
Despues de orar un momento  
Así conmovida exclama:

—Señor que contemplas  
Mi llanto y mi duelo,  
Yo imploro, yo anhelo  
Tu santo favor.  
Se arroja á tus plantas  
La madre mas triste  
Que en vano resiste  
Su eterno dolor.

Mi llanto no alivia  
Mis duelos prolijos;  
Ingratos mis hijos  
Se alejan de mí.  
La pena mas grande  
Se oculta en mi alma.  
¿Quién tiene la calma  
Que triste perdí?

Tu nombre bendice  
La humana criatura,  
Gozosa natura  
Te admira despues;  
Con dulces murmullos  
La fuente te nombra  
Y el sol es la alfombra  
Que huellan tus piés.

Tú calmas piadoso  
 Los lentos dolores,  
 Tú das á las flores  
 Perfume y color;  
 Tu dulce mirada  
 Purísima y bella,  
 Remeda la estrella  
 Con limpio fulgor.

Tu cólera imitan  
 Los vientos bramando,  
 Los oyen temblando  
 Los génios del mal;  
 Y en verde espesura  
 Con trinos suaves  
 Pronuncian las aves  
 Tu nombre inmortal.

Señor, tú eres Santo,  
 Benéfico y pio,  
 Mitiga Dios mio  
 Mi eterna afliccion;  
 Escucha piadoso  
 Mi súplica ardiente  
 Y accge clemente  
 Mi humilde oracion.»

La pobre madre llorando  
 Esto dice y se levanta,  
 Y un momento permanece  
 Viendo un retrato de Clara,  
 Que oculta en su amante pecho  
 En un medallon de plata.  
 ¡Con qué ternura lo mira!  
 ¡Con qué ternura lo abraza!  
 Y le dice entre sollozos  
 Estas sentidas palabras:

Prenda carísima,  
Joya preciada,  
Hija adorada  
Del corazón,  
Tu madre mísera  
Te está esperando,  
Triste luchando  
Con su aficción.

Vuelve solícita  
Prenda del alma,  
Mi dulce calma  
Dáme otra vez;  
Oye mi súplica,  
Benigno cielo,  
Tráeme el consuelo  
De mi vejez.

No apures rápida  
La copa linda  
Con que te brinda  
La juventud.  
Con noble ánimo,  
Mi amada prenda,  
Sigue la senda  
De la virtud.

Virgen Santísima  
De los Dolores,  
Mis sinsabores  
No siento, no.  
Madre seráfica  
Piadosa y bella,  
Solo por ella  
Te pido yo.

Dice y un breve momento  
Besa el retrato con ansia,

Y de nuevo lo contempla  
Y lo cubre con sus lágrimas.  
Se sienta y suspira triste,  
Después el retrato guarda  
Diciendo de esta manera:  
—Ven, hija de mis entrañas,  
Vuelve á mi pecho amoroso,  
Imágen de mi hija amada,  
Y á mi corazón herido  
Dáale el valor que le falta.  
Ya no verás á tu madre  
Si vuelves, mi pobre Clara,  
Porque el dolor me consume  
Y la tristeza me mata.  
Pero... Dios querrá que vuelvas,  
Mi hijo Juan me dió palabra  
De buscarte. «Madre mía,  
Me dijo, ten confianza  
En mi valor, no sosiego  
Hasta que encuentre á mi hermana,  
Yo la volveré á tus brazos...  
Siento una cosa en el alma  
Que me dice que la busque...  
Yo la encontraré, Lutgarda.»  
Dios te ilumine, hijo mío;  
Dios querrá y su madre santa  
Que la encuentres ¡pobre niña!  
¡Cuánto sufro por tu causa!  
Yo maldigo al hombre infame  
Que abuse de tu ignorancia,  
Y detesto al hombre alevé  
Que de tu hogar te arrancara.  
¡Ay, mi corazón no olvida  
Aquella noche tan larga,  
En que tú sin despedirte  
De la madre que te aguarda,  
Me dejaste triste y sola  
Y te ausentaste de casa!

Hija mia, yo te perdono...  
 Dios perdonará tus faltas,  
 Porque el Señor es tan bueno  
 Que escuchará mis plegarias.  
 Siento pasos, ¿quién se acerca?  
 ¡Preguntan por mí! ¡me llaman!  
 Entra un caballo en el patio...  
 ¿Será Juan? ¿vendrá con Clara?  
 Hijo, sube, aquí me tienes...  
 Hijo, dí, ¿traes á tu hermana?  
 —Dios la guarde á usted, señora.  
 —¡Tio Paco!

—¡Señá Lutgarda!

—¿Usted por aquí? ¿y mi hijo?  
 —Venga una silla y cachaza.  
 Sentóse el viejo teniente,  
 Quedó la madre asombrada  
 Al ver entrar al tio Paco,  
 Embozado en una capa,  
 Con un sombrero sin borlas,  
 Llena de lodo la cara,  
 Los botines descompuestos,  
 Sin pistolas ni canana,  
 Jadeante de fatiga,  
 Muy mal prendida la faja,  
 La tristeza en el semblante  
 Y el desaliento en el alma.  
 —Tio Paco, por Dios, ¿qué es esto?  
 Dijo la madre angustiada.  
 ¡Ay! usted viene anunciarme  
 Sin duda alguna desgracia...  
 ¡Mi hijo Juan ha sido preso!  
 Le habrán quitado las cargas...  
 Hable usted por Jesucristo;  
 La resignacion me falta.  
 —No se afiga usted, señora,  
 Ea, no lllore usted, caramba,  
 Es lo grande... ¡estas mugeres

Que se alborotan por nada!...  
 Vamos, tenga usted paciencia,  
 Escuche usted mis palabras;  
 La gente hablando se entienda!...  
 ¿Está usted, señá Lutgarda?...  
 —No, tío Paco, hace seis años  
 Que no viene usted á mi casa.  
 Desde que murió mi Pedro,  
 Mi marido de mi alma,  
 Usted no ha venido á Velez,  
 Ni yo le he visto la cara.  
 ¡Ay, tío Paco! usted no sabe  
 Lo que puede la desgracia...  
 Ya en mi pecho no hay suspiros,  
 Mis ojos no tienen lágrimas,  
 Ni mi corazón sosiego,  
 Ni hay reposo en mi morada.  
 Mi hijo Juan viene muy poco,  
 Se fué de mi lado Clara...  
 ¿No quiere usted que me aflija  
 Al verlo entrar?

—¿Por qué causa?

—El desaliño que ofrece  
 Su ropaje, su tez pálida,  
 El cansancio que lo abrumba  
 Y las fuerzas que le faltan,  
 Me están diciendo, tío Paco,  
 Que está usted de retirada.  
 Sea usted franco, se lo pido  
 Por los ojos de su cara.  
 Mi hijo Juan estará preso  
 Y por eso á usted lo manda  
 Que me prepare, ¡Dios mío!  
 Esto solo me faltaba...

—No hay tal cosa.

—¿Pues qué hay?

Vamos, hable usted...

—Cachaza...

¿Su hijo Juan no ha estado en Velez?

—Tres dias.

—¿Y se fué?

—¡Ya escampal!

Hace siete dias cabales

Que se fué...

—Señá Lutgarda,

Pues entonces se ha salvado.

Mas vale así.

—Habla... habla...

—Señora, yo soy un hombre  
Que no le temo á las balas,  
Porque tengo mas coraje  
Que seño Pedro Lacambra.  
Oiga, en los sesenta abriles  
Que lleva acuesta mi alma,  
Quince veces me he batido  
Con el resguardo de Málaga,  
Tengo una herida en un brazo  
Lo menos de media vara,  
Un rasguño en un tobillo,  
Y un arañazo en la espalda.  
Le juro á usté que á las buenas  
No le hago daño á una rata,  
Pero nadie me intimida  
Si me buscan á las malas.  
Estábamos en la sierra  
Alijando nuestras cargas,  
Cuando Boca-Negra el bravo  
Le entregó á Juan una carta.  
Él la leyó de seguida,  
Juan leyendo es una alhaja,  
Para maestro de escuela  
No tiene precio, Lutgarda.  
Cuando acabó fué y me dijo:  
«Tio Paco, voy á mi casa,  
Yo pienso volver muy pronto,  
Voy que mi madre me llama.

Dice mi madre que un hombre  
 Se las guilló con mi hermana...  
 Como lo pille lo mato...  
 Si lo coje se lo jama,  
 Porque Juan tiene mas brios  
 Que el Cid Campeador.

—¡Qué guasa!

Vamos, siga usted adelante...  
 —¿Tiene usted, prisa sentrañas?  
 Montó el trabuco, se puso  
 La chupa color de grana,  
 Cojió el potro cartujano  
 Y se largó, y Santas Pascuas.  
 A los seis dias, una tarde  
 Puso el cielo mala cara,  
 El rayo soltaba fuego  
 Y las nubes mucha agua,  
 Y nos sorprendió la tropa  
 Cuando nadie la esperaba.  
 Se armó al punto el zipizape,  
 Nos metimos en jarana,  
 Jesus! le juro, señora,  
 Que no ví nunca mas balas.  
 Conocí tambien que todo  
 Se lo llevaba la trampa,  
 Y volví atrás mi caballo  
 Viendo que Juan no llegaba.  
 Bajé á la cueva, enseguida  
 Que recojí las alhajas  
 El dinero y demás prendas  
 Que su hijo me entregara;  
 Llené con ellas dos fardos  
 Y me las guillé con rabia,  
 En la mitad del camino  
 Le compré á un pobre esta capa,  
 Y en cambio de su sombrero  
 Yo le regalé la manta,  
 Porque no me conocieran

Los que tal vez me buscaban.  
La noche fué horrible, y luego  
Que la lluvia no cesaba.  
Pues señor, vamos á Velez,  
Le dije á mi noble jaca,  
Y aquí vine confiado  
En que Juan estaria en casa.  
Usté no sabe señora  
Lo que padezco, yo estaba  
Acostumbrado á estas cosas,  
Pero ya las ví tan malas,  
Que me dije: si me quedo  
Sé de fijo que me matan,  
Y mi pobre Juan se queda  
Sin dinero y sin compañía.  
Nosotros *semos* muy pocos,  
La tropa es mucha; pues arsa,  
Contra muchos no hay remedio...  
¿Para qué te quiero patas?

—Mi pobre Juan habrá ido  
A la sierra, ¡Virgen Santa!  
Se habrá enterado de todo  
Y querrá tomar venganza...  
Y lo prenderán, ¡Dios mio!...

—Vamos, señora Lutgarda,  
No me aflija usté, canario,  
Que ya se me caen las lágrimas...  
Cuando Juan llegue á la sierra  
Se encontrará con las matas,  
Con el monte y el arroyo,  
Y dirá: ¿ya aquí no hay nada?  
Pues señor, estamos frescos...  
Y se volverá á su casa.

—Bien sabe usté, señó Paco,  
Que Juan tiene mucha alma,

Y que nadie lo sujeta  
 Cuando lo ahoga la rabia.  
 ¡Dios mio! ¡qué pícara suerte!  
 No hay madre mas desgraciada  
 Que yo en el mundo.

—Señora...

Vamos, no tenga usted guasa...  
 Su hijo Juan la quiere mucho  
 Y no llegará á olvidarla.  
 Puede ser que sin descanso  
 Esté buscando á su hermana.  
 Pero... ahora que me acuerdo...  
 Yo la cabeza apostaba  
 A que está viendo á la novia...  
 —¡Su novia!

—Toma castañas...

Señora, está medio loco,  
 De amores, por una Blanca  
 Mas rubia que las espigas  
 Del trigo de Anton Camama.  
 —Esa es broma...

—Cá!... no es broma.

Sé que de noche le canta  
 Rondeñas y seguidillas,  
 Y ella abre la ventana...  
 Y se dicen chicoleos...  
 Y hay aquello de: «sentrañas,  
 Me tiene usted *mareao*  
 Con sus cosas y sus gracias.  
 El dia que menos lo piense  
 Se acerca á un cura y los casa,  
 Y tiene usted veinte nietos  
 Que le tiren de la falda.  
 —Tio Paco, Juan no me ha dicho  
 De ese amor una palabra...  
 —Mire usted, si se le dice  
 Algo de eso, se enfada  
 Y se lo lleva el demonio;

Tiene un carácter de malva,  
 Pero en tocándole á ella,  
 Sansacabó, se desarma.  
 En fin, voy al patio y vuelvo,  
 Voy á coger las alhajas,  
 El dinero y en seguida  
 A darle un pienso á la jaca.  
 Voy hablarle con franqueza...  
 —Hable usted.

—Señá Lutgarda,  
 Dentro de cinco minutos  
 Voy almorzar, la *carpanta*  
 Me está royendo las tripas...  
 —Si quiere usted...

—Muchas gracias,  
 Voy á almorzar á una fonda,  
 Y á darme tono, caramba.  
 Si hoy Juan no viene, me largo  
 En busca suya mañana.  
 —Dios se lo pague.

—Está dicho.  
 Voy por los fardos, mi alma.  
 Tenga usted mucho *cuidao*  
 Que no se manche mi capa.  
 —Si está llena de agujeros...  
 —Es cierto, mas si se mancha  
 Estará peor.

—Tio Paco,  
 No estoy para bromas.  
 —Basta.

Pues señor vuelvo en seguida.  
 Voy al patio por la carga.  
 Descendió el viejo teniente  
 Por una escalera ancha  
 Y en un sillón, pensativa  
 Y triste, quedó Lutgarda.  
 Sus fúnebres pensamientos  
 Su corazón agitaban

Y su pecho estremecian  
 Mil reflexiones amargas.  
 La venida del *tio Paco*,  
 Como ella le llamaba,  
 La pobreza de su ropa,  
 La palidéz de su cara,  
 La cruel incertidumbre  
 Que el buen viejo revelaba  
 Al hablar de su hijo amado,  
 Afligian á Lutgarda.

—No puede ser, no, decia  
 La pobre madre en voz baja.  
 Mi hijo Juan me quiere mucho  
 Y no querrá ser la causa  
 De la muerte de su madre...  
 Tio Paco dice que ama  
 A una jóven, yo me alegro,  
 De fijo estará en su casa,  
 Y cuando vuelva á la sierra  
 Y no vea nadie, sin falta  
 Pensará en mí y en seguida  
 Vendrá á verme, ¡hijo del alma!  
 ¡Con qué fatigas te espera,  
 Con qué fatigas te aguarda  
 Tu triste madre! yo sueño,  
 Mis pensamientos me engañan.  
 Juan siempre ha sido valiente,  
 No es posible que dejara  
 De asistir á la pelea...  
 ¡Ay, esta duda me mata!  
 —Aquí estoy, dijo el *tio Paco*  
 Trayendo sobre la espalda  
 Un fardo y otro en la mano;  
 Vamos, se me cae la faja:  
 Dos veces en la escalera  
 Por poco me rompo el alma.  
 Hace tiempo que no subo

Escalones, y me faltan  
 La ajilidad y otras cosas  
 Que se adquieren con la práctica.  
 Aquí tiene usted, señora,  
 Le dijo el viejo á Lutgarda  
 Los objetos que contiene  
 El primer fardo, ¡qué alhajas!  
 Aquí tiene usted un anillo,  
 Que parece una alcarraza.  
 Sé que dan por él mil duros;  
 Es un brillante que salta  
 De su aro. Dos cadenas,  
 Un tabaquero de plata,  
 Siete cubiertos de oro,  
 Tres botones de esmeralda,  
 Un relicario de cobre,  
 Una cajita dorada,  
 Una sortija de estaño,  
 Un Santo-Cristo de...

—Basta,

Yo quiero ver á mi hijo,  
 Sin mi Juan no quiero nada.  
 —Pues guarde usted ese dinero  
 Que traigo aquí, no le falta  
 Ni un maravedí, señora.  
 Quince mil duros.

—¡Me pasma!

¿Y es de Juan eso?

—Está claro...

Hace tiempo que juntaba...  
 Muchas veces me decia:  
 «Paco, el hombre que no gasta  
 Malamente su dinero,  
 No se lo comen las trampas.  
 Voy juntando lo que gano;  
 Si Dios me presta su gracia  
 Reuniré un capitalito  
 Y me retiro á mi casa

Y me como mi fortuna  
Con mi madre y con mi hermana.»

—¡Ay! bendita sea su vida,

Mi hijo Juan es una alhaja.

—Calle usted, que siento pasos,  
Ahí está Juan...

—Usted me engaña.

—Si la engaño que me ahorquen.

Está en el patio:

—¡Lutgarda!

¡Madre mia!

—¡Juan de mi vida!

—¡Madre mia!

—¡Hijo del alma!

Dice la madre gozosa,  
Con rapidez se adelanta,  
Y le tiende á Juan los brazos  
Cubierto el rostro de lágrimas.

—Dios te guarde buena pieza...

—¡Tio Paco aquí!

—Ven, abraza

A tu teniente cesante...

—¡Tio Paco!

—¿Por qué te espantas?

—Venga un abrazo corriendo.

—Se salvó, ¡Dios mio, gracias!

¡Ay! me parece mentira

Que ya te tengo en mi casa.

—Y á mi tambien, madre. Paco,

¡Bien me he batido!

—¡Caramba!

¿Te encontraste en la fiesta?

—Llegué tarde.

—Juan ¿y Clara?

¿Has encontrado á mi hija?

—Sí, madre, encontré á mi hermana.

—¿A dónde está? quiero verla...

—Pronto iremos á buscarla.  
Está con una familia  
Que la quiere mucho.

—Vaya...

—La Virgen de los Dolores  
Ha escuchado mi plegaria.  
—¿Y cómo está usted, tío Paco,  
En este sitio?

—Repara

Lo que tienes en la mesa.  
—Ya lo veo, son mis alhajas  
Y el dinero.

—Ví la cosa

Ponerse de mala data,  
Y desesperé del triunfo.  
Entonces bajé con ansia  
A la cueva, y al instante  
Quité de enmedio esa ganga.  
Aquella noche era horrible,  
Y con los truenos y el agua,  
Y los gritos de la gente  
Y pin! pun! pan! de las balas,  
Cuando ví que ya la tropa  
Tenia la lucha ganada,  
Despues que cogí el dinero  
Le eché un sermon á la jaca,  
Me despedí de la sierra,  
Y me encaminé á tu casa.  
Si me pillan me dan una  
Que cuando menos me baldan.  
—Venga esa mano, tío Paco,  
Siempre tuvo usted buen alma.  
Lo quiero á usted como á un padre.  
—¿De veras? ¿cuándo te casas?  
—¡Otra te pego! curioso.  
—¿Lo vé usted, señá Lutgarda?  
Ya empieza á enfadarse.

—Hijo,

Díme.

—¿Qué?

—¿Cómo está Clara?

—Tan hermosa como siempre.

—¿Se acuerda de mí? ¿me aguarda?

—Pues ya lo creo, tiene un niño.

—¿Se casó, Juan?

—Madre amada...

Es... viuda...

—¿Que es viuda?

—Si señora.

—¡Qué desgracia!

¿Cuándo la verá, hijo mío?

—Cuando á usted le dé la gana

Pone usted en venta los muebles

Y despide usted la casa.

—¿Nos vamos de Velez?

—Justo.

—¿De una vez?

—Vamos á Málaga,

Probablemente... tío Paco,

Usted nos hará compañía.

—¿Dónde voy yo con mi cuerpo?

Ya no puedo con el alma...

—Usted viene con nosotros.

—Yo te obedezco, tú mandas.

—Mientras yo viva en el mundo,

Ni mi madre, ni mi hermana,

Ni usted pasarán fatigas...

—Hombre, Juan, te doy las gracias...

Mira, Juan, aunque soy viejo

El trabajo no me cansa,

Y puedo ayudarte siempre

Con ahinco...

—No me agrada

Que me hable usted de trabajo

Por ahora...

—¿No? pues basta.

No diré esta boca es mia.  
 Salero, señá Lutgarda,  
 Vamos, ¿está usted contenta?  
 —No cabe el gozo en mi alma.  
 Tú no sabes hijo mio  
 Lo que he padecido.

—Vaya,

Olvide usted sus pesares...  
 No quiero que por mi causa  
 Sufra usted mas, vida nueva...  
 —Pues señó, la cosa marcha.

—Tio Paco, vaya usted al punto  
 Y dígame usted á Tomasa,  
 La muger de Antonio el Neto,  
 Que quiero para mañana  
 Un coche con cuatro mulas...

—Voy en seguida sin capa.

—Antes de salir, tio Paco,  
 ¿No se limpia usted la cara,  
 Que parece una paleta  
 De un pintor sucio?

—Caramba,

¿Tan sucia está?

—Ya lo creo.

—Me la lavaré mañana.  
 Salió el teniente y Juan Bravo  
 De nuevo á su madre abraza,  
 Y ésta loca de alegría  
 Vuelve á preguntar por Clara,  
 Y á los piés del crucifijo  
 Que alumbra la limpia lámpara,  
 La pobre madre se arroja  
 Murmurando una plegaria.  
 Juan, quitándose el sombrero,  
 Contempla á la imágen santa,  
 Y con actitud modesta  
 Reza tambien en voz baja.

¡Religion sublime y pura!  
Tú consuelas las desgracias  
Y disipas bondadosa  
Los sinsabores del alma!  
¡Cuánto sufre el que te olvida!  
¡Cuánto goza el que te ama!

## XVII.

### Dias serenos.

Nubes y penas del alma,  
Gotas y lágrimas son;  
Del mar las nubes salieron,  
Las penas del corazon.

*Desval.*

Una lágrima de amor  
En la desgracia vertida,  
Es de la vida una flor,  
Y es una gota caída  
De las fuentes del dolor.

*Briñas.*

AL mundo despertó la blanca aurora,  
Que es una alegre niña de ojos bellos  
Que se viste de púrpura y ofrece  
Delicados perfumes á las flores.  
Abandonan las sombras á los valles,  
Deja su lecho de encendida grana  
Y entre nubes de nácar y de oro  
Con magestad se eleva del Oriente  
El magnífico sol. Blanca y Maria  
Recuerdan la partida de Juan Bravo  
Que se alejó de allí con sentimiento,  
Llevando la tristeza en el semblante  
Y el corazon henchido de esperanza.  
Clara lo despidió pálida y mústia,

Y Juan con calma le tendió sus brazos:  
Don Diego lo abrazó tranquilamente  
Y se quedó un instante pensativo.  
Lorenzo con ternura miró á Blanca  
Y sumergido en éxtasis piadoso  
La contempló despues enagenado.  
Blanca inmóvil, miraba entristecida  
El polvo que arrancaba en su carrera  
El brioso alazan, que al fiel amante  
Conducia de su madre á la morada.  
De los hermosos ojos de la jóven  
Dos gotas de pesar se desprendieron:  
Porque la jóven por la vez primera  
Sintió en su corazon arder la llama  
Del purísimo amor, amor sublime  
Que la eterna constancia dulcifica,  
Que elevan la virtud y el entusiasmo,  
Que inflama la belleza seductora  
Y que el alma inmortal conduce al cielo  
Cuando la dura mano de la muerte  
Corta de un golpe el hilo de la vida.  
Es el amor del alma la flor pura,  
Y son las ilusiones el rocío  
Que en la adorable aurora de la infancia  
Brilla sobre esa flor; cuando se adora  
Por la primera vez, cuando se siente  
El noble corazon impresionado  
Por ese sentimiento indescriptible  
Que hizo grande á Abelardo y á Eloisa  
A Manrique y Leonor; cuando la gracia  
Sus encantos le presta á la hermosura,  
La alegre juventud le dá sus dones,  
Sus galas el pudor, sus dulces sueños  
Le presta la esperanza, la modestia  
Le dá su velo blanco, la fé augusta  
Su proteccion le dá, las ilusiones  
Le otorgan sus momentos de alegria,  
Amor sus emociones delicadas,

Su fuego la pasión; naturaleza,  
Se presenta á los ojos de la jóven  
Con todo su esplendor maravilloso.  
Cuando murmura el azulado río  
Se cree escuchar la voz del que se ama;  
Cuando entre nubes sonrosadas brilla  
La solitaria estrella de la tarde  
Y oculta trás los montes su ignea frente  
El moribundo sol; cuando á su nido  
Tornan á descansar los ruiseñores  
Y la natura en éxtasis sagrado  
Bendice á su creador, la hermosa Blanca,  
A los piés de la verde enredadera  
Que adorna su jardín, con dulce acento  
Al Ser Supremo su plegaria envía  
En alas de la brisa de la noche,  
Y le pide que el hombre por quien llora  
Comprenda su pasión, porque le encanta  
Del bravo capitán la gentileza.  
Su tierno corazón perdió el reposo,  
Dulcemente resuenan en su pecho  
Las promesas de Juan, y en su memoria  
Conserva las palabras que le dijo  
El gallardo galán la noche alegre  
Que estático admiró su lindo rostro.  
Cuanto el viento susurra entre las hojas  
Cree que el acento de su amante escucha;  
Cuando una estrella en el espacio irradia  
Cree que el semblante de su amado mira;  
Cuando el sereno mar sus ondas mueve  
Cree que siente los pasos de su amado;  
Cuando el objeto de su amor se aleja,  
Dos perlas brotan de sus dulces ojos  
Y sollozando sin cesar lo aguarda.  
La hermosa jóven su desgracia olvida,  
Olvida los tormentos que ha pasado  
Y á la luz argentina de la luna,  
Con la hermana de Juan recorre el valle

Y á la orilla de un plácido arroyuelo  
Se sienta á suspirar. La amable Clara  
Con dulcísimo acento la interroga,  
Y la jóven temblando la contempla.  
El pudor de carmin tiñe su rostro,  
Y á los ruegos de Clara que la escucha  
Con profunda atencion, la jóven triste  
Con noble sencillez y humildes frases  
Le revela su amor vehemente y puro.  
Le refiere la noche deliciosa  
En que su hermano Juan por vez primera,  
Guiado por la mano del destino,  
Atravesó el dintel de su morada;  
Le dijo lo que habló el contrabandista,  
Le esplicó con vehemencia encantadora  
El poder de las dulces emociones  
Que á su inocente pecho alborotaron  
Cuando el galante Juan la llamó bella;  
Le confesó el enojo de su padre,  
Y terminó diciendo que sentia  
Latir su corazon violentamente  
Cuando Juan Bravo en su presencia hablaba.  
Clara escuchó á la jóven con tristeza,  
Y despues de pensar un breve instante  
Le refirió la historia de su vida;  
Maldijo con furor la infausta hora  
Que abandonó á la madre que la quiere  
Por el hombre que aleve la engañara;  
Bendijo las acciones de Don Diego,  
Y con sencillo y agradable modo  
Le suplicó á la jóven que la oia  
Con extrema ternura, que á su hermano  
Su estado miserable le ocultase;  
Que el fiel contrabandista no supiera  
Que en un humilde y lóbrego aposento  
Con el hombre cruel que despreciaba  
Sollozando de pena habia vivido  
Desde la noche que salió de Velez.

Dijo que su perdon le habia otorgado  
 Al infame Martin; que generosa  
 Por su hijo adorado velaria,  
 Y que en su corta marcha por el mundo  
 Perpétuamente llevaria el recuerdo  
 Del noble anciano que con fé sincera  
 Tan franca proteccion le habia ofrecido;  
 Le suplicó á la candorosa Blanca  
 Que aceptase el cariño de Juan Bravo;  
 Que ella siempre contenta viviria,  
 Si obteniendo el permiso de Lorenzo  
 Y la anhelada venia de su madre,  
 La aprobacion sincera de Narciso  
 Y de Don Diego el poderoso amparo,  
 Fuese de Juan la idolatrada esposa.  
 Blanca con frenesí besó á su amiga,  
 Y con orgullo la llamó su hermana.  
 —Yo espero, dijo, que mi padre acepte  
 Mi cariño hácia Juan, es bello y jóven,  
 Mi buena madre mi pasion no ignora,  
 Ella tambien lo quiere; es generoso  
 Y tiene un corazon muy compasivo...  
 Desde hoy viviremos en familia.  
 ¡Dios mio, que vuelva Juan! tengo deseos  
 De estrechar en mis brazos con ternura  
 A su madre de usted.

—Querida Blanca,  
 Sus palabras me vuelven el reposo  
 Que en sus horas de duelo habia perdido  
 Mi pobre corazon; los desengaños  
 Disiparon mis bellas ilusiones,  
 He padecido tanto en esta vida,  
 Que á veces me figuro que en la tierra  
 No hay placer para mí. Yo me avergüenzo  
 Al verme en su presencia, me figuro  
 Que no soy digna de amistad tan pura.  
 El hijo de mi amor no tiene un nombre...  
 El hijo de mi amor no tiene un padre

Que un porvenir dichoso le asegure...  
¡Tan triste reflexion me hiere el alma!  
¡Si el hombre que sorprende la inocencia  
Con las dulces promesas del engaño,  
Pudiera comprender lo que padece  
La infelice muger que tiene un hijo  
Por cuyo nombre le pregunta el mundo!  
¡No pude comprender en mi ignorancia  
Que un instante de amor desventurado,  
Me costara en la vida tantas penas!  
¡No pude comprender que el hombre infame  
Que me llamaba su querida esposa  
Brindándome placeres y alegría,  
Cubriera de rubor mi pura frente  
Y me dejara el corazon herido!  
¡Ay mi querida Blanca! yo deseo  
Vivir lejos del mundo y de los hombres...  
Quiero vivir en el desierto valle  
Con mi madre y el hijo que idolatro...  
Allí le pediré á la Providencia  
Perpétuamente en oracion piadosa,  
Que es el lenguaje místico del alma,  
Que me perdone mi primer delito...  
Con lágrimas de sangre, noche y dia,  
Continuamente lloraré mi culpa...  
Pediré por Martin al justo cielo  
En mi oracion tambien, porque yo ignoro  
Si mi alma intranquila lo aborrece.  
Dios le otorgue tambien su gloria eterna.  
Esto dijo la jóven sollozando;  
Las lagrimas cubrieron sus mejillas.  
Con extremo dolor la escuchó Blanca  
Y con ternura la abrazó un instante  
Brindándole palabras de consuelo.  
Triste era ver en tan alegre noche,  
Al blanquísimo rayo de la luna  
Sentadas á la orilla de un arroyo,  
A la afligida Clara suspirando,

Y á Blanca silenciosa y pensativa.  
A Blanca la protege la inocencia;  
La juventud la cubre con sus galas;  
La cercan las benditas ilusiones;  
Para el amor y la esperanza vive,  
Y bendiciendo alegre su fortuna  
Solo en su amor y en su esperanza cree.  
Ante sus ojos se presenta el mundo  
Como un vasto y risueño paraíso;  
Todo es alegre y bello para ella.  
El trino de la errante golondrina  
Cuando cruza graciosa por el bosque  
La colma de placer: ella no sabe  
Que detrás del amor vá el desengaño  
Como en pos de la vida vá la muerte.  
Ella aspira con gozo en la mañana  
La exquisita fragancia de la rosa,  
Cuando en las aguas del sereno río  
Se retrata su faz graciosa y linda.  
Cuando sus ojos del color del cielo  
Se fijan en el término del valle,  
Solo el retorno de su amante espera.  
Por eso tiembla cuando absorta escucha  
De su amiga infeliz la historia triste;  
Porque la incauta jóven no comprende  
Que al verdadero amor mate el olvido.  
Llena su corazón apasionado  
Del generoso amor el sentimiento  
Y no comprende que el mortal que inspira  
Tan hermosa pasión, ingrato olvide  
A la muger que por seguirlo deja  
La tranquila morada de sus padres.  
Recuerda con horror la aciaga hora  
En que acudió con inocente anhelo  
Del cruel Martín á la amorosa cita,  
Y con ternura angelical á Clara  
Vuelve á estrechar en sus amantes brazos.  
Su amiga en su aficción lágrimas vierte,

Y la brisa recoge sus suspiros.  
La pobre jóven con dolor recuerda  
Sus insufribles horas de amargura.  
La triste ignora que su hermano sabe  
La traicion de Martin y su desgracia.  
Teme que alguna vez sepa Lorenzo  
Que el hijo de su amor no tiene un nombre,  
Y de ella á Blanca con justicia aleje.  
Su corazon herido necesita  
La amistad de la jóven candorosa  
Que con tan noble anhelo la consuela;  
Por eso Clara de su dicha duda,  
Porque sabe que adverso su destino  
La trata desde niña con rigores,  
Y al encontrar de Blanca á la familia  
Que proteccion en su pesar le ofrece,  
Abrió su corazon á la esperanza;  
Quiere olvidar las penas que ha pasado,  
Pero el recuerdo de su amor la sigue,  
Como al cuerpo, tenaz sigue la sombra;  
Y este recuerdo que su dicha cubre  
Que su contento plácido disipa,  
Llena su córazon de honda tristeza  
Y arranca el llanto á sus dolientes ojos.  
Con dulce acento le suplica Blanca  
Que deseche su pena y que se anime.  
Escucharon los pasos de Narciso  
Y las dos le salieron al encuentro.  
—Niñas, venid, les dijo con dulzura;  
Por vosotras Don Diego ha preguntado.  
¿Está llorando Clara? ¿por qué sufre?  
Una lágrima brilla en su semblante  
Como brilla una gota de rocío  
Sobre el cerrado caliz de la rosa.  
Clara, no ignoro yo lo que son penas;  
Cuando es grave el dolor se comunica...  
Tal vez esa afliccion tenga consuelo,  
Y yo seré feliz si me permite

Que ese consuelo de mis labios salga.  
 Yo sé que Blanca mi intencion conoce,  
 Quiero que usted me tenga por amigo  
 Y quiero verla recorrer el valle  
 Radiante de hermosura y de alegría.  
 Clara se disculpó tímidamente,  
 Cubrió su bello rostro con sus manos  
 Y el jóven conoció que un sentimiento  
 De compasion profunda se elevaba  
 Del fondo de su pecho generoso.  
 —Narciso, dijo Blanca, yo quisiera  
 Que Clara sin tardar se convenciese  
 Que todos deseamos que no sufra,  
 Y que viva feliz. Ahora le he dicho  
 Que mi querida madre la bendice,  
 Que hija la llama con amor Don Diego,  
 Y que al verla al pasar los labradores  
 Que vuelven del trabajo por la tarde  
 Celebran con justicia su belleza.  
 Yo veria con dolor que á nuestro lado  
 Fuese Clara infeliz: yo le suplico  
 Que acepte mi amistad y poco á poco  
 Al infiel seductor serena olvide.  
 —Blanca, por compasion, le dice Clara,  
 No es digno el seductor de mi recuerdo.  
 Tanta ternura conmovida escucho...  
 Narciso me consuela generoso  
 Y su amistad de corazon me brinda...  
 Yo acepto la amistad que ahora me ofrece  
 Como acepto gozosa su cariño,  
 Que es el santo cariño de una hermana.  
 Yo no merezco, no, tantos favores  
 Que nunca pagaré como deseo.  
 ¿Qué le puede ofrecer la jóven triste  
 Que tanto ha padecido en este mundo?  
 —Clara, no siga usted, yo se lo imploro.  
 Las jóvenes de nuevo se abrazaron  
 Y hácia su alegre casa se dirijen

Seguidas de Narciso, que un instante  
Inclinó sobre el pecho la cabeza  
Y detrás de las jóvenes, confuso  
Y abismado en contrarias reflexiones,  
Con vacilantes pasos caminaba.  
A veces pensativo sonreía  
Y en la hechicera Clara con respeto  
Fijó un instante sus rasgados ojos.  
El jóven á sí mismo se pregunta  
Si el fuego intenso que en su pecho arde  
Y el oprimido corazon le abrasa,  
Es amor ó amistad. El no comprende  
Que la dulce emocion que lo domina  
Y que el reposo de su pecho aleja,  
Es del amor el celestial presagio  
Que á todas horas sin cesar le anuncia  
Que una pasion inestinguible nace  
En lo profundo de su noble pecho.  
Cuando nace el amor tan bruscamente  
Y la débil razon no lo rechaza,  
Se rinde el corazon á su albedrio;  
Que el amor verdadero no perdona  
A la sábia razon cuando se entrega  
A su inmenso poder. Es el tirano  
Que ciega y avasalla al mismo tiempo.  
Amaba el jóven con delirio á Blanca,  
Y al saber el secreto de su vida  
Y al encontrar á su adorado padre  
Que con orgullo le tendió sus brazos,  
Halló el consuelo y se alejó su pena.  
Su amor á Blanca se trocó en ternura...  
Conoció que la jóven adoraba  
Al gallardo y galan contrabandista,  
Y respeta su amor porque no quiere  
Ser de su bella hermana el enemigo.  
Por eso tiende con placer su mano  
Al bravo capitan. Comprendió luego  
Del hermano de Clara la nobleza,

Y desde entonces sin descanso influye  
En el ánimo recto de su padre  
Para que ufano y satisfecho acepte  
Al amante elegido por su hija.  
De Clara analizó la triste historia,  
La juventud de Clara y su modestia  
Su agradable humildad y su hermosura,  
La proteccion que le dispensa Diego,  
La amistad con que el padre la distingue  
Y el amor siempre inmenso de Maria  
Llamaron su atencion. Despues su hermana  
Cuando el jóven por Clara le pregunta,  
La virtud de su amiga le enaltece  
Y sencilla le cuenta en su entusiasmo  
Las bellezas morales de su amiga.  
Narciso siempre con placer la oye  
Y un instante se queda pensativo.  
Blanca misma trabaja sin saberlo  
En favor de la jóven desgraciada.  
Narciso al terminar las conferencias  
Con su querida hermana, reflexiona  
Que la adorable Clara será digna  
De su naciente amor puro y constante.  
Narciso oculta su pasion y calla;  
Pero su padre ya la ha adivinado  
Con esa perspicacia que concede  
A la vejez adusta la experiencia.  
Comprendiendo el carácter de Narciso,  
El anciano prudente no lo ostiga  
Ni menos por las causas le pregunta  
De su nueva afliccion y su silencio.  
Ya no ignora tampoco el noble padre  
Que Blanca á Juan con entusiasmo adora;  
Tan grande amor desconcertó al anciano,  
Se sintió dominado por la ira  
Y se aprestó á oponer resueltamente  
Contra ese amor su autoridad sagrada.  
Vió despues á la hermana del amante

Salvada y protegida por Don Diego;  
Escuchó las acciones de Juan Bravo  
Cuando en su casa refirió su historia;  
Comprendió cuerdamente que su hija  
Estaba amando por la vez primera,  
Y que ese amor indestructible y grande  
Que forma un alma sola de dos almas,  
No sabe obedecer las prohibiciones.  
Lorenzo con prudencia no ha olvidado  
Que es capaz ese amor del heroismo.  
Cuando tan firme amor se contradice  
Resuelta la constancia lo protege,  
A defenderlo la pasión se apresta,  
Y con justicia la virtud se enoja.  
Cuando ese amor con imposibles lucha  
El corazón de la mujer se inflama  
Y es varonil y con potente brio  
Los obstáculos vence con denuedo.  
Así pensó Lorenzo y se propuso  
Constantemente perseguir al hombre  
Que su Blanca ha elegido para esposo,  
Estudiar su carácter con cautela,  
Analizar despacio sus palabras  
Y astuto sorprender sus pensamientos.  
Pronto Lorenzo conoció que en vano  
Se rendía á su temor, porque la tarde  
Que el fiel contrabandista francamente  
Refiriendo los actos de su vida  
Contó con sencillez las aventuras  
Que en su penoso oficio le ocurrieron,  
Lorenzo comprendió que el bello jóven  
Que de aquella manera se expresaba  
No conocía las formas del engaño  
Y era noble, y humilde y generoso.  
Afirmaron también este juicio  
Las notables palabras que Don Diego  
Le dirigió al mancebo con dulzura  
Cuando á su celo le encargó su hacienda.

El alma del marqués tan buena y noble  
De compasion y de ternura henchida,  
Solamente del bien se alimentaba.  
Su hija adorada le robó la muerte  
Y desde entonces el amable anciano  
Al oír el lamento de los tristes  
Con solícito anhelo los consuela.  
Cuando encontró á Martin en su aposento  
Y oyó de Clara el doloroso grito  
Latió su corazón violentamente,  
Que el eco de aquel grito penetrante  
Le recordó la voz de su hija amada.  
Cuando admiró de Clara el bello rostro  
Creyó ver el retrato de su hija,  
Y desde entonces el marqués postrado  
Bendice á la piadosa Providencia  
Que en sus últimos años le permite  
Un ser que generoso le recuerde  
El llorado tesoro que ha perdido.  
Por eso á Clara le ofreció Don Diego  
Toda su proteccion: él necesita  
Ver á la amable jóven diariamente  
Y escuchar conmovido su voz pura.  
Por eso siempre con afan la espera  
Y por eso se aflige cuando tarda.  
El buen anciano le rogó á Narciso  
Que á las niñas buscara por el valle,  
Y Narciso obediente á sus deseos  
Se dirigió á la orilla del arroyo  
A donde suelen ir las dos amigas  
Cuando se oculta el sol trás las montañas.  
Impaciente Don Diego se pasea,  
Y al cabo de un momento se detiene  
Y sus miradas fija en el camino.  
Poco despues los jóvenes llegaron:  
El buen marqués las contempló un instante  
Y con dulzura les marcó el asiento  
Debajo de la parra.

—Ya es la hora,  
Debemos empezar las oraciones,  
Exclamó dirigiéndose á Maria.  
Se descubrió Narciso con presteza,  
Margarita sentóse junto á Blanca,  
Llegó Lorenzo y ocupó su sitio.  
Por la region espléndida del cielo  
Cruzó la blanca y solitaria nube  
Que conduce el incienso que natura  
Consagra religiosa á Dios piadoso  
En el silencio augusto de la noche.

## XVIII.

### Dos almas nobles.

El amor que te tengo  
Parece sombra,  
Mientras mas tú te alejas  
Mas cuerpo toma.  
Y de este modo  
Mientras mas tú te apartas  
Yo mas te adoro.

Yo sembré una mirada,  
Nació un deseo;  
Floreció una esperanza,  
Cogí un afecto.  
Feliz quien siembra  
Si al fin de sus afanes  
Tiene cosecha.

*Coplas populares.*

HAN transcurrido dos meses:  
Don Diego compró la casa  
En que Narciso vivía,  
Porque Juan le aseguraba  
Que Clara sería dichosa  
En tan alegre morada.  
El marqués cedió á su ruego,  
Y esclavo de su palabra  
Cuando regresó Juan Bravo  
Con tío Paco y con Lutgarda  
Satisfecho y complacido  
Le cedió la finca á Clara.  
Está la noche tranquila,  
La luna en el cielo irradia

Y en los brazos del silencio  
Naturaleza descansa.  
La dulce alondra se oculta  
En la frondosa enramada,  
Y el viento agita sus hojas,  
La fuente vierte sus aguas  
Al compás del arroyuelo  
Que agita sus ondas claras.  
Bien vengas, tranquila noche,  
Con tu luna solitaria,  
Con tus brillantes estrellas  
Y tus brisas perfumadas,  
Con tu misterioso encanto  
Y tu apetecible calma.  
Triste imagen de la muerte  
Los desgraciados te llaman  
Cuando tu blando beleño  
Sobre sus frentes derramas,  
O cuando augusta te ostentas  
Sobre las tumbas sagradas  
Mostrando la adusta frente  
De cipreces coronada.  
Huyes envuelta en tus sombras  
Cuando te amedrenta el alba,  
Y tornas cuando el sol rojo  
Su faz oculta en las aguas,  
El labrador en su choza  
Tranquilamente descansa.  
Desde el tronco de una encina  
La tórtola arrulla ó canta  
Y el ruiseñor le contesta  
Desde la verde enramada.  
Mueven sus frescos penachos,  
Las hechiceras acacias,  
Y perfuman con su aroma  
La llanura solitaria.  
¡Oh, qué hermosa se presenta  
La humilde y graciosa casa

Que la bella Clara habita,  
Cuando la luna derrama  
Sobre su pequeña torre  
Sus limpios rayos de plata.  
En el cuarto en que Narciso  
Triste y enfermo se hallaba,  
Ya no se vé la escopeta,  
Ni las sillas sevillanas,  
Ni el velón, ni el libro viejo;  
Ahora se admira una cama,  
Con almohadones bordados  
Y colgaduras bõrdadas;  
Sillas con forros de seda,  
Cuadros con lindas estampas,  
Búcaros llenos de flores,  
Pájaros en bellas jaulas;  
Un velador de caoba,  
Dos candelabros de plata,  
Un espejo de Florencia  
Y una alfombra veneciana.  
En una lujosa urna,  
Perfectamente tallada,  
Se admira una Dolorosa  
De limpio mármol de Italia;  
Sobre el traspasado pecho  
Tiene las manos cruzadas,  
El manto sobre los hombros,  
Suelto el cabello á la espalda,  
Y el *Dolor de los Dolores*  
En su rostro se retrata.  
Al lado de aquella imágen  
Está una muger sentada;  
Es la madre de Juan Bravo,  
La compasiva Lutgarda  
Que besa amorosa al hijo  
De la hija que idolatra.  
Con seductora sonrisa  
El niño le dá las gracias,

Mira á su segunda madre,  
 Sus pequeñas manos alza  
 Y alegre acaricia el rostro  
 De la generosa anciana.  
 Desde el dintel de la puerta  
 Contempla á su madre Clara  
 Con la sonrisa en los labios  
 Y la expansion en el alma.  
 No es Clara la jóven triste  
 Que contemplamos en Málaga  
 En un oscuro aposento  
 A su suerte abandonada:  
 Hay en sus ojos mas brillo  
 Y en su semblante mas gracia,  
 Son sus mejillas dos rosas,  
 Son de seda sus pestañas  
 Y sus purpurinos labios  
 Causan envidia á la grana.  
 Entre sus graciosos rizos  
 Lleva prendida una dalia,  
 Y sobre el seno de nieve  
 Ostenta una rosa blanca.  
 Cubre sus gallardos hombros  
 Una toquilla bordada,  
 Y entre sus manos sostiene  
 Un abanico de nácar.  
 —Hija, le dice su madre,  
 Cuando sales, ¿por qué tardas?  
 ¿No sabes, dí, vida mia,  
 Que la soledad me espanta?  
 ¡Tanto tiempo he estado sola!  
 He sido tan desgraciada  
 Que un sueño se me figura  
 Que te veo.  
 —Madre del alma,  
 ¡Es tan hermosa la noche!  
 ¡Me gusta tanto esta casa!  
 Cuando el astro de la noche

Sus tibios rayos derrama  
Sobre las nacientes hojas  
De mi querida enramada,  
Cuando el ángel del silencio  
Dice que todo descansa,  
Me gusta salir al campo  
A rezar, á darle gracias  
A Dios, que me ha concedido  
Todo lo que deseaba.  
¡Ay! aleja los pesares  
Esta soledad tan grata.  
Muchas veces á Don Diego  
Le decia que me encantaba  
Este sitio; madre mia,  
¡Qué familia la de Blanca  
Tan generosa, tan buena!...  
—Tienes razon, no soñaba  
Encontrar en este mundo  
Despues de tristezas tantas  
Un hombre tan generoso...  
—¿No es verdad, madre adorada,  
Que es generoso Don Diego?  
—Sí.

—Bien dicen que la cara  
Del hombre de bien, señora,  
Es espejo de su alma.  
Si me ve alegre, se alegra,  
Si me ve triste, se enfada.  
Ayer tarde me decia  
Dándome una rosa blanca:  
«Esta es la flor de los tristes,  
Esta flor me dice, Clara,  
Que ya la muerte me acecha,  
Que ya el sepulcro me aguarda.»  
Madre mia, me hicieron daño  
Aquellas tristes palabras;  
Solté la flor bruscamente  
Y derramando una lágrima

Así le dije: «Don Diego,  
 ¿Por qué de ese modo habla?  
 ¿Por qué aborrece la vida  
 Y á la dura muerte llama?  
 ¿Para usted no hay ya consuelos?  
 ¿No existe en el mundo nada  
 Que dé á su pesar alivio  
 Y mitigue su desgracia?  
 ¡Ay, si á costa de mi vida  
 Pudiera yo remediarla,  
 Daria la vida gustosa  
 Por evitarle una lágrima!»  
 Así le dije, él entonces  
 Lanzándome una mirada  
 De cariño indefinible,  
 Me respondió: «Tus palabras  
 Mi grave dolor alivian...  
 Que Dios te lo premie Clara.»  
 Despues tomando mi brazo  
 Nos alejamos de casa,  
 Anduvimos por el valle,  
 Me habló de Juan y de Blanca,  
 Y me dijo que era bueno  
 Mi hermano, que se alegraba  
 De que Lorenzo supiese  
 Que Juan con delirio ama  
 A su hija, y que la jóven  
 Tambien á Juan idolatra.  
 Cuando yo, madre querida,  
 Con anhelo la esperaba,  
 Cuando me decia la alondra  
 Cantándome en mi ventana,  
 Despierta, Clara, despierta,  
 Que pronto benigna el alba  
 Las tinieblas de la noche  
 Disipará con luz clara.  
 Cuando con golpes pausados  
 Llamaba á mi puerta Blanca,

En el banco en que Lorenzo  
Sentado con su hijo habla,  
Con cariño y con paciencia  
Don Diego nos aguardaba.  
Muchas veces nos decia:  
«Antes que la aurora nazca,  
Es preciso que salgamos.»  
Despues mi brazo tomaba  
Y decia con dulce acento  
Mirando al cielo con calma:  
«¡Cuán grande es la Providencia!  
¡Qué magnífica mañana!  
La alondra saluda al dia,  
El ruisenior la acompaña,  
El verde y risueño valle  
Ostenta las flores gratas  
Con que el Dios Omnipotente  
A su creacion engalana.  
Al autor de lo creado,  
Niñas, rindámosle gracias.»  
Blanca y yo nos dirijimos  
A una sierra solitaria,  
Y en actitud religiosa  
Orábamos en voz baja.  
¡Ah, qué gozo! madre mia,  
La aurora nos encontraba  
En la sierra de rodillas  
Murmurando una plegaria.  
Despues de estas oraciones  
Que dejan tranquila el alma  
Nos íbamos de paseo:  
Don Diego me preguntaba  
Si era feliz, si queria  
Vivir con usted en Málaga.  
Yo le respondia: «Don Diego,  
Yo obedezco lo que manda,  
Viviré donde usted quiera.»  
Entonces me decia Blanca:

«¿Conque quieres alejarte  
 De mi lado? eres ingrata  
 A mi cariño, yo siempre  
 He sido tan desgraciada!...»  
 Don Diego se sonreía,  
 Y un buen rato me miraba,  
 Blanca marchaba delante  
 Y Don Diego que la amaba  
 Con entrañable cariño,  
 A su lado se acercaba  
 Diciéndole: «Te prometo  
 Que de aquí no se irá Clara.»  
 «Señor, me hace usted dichosa  
 Le decia mi amiga, gracias.»  
 Por el valle caminábamos,  
 Yo cada vez que escuchaba  
 Sonar las ruedas de un coche  
 «¡Ahí está ya! le decia á Blanca,  
 ¡Ahí está mi madre! ¡Qué dicha!  
 Voy en seguida á abrazarla.»  
 Y despues á grandes pasos  
 Por una pradera ancha  
 Que dá salida al camino  
 De Velez, me adelantaba,  
 El coche seguía corriendo...  
 Y yo perdía la esperanza.  
 «No es mi madre, ya no viene...  
 Jesus, qué ausencia tan larga.»  
 «Pronto vendrá, vida mia,  
 Don Diego me contestaba,  
 No es tiempo, yo te aseguro  
 Que estarán aquí mañana.»  
 «Dios lo oiga» le decia,  
 Y entonces añadía Blanca:  
 «Vamos á comprar las flores  
 A Luisa la aldeana.»  
 La pobre estará esperando...  
 Es tarde, el sol se adelanta...

Le hablaré á usted de Luisa  
Aunque se altere mi calma.  
¡Ay! si viera usted señora  
Que linda es esa zagala!  
Tiene los ojos mas negros  
Que una noche de borrasca,  
Tiene una voz que fascina,  
Y una sonrisa que encanta.  
Muy niña perdió á sus padres  
Y vivia con una anciana  
Que brindándole cariño  
Furiosa la maltrataba;  
Una señora muy bella,  
Como nosotras prendada  
Del carácter de Luisa,  
De su inocencia y sus gracias,  
Diariamente con largueza,  
Sé yo que le regalaba  
Un canastillo con flores  
Al primer rayo del alba.  
Ella las flores vendia  
Y la pobre se amparaba  
Con el pequeño salario  
De las flores: ¡qué desgracia  
Es no tener una madre  
En este valle de lágrimas!  
Apenas supo su historia  
Fué Don Diego á consolarla,  
Y la niña dijo un dia  
Con balbucientes palabras;  
«Esa muger sin descanso  
Con tal dureza me trata  
Que la pena me consume  
Y ya las fuerzas me faltan.  
Cuando no vendo las flores  
Que me dan por la mañana,  
Con ronca voz me maldice  
Y me niega el pan y el agua:

Si me peino, me despeina,  
 Si alegre canto, ella rabia,  
 Si salgo al campo, me sigue,  
 Si le hablo, no me habla,  
 Si la acaricio, me azota,  
 Si la abrazo, me rechaza,  
 Y cuando lloro, se rie,  
 Y cuando rezo, ella canta:  
 Señores, bien sabe el cielo  
 Que no puedo soportarla.»  
 La escuchábamos llorando,  
 Don Diego la contemplaba  
 Y un día le dijo: «Hija mia,  
 Vamos á ver á esa anciana  
 Que hasta el sustento te niega,  
 Y de ese modo te trata.»  
 Tembló la niña un instante  
 Al oír estas palabras,  
 Triste á Don Diego detuvo  
 Y ví que se puso pálida.  
 «No, caballero, le imploro  
 Que no se llegue á mi casa.  
 Si la Brígida supiera  
 Que yo sus cosas contaba,  
 Triste de mí, yo no quiero  
 Que ella nunca sepa nada.»  
 «Infeliz, dijo Don Diego,  
 La Providencia me encarga  
 Que vele por esta niña...  
 ¡Si yo pudiera salvarla  
 De esa muger que la ofende!...  
 Es ya necesario, Blanca,  
 Que pensemos de qué modo  
 Esta inocente se salva.»  
 Desde entonces la buscamos  
 Apenas la aurora raya,  
 Y Don Diego la protege,  
 La consuela en su desgracia,

Con sus consejos la educa,  
Tanto la niña lo ama  
Que todos los días lo espera  
Sobre una peña sentada.  
Supimos después que un hombre  
Le dió atrevido una carta;  
Un día nos dijo Don Diego:  
«Temo que esa niña cándida,  
Del que la persigue escuche  
Las venenosas palabras,  
Y abuse de su inocencia...»  
Recuerdo que una mañana  
Tenía en el cesto una rosa  
Tan fresca y tan encarnada  
Que yo me prendé de ella;  
Quise en seguida comprársela  
Y me dijo: «No la vendo,  
Que la tengo reservada  
Para el hombre que me sigue  
Y me dice que me ama.»  
La oyó intranquilo Don Diego  
Y le dijo estas palabras:  
«Mal hecho, mal hecho, niña,  
Las flores no se regalan,  
Que se van tras esas flores  
Las puras flores del alma.  
No escuches de las lisonjas  
Las cultas frases que pasan  
Sonando por tus oídos  
Como una música grata.  
El mundo dá un desengaño  
Por una ilusión dorada,  
Y el desengaño alevoso  
Detrás de la dicha marcha.  
Sí, niña, cuando se pierden  
Esas ilusiones plácidas,  
Queda el corazón herido  
Y en los tristes ojos lágrimas.

¡Oh, sigue siempre los pasos  
De la virtud noble y casta,  
Con la virtud no le temas  
Del vicio á las acechanzas!»  
La niña bajó los ojos  
Poniéndose colorada,  
Me dió temblando la rosa  
Y dió á Don Diego las gracias.  
No quiso decir el nombre  
Del hombre que con constancia  
Su proteccion le ofrecia  
Y su amor le reclamaba.  
Yo, madre mia, no he olvidado  
Las reflexiones tan sábias  
Que el noble marqués le hizo  
A aquella linda zagala,  
Y todavia las conservo  
En mi memoria grabadas.  
Al dia siguiente seguimos  
La misma ruta, y no estaba  
En el sitio de costumbre  
La candorosa aldeana.  
Muchas veces á mi hijo  
Colmó de caricias tantas,  
Que el niño la conocia  
Y se sonreia al mirarla.  
Con el cariño tan tierno  
Que á mi hijo profesaba,  
Se captó mis simpatias  
Y el afecto de mi alma,  
Que las buenas madres quieren  
A los que á sus hijos aman.  
Volvimos al otro dia,  
Tampoco en su sitio estaba:  
Don Diego se puso triste,  
Y entonces nos dijo Blanca:  
«Vamos, seguidme al instante,  
Voy á llegarme á su casa,

Voy á preguntar por ella.  
Vamos, pues, sígueme Clara.»  
Atravesamos el valle  
Y al pié de una loma alta  
Encontramos una choza.  
Vimos la puerta cerrada,  
Llamamos con récios golpes  
Y nadie nos contestaba.  
Llamó Don Diego con fuerza...  
A la jóven llamó Blanca...  
Viendo que no respondian  
Don Diego empujó con ansia  
La puerta que era muy fuerte  
Y fué diligencia vana.  
Es indecible la angustia  
Que se apoderó del alma  
De Don Diego: yo sufría,  
Trémula contemplé á Blanca.  
Al cabo nos convencimos  
Que no habia nadie en la casa.  
Volvimos de nuevo al valle  
Y á un anciano que labraba  
La tierra, le preguntamos  
Si habia visto á la aldeana  
Que vendia sus frescas flores  
Al tibio rayo del alba.  
«¿Es una niña muy hermosa  
Que viene por las mañanas  
Y espera á ese caballero  
Sobre una piedra sentada?»  
«La misma, le contestamos.»  
«Ayer no la ví y me extraña  
No haberla visto hoy tampoco!...  
Veo cuando ustedes se marchan  
Que un hombre se le aproxima  
Embozado en una capa,  
Esté á su lado se sienta,  
Con ella rendido habla,

Despues se aleja la niña  
Y ese hombre la acompaña...  
Esto es todo lo que he visto.  
¿Habeis estado en su casa?»  
«Si señor, hemos llamado,  
Viendo que no contestaban  
Hemos vuelto » «Yo conozco  
A tia Brígida y me espanta  
No haberla visto ayer tarde  
Al marcharme á mi morada,  
Nos dijo el anciano, ahora  
Vamos juntos á buscarla,  
Que yo tambien me intereso  
Por esa pobre aldeana.»  
Dijo dejando el trabajo  
El labrador, cojió un hacha  
Y delante de nosotras  
Rápido se adelantaba.  
Volvimos, pues, á la choza  
Y llamó á la puerta Blanca.  
El labrador le dió un golpe  
Terrible á la puerta, salta  
La cerradura al instante  
Hecha pedazos, con ansia  
Entramos todos, señora...  
¡Ay qué horror, madre del alma!  
Apenas se abrió la puerta  
Alumbró la aurora clara  
El interior de la choza,  
Y sobre un banco amarrada,  
Con una venda en los ojos  
Y en la boca una mordaza,  
Pálida como la muerte  
Contemplamos á una anciana.  
Yo dí un grito penetrante,  
Se arrojó á mis brazos Blanca,  
Le juro á usté, madre mia,  
Que quedamos aterradas.

El labrador y Don Diego  
 La cercan, la desamarran,  
 Uno el pañuelo le quita,  
 Otra la venda le arranca...  
 El buen Don Diego confuso  
 Le rocia el rostro con agua,  
 Y la muger permanece  
 Inmóvil como una estatua.  
 ¡Madre, qué escena tan triste!...  
 —¡Dios Santo! dijo Lutgarda  
 Interrumpiendo á su hija,  
 ¿Estaria muerta la anciana?  
 ¿Y Luisa? ¿No fué ella  
 La que causó esa desgracia?  
 —El labrador, madre mia,  
 Fué por un médico...

—Vaya...

¿Se salvó la muger?

—Vive,

Pero señora no habla...

—¿Y Luisa?

—No sabemos

En donde se oculta...

—¡Acaba!...

—Cuando vimos sobre el banco  
 Tendida á la pobre anciana  
 Sin dar señales de vida,  
 Nos alejamos yo y Blanca,  
 Porque aquella triste escena  
 En verdad, nos afectaba.  
 Le contamos á Lorenzo  
 Cuando volvimos á casa  
 Todo lo ocurrido...

—Hija,

¿Y qué ha sido de la anciana?

—Cuando vimos á Don Diego

Por ella preguntó Blanca

Y nos dijo: La han llevado

Hoy á un hospital de Málaga.  
Si acaso se restablece  
Será un milagro»...

—¡Qué infamia!

¿Y quién la amarró?...

—Se ignora;

La triste ha perdido el habla.

—¿Qué habrá sido de Luisa?

Preguntó ansiosa Lutgarda.

—Cuando alguno le pregunta

Por ella al marqués, se enfada,

No quiere que se le hable

De ese suceso, se marcha

Cuando hacemos comentarios

Sobre él...

—Te pido, Clara,

Que sus mandatos respetes...

No hables mas de esa zagala

En presencia de Don Diego...

—Así se lo he dicho á Blanca

Y así lo haré, madre mia...

Pero, me lastima el alma

Que tanto al marqués preocupe

La suerte de esa muchacha...

—Hija, el marqués es un hombre

Que lamenta la desgracia

Donde la encuentra, ¡es tan bueno!...

—¿Se acuerda usted, madre amada,

Cuando usted llegó de Velez

Lo que le dijo?

—Sí, Clara,

Yo no olvidaré en mi vida

Estas sencillas palabras...

«Acérquese usted, señora,

No se aflija, deseaba

Ofrecerle mis respetos,

Su hija aquí tiene una casa,

Y en mí encontrará el cariño

De un padre.» Juan me miraba,  
 Despues me ofreció Lorenzo  
 Su amistad, me abrazó Blanca  
 Y Maria alegre me dijo:  
 «En mí tiene usted una hermana.»  
 Hija, ¡qué gente tan noble!  
 ¡Ay, qué familia tan santa!  
 —¿Se puede entrar?

—Sí, tío Paco.

—Muy buenas noches, Lutgarda.  
 ¡Señor, qué milagro es este  
 Que está aquí la niña, vaya...  
 Pues hombre será preciso  
 Que repiquen las campanas...  
 —¡Qué buen humor, señor Paco,  
 En esta tierra se gasta!...  
 —¿Y mi hijo Juan?

—Ayer tarde

Tuvimos unas palabras  
 Y desde ayer no lo veo...  
 —¿Ustedes riñen?

—¿Qué pasa?

—Que me tiene *mareao*...  
 Su amor es una matraca.  
 Los primeros buenos dias  
 Que me dá por la mañana  
 Es decirme: «seño Paco,  
 ¿No se limpia usted esa cara?  
 ¿No se corta usted esas uñas?  
 ¿No se pone usted esa faja?  
 Límpiase usted esa chaqueta,  
 Póngase usted una corbata,  
 Arréglese usted ese pelo,  
 Aféitese usted esa barba.  
 Me vá á decir la familia  
 Si lo vé con esa facha,  
 Que parece usted un Don Judas  
 Vestido con telarañas.»

Cuando no me dice esto,  
 Me dice: «Tío Paco, Blanca  
 Es la muger mas hermosa  
 Que ha visto la gente humana.»  
 Y me cuenta que lo mira,  
 Que se sonrie, que le habla,  
 Me dice que si su padre  
 Le pone muy mala cara,  
 Y me aturde, y me marea  
 Y me chilla, y me sonsaca.  
 Me deja Juan, voy hablarle  
 A algun amigo y me para,  
 Y me refiere la historia  
 De una tal Luisa ó Mengana.  
 Me han contado treinta veces  
 La historia de esa muchacha  
 Que vendia flores, señora,  
 Esto aburre...

—¡Qué ignorancia!

Vamos á ver, señó Paco,  
 Si tiene usted mas cachaza,  
 ¿No quiere usted que se aflija  
 Con eso la gente honrada?  
 Una niña tan hermosa...  
 —Por Dios, señorita Clara...  
 ¿Esas cosas no suceden  
 Diez veces en la semana?  
 Vamos á ver, ¿qué ha pasado?  
 Sepamos ¿de qué se trata?  
 De una niña que *camela*  
 Vivir alegre, á sus anchas...  
 A esta niña la recoje  
 Una vieja y la maltrata  
 Y le sacude la ropa  
 Con tino y con una vara.  
 Con semejante apaleo  
 Se *repucha* la muchacha,  
 Le coje la vé á la vieja,

Y le pone una mordaza  
 Y la tiende sobre un banco:  
 Coje un cordel y la amarra,  
 Y le dice: «Madre abuela,  
 Aprenda usted á tener lacha.»  
 Coge el pañuelo é los mocos  
 Y se despide y se larga...  
 ¿No es esta toda la historia?  
 ¡Pues entonces! ¿por qué causa  
 Se asusta la gente y chilla?...  
 —Porque esa niña es muy guapa  
 Y tal vez un hombre infame  
 La seduzca...

—¿Si? ya escampa...

Como ella sea de ley,  
 No hay de qué...

—Cállate, Clara...

Son las siete, ya Don Diego  
 Estará esperando...

—Tarda

Su hijo Juan, yo me retiro  
 A dormir. Señá Lutgarda,  
 Que pase usted buenas noches,  
 Dios la guarde á usted, sentrañas.

—Vaya usted con Dios, tío Paco,  
 Sonriendo dijo Clara,

Voy á ver si el marqués viene...

—Yo voy á rezar, no salgas...

—No me alejo de la puerta.

—Bien, hija, dijo Lutgarda.

Tío Paco entró en su aposento,

Empezó á rezar la anciana

Y en extremo pensativa

Se sentó en la puerta Clara.

Está sentado Lorenzo  
 A la sombra de la parra,  
 Y á su lado está Narciso  
 Mirando una rosa blanca  
 Que sostiene entre sus manos.  
 Piensa el padre, el hijo calla,  
 Y trascurrido un instante,  
 Lorenzo la frente alza  
 Y al jóven sereno mira  
 Y le dice estas palabras:  
 —Sí, Narciso, lo he pensado  
 Con madurez, no me engaña  
 Mi juicio, Juan es bueno...  
 Creo que á mi hija idolatra...  
 —Padre, me consta, Juan Bravo  
 Sé yo que adora á mi hermana.  
 —Vas á hablarme francamente...  
 Tú tambien quieres á Clara...  
 —¡Padre! ¿yo?

—No me lo ocultes...

Mintieras si lo ocultaras.  
 Lo sé, Narciso, no ignoro  
 Que tú con tu amor batallas.  
 Yo apruebo tu amor, yo quiero  
 Que seas feliz, ¿por qué bajas  
 Los ojos tristes? ¿qué temes?  
 ¿Por qué sufres? ¿por qué callas?  
 A un padre no se le ocultan  
 Las penas, Narciso, habla...  
 Te lo exijo.

—Padre amado,

Es verdad, yo quiero á Clara...

Su hermosura me cautiva,

Me cautiva su desgracia,

Tiene un corazon piadoso,

Y sobre todo me encanta

Su sencillez, su inocencia...

—¿Tú estás cierto que la amas?...

—Padre, despues del cariño

Que le profeso á mi hermana,

Despues de quererlo, padre,

Como á Maria...

—Bien, me agrada

Tu esplicacion: ¿tú le has dicho

A esa jóven que la amas?

—Mis labios, señor, mis lábios

No le han dicho una palabra;

Pero si espresan los ojos

Los sentimientos del alma

Ya debe saberlo ella...

—¿Tú le has revelado á Blanca

Tan puro amor?

—Padre mio,

Sí, ya lo sabe mi hermana.

Yo sé que esa hermosa jóven

Fué por un vil engañada,

Sé que el arrepentimiento

La hace digna de mi gracia,

He notado que no besa

Al hijo de sus entrañas

Sin exhalar un suspiro,

Sin derramar una lágrima.

He oido que muchas veces

Le ha dicho llorando á Blanca:

«No tiene un nombre mi hijo,

Y este pesar me anonada.»

He sabido que modesta

No quiso aceptar la casa

Que Don Diego le ofrecia

En la alameda de Málaga...  
 Todo esto, padre mio,  
 Y el cariño que á mi hermana  
 Le profesa, cautivarøn  
 Mi atencion. Yo la admiraba,  
 Despues, señor, sentí un fuego  
 Que desconocia mi alma.  
 Cuando no la ven mis ojos  
 La tristeza me acompaña,  
 Y cuando la veo se alegra  
 Mi corazon...

—Tú la amas,  
 Ya lo comprendo, Narciso...  
 —Ayer me decia Lutgarda  
 Con triste acento: «¡Mi hija  
 Ha sido tan desgraciada!...  
 Cuando me llame la muerte  
 ¿Quién cuidará de mi Clara?  
 ¿Quién velará por su hijo  
 Cuando sea mayor?» ví á Blanca  
 Ponerse triste, yo entonces  
 Iba á tomar la palabra  
 Y á decirle: No se aflija,  
 Enjague pronto esas lágrimas,  
 Que si un hombre miserable  
 Abusó de su ignorancia,  
 Yo la llamaré mi esposa  
 Y yo la haré afortunada.  
 —Ven á mis brazos, Narciso,  
 Tus sentimientos me encantan...  
 Yo soy feliz, sí, yo apruebo  
 Tu noble accion, será Clara  
 Pronto tu esposa, á su madre  
 Iré á pedirle con Blanca  
 Su mano, te lo prometo...  
 —Deje usted padre del alma  
 Que lo abrace.

—Sí, hijo mio,

—Padre, Don Diego me llama...  
Hasta despues.

—Vuelve presto,

Dijo Lorenzo con pausa,  
Y alegre el jóven penetra  
Muy satisfecho en su casa.

—Permita ustedé que le bese,  
Señor Lorenzo, las plantas,  
Dijo saliendo Juan Bravo  
Que con placer escuchaba  
Oculto trás de un asiento  
Del buen Lorenzo la plática.

—¡Juan! ¿qué es esto?

—Que yo he oido

Lo que de decirle acaba  
A Narciso... que estoy loco...  
¡Qué esta ventura me mata!...

—¡Pobre Juan, vamos, no llores...

—De gozo son estas lágrimas...

Yo no puedo remediarlo

Por los ojos se me escapan...

Si un hombre como yo llora

¡Qué no sentirá su alma!

—Jóven generoso, escucha...

—Señor Lorenzo!...

—Levanta...

—No, no, yo quiero decirle

Todo lo que siento...

—Vaya,

Siéntate á mi lado, hombre...

—¿Me escucha ustedé?

—Vamos, habla.

—Yo quisiera ser un sabio

Para buscar las palabras

Que expresasen mis ideas

Muy terminantes y claras.

¡Ay, Lorenzo, ustedé no sabe

Lo que yo quiero á mi hermana!

¡Usted no sabe tampoco  
 Lo que sentí su desgracia,  
 Y lo que odié en esta vida  
 Al hombre que la engañara!  
 Yo siempre fui un hombre honrado...  
 Escuche usted, adoro á Blanca  
 Y esto, señor, se lo digo  
 Porque sé que ella me ama.  
 Yo haré en el mundo, Lorenzo,  
 Lo que á usted le dé la gana.  
 Por Dios, por Dios, no se enfade...  
 Usted verá mi constancia,  
 Yo trabajaré aquí mucho...  
 Si duda de mis palabras,  
 Exijame usted una prueba,  
 Cuatro ó seis ¿qué se yó cuantas?...  
 Yo quiero velar su sueño,  
 Y defender esas canas  
 Toda mi vida... Yo imploro  
 Ser de su familia...

—Basta...

¿Tú sabes perfectamente  
 Si tu amor acepta Blanca?  
 —Sí, sí, ella me lo ha dicho.  
 —¿Te lo ha dicho? ¿No te engañas?  
 —No, padre, no se ha engañado...  
 Yo lo amo y él me ama,  
 Exclamó con dulce acento  
 Y resueltamente Blanca,  
 Presentándose de pronto  
 Entre los dos... Juan se alza  
 De su asiento con presteza,  
 Se sonrie Lorenzo y calla.  
 —¿Lo ve usted? dice Juan Bravo,  
 Ay, bendita sea su alma!  
 —Díme, niña, tú has oido  
 Lo que hablábamos?...

—Yo estaba

Allá dentro con mi madre...  
 Salí á esperar á Lutgarda  
 Y oí á Juan que le decia  
 Que me quiere.

—Sí, sentrañas,

Yo la adoro ..

—Padre mio,

Cuando Dios une dos almas  
 En una sola, no existe  
 Quien se atreva á separarlas.

—Diga usted, señor Lorenzo,  
 ¿Matará usted mi esperanza?  
 Usted ha ofrecido á Narciso  
 Que se casará con Clara...

—Yo he aprobado su amor puro,  
 Pero no sé si tu hermana  
 Acepta su amor...

—Lo acepta,

Me lo ha dicho, dijo Blanca.  
 De los ojos de Lorenzo  
 Se desprendieron dos lágrimas  
 De gozo; miró á su hija,  
 Y le dijo alegre:

—Marcha

Y llama á Maria, la espero...  
 Entró la jóven en casa  
 Y le dirijió á Juan Bravo  
 Una inefable mirada.  
 El padre mira al mancebo  
 Que conmovido se halla.  
 —Lorenzo...

—Mi hermano viene...

—Don Diego...

—Juan! ¿me acompaña?

—Con mucho gusto...

—Lorenzo,

Voy por el valle, me agrada  
 La soledad.

—Vamos juntos,  
Tambien la noche me encanta.  
Tomó el brazo de Don Diego  
Juan Bravo, Lorenzo marcha  
En extremo pensativo  
Delante, Juan se retrasa  
Y al marqués le dice:

—Quiero  
Hablarle hoy mismo... —¿Qué aguardas?  
—Señor, usted es muy noble,  
Y virtuoso...

—¿No acabas?  
—Don Diego, voy á ser franco,  
Don Diego yo adoro á Blanca...  
—Ya lo sé.

—Y ella me quiere.  
—Lo sé, lo sé...

—Quiere á Clara  
Narciso...

—Me place, hombre...  
—Quiere á Narciso mi hermana...  
—¿Y eso lo sabe Lorenzo?  
—Si, señor.

—¿Qué ha dicho?  
—Calla...

¡Ay, Don Diego, es necesario  
Que usted lo ablande...

—¿Y Lutgarda  
Lo sabe tambien?

—La pobre  
No cree tanta dicha...

—Calma,  
Que yo lo arreglaré todo...

—Bien, Don Diego, muchas gracias.  
—¡Lorenzo!

—¿Qué quieres, Diego?  
—¿Has oído?...

—Sí...

—Pues anda,

Contéstale á este muchacho  
Que en amor puro se abrasa,  
Que será feliz, lo exigen  
Dos jóvenes que se aman.

—Querido Diego, me place  
Tanto amor y virtud tanta,  
Yo quiero á Juan y no ignoro  
Que Narciso adora á Clara.

—Yo haré feliz á Narciso...

—Y yo haré dichosa á Blanca,  
Dijo á Don Diego Lorenzo.  
Juan los escucha y se agarra  
Del brazo del noble anciano  
Convulso.

—Yo no esperaba  
Que usted, Don Diego, me hiciese  
Tanto favor.

—Ya á Lutgarda

Se le acabaron las penas.  
—¡Ay madre mia de mi alma!  
Temo que el gozo la mate  
Cuando sepa que se casan  
Mi pobre Clara y Narciso.  
Juan Bravo á Don Diego abraza,  
Besa la mano á Lorenzo  
Que derramando una lágrima,  
A la orilla del arroyo  
Donde las jóvenes hablan  
De sus amores, se sienta.  
Despues Don Diego con pausa  
Se sienta junto á su hermano  
Y Juan Bravo se adelanta  
Y á la izquierda de Lorenzo  
Se coloca; todos callan,  
Y despues de un breve instante  
Lorenzo la frente alza

Y con acento solemne  
Al Bravo que lo escuchaba  
Con atencion, le dirige  
El buen padre la palabra.  
—Oye, Juan, hay en la vida  
Ensueños que nos encantan,  
Ambiciones que enloquecen,  
Placer fugaz que nos mata,  
Ilusiones que fascinan,  
Amor que rápido pasa  
Porque airados lo destruyen  
Los devaneos de la infancia.  
En la alegre edad primera  
El jóven corazon ama,  
La ilusion le dá su encanto,  
La religion su fé santa,  
La virtud sus pensamientos,  
La niñez sus ricas galas,  
La juventud su alegría,  
Amor sus pasiones castas,  
El pudor su blanco velo,  
Y sus sueños la esperanza.  
Despues viene el desengaño  
Y llena de hiel su alma,  
Y los celos lo rodean  
Y le punzan con sus dagas,  
El interés lo persigue,  
Y la calumnia lo llama,  
Y la envidia lo seduce,  
Y la adulacion bastarda  
A los vicios se lo entregan  
Y el desencanto lo mata.  
Tú eres jóven, de tu vida  
Recorres la senda grata,  
Y el amor con puro fuego  
Tu corazon noble inflama.  
Pues ese amor generoso  
Que disipa nuestra calma,

Que nos llena de ventura  
Y protege la esperanza,  
Con el amor comparado  
Que á los hijos se consagra,  
Es un amor bien pequeño,  
Como este amor ya no hay nada  
Mas grande en la tierra, él tiene  
Por trono en el pecho el alma.  
Yo quiero tanto á mi hija  
Que te juro que dudaba  
Que hubiese un hombre en el mundo  
Que cual la amo, la amara.  
Ella es generosa y buena,  
Amable, prudente, cándida,  
Es pura como la rosa  
Al primer beso del aura.  
El amor por vez primera  
Se oculta en su pecho, y ama  
Con ese amor que fascina  
Y que inmortaliza el alma.  
Al concederte su mano  
Te entrego, Juan, mi esperanza,  
El encanto de mi vida,  
El consuelo de mis canas,  
El arcángel de mis sueños,  
La delicia de mi casa,  
El espejo de mis ojos,  
La aurora de mi mañana.  
Júrame, Juan, por el cielo,  
Que no la harás desgraciada.  
Apiádate de mi llanto  
Que son benditas las lágrimas  
Que por el bien de sus hijos  
Un padre honrado derrama.  
Esto dice el buen Lorenzo  
Con balbucientes palabras,  
Y entre sus trémulas manos  
Oculta la frente y calla.

Don Diego al amante mira  
Y Juan Bravo se levanta  
Y con el llanto en los ojos  
Al padre rápido abraza,  
Y entre sollozos le dice:  
—Basta, Lorenzo, sí, basta...  
Lorenzo, señor Lorenzo,  
Me está usted partiendo el alma  
Con esa duda, ¿es posible  
Que tenga desconfianza  
De mi cariño? soy hombre  
Que sé cumplir mis palabras.  
Me exige usted un juramento  
Y complacerlo me agrada:  
Por la gloria de mi padre  
Y por su memoria santa,  
Por mi salvacion eterna,  
Y la dicha de Lutgarda  
Le juro que si algun dia  
Contempla muy triste á Blanca  
Y ella llorando le dice  
Que soy de su mal la causa,  
Si duda de mi cariño  
Y duda de mi constancia,  
Si de mi honradez se duda  
Quiero que un rayo me parta...  
Máteme usted, que la vida  
Sin su amor no me hace falta.  
—Te creo, Juan, sí, yo te creo!  
Sé que sientes lo que hablas,  
Eres digno de mi hija  
Como es de tí digna Blanca.  
Ya soy viejo; en este mundo  
No tengo mas esperanzas  
Que mi muger y mis hijos...  
Sin ellos todo me falta.  
Pero tú la harás dichosa,  
Yo tengo en tí confianza,

Dice Lorenzo y se acerca  
 Al mozo que lo escuchaba  
 Con emocion infinita  
 Y Lorenzo y Juan se abrazan.  
 Don Diego pausadamente  
 De su asiento se levanta  
 Y á los dos tiende sus brazos  
 Diciendo:

—No me engañaba  
 Cuando dije que este mozo  
 Era digno de esta gracia,  
 Sienten pasos, Juan contento  
 De Lorenzo se adelanta  
 Y vé á la amable Maria  
 Que se dirige con Blanca  
 Hácia el marqués:

—¡Están juntos!  
 Don Diego ¿de qué se trata?  
 —De tí hablamos, vida mia.  
 —¿De mí, padre mio? ¿Qué pasa?  
 —Niña, á tu futuro esposo  
 Tienes aquí. Bajó Blanca  
 La vista tímidamente  
 Y poniéndose encarnada  
 Se acercó al marqués convulsa  
 Y le dijo:

—¿No me engaña?  
 ¿Es verdad? vamos Don Diego...  
 —Sí, es verdad!

—Hable en voz baja.  
 —Contesta, niña, ¿tú dudas  
 Acaso de mis palabras?  
 —Yo dudo de tanta dicha...  
 —Haces mal, tu padre acaba  
 De concederle tu mano...  
 —Voy á decírselo á Clara.  
 —Debes hablar con Lorenzo  
 Antes de decirle nada

De lo que ocurre á tu amiga.

—Diego, ¿qué te dice Blanca?

—Que eres el padre mas noble  
Que existe en el mundo.

—Gracias,

Y ella la jóven mas linda  
Que nació en la noble Málaga.

—El cariño de mi padre

La belleza me regala

Que no poseo.

—¡Qué modestia!

Eso, vida mia, me agrada.

—No sabe, usted padre mio,

Lo que su hija le ama.

—Lo sé, vida mia.

—Señora,

Dijo Juan Bravo á la anciana,

Para espresar lo que siento

Voz y elocuencia me faltan.

La alegre Maria se acerca

A Juan, y su mano agarra

Y la estrecha con ternura.

—Escúchame, esposa amada,

Dijo Lorenzo á Maria,

Hace tiempo deseaba

Hacer feliz á mis hijos.

La triste vida no es larga,

Y los buenos padres tienen

Obligaciones sagradas

Que cumplir, sé que Juan Bravo

A nuestra hija idolatra

Con ese amor verdadero

Que abrigan las nobles almas.

Yo sé que á tanto cariño

Digna corresponde Blanca,

Narciso me ha confesado

Que arde en amores por Clara,

Y yo su amor digno apruebo...

—Yo tambien quiero á Lutgarda  
 Porque es buena y generosa,  
 Y la quiero porque ama  
 Con idolatria á sus hijos.

La triste madre lloraba  
 Sin consuelo noche y dia  
 De su hija la desgracia.

Narciso es bueno y honrado,  
 Y es humilde y buena Clara  
 Serán dichosos. ¡Dios mio!

Rendida te doy las gracias!  
 Esposo amado, tú has hecho  
 La felicidad de Blanca,

Porque Juan Bravo la adora...

—Madre mia, vuélvome á casa,  
 Que ya me espera Narciso.

Tenemos que hablar de Clara.

—¿Habla Narciso de ella  
 Contigo?

—Sí, no se cansa  
 De ponderar su hermosura...

Mi amiga tambien me habla  
 De mi hermano.

—¿Qué te dice?

—Me confiesa que le agrada,  
 Yo le digo que él la quiere,

Y ella con desconfianza  
 Mueve triste la cabeza,

Me dice que es desgraciada  
 Y dice: «Yo no soy digna  
 De Narciso...»

—¡Pobre Clara!

Vamos, Diego, que ya es tarde...  
 Vamos á ver á Lutgarda.

—Vamos, pues.  
 —Esposa mia,

Puedes volverte con Blanca.  
 —¿Me permite ustedé, Lorenzo,

Que las acompañe?

—Vaya,

Sí, Juan, volveremos pronto,

Puedes esperar en casa.

—Hasta despues, padre mio.

—A Dios, hija de mi alma.

El buen Lorenzo y su hermano

Por el valle se adelantan,

La amable y buena Maria

Toma la mano de Blanca

Y Juan Bravo con respeto

Le ofrece el brazo á la anciana

Qué le dice:

—Dios ha oido

Mis fervorosas plegarias...

A usted le toca Juan Bravo

Pues que tanto á mi hija ama

Hacerla feliz.

—Señora,

Le juro que deseara

Que Dios hubiese dispuesto

Que fuese un espejo el alma:

Entonces se conociera

El puro amor y la infamia.

Yo sé muy bien que la adoro,

Tengo en mi amor confianza,

Yo gozo cuando ella rie,

Lloro, si vierte ella lágrimas,

Cuando se alegra, me alegro

Y canto cuando ella canta.

De noche sueño con ella,

La veo en el fondo del agua

Cuando el arroyo contemplo.

Me callo, cuando ella habla

Por no perder el sonido

Mágico de sus palabras.

Cuando la espero en el valle

Me pongo triste si tarda,

Cuando viene lo adivino,  
 Si se rie me roba el alma...  
 Si esto es amor, yo la quiero,  
 Despues de muerto la amara.  
 La promesa de Juan Bravo  
 Escuchó alegre la anciana  
 Y los ojos del amante  
 Se encuentran con los de Blanca.  
 ¿Quién á adivinar se atreve  
 Lo que dice esa mirada?  
 La hermosa jóven bendice  
 Al fiel amante en voz baja,  
 Y la madre satisfecha  
 Le dice á Juan:

—Yo á Lutgarda

Cuando la estreché en mis brazos  
 Le dije: «Como á una hermana  
 Debe tratarme;» hoy al verla  
 Le diré: «Hay en mi alma  
 Un acento que me grita,  
 Adora al que tu hija ama,  
 Como una segunda madre.  
 Juan, mi cariño se capta,  
 Y yo quiero á Juan lo mismo  
 Que á Narciso y á mi Blanca.»  
 Juan Bravo con ligereza  
 Besó la mano á la anciana,  
 Y los tres alegremente  
 Penetraron en la casa  
 De Lorenzo: densa nube  
 La faz de la luna empaña,  
 Deja su nido la alondra,  
 Se posa sobre una rama  
 Y dá á las auras su canto  
 Anunciando la mañana.

## XIX.

### Noche de luna.

Amor partido entre dos  
Es colmo de las venturas  
Y amarse dos almas puras  
Es ver á Dios.

*Milanés.*

Niña, dentro de tu pecho  
Quisiera tener mi casa;  
Tu corazon por alcoba  
Y tus ojos por ventana.

*El autor.*

Rota en el pecho del pesar la nube,  
Las lágrimas que vierten nuestros ojos  
Como triste oracion que al cielo sube  
Endulza de la vida los enojos.

Algunas veces el dolor es tanto  
Cuando perdida la ilusion se llora,  
Que no basta tampoco nuestro llanto  
A endulzar el dolor que nos devora.

Vergel de dichas nos parece el mundo  
Cuando adoramos por la vez primera,  
Y henchido el pecho de placer fecundo  
Cruzamos de la infancia la carrera.

Sentimos del amor las emociones,  
Y en brazos de secreta venturanza  
En un radiante cielo de ilusiones  
Contemplamos el sol de la esperanza.

¿Quién no ha amado una vez? ¿quién en su pecho  
No sintió germinar pasión tan pura  
Y el mundo á su ambición no miró estrecho  
En los brazos de célica hermosura?

¿Quién no ha estado en la noche silenciosa  
Apoyado en los hierros de una reja  
Contemplando á la luna misteriosa  
Y oyendo de su amor la dulce queja?

¿Y quién no ha ido cuando el sol declina  
Al centro de un jardín de gayas flores  
A contemplar la faz pura y divina  
Del ángel tutelar de sus amores?

Amar es el vivir, la dicha es sueño,  
Bello es el mundo en nuestra edad primera.  
¡Triste del hombre que con loco empeño  
Esa dicha ha juzgado duradera!

Es el amor la seductora palma  
Que cubre el corazón á su albedrío,  
Es flor que crece en el vergel del alma  
Siendo las ilusiones su rocío.

Nacarada ilusión que en nuestro sueño  
Nos deja ver un mundo de ventura,  
Y vierte por doquier blando beleño  
Y un eterno placer nos asegura.

Bello fantasma de la edad primera,  
Sentimiento sin nombre, indefinible,  
Rojo sol en perpétua primavera,

Astro de luz en noble bonancible.

Fuego que al alma quema y la engrandece,  
Soplo del Hacedor puro y divino,  
Llama voraz que en nuestro pecho crece  
Y cambia de los hombres el destino.

Hijo de la dulzura y el engaño  
Purpúrea flor de esencias peregrinas,  
¡Ay, que esa flor la agosta el desengaño.  
Y quedan en el alma las espinas!

Todo el poder del hombre se derrumba  
Cuando el terrible desengaño avanza,  
Y el pobre corazon es una tumba  
Donde yace la flor de la esperanza.

El véspero brillante  
La esfera azul recorre,  
Y el astro esplendoroso  
Se oculta trás los montes.  
Forman las blancas nubes  
Vistosos pabellones  
Que tiñen de oro y grana  
Del sol los resplandores.

Pueblan las pardas sombras  
El dilatado bosque,  
Vuelan las auras leves  
En torno de las flores.  
Busca su nido el ave  
Cruzando el horizonte  
Y al rojo sol despiden  
Los dulces ruiseñores.

Alegres los zagales  
Por la llanura corren,  
Y el labrador cansado,  
Con su cestillo pobre,  
Su humilde hogar contempla  
Sentándose en el borde  
De cristalina fuente  
Que calma sus ardores.

Entre las verdes cañas  
Murmurando se esconde  
El límpido arroyuelo

Amado de las flores.  
 En brazos del reposo  
 Deja la tarde al orbe  
 Y augusta se presenta  
 La solitaria noche.

Tiende su régio manto  
 Sobre las altas torres.  
 Las fúlgidas estrellas  
 Con limpios resplandores  
 Reflejan en las aguas  
 Que ofrece el mar salobre  
 A los risueños cármes  
 De los poblados bosques.

Alumbra al fresco valle  
 La luna que depone  
 Con magestad grandiosa  
 Las cumbres de los montes.  
 Las sombras se amedrentan,  
 Se juntan y se esconden  
 Y el céfiro temblando  
 Disipa sus vapores.

Las nubes á su ocaso  
 Retíranse veloces  
 En tanto que la luna  
 La reina de la noche,  
 La amiga del silencio,  
 La bienhechora noble  
 Del fiel enamorado  
 Proteje los amores.

¿Quién á la luna hermosa  
 No dirigió sus voces,  
 Cuando sus tibios rayos  
 Penetran en el bosque?  
 ¿Quién no contó sus penas

Al astro de la noche  
Cuando la inquieta brisa  
Susurra entre las flores?

¿Quién de su amor no escucha  
Los juramentos dobles,  
Cuando la mente sueña  
Con célicas visiones?

¿Quién no acudió á la cita  
De su adorada insomne  
En el silencio grato  
De perfumada noche?

Cuando la luna el cielo  
Pudorosa recorre,  
Cuando los juncos tiemblan  
Y á las dormidas flores  
Vela el céfiro amante;  
La bella Blanca entonces  
Bendice de Juan Bravo  
Los sentimientos nobles.

Sentada junto al lecho,  
En blandos almohadones,  
Reclina su cabeza  
Pensando en sus amores.  
Brindándole delicias  
Preocupan á la jóven  
Los ricos pensamientos  
Que su memoria absorben.

Los pasos de su amante  
Estremecida oye  
Y al pié de su ventana,  
Trás de las rejas dobles,  
Se sienta suspirando,  
Y escucha los acordes  
Sonidos de una guzla

Que audaz pulsara un hombre.

Graciosa se sonrie  
Y agradecida acoge  
Los lánguidos acentos  
De púdicas canciones  
Que el trovador amante  
Con especiales dotes  
Rendido le dedica  
En la callada noche.

Juan Bravo tranquilo  
Con aire gentil,  
Cruzando del valle  
Florido confin,  
Con ansia amorosa  
Diríjese allí.  
La luna pendiente  
Del alto zenit  
Con trémulos rayos  
Alumbra el pensil,  
Brillando la plata  
Que luce feliz,  
El mozo en su traje.  
La brisa sutil  
Despierta las flores  
De ameno jardin;  
Murmuran las cañas  
Su soplo al sentir,  
Perfuman el valle  
El lirio y jazmin,  
Y riega la fuente  
Su verde matiz.  
Juan Bravo traspone  
Del valle el confin,  
Su rico vestido  
Pretende lucir,  
Que Blanca lo espera

Solícita allí.  
Ostenta el mancebo  
Calzon carmesí,  
Bordada zamarra,  
Bordado botín,  
Resalta á la vista  
Su faja turquí,  
Su airoso sombrero  
Le deja lucir  
Los rizos graciosos  
Y el recto perfil  
Del rostro moreno  
Del mozo feliz.  
Su capa con broches  
De rojos rubís,  
Terciada en el brazo  
La lleva gentil.  
Su mano pequeña  
Sostiene febril  
Preciosa guitarra  
Que ayuda á sentir  
Los cantos alegres  
Que en noches de Abril  
El mozo rendido  
Dedica á su hurí.  
Veloz se detiene  
Prepárase á oír,  
Se acerca á las rejas  
De Blanca, y allí  
Callado un momento  
Resígnase al fin.  
A ver si ella sale  
Sus cantos á oír  
Se terció la capa  
Solícito y...  
Su dulce instrumento  
Principia á tañir,  
Callada lo escucha

La brisa sutil,  
 Su canto suspende  
 Veloz colorin  
 Y el mozo cantando  
 Su amor, dice así:

### Ruego andaluz.

MOTE.

Blanca *Azucena*, florido prado,  
 Canoro cisne, reina del día,  
 Dulce paloma, bien regalado,  
 Grato consuelo del alma mía,  
     Abre tus rejas  
     Que dulces quejas  
     Mi amor te envía.

I.

Cuando en la noche la blanca luna  
 Su túbio rayo le presta al suelo,  
 Yo en alas siempre de mi fortuna  
 Dejo la tierra, me elevo al cielo.  
 Y allí contemplo tu faz divina,  
 Con los querubes te veo sentada;  
 Mi altiva frente también se inclina  
 Ante tu imágen, Blanca adorada.  
 Y cuando marchas por tus jardines  
 Te sigue un coro de serafines.

Que eres tú mas hermosa  
     Que la paloma,  
 Cuando vuela graciosa  
     De loma en loma.

Tus lábios rojos  
A los claveles, niña,  
Causan enojos.

Cuando el alba risueña sus perlas vierte,  
En los brazos del alba me finjo verte;  
Y el alma avanza con alegría  
Viendo en tí la esperanza  
Del alma mia.

## II.

Tú eres, Blanca, la estrella de la mañana;  
Tú á los vergeles le dás olores;  
Tú eres mi vida, la flor lozana;  
Tú eres el ángel de los amores.  
Tú eres la ondina que cruza errante  
Las frescas ondas del manso rio;  
Tú eres el astro que al caminante  
Benigno endulzas su duelo impio.  
Y al ver tu rostro la primavera  
Vá derramando flores por la pradera.

Puso Dios al formarte  
Todo su esmero.  
¿Cómo podré olvidarte,  
Blanco lucero,  
Sol de mi alma,  
Si al contemplar tus ojos  
Perdí mi calma?

Cuando grata sonrisa miro en tus lábios  
Doy hermosa al olvido penas y agravios,  
Y el alma avanza con alegría,  
Que eres tú la esperanza  
Del alma mia.

## III.

En mis sueños de gloria tú eres el cielo  
Donde residen mis ilusiones.  
Angel que elevas tu raudo vuelo  
Por otros mundos y otras regiones.  
Sin tí no existe mi paz querida  
Porque tú enjugas mi amargo lloro,  
Por tí gustoso daría mi vida,  
Divina Blanca, por que te adoro.  
¿Por qué solo en el valle mi amor me dejas?  
¿Por qué no escuchas mis dulces quejas?

Cuando miro tus ojos  
Tan seductores  
En mi senda de abrojos  
Contemplo flores.  
Benigna y franca  
Oye mi tierno canto  
Querida Blanca.

Por tí, mi vida, perdí el sosiego;  
Oye, Blanca gozosa mi amante ruego,  
Sal sin tardanza, que viene el día,  
No mates la esperanza  
Del alma mía.

Juan Bravo un momento  
Callado quedó,  
Y el eco repite  
Su dulce canción.  
Espera impaciente  
Que salga su amor;  
De Blanca á las rejas  
Se acerca veloz;  
Las rejas el mozo  
Cerradas miró,  
Y exhala un suspiro





Blanca y Juan.

Con hondo dolor.  
 —¡Qué triste es la espera!  
 Rendido exclamó.  
 Jamás me ha engañado  
 Mi fiel corazón.  
 Si Blanca no viene  
 ¿Quién calma, mi Dios,  
 Mis lentos pesares  
 Mi acerbo dolor?  
 Juan Bravo en su capa  
 Después se embozó,  
 Y extraño ruido  
 Llamó su atención.  
 Las rejas se abrieron  
 Y el joven sintió  
 Latir con violencia  
 Su fiel corazón.  
 Su dulce instrumento  
 Con calma soltó;  
 Se apoya en la reja  
 Y escucha la voz  
 De Blanca, que al verlo  
 También suspiró.

Cruzando el espacio la nube importuna  
 La faz de Lucina medrosa nubló;  
 Su pálido rayo le lanza la luna;  
 La nube temblando confusa pasó.

La luna triunfante brillaba mas bella  
 Reinando en el cielo, riendo en el mar;  
 Viajera celeste que sigue una estrella  
 Que en vano pretende su luz imitar.

La joven hermosa contempla al amante  
 Que en trova sencilla le canta su amor,  
 Y besa sus rizos el céfiro errante;  
 Su aroma le ofrece balsámica flor.

Juan Bravo con gozo la mira un momento  
 Y siente confuso su pecho latir;  
 Su dicha bendice con trémulo acento  
 Y siente á su lado la brisa bullir.

Parécele un sueño que mira á su amada  
 Y al pié de la reja se acerca veloz.  
 «Te adoro» le dice con voz desmayada;  
 La brisa amorosa remeda su voz.

—Blanca bella, mi tesoro,  
 Yo te adoro  
 Con estraño frenesí:  
 Que hoy me ofrece tu hermosura  
 La ventura  
 Y la calma que perdí.

Dulce brisa vá vagando  
 Susurrando  
 Por el valle sin cesar,  
 Y he mirado desde lejos  
 Los reflejos  
 De la luna sobre el mar.

He aspirado los olores  
 De las flores  
 Que la brisa acarició.  
 Ví al arroyo trasparente  
 Que á la fuente  
 Sus murmullos los robó.

Ví á la nube que importuna  
 De la luna  
 Nubló la espléndida faz,  
 Y á la púdica violeta  
 Que indiscreta  
 Despertó el aura fugaz.

Recorriendo el bosque umbrío  
 Junto al río  
 Fatigado me senté,  
 Y esperando con anhelo  
 Tu consuelo  
 Mis amores te canté.

De natura la belleza  
 Mi tristeza,  
 Blanca hermosa, no calmó,  
 Y esperé que te asomaras  
 Y calmaras  
 La inquietud que siento yo.

Dijo Juan con dulce acento,  
 Y su corazón contento  
 Sintió en su pecho latir,  
 Y la jóven con ternura  
 Miró al mozo y con voz pura,  
 Así se atrevió á decir:

—Esperándote, mi dueño,  
 Dulce sueño  
 En sus brazos me arrulló,  
 Y al dejarlo mi alegría  
 Te diría  
 Que en mis sueños te ví yo.

Me traían las ilusiones  
 Las visiones  
 Que nos colman de placer,  
 Y tu imágen contemplaba  
 Que juraba  
 Ser eterno tu querer.

Caminaba sin recelo  
 Por el cielo  
 Sobre el trasparente tul,

Y tu imágen distinguía  
Que bullía  
Por el firmamento azul.

Traspasaron mis oídos  
Los sonidos  
De dulcísima canción,  
Y el sonido de ese canto,  
Que amo tanto,  
Penetró en mi corazón.

Y entreabriendo luego ufana  
La ventana,  
Con delirio te admiré,  
Y bendije lo que dura  
La ventura  
Que en mis sueños me forjé.

Cuando tu canción oía  
Parecía  
Que trinaba el ruiseñor,  
O la brisa que vagaba  
Susurraba  
Sobre el cáliz de una flor.

De este modo dijo franca  
A su fiel amante, Blanca,  
Lo que al oírlo sintió,  
Y mirando á la Azucena  
De Juan por la faz morena  
Dulce lágrima rodó.

La mano que le ofrecía  
Su amada, con alegría  
Besó delirante Juan.  
Con orgullo la bendijo  
Mil veces, y así le dijo  
Dominándose en su afán:





Y el ángel de la dicha protege á la muger.

La jóven lo cree todo porque en la errante tierra  
La lleva de la mano la alegre juventud;  
Amor desconocido su corazon encierra,  
Amor puro y constante que anima la virtud.

La niña vé la nube que cruza el horizonte  
Flotante y silenciosa remedo del pesar,  
Y vé sobre la cumbre del peñascoso monte  
Al astro de la tarde sobre el azul brillar.

Por eso la jóven mirando á su amante  
Sus frases escucha, bendice su amor;  
La luna el espacio recorre triunfante  
Y al beso del alba despierta la flor.

Con blancos reflejos el alba amorosa  
Anuncia á la jóven que el sol vá á salir,  
Sus pétalos abre la cándida rosa  
Y el viento en el valle se siente bullir.

Blanca entonces moviendo la reja,  
Se despide graciosa de Juan,  
Que al mirar que su amada se aleja  
¡Yo te adoro! le dice galan.

El eco blando repitió ¡te adoro!  
Y te adoro en el valle resonó,  
Y trás la nube de amaranto y oro  
El rey del firmamento apareció.

Y Blanca cerró las rejas  
Con seductora sonrisa,  
Y juguetona la brisa  
Sus rizos acarició,  
Y el mozo con dulces quejas  
Dijo triste al sol mirando:

—¿Por qué me estás contemplando  
Si mi sol ya se ocultó?

La noche perfumada  
Me ofrece la alegría,  
En ella el alma mía  
Se inunda de placer,  
Que en ella enamorada  
Contemplo á la que adoro  
Al único tesoro  
Que puedo apetecer.

Tambien te bendigo,  
Benéfica luna,  
Tu luz no importuna  
Traidora mi amor.  
Celeste testigo,  
Tú escuchas mi canto,  
Tú ves mi quebranto,  
Mi triste dolor.

Tu corte de estrellas  
La paz me asegura,  
Me dá la ventura  
Tu luz celestial;  
Las dulces querellas  
Escuchas callada  
Que dice mi amada  
Con voz virginal.

Tu luz blanquecina  
Me vuelve el contento  
Balsámico viento  
Refresca mi sien,  
La verde colina  
Contemplo estasiado,  
Por tí enamorado  
Bendigo á mi bien.

Fanal de la noche,  
Tu argentas al río,  
Tú al bosque sombrío  
Le prestas color.  
Refrescas el broche  
De cándida rosa  
Que exhala amorosa  
Gratísimo olor.

Yo aguardo intranquilo  
Que vuelvas clemente  
Que el sol su ígnea frente  
Sepulte en el mar.  
El valle un asilo  
Me dá perfumado,  
Y allí enamorado  
Te voy á esperar.

Dice el amante  
Con dulce voz;  
Por bosque errante  
Parte veloz.  
Pasar lo vé  
Hombre airado,  
Que embozado  
Lejos fué  
Del camino  
Por do vino  
Cuando vió  
Que la luna  
En la laguna  
Reflejó.

Cruza el mozo,  
En su alborozo,  
Verde calle  
De ancho valle,  
Suspirando,

Recordando  
Dulces horas  
Seductoras,  
Que quizás  
En su alma  
Grata calma  
Van dejando,  
Sujetando  
Las cadenas  
De las penas  
Que la vida  
Sufre mas.

Listo sigue,  
Lo persigue  
Desde lejos,  
Trás los viejos  
Altos pinos,  
Por caminos  
Desiguales  
Y arenales,  
Hombre rudo  
Que sañudo  
Con presteza  
Y entereza  
Sin cansarse  
Ni pararse  
Vá detrás.

Su casa  
Contempla,  
Magnánimo  
Templa  
Su fuego,  
Sosiego  
Que siente  
Clemente  
Su amor.

Llegó,  
Llamó  
Con fé;  
La faz

Tornó;  
Fugaz  
Pasó;  
Tenaz  
Miró,  
¿Qué  
Vé?  
¡¡Oh!!

---

XX.

**Aventura inesperada.**

Procura reflexionar  
Lo que puede suceder,  
Porque es mejor precaver  
Que tener que remediar.

—  
Estoy tan hecha á penar,  
Que en no penando  
Parece que me falta  
Lo necesario.

*Coplas populares.*

FUGITIVA hácia Occidente  
Arrastra su manto régio  
La noche grata, dejando  
Al celeste firmamento  
Bajo el dominio del alba  
Que con dudosos reflejos  
Despierta alegre á las aves  
Para escuchar sus gorgeos.  
La tibia luna modesta  
Se oculta trás de los cerros,  
Como una sílfide blanca  
Que rauda se eleva al cielo.  
A las matutinas flores  
Halaga amoroso el céfiro

Y con sus tintas la aurora  
Colora el espacio inmenso.  
Lutgarda sostiene al niño  
Entre sus brazos durmiendo  
Y su pura frente sella  
Con un regalado beso.  
Con delicia lo contempla,  
Torna á besarlo de nuevo  
Y lo estrecha con ternura  
Contra su amoroso pecho.  
A la izquierda de la anciana  
Está sentado Lorenzo,  
Y á la derecha, tranquilo  
Mira á la anciana Don Diego.  
Clara, sentada á la puerta  
De su espacioso aposento,  
Contempla alegre una carta  
Que cubre con su pañuelo.  
En meditacion profunda  
Sumergida queda luego,  
El rubor su rostro tiñe  
Cuando la mira Lorenzo,  
Y aunque la jóven lo quiere  
Con sumision y respeto,  
Tiembla si su voz escucha  
Y se ruboriza al verlo.  
Los saludó cuando entraron  
Con su natural gracejo,  
Y permaneció en su sitio  
Con sus dulces pensamientos,  
Y despues tímidamente  
Guardó la carta en su pecho.  
Al niño mece Lutgarda,  
Contempla al niño Don Diego,  
Y en extremo pensativo  
Mira á su hermano Lorenzo.  
Los tres ansiosos se miran  
Y los tres guardan silencio.

El marqués súbitamente  
Mira á su hermano un momento  
Y le dice:

—Hermano mio,  
No des á tus pensamientos  
Mas tortura, Juan espera  
Y es triste perder el tiempo  
Inútilmente, ya es tarde  
Y es preciso que acabemos.

—Tienes razon, es preciso  
Acabar, dijo Lorenzo.  
Miró Lutgarda al anciano  
Con sorpresa, hizo un esfuerzo  
Y exclamó:

—Señor, ¿qué pasa?  
Hable usted ya, por el cielo.  
¿Qué nueva afliccion me espera?  
Hable usted, yo no le temo  
A los dolores, mi alma  
Soporta los sufrimientos.  
Sé que en el mundo los tristes  
Si alcanzan algun consuelo  
Es fugaz como el relámpago  
Que brilla y muere al momento.  
Así se esplicó Lutgarda,  
Trémula miró á Don Diego  
Que le dijo:

—No se afija,  
Todos á usted la queremos  
Por su virtud, su modestia  
Y sus nobles sentimientos.  
Cuando usted sepa, señora,  
Lo que le dirá Lorenzo  
Verá usted que se ha engañado  
En sus dudas.

—Yo agradezco  
Su esplicacion, yo no dudo  
De su honradez, yo deseo

Pagar á usted con usura  
Los favores que le debo.  
Yo por ustedes dirijo  
Mis oraciones al cielo,  
Yo no sé cómo esplicarle  
La amistad que le profeso...  
En mi corazon rebosa  
Señor, mi agradecimiento.  
Por usted se salvó Clara  
De las garras del perverso  
Que en mal hora la sedujo  
Con sus falsos juramentos;  
Por usted vivo tranquila  
Con mis hijos; ¡ay Don Diego,  
La que ha sido desgraciada,  
La que ha vivido sufriendo  
Los rigores de la suerte  
Sin mas amparo que el cielo,  
Cuando consigue el reposo  
Que se alejó de su pecho,  
Cuando encuentra la alegría  
Y vé á sus hijos contentos,  
Teme que tanta ventura  
Destruya el sino perverso.  
Esta, señor, es la causa  
De mis dudas, porque creo  
Que en este mundo de penas  
La dicha es un breve sueño.  
—Tiene usted razon, señora,  
Exclamó triste Don Diego,  
Dios al fin le ha concedido  
A sus dolores consuelo.  
Tiene usted quien por las noches  
Vele amorosa su sueño,  
Quien disipe su amargura  
Y la cuide con esmero,  
Quien sienta cuando usted llore  
Y endulce sus sentimientos.

En fin, tiene usted dos hijos  
Que la amen: con tenerlos  
Tiene usted el don mas hermoso  
Que Dios en el mundo ha puesto.  
Yo que he perdido, señora,  
Ese tesoro, comprendo  
Lo que á los hijos se quieren,  
Lo que se sufre al perderlos.  
Yo, que he mirado á mi hija  
Hermosa como un lucero  
Detrás de las mariposas  
Correr por el valle ameno,  
Yo que las horas pasaba  
Sentado junto á su lecho  
Contemplando su sonrisa  
Mientras que el tranquilo sueño  
Con su poder misterioso  
Cerraba sus ojos bellos;  
Yo que pasaba las noches  
Su voz dulcísima oyendo,  
Voz que en mi oído resuena  
Como resuena á lo lejos  
El dulce canto del ave  
Que escucha callado el viento.  
Yo la ví crecer tan bella  
Como la flor en el huerto,  
Cuando al rayo de la aurora  
Abre su cáliz modesto.  
Yo la ví morir tan jóven  
Y en sus instantes postreros  
Escuché que me bendijo  
Con tan funeral acento,  
Que parece que lo escucho  
Y al oírlo me estremezco.  
El reposo de la tumba  
Ardientemente deseo,  
Que adonde está mi esperanza  
Mejor estaria mi cuerpo.

A mi corazón alegre  
El ciprés de un cementerio...  
Ya ¿qué me ofrece la vida?  
Busco paz y no la encuentro,  
Y á todas partes me siguen  
De mi hija los recuerdos...  
A mis lágrimas responden  
Los suspiros de mi pecho...  
No es posible que la olvide...  
Oigo su voz cuando duermo  
Y cuando miro al espacio  
Sobre las nubes la veo.  
No hay un dolor en el mundo  
Como el dolor que yo siento  
En vano busco la calma  
Para mi mal no hay remedio.  
—Por compasión, no prosigas,  
Por piedad, cállate Diego,  
Te lo imploro humildemente,  
Dijo á su hermano Lorenzo.  
Por el rostro de Lutgarda  
Tristes lágrimas corrieron.  
Y el marqués entre sus manos  
La frente ocultó gimiendo  
Y claramente se oían  
Los latidos de su pecho.  
El noble padre de Blanca  
Añadió con grave acento.  
—También, hermano, yo sufro  
Porque tu dolor comprendo,  
Sé también que es necesario  
Que sumisos respetemos  
Los mandatos del que rige  
Los destinos de sus siervos.  
Dios dispone de la vida,  
Porque de la vida es dueño.  
Nosotros, pobres mortales,  
Es preciso que acatemos

Del que la vida nos presta  
Los altísimos decretos.  
Dios es misericordioso,  
Y Dios te dará consuelo.  
El que con una palabra  
Le dió ser al universo,  
Y dió frutos á la tierra,  
Y dió luz al firmamento,  
Y dió fuerzas al torrente  
Y susurro al arroyuelo,  
Tambien compasivo escucha  
Las plegarias de los buenos.  
Su voluntad soberana  
A tu hija llamó al cielo,  
Y ella por nosotros ruega  
A los piés del trono excelso.  
Yo tambien amo á mis hijos,  
Que sean felices deseo,  
Los dos la calma me roban,  
Los dos me quitan el sueño.  
Yo bien sé que es imposible  
Que seas feliz, yo comprendo  
Que cuando el dolor nos hiere  
No es fácil hallar consuelo.  
La resignacion cristiana  
Reposo te dará, Diego,  
La resignacion es digna  
De grandes almas.

—Lorenzo...

Perdóname, por mi culpa  
Sufres tambien, yo no vuelvo  
A revelar los dolores  
Que me causan los recuerdos...  
—¡Por piedad!

—Soy un ingrato,

Un ingrato, lo confieso.  
—No tienes razon, yo sufro  
Cuando tan triste te veo.

—Injusto soy, no lo niegues;  
Yo lo conozco, Lorenzo.  
Díme, ¿es justo por ventura  
Que al cabo de tanto tiempo  
Cuando tú no me esperabas  
Sin anunciar mi regreso,  
Venga á turbar la alegría  
De tu hogar?...

—Querido Diego,  
Mi alegría partió contigo,  
Y volvió cuando tú has vuelto.  
¿Es posible que tú ignores  
Lo que he padecido?

—Quiero  
Que me perdones, hermano,  
Y que al instante arreglemos  
Lo que interesa, es preciso  
Que estén tus hijos contentos.  
¡Pobres jóvenes! señora,  
Dijo á Lutgarda Don Diego  
Que atónita lo miraba.  
Es preciso que tratemos  
De hacer feliz á su hija...  
Clara es muy digna de ello:  
Yo cuidaré que ese niño,  
Que está en sus faldas durmiendo  
El sueño de la inocencia,  
Que es el mejor de los sueños,  
Tenga un padre que le brinde  
Un porvenir lisonjero.  
—Alma generosa y buena...  
Yo te admiro y te respeto.  
—¿Usted me ha dicho que Clara  
Será feliz?

—Sí, en efecto.  
—Me ha dicho usted que mi niño  
Tendrá un padre?  
—Sí, por cierto.

—Yo no sé como resisto  
Tanta dicha, ya no tengo  
Para guardar sus mercedes  
Sitio bastante en mi pecho,  
Dijo temblando Lutgarda  
De su alegría en el exceso.  
Colocó al niño en la cuna,  
Lo acarició con esmero,  
Y despues en su alborozo  
Tomó la mano á Don Diego  
Y la bañó con sus lágrimas  
Y la cubrió con sus besos.  
El noble marqués confuso  
Retiró su mano presto,  
Sentó á su lado á la anciana  
Y mostrándole á Lorenzo  
Que lo, que su hermano dijo  
Aprobó con su silencio  
Exclamó:

—Basta, señora,  
Tanto favor no merezco.  
Hablé en nombre de mi hermano,  
Porque autorizado vengo,  
Para tratar de este asunto.  
—Que usted se esplique deseo.  
—Vamos, habla, hermano mio.  
Tiene que hablarle Lorenzo.  
—Que hable, señor, se lo imploro.  
Yo sus mandatos respeto,  
Y su proteccion bendigo  
Y sus órdenes espero.  
Sé que á toda su familia  
La felicidad le debo  
De mis hijos; con qué gozo  
Estoy mirando á Lorenzo!  
Sé que con gusto me escucha,  
Y soy feliz, porque creo  
Que aprueba esa union lo mismo

Que la ha aprobado Don Diego.

—Sí, generosa Lutgarda,  
Contestó el padre, la apruebo  
Porque Juan es compasivo,  
Honrado, humilde y modesto.  
Ya le concedí la mano  
De mi hija.

—¡Justos cielos!

Gritó Lutgarda, hijo mio!  
¡Ay, permita usted, Lorenzo,  
Que bese su mano al punto;  
No sabe usted lo que quiero  
A mi pobre Juan...

—Señora,

Yo sus virtudes comprendo.

—Gracias, señor.

—¡Pobre madre!

Dijo en voz baja Don Diego  
Fijando en la alegre anciana  
Sus rasgados ojos negros.

—Escuchéme usted un instante,  
Le dijo afable Lorenzo.

Vivo en el valle hace años,  
Muy tranquilo bendiciendo  
El amor de mi familia,  
Libre el sosegado pecho  
De ambiciones cortesanas,  
Fanal que oculta en su centro  
Dulces y bellas mentiras  
Que suelen trocarse luego  
En realidades amargas  
Y en sinsabores eternos:  
Allí he educado á mi hija  
Con infatigable empeño;  
Del libro de mi experiencia  
Le he enseñado los secretos,  
Porque ya en mi edad se vive  
Para los hijos.

—Lo creo.

—La vida, señora, es breve;  
Rápido trascurre el tiempo,  
Siendo tan corta la vida  
Los buenos padres tenemos  
Que dejar asegurados  
El porvenir y el sosiego  
De los hijos, que en buen hora  
Nos ha concedido el cielo.  
Sé que hay padres en el mundo  
Hipócritas y usureros,  
Que pervierten á sus hijos  
Con infernales ejemplos,  
Que tratan á sus esposas  
Con insolente desprecio,  
Que de la virtud se burlan  
Y con instintos perversos  
Suelen convertir en oro  
El sudor del jornalero.  
Hombres que no reflexionan  
En su orgullo vano y nécio  
Y en su pobre altanería,  
Que es la existencia un misterio  
Que solo Dios lo comprende  
Porque solo Dios lo ha hecho.  
Hombres que nunca han pensado  
Que existe un juez justiciero,  
Que puede con su palabra  
Derribar el universo  
Y reducir á cenizas  
Del sol la masa de fuego,  
Y hacer retemblar la tierra  
Al ronco fragor del trueno  
No dejando ni reliquias  
De los que mortales fueron.  
¡Cómo viven esos hombres!  
Señora, los compadezco.  
La sociedad los desprecia,

Huyen los justos de ellos,  
 La adulacion los anima  
 Con sus aplausos funestos,  
 Sus mismos hijos los tratan  
 Sin cariño y sin respeto.  
 Con horror los ven los pobres,  
 Los abandona el sosiego,  
 Y la insaciable avaricia  
 Se oculta en sus pobres pechos,  
 Para atormentar sus horas  
 Y robarles el sosiego.  
 ¡Pobres padres! ¡pobres hijos!  
 ¡Dios tenga piedad de ellos!  
 Perdóneme, usted señora,  
 Si me aparto del objeto  
 Que me propongo; es tan grande  
 El horror que le profeso  
 A esos hombres que no cumplen  
 Con los sagrados preceptos  
 Que todo buen padre debe  
 Obedecer, que no puedo  
 Prescindir de mis censuras...  
 —Tiene usted razon, Lorenzo,  
 Esos hombres que no quieren  
 A sus hijos, son perversos:  
 Esas faltas las castiga  
 Dios con horribles tormentos.  
 El que no quiere á sus hijos  
 Es un mónstruo.  
 —Sí, en efecto...  
 Y el que maltrata á su esposa  
 Es un malvado.  
 —Es muy cierto.  
 —Señora, con su permiso  
 A mi grave cuestion vuelvo.  
 Sé que Narciso ama á Clara  
 Con ese amor verdadero  
 Que hace feliz en el mundo

Al que lo abriga en su pecho.  
Él es jóven, de la vida  
Cruza el alegre sendero  
Y siente crecer la llama  
De los amores primeros;  
Es reservado y prudente,  
Tiene un corazon muy bello  
Que con valor ha sufrido  
De la desgracia el tormento.  
No conoce de este mundo  
Los engaños lisonjeros,  
Ni la adulacion bastarda,  
Ni el vano orgullo soberbio,  
Ni la rencorosa envidia,  
Ni al interés altanero.  
Ama á la verde llanura,  
Al limpio azul de los cielos,  
Al pajarillo que canta,  
A la flor que mece el céfiro,  
Al arroyo que murmura,  
Al inocente cordero  
Que deja su blanca lana  
Entre las zarzas del cerro.  
Ama á la naturaleza,  
Con ese entrañable afecto  
Que la virtud le concede  
A los corazones buenos.  
Se conmueve cuando pasa  
Por su lado un pordiosero;  
Practica el bien sin decirlo,  
Que es la manera de hacerlo;  
Piensa mucho y habla poco,  
Que es propiedad de discretos;  
Si un enemigo lo agravia  
Olvida el agravio presto,  
Y en vez de sentir sus males  
Siente los males ajenos.  
Tal vez piense usted, señora,

Que el amor que le profeso  
Me hace hablar de esta manera  
Y que parcial exagero  
Las dotes que le distinguen.  
Señora, mucho lo quiero;  
Por asegurar su suerte  
Trabajé yo mucho tiempo.  
Su carácter he estudiado  
Largamente con esmero,  
Y ya también lo conozco,  
Y tanta certeza tengo  
En la opinión que he formado  
Que adivino sus secretos.  
La experiencia no se engaña  
Y este es el don que poseo.  
En el nombre de mi hijo,  
Señora, á pedirle vengo  
La mano de Clara, ella  
Lo distingue con aprecio...  
—¡Ay, señor! dijo Lutgarda  
Con desfallecido acento,  
¿Es verdad tanta ventura?  
Dios se lo premie, Lorenzo.  
Mi corazón conmovido  
Quiere saltar de mi pecho  
Y dudo si estoy despierta  
Y me parece que sueño.  
Yo no sé ya qué decirle  
En el caso que me encuentro...  
¡Clara! ¡hija de mi alma!...  
No hay un humano dialecto  
Que mi gratitud exprese;  
Lo mejor es el silencio.  
Dios vé las buenas acciones  
Y Dios le dará á usted el premio.  
Así se expresó Lutgarda  
Abandonando su asiento,  
Corrió á buscar á su hija

Dulces lágrimas vertiendo  
 Y trémula y delirante  
 Se marchó del aposento  
 Dejando al marqués absorto  
 Y conmovido á Lorenzo.

—Buena madre! buena madre!  
 Dijo á su hermano Don Diego.

—Excelente, hermano mio,  
 Bien sabe Dios que me alegro  
 De verla feliz.

—Ya viene.

—Ven, Clara, ven al momento  
 Y á tu protector bendice...

—No hay motivos para eso,  
 Exclamó el padre de Blanca  
 A la jóven deteniendo.

La jóven tímidamente  
 Dióle gracias á Lorenzo,  
 Y al abrazar á su madre,  
 Que amorosa le dió un beso

Y la estrechó entre sus brazos,  
 Saltó el billete del pecho,  
 De la jóven que confusa  
 Se apresuró á recogerlo.

—¡Un billete, ¿dí? hija mia!  
 ¿De quién es? ay! dílo presto.

—Es de Narciso... señora...  
 Contestó Clara al momento.

—¿De Narciso es esa carta?  
 Dijo la madre, me alegro.

—Hermano, ¿qué te parece  
 El tímido?

—Yo deseo  
 Que usted lo lea.

—No, hija mia,  
 Contestó á Clara Lorenzo.

—Si señor, se lo suplico,  
 Quiero que vea el sentimiento

Que este billete respira.  
Es Narciso tan modesto...  
— Léalo usted, dijo Lutgarda.  
— Entonces vamos lo leo.  
Tomó Lorenzo la carta  
Y se la entregó á Don Diego.  
El marqués mudó de sitio  
Y se preparó á leerlo.  
Clara, al lado de su madre,  
Trémula ocupó un asiento.  
Sonrióse dulcemente  
Al verla temblar, Lorenzo,  
Y el marqués leyó en voz alta  
Con dulce y pausado acento.

Niña de dulces ojos;  
Fúlgida estrella  
Bella como el capullo  
De la Azucena,  
Oye benigna  
Los lastimeros ayes  
Del que te admira.

Tiñe de azul y rosa  
Temblando el alba  
Los vidrios de colores  
De tu ventana.  
La alondra vuela,  
Con sus tiernos arrullos  
Llama á tu puerta.

Envidia tu hermosura  
La blanca aurora,  
Debajo de tus plantas  
Nacen las rosas.  
Tu voz es grata  
Como el canto del ave  
Y el son del agua.

Deja Clara tu lecho,  
Verás entonces  
Como al verte despiertan  
Todas las flores.  
Y todas ellas  
Te brindarán gustosas  
Con sus esencias.

Deja tu blando lecho,  
Sol de mi vida,  
Abre por Dios tus rejas  
Que viene el día.  
Los ruiсеñores  
Vuelan á saludarte  
Con sus canciones.

Eres bella y graciosa,  
Tienes tu madre  
Bondadosa y honrada  
Que te idolatre.  
¡Ay, madre tienes!  
Pídele al cielo Clara  
Que viva siempre.

Es tu madre querida  
Afable y buena.  
Cuando duermes de noche  
Tu sueño vela.  
¡Ay, qué tesoro!  
En el amor de madre  
Lo tienes todo.

Tiene un niño hermoso,  
Querida Clara,  
Que reclina su frente  
Sobre tu falda.  
Contigo reza  
Y al cielo con fé pide

Por los que penan.

Besa tu frente el ángel  
De los amores,  
Vienen á hablar contigo  
Las ilusiones.  
De tu ventana  
Miras brillar la estrella  
De la esperanza.

Cuando sales al valle,  
La brisa inquieta  
A las flores le dice  
Que eres modesta.  
Ellas te miran  
Y tiernas se enamoran  
De tu sonrisa.

Todo lo mas hermoso  
Que hay en la vida  
Te ha concedido el cielo,  
Mi Clara linda.  
Madre y un niño  
Que con manos pequeñas  
Riza tus rizos.

¿Qué podré yo ofrecerte,  
Mi Clara bella?  
Soy un triste que gimo  
Solo en la tierra.  
A Dios imploro,  
Que la luz no me falte  
Que dan tus ojos.

Errante peregrino,  
Triste y enfermo  
Reclinado á tus rejas  
Suspiro y peno.

Todo me falta,  
Porque al ver tu hermosura  
Perdí mi calma.

Calló el marqués y un instante  
Miró á su hermano sereno,  
Y vió que el llanto corria  
Por el rostro de Lorenzo.  
¡Pobre padre! ha comprendido  
De su hijo los secretos,  
Sabe que Narciso sufre  
Y oculta sus sufrimientos.  
El elogio de la anciana  
Que hace en su carta el mancebo,  
Cuando bendice á la madre  
De su amada con respeto,  
Arrancó el llanto á sus ojos  
Y despertó los recuerdos  
Que el triste padre conserva  
En el fondo de su pecho.  
La lectura de la carta  
Oyó Lutgarda gimiendo,  
Clara miró con asombro  
Las lágrimas de Lorenzo,  
Ansiosa corrió á su lado  
Y le dijo:

—Por el cielo,  
No llore, se lo suplico,  
Yo sola la culpa tengo  
Que usted se aflija, le juro  
Que amo á Narciso en silencio  
Desde que lo ví en el valle  
Triste, pálido y enfermo.  
Yo creí que no se amaba  
Mas que una vez y ahora creo  
Que el amor que me ha inspirado  
Es el amor verdadero.  
Al hombre que me engañara

He querido, lo confieso,  
Pero su negra perfidia,  
Sus bastardos pensamientos,  
Su conducta incorregible,  
Su corazon de fé seco,  
Su taimada hipocresía  
Y sus instintos perversos  
Trocaron mi amor en ódio  
Y con horror lo recuerdo.  
Si con mi sangre borrara  
Mi juvenil devaneo,  
Hasta la última gota  
Diera con gozo al momento.  
Yo del amor de su hijo  
No soy digna, no, Lorenzo.  
Él es jóven, generoso,  
Compasivo, afable, bueno,  
Precavido, inteligente,  
Pundonoroso y modesto.  
¿Y que soy yo, madre mia?  
Una flor en el desierto  
Sin color y sin perfume...  
Yo lo amo, mas no debo  
Aspirar á tanta dicha.  
Si me mira, me avergüenzo,  
Y si se aleja, suspiro,  
Y cuando lo escucho, tiemblo.  
Cuando recibí esa carta  
Comprendí que un sentimiento  
Para mí desconocido  
Había brotado en mi pecho,  
Y al recordar mi pasado,  
Madre, lloré sin consuelo.  
—Ven á mis brazos, ven, Clara,  
Dijo á la jóven Lorenzo,  
Narciso será tu esposo...  
No te aflijas, ángel bello,  
Que de tu culpa te absuelve

Tu santo arrepentimiento.  
Sobre tu frente derrama  
Sus bendiciones el cielo,  
Tú eres muy digna, hija mia,  
De su cariño...

—Lorenzo,

Dijo llorando Lutgarda,  
Mi hija sufre y yo no quiero  
Verla sufrir, ¡mi hija llora!  
Ven hija sobre mi pecho,  
Tu pobre madre te llama,  
Si yo feliz no te veo,  
Mi vida será muy corta  
Me matará el sentimiento.  
Lutgarda abrazó á su hija  
Y se levantó Don Diego  
Y acercándose á la anciana  
Muy conmovido en extremo  
Le dijo:

—Por Dios, señora,  
Que usted se calme deseo,  
Yo mi proteccion un dia  
Le ofrecí á Clara, yo tengo,  
Señora, el deber sagrado  
De hacerla feliz; prometo  
Que lo será, vamos niña,  
Vamos á dar el paseo  
De costumbre, ya es muy tarde,  
Nos acompaña Lorenzo.  
Narciso estará impaciente...  
—Y Juan, que tampoco ha vuelto.  
—Señora, le dijo el padre  
A Lutgarda.

Yo deseo

Que pase el dia con nosotros  
Su hija, ¿no es verdad, Diego,  
Que así me lo exigió Blanca?  
—Sí, en verdad.

—Yo le agradezco  
 Que pase el día con ustedes,  
 Está triste y allí creo  
 Que olvidará sus pesares.

—Madre mía, ¡cuánto la quiero!  
 Clara se acercó á la cuna,  
 Miró al niño y le dió un beso,  
 Se despidió de su madre  
 Y acercándose á Lorenzo  
 Le dijo:

—Cuando usted guste,  
 Podemos marchar.

—Marchemos.

—Le diré á Juan que esta noche,  
 Dijo á Lutgarda Don Diego,  
 La acompañe á usted á mi casa.

—Iré, hace días que no veo  
 A María, si Juan no viene...

—A Narciso mandaremos  
 Que la acompañe, señora,  
 Dijo en seguida Lorenzo.

El marqués, Clara y su madre  
 De la habitación salieron,

A Clara que lo seguía  
 Ofreció el brazo Don Diego,

Y los dos se adelantaron  
 En tanto que con Lorenzo

Hablaba alegre Lutgarda  
 Caminando al mismo tiempo

Por el bosque, satisfecha  
 De la protección que el cielo

Compasivo le concede  
 A los que viven sufriendo.

Apenas dejó Lutgarda  
 Solo al niño, se abrió presto

Una puerta que conduce  
 De Lutgarda al aposento;

Y embozado en negra capa

Rápido, pálido y trémulo,  
En la estancia de la madre  
Penetró un hombre resuelto.  
Cerró la puerta agitado,  
Guardó un puñal en el pecho;  
Tapó la boca del niño  
Con un oscuro pañuelo;  
Lo sostuvo con un brazo  
Y la cuna cubrió luego;  
Después se embozó convulso,  
Al salir del aposento  
Cerró la puerta con calma  
Y todo quedó en silencio.  
Saltó una tápia pequeña,  
Subió á la cumbre del cerro  
Y descendió á la llanura,  
Montó en un caballo negro  
Y respirando con fuerza  
Partió veloz como el viento.

El tío Paco que es un hombre  
Muy poco amante del sueño,  
Apenas raya la aurora  
Deja su mullido lecho,  
Llama á Juan y los dos juntos  
Salen al campo contentos.  
Como tienen de costumbre,  
Apenas despertó el viejo  
Salió á buscar á Juan Bravo  
Y no lo vió en su aposento.  
«Este truan no ha venido  
Esta noche,» dijo sério,  
«Pues señó, voy á buscarlo,  
Vamos á ver si lo encuentro.»  
Volvió á su cuarto enseguida;  
Tomó enfadado el sombrero,  
Dejó entornada la puerta  
Y salió al campo diciendo:  
«Este Juan con sus *belenes*  
Ni duerme ni se está quieto.»  
Llegó tío Paco á la falda  
De la casa de Lorenzo  
Y al pié de un árbol sentado  
Contempló á Juan Bravo el viejo,  
Con la mano en la mejilla  
Fija la vista en el cielo.  
—Hombre, Juan, ¿tienes metido  
Los demonios en el cuerpo?  
Juan, el amor vá á ponerte  
Mas delgado que un fideo.

No has ido á casa esta noche.

—Fuí, tío Paco.

—No lo creo.

—Basta que yo se lo diga.

—No me faltes al respeto

Por tan poco...

—¿Usté no sabe

La incertidumbre que tengo?

—¿Qué pasa? ¿tal vez tu novia

Empieza ya con los celos,

Que es la salsa del cariño

Y pica mas que el pimiento?

¿Te soltó la calabaza?...

—¡Vive Dios! Paco, no es eso.

Sabe usté que me fastidia

Que tenga usté tan buen génio

Constantemente, tío Paco,

Connigo hable usté muy sério,

Cuando estoy triste...

—Corriente,

Pondré una cara de perro.

Vamos, Juan, dime tus penas.

—Me dijo anoche Lorenzo:

«Juan, acompaña á mi hija

Y á mi esposa; pronto vuelvo,

Espérame en casa.»

—Al grano.

—Él se marchó con Don Diego

Y yo con Maria y con Blanca

Llegué á su casa contento.

Hablé con Blanca á la reja,

Mas tarde, pues no habia vuelto

Su padre al rayar el dia;

Me retiré satisfecho,

Pero al llegar á mi casa,

Tío Paco, la cara vuelvo

Y á la claridad distingo

Un hombre que desde léjos

Me seguia traidoramente.  
 Me paro, pasar lo veo,  
 Quiere taparse la cara...  
 —Hombre, sigue que el resuello  
 Me está faltando.

—Tio Paco,

Qué angustia.

—No digas eso,

¿A tí te asustan los hombres  
 Que te siguen? ¡San Tadeo!  
 No puede ser, si tú tienes  
 Mas corazon que ese Riego  
 Que citan en las historias.

—Fué sorpresa, no fué miedo  
 Lo que yo sentí al mirarlo.

—Hombre, acaba.

—Me detengo,

Y al pasar se tapó el rostro  
 Fué tarde, conseguí verlo,  
 Y es Martin, el hombre infame  
 Que ha causado los tormentos  
 De mi hermana y que persigue  
 A mi Blanca.

—Cómo es eso?

¿Tú no le distes un tiro?

—Sí señor.

—No seas camuezo,

¿Pues si un tiro le pegaste  
 Cómo ha de vivir, sopenco?

—Eso digo yo, tio Paco.

—Pues hombre no lo comprendo.

¿Tú qué hiciste?

—Entré en mi casa:

Cogí el cachorrillo nuevo,  
 Salí en seguida á buscarlo,  
 Recorrí el camino presto  
 Y no ví á nadie.

—Yo estoy

En que no es él.

—Pues yo apuesto

La vida, Paco, es él mismo.

¡Ay de él si yo lo veo!

—¿Y no puede ser un hombre

Que al cruzar por el sendero

No quiso que tú lo vieras

Porque como yo era feo?

—No, es Martin.

—En ese caso,

Juanillo, lo buscaremos.

¿Tienes el retrato en casa

Todavía?

—Sí, allí lo tengo.

—Pues hoy mismo me lo enseñas,

Salgo al camino y lo acecho,

Lo veo venir, zás! lo pillo,

El gañote le retuerzo,

Y ya se acabó el sainete.

—Señó Paco, le prevengo

Que nada diga á mi madre

Ni á mi hermana.

—No seas nécio,

¿Tengo yo la lengua larga?

¿Fué mi padre algun barbero?

¿Tú por qué no me llamaste

En seguida?

—Tuve miedo

Que mi madre se enterara,

Reflexioné que Lorenzo

Apesar de ser de dia

A su casa no habia vuelto,

Y me dije: «Allí están solas

Blanca y su madre, yo debo

Rondar su casa, no sea

Que Martin se vuelva presto,

Y quiera hacer una infamia

De las suyas.

—Muy bien hecho.

¿Con que tú estás convencido

Que es Martin?

—El mismo.

—¿El mesmo?

Dijo tío Paco; corriente,  
Se le acechará y *Laus Deo*.

Ahora vámonos á casa

A combinar el proyecto;

Si Martin vuelve este noche

Nada, lo dicho, lo pesco.

—No volverá, ya me ha visto,

Martin es un traicionero.

¿Qué maquinará ese hombre?

Dijo Juan Bravo soberbio.

—Tú que le pegas un tiro

En una ceja á un lucero.

¿De qué modo le tiraste

Que te se escapó?

—Es muy cierto,

Cuando disparé, le juro

Que cayó al instante al suelo.

—Cuando es pájaro de cuenta

Al que hay que darle, primero

Se mira bien y despacio;

Y si cae, se vá corriendo

Y con cuidado se mira

A ver si se finge el muerto.

A mí ya no se me escapa

Como yo le eche los dedos.

—Mientras que viva ese infame

No recobraré ya el sueño.

—Pues hombre, duerme tranquilo

Que pronto lo atraparemos.

¿Qué se hace aquí? ¿nos largamos?

Me está quemando los sesos

Los rayos del sol, caramba,

Vamos, pues.

—Paco, hasta luego.

—No, tú te vienes conmigo,  
Si me matan no te dejas;  
Es preciso ver el modo  
De atrapar á ese *esperpento*,

—Dice usted verdad, tío Paco.

—Vamos á tener jaleo.

—Un favor voy á pedirle,  
Tío Paco, si lo cogemos  
Quiero ser yo el que lo mate  
En buena riña.

—No quiero.

Tú eres jóven, tienes novia,  
Madre y hermana, yo tengo  
Muchos años y la vida  
Es el castigo del viejo.

Si no lo matas te prenden,  
Y se acaba el casamiento,  
Y empieza á llorar tu madre  
Y se afligirá tu suegro.

Y Clara, la pobre Clara,  
Sufrirá mucho, ¡qué infierno!

Si yo lo mato me voy  
De *rosita* al extranjero,  
Con el regalado gusto  
De haber quitado de enmedio  
A un pillo, despues la reina  
*Pare* un príncipe, el gobierno  
Dice con este motivo:

«Su magestad ha dispuesto  
Que haya indulto.» me lo avisas,  
Me acojo al indulto y vuelvo,  
Y se acabó; y yo me voy  
A que me den el almuerzo.

—Escúcheme usted, tío Paco.

—Que me voy.

—Por San Alejo,

Escuche usted.

—Que no escucho.  
Basta ya de cumplimientos.  
Con pasos acelerados  
Cruza tío Paco el sendero,  
Y Juan Bravo pensativo  
Sigue las huellas del viejo.  
¿Quién sabe lo que meditan?  
¿Quién puede rasgar el velo  
Del porvenir? ¿Quién conoce  
Del destino los secretos?

XXI.

Luisa.

En tus horas de amargura  
Implora á la Virgen Santa,  
Que el ánimo religioso  
No se rinde á la desgracia.

Nunca juzgues á los hombres  
Por el hombre que te engaña,  
Porque el vicio airado huye  
Cuando la virtud lo espanta.

*El autor.*

En el lejano término  
De solitaria calle,  
Que dá salida á un valle  
Que corta un arenal;  
Hay una casa mísera  
De pobre arquitectura,  
Que enseña á la llanura  
Su torre desigual.

Entre canosos álamos  
Se oculta avergonzada,  
Y esquiva la mirada  
Del que llegó hasta allí;  
Tiene á su lado altísimo

Y peñascoso monte,  
Que cubre el horizonte  
Con manto azul turquí.

En el terreno árido  
Que su estension circunda,  
La tierra es infecunda,  
No nace allí una flor;  
Ni su silencio fúnebre  
Jamás ha interrumpido  
El canto no aprendido  
Del dulce ruseñor.

El sol no alumbra mágico  
Sus muros imperfectos,  
Que habitan los insectos  
Con destructor afan;  
La envuelven espesísimas  
Multiplicadas nieblas,  
Que aumentan las tinieblas  
Que en torno de ella están.

Cuando se cruza el pórtigo  
De la pequeña casa  
Encuentra el que lo pasa  
Desierta habitación;  
Cuya maciza bóveda  
Infesta el aire impuro  
De un corredor oscuro  
Que espanta al corazón.

En el estrecho círculo  
De habitación sombría,  
Que alumbra una bujía  
Con débil resplandor;  
Está una niña cándida  
Sentada junto á un lecho  
Y su inocente pecho

Respira con temor.

Un canastillo espléndido  
De purpurinas flores  
Que exhalan sus olores  
Al pié del lecho está;  
La pobre niña trémula  
Mirándolas suspira,  
Y tiembla porque mira  
Que se marchitan ya.

Despues con voz seráfica  
«Venid, dice, hechizeras,  
Queridas compañeras,  
Que con delirio amé,  
Vosotras sois el bálsamo  
Que mis dolores cura,  
Vosotras la ventura  
Me disteis que soñé.»

Cogió las flores últimas  
Del tosco canastillo,  
Con ademan sencillo  
Graciosa las besó,  
Y con ferviente júbilo  
Las colocó en su falda  
Y espléndida guirnalda  
Para su sien formó.

Robó su faz magnífica  
Sus tintes á la rosa,  
Su gracia candorosa  
Le dió la juventud,  
Y á sus miradas fúlgidas  
Prestóle el sol su fuego  
Y dióle su sosiego  
Benigna la virtud.

La triste niña, pálida,  
Medrosa se estremece,  
Que escucha le parece  
Los pasos sin cesar  
De aparicion diabólica  
Que con mirada incierta  
En torno de su puerta  
Se goza en su pesar.

Vierte copiosas lágrimas,  
Levántase atrevida,  
Con voz desfallecida,  
Temblando el corazon,  
Cruza la estancia tétrica  
Y canta despues quedo  
Pensando que su miedo  
Disipe su cancion.

Canto de gloria  
Que la memoria  
Le recordó,  
Canto suave  
Que imita el ave  
Que lo escuchó.

Dulce murmullo  
De manso rio,  
Plácido arrullo  
De blanca brisa  
Que en el estío  
Por entre flores  
Fugaz pasó.  
Grato concierto  
De ruiseñores  
Cuando la aurora  
Con su sonrisa  
De alegre huerto  
La mies colora

Que la esperó.

Voz argentina,  
Pura y divina  
Que escucha el hombre  
Con frenesí.  
Mágico acento  
Que dá contento,  
Cancion sin nombre  
Que dice así:

## I.

Ha dicho Mayo, niñas gentiles  
Que quince flores, son quince abrilés...  
Mis quince abrilés pasaron ya,  
Seguidme, niñas, de los pensiles  
Traigo las flores que Abril nos dá.  
Jóvenes bellas, si sois amantes  
Lindas acacias os traigo aquí;  
Para vosotras, niñas constantes,  
Traigo azucenas, traigo alelí.

## II.

Yo los misterios sé de las rosas,  
Ellas me cuentan todas sus cosas;  
Sé sus amores con el clavel.  
Yo sé los celos, niñas graciosas,  
Que al blanco lirio diera el laurel.  
¿Trigueña niña que tienes dueño  
El clavel rojo no te encantó?  
Niña que gozas de amor el sueño  
Juncos de Indias te traigo yo.

## III.

Lindas zagalas, comprad mis flores,  
Son las amigas de los amores,  
Como vosotras, modestas son;  
Con esos ojos tan seductores  
Robais la calma del corazon.  
Dicen las flores que sois hermosas,  
El nardo os llama su amor gentil,  
Lindas zagalas, comprad mis rosas,  
Son las primeras del mes de Abril.

El terror que la domina  
Hizo callar á la jóven,  
Que con vacilantes pasos  
La estrecha estancia recorre.  
Ya se sienta, se levanta,  
Tímida besa las flores  
Que entre sus manos sostiene,  
Maldice airada á la noche  
Que con su manto de sombras  
Envuelve callada al orbe.  
Siente la niña en su pecho  
Un terror que desconoce,  
Cuando algun insecto pasa  
De la bujia por el borde  
Y la luz débil vacila  
La niña asustada corre,  
En la puerta se detiene  
De la habitacion y oye  
Ruido extraño, que la deja  
Pálida, aterrada, inmóvil.  
La luz que le alumbra lanza  
Sus últimos resplandores,  
Y á intervalos ilumina  
Los desiertos paredones,  
Que á los pálidos reflejos  
De la luz que muere entonces

A los ojos de la niña  
Forman una masa enorme.  
Queda oscuro el aposento,  
Desfallecida la jóven  
Cae de hinojos contemplando  
Tétricas apariciones,  
Torvas fantasmas que cruzan  
Por el espacio veloces,  
Dejando horribles ensueños  
Que afligen los corazones.  
Por el pavimento helado  
Se arrastra la niña insomne  
Y vé una sombra y escucha  
Que le habla con roncacas voces;  
Quiere gritar y su lengua  
En su garganta se esconde,  
Cierra agitada los ojos,  
Su imaginacion entonces  
Le dá vida á los objetos  
Y mira la triste jóven  
Multiplicarse las sombras  
Que gritan, pasan y corren.  
El ruido de su aliento  
Amedrenta su alma noble,  
Entre sus heladas manos  
Su pálido rostro esconde,  
Angustiada se estremece  
Y rendida desmayóse.  
¡Pobre niña! quince abril  
Te brindaron con sus flores  
Y ya del pérfido mundo  
Los desengaños conoces.  
Tu inocencia ha sorprendido  
La vil astucia del hombre,  
Y de tu pecho se alejan  
Las candidas ilusiones,  
Que á la juventud alegre  
Entretiene con sus goces.

Fugitiva mariposa  
Que el valle ameno recorres  
Y tus lindas alas tiendes  
Sobre las fragantes flores,  
Huye veloz de la llama  
Donde el engaño se esconde.  
¿Qué has hecho de tu inocencia?  
En vano será que llores  
Ni que en tu horrible martirio  
Tus sentimientos sofoques;  
En vano á tu dulce calma  
Llamarás con tristes voces,  
Cuando el corazon te abraze  
El fuego de las pasiones.  
Será en vano que otras dichas  
En tus delirios te forjes,  
Cuando el desengaño aleve  
Tu corazon emponzoñe;  
Cuando tus tristes recuerdos  
Sobre tu mente se agolpen,  
Cuando sin consuelo penes  
Y sin esperanzas llores,  
Cuando del benigno cielo  
La misericordia invoques,  
Cuando la flor de tu dicha  
Sañudo el destino tronche  
Recordarás sollozando  
Al anciano digno y noble  
Que te dió sábios consejos  
Que desdeñastes indócil  
Cuando tranquila jugabas  
Con tus hermanas las flores.  
De la bastarda lisonja  
Te alucinaron los goces,  
Tú los creistes eternos  
Y en pos corraste del hombre  
Cuyo aliento ha marchitado  
Tus hermosas ilusiones.

¡Pobre niña! Dios piadoso  
 Bajo su amparo te acoje,  
 De tu buena madre ha oído  
 Las fervientes oraciones.  
 ¡Feliz la que tiene madre  
 Que por ella al cielo implore!

Negras y apiñadas nubes  
Velan el disco del sol,  
Cercan al bosque las nieblas,  
Calla el pájaro cantor  
Y entre los árboles vaga  
Murmurando el aquilon.  
Por el dilatado valle  
Sobre un potro corredor,  
Con la ansiedad en los ojos  
Y el miedo en el corazon,  
Mal embozado en su capa  
Cabalga un hombre veloz.  
Parándose de repente  
El caballo relinchó,  
Y el ginete con presteza  
Vuelve la faz con temor;  
En su rostro se retrata  
Su febril agitacion  
Y mirando á todos lados  
Con ojo escudriñador  
Confuso se desemboza,  
Y con profunda atencion  
Mira á un niño que llorando  
Con afan desgarrador  
A su dulce madre llama  
Con desfallecida voz.  
—Silencio! le dice el hombre,  
Y el niño triste calló.  
En la silla lo coloca  
Y con sonrisa feroz

Que rencorosa delata  
Su inmensa satisfaccion,  
Al noble potro espolea  
Con desenvuelto furor.  
El potro la crin sacude  
Y al escape se alejó.  
Cruza súbito del bosque  
La dilatada estension,  
Los árboles atrás deja  
Y los charcos que formó  
El desbordado torrente  
En su horrísono furor.  
A la falda de alto monte  
Rápido el potro llegó,  
Las riendas suelta el ginete  
Y empapado de sudor,  
Mal comprimido el aliento  
Al pobre niño tomó  
En sus brazos con dulzura  
Y con fatigada voz  
Dijo: «Por fin me he escapado  
Y mi plan se realizó.  
¡Ah, que dulce es la venganza!  
Sosiégate, corazon.»  
Las riendas del negro potro  
Con una mano cojió,  
Tendió la capa en el suelo,  
Con semblante aterrador,  
Sobre ella al inocente  
Bello niño colocó.  
Ufano llegó á la puerta  
De su pobre habitacion,  
Sacó del pecho una llave  
La puerta sereno abrió,  
Llamó á la cándida niña  
Con extrema concision  
Y esperando su respuesta  
Un instante se paró.

Viendo que no respondia  
 La desdichada á su voz,  
 Dejando al potro en un hueco  
 Del oscuro corredor,  
 Cojió la capa y al niño,  
 La dura puerta cerró,  
 Y con prontitud penetra  
 En la oscura habitacion.

Quando el dintel de la puerta  
El hombre rápido pasa  
Con el niño entre los brazos  
Y el desaliento en el alma,  
Con el cuerpo de la jóven  
Que sigue allí desmayada,  
Tropieza brusco y temblando  
Sostiene al niño y se para.  
—Luisa! dice con voz ronca.  
¡Vive Dios que esta muchacha!  
Quando duerme es insufrible.  
Luisa, despierta, levanta,  
Soy Martin, no tengas miedo;  
Son las seis de la mañana.  
Por Cristo, ¿no me contestas?  
¡Satanás lleve tu alma!  
Despues de esta atroz blasfemia  
El hombre aleve se calla,  
Y la respuesta un instante  
De la triste niña aguarda.  
—Es imposible que duerma,  
Dice reflexivo y pasa,  
Tiende convulso la mano  
Y busca á tientas la cama.  
La oscuridad es horrible  
Que reina en aquella estancia,  
El niño asustado llora,  
Martin otra vez se para,  
Suda, se affige, vacila,  
Parece solo en la casa

La sombra de un condenado  
Que entre las tinieblas vaga.  
Un momento se estremece,  
Vuelve asustado la cara,  
El grito de la conciencia  
Le recuerda sus infamias,  
Las sombras de sus delitos  
Imponentes lo amenazan.  
Un vértigo delirante  
Su tosca cabeza abrasa,  
Y oye una voz que le dice:  
«Pronto purgarás tus faltas.»  
Cuando en las negras paredes  
Fija Martín sus miradas,  
Vé espantosos esqueletos  
Que por su nombre lo llaman;  
Su corazón desfallece,  
Quiere recorrer la estancia  
Y en sus oídos resuena  
Los ecos de sus pisadas.  
Sobre la pared se apoya,  
Siente que el niño se calla,  
Y en revuelto remolino  
Vé pasar negras fantasmas  
Que el oficio de difuntos  
Con voces piadosas cantan.  
Mira un féretro enlutado  
Entre luces funerarias,  
Mudo y aterrado escucha  
El clamor de las campanas  
Que doblan lánguidamente  
Por el reposo de un alma.  
Una visión horrorosa  
Contempla que se adelanta:  
Rayos despiden sus ojos,  
Su boca despiden llamas;  
Con frenética alegría  
Y aterradora algazara

En torno del aposento  
Rie, murmura, vuela, pasa.  
Dá un horroroso rugido,  
La envuelve una nube cálida,  
Y en la habitacion resuena  
Su histérica carcajada,  
Martin la cabeza mueve,  
El sudor su frente baña.  
La terrible pesadilla  
Que su corazon le embarga  
Lo hace llamar á la jóven  
Con voces desesperadas.  
La jóven no le contesta,  
Martin respira con rabia  
Y haciendo un supremo esfuerzo  
Vuelve á recorrer la estancia.  
Hay momentos en que tiembla  
Y al callado niño abraza,  
Por fin consigue encontrarse  
Con el borde de la cama;  
Se detiene y sobre ella  
Coloca al niño con pausa.  
Respira penosamente,  
Despues enciende una lámpara,  
La luz su temor disipa,  
Recobra al punto la calma  
Y en una silla se sienta  
Y un breve instante descansa.  
Vé á la jóven que en el suelo  
Permanece desmayada,  
Y con dulzura la mece  
Y delirante la llama.  
A la jóven se aproxima,  
Toma sus manos heladas  
Y dice: «No me responde...  
Está fria como una estatua,  
Parece que está maldita  
Por el Señor esta casa.

Cuando logre mis deseos  
Y realice mi venganza,  
Me alejo de aquí en seguida  
Con Luisa, el niño y Clara.»  
Martin contempla á la jóven  
Y reflexionando calla,  
De su alabastrina frente  
Los negros rizos aparta,  
Y asímismo se pregunta  
Si á la bella jóven ama.  
Hace dias que la jóven  
Bajo su poder se halla  
Y su inocencia respeta  
Y con respeto le habla.  
Martin mismo no comprende  
De su proceder la causa.  
Tal vez el horrible hastío  
Que su corazon desgarrá,  
Y la sencillez suprema  
De aquella jóven tan cándida  
Que con la risa en los lábios  
Sus órdenes fiel acata,  
Han moderado sus ímpetus,  
Y su infinita arrogancia.  
Tal vez sus viles proyectos  
De esterminios y venganzas  
Preocupan á su memoria  
Y tranquilizan su alma.  
Tal vez la horrorosa muerte  
Que ha visto Martin cercana  
Del dulce bien en la senda  
Arrepentido lo lanza.  
Tal vez la atencion le roben  
La felicidad de Clara  
Y el amor que le profesa  
Al contrabandista Blanca.  
¿Quién sabe lo que se oculta  
En el fondo de su alma?

Mas, ¿cómo Martin se encuentra  
En tan miserable casa?  
¿Quién indiscreto le dijo  
El sitio dó vive Clara?  
Preguntarán mis lectores  
Con razones bien fundadas,  
A Martin juzgasteis muerto,  
Los muertos no se levantan,  
Ni siguen á los amantes  
Ni sobre potros cabalgan,  
Ni roban niños, ni tienen  
Lindas jóvenes guardadas.  
Si tal decís, vive Cristo,  
Que la lógica no os falta,  
Y con ella convenceis  
Al que esta historia os relata.  
Permitidme que un momento  
Vuestra ansiedad satisfaga,  
Y lo que ignorais sabreis  
Si os fiais de mis palabras.  
Volvamos, pues, al asunto  
Y dejémonos de pausas.  
Cuando el valiente Juan Bravo  
Descargó furioso el arma  
Que su mano sostenia  
Sobre Martin que temblaba,  
Martin hizo un movimiento  
Rápido, pasó la bala  
Silbando por su cabeza,  
Dá un grito, vuelve la cara  
Y sobre el árido suelo  
De la sierra solitaria,  
Súbitamente se arroja  
Y de la muerte se salva.  
Oyó Juan que exhaló un grito  
El seductor de su hermana,  
Lo vió caer en seguida  
Al suelo vuelto de espaldas.

Recordó que en la llanura  
Había sorprendido á Blanca  
Y se alejó imaginando  
Que muerto á Martin dejaba.  
Cuando estalló la tormenta,  
El rumor de las descargas  
De la gente de Juan Bravo  
Que con la tropa luchaba,  
Llegó confuso á su oído,  
Con prontitud se levanta,  
Mira inquieto á todos lados,  
Se tienta el pecho con ansia.  
Un momento se pasea,  
Y todo el cuerpo se palpa.  
La altiva cabeza mueve  
Y el nervudo brazo alarga,  
Con dificultad respira,  
De sí mismo duda, y anda.  
Satisfecho se sonrie  
Y se oculta entre unas matas,  
Allí bendice su suerte,  
Y á la oscura noche aguarda.  
Llegó la tremenda noche,  
Alquiló listo una jaca,  
Descansó un instante en Mijas  
Y despues penetró en Málaga.  
Llamó repetidas veces  
A la puerta de su casa,  
El oído aplicó atento,  
Y se paró en la ventana  
A ver si al niño sentia  
O si abria la puerta Clara.  
Esperó á la media noche,  
Llamó á la madre en voz baja,  
Y entre el rumor de la lluvia  
Se perdieron sus palabras.  
Preguntóle al dia siguiente  
Por su familia á una anciana

Que modestamente habita  
En un cuarto de la casa.  
Y esta le contó al instante  
La partida de su amada  
Con un viejo caballero  
Y una jóven tan gallarda  
Que con gozo la recuerda  
El que consiguió admirarla.  
Martin dió un ronco rugido,  
Montó otra vez en su jaca  
Acariciando en su mente  
Mil proyectos de venganza.  
Juró matar á Juan Bravo  
Y no volver más á Málaga.  
En el término de un valle  
Astuto alquiló una casa  
Que en poder de los insectos  
Dejó el dueño abandonada.  
En ella traidor se oculta  
Y allí medita su trama.  
De noche sale y recorre  
El sitio dó vive Blanca,  
La vé hablando con su amante,  
Escucha las serenatas  
Del mancebo enamorado,  
Vé que Narciso lo abraza,  
Que Lorenzo le distingue  
Y que Don Diego lo ampara.  
Cuando las sombras disipa  
La trémula luz del alba,  
Oculto trás de una peña  
Mira al marqués cuando pasa  
Conversando alegremente  
Con las niñas que lo aman.  
De noche sigue á Juan Bravo  
Cuando retorna á su casa,  
Y desde lejos contempla  
El lindo cuarto de Clara.

En sus frecuentes paseos  
Vió á Luisa y con jactancia  
Le compró todas las flores  
Que en el cestillo llevaba.  
La persiguió sin descanso,  
Sorprendió á la niña incauta  
Con lisonjeras promesas  
Y engañosas esperanzas.  
Supo despues que á la jóven  
La perseguia la desgracia,  
Y que vivia en una choza  
Al pié de una loma alta,  
Resignada padeciendo  
Las crueldades de una anciana,  
Que sin compasion veia  
Sus pesares y sus lágrimas.  
Astuto se fingió rico,  
Y con mentidas palabras  
Le dijo á la niña hermosa  
Que con placer lo escuchaba,  
Que en las laderas del valle  
Una noche lo esperara;  
Que con él seria dichosa,  
Que él cuidaria de la anciana,  
Y que al fin conseguiria  
Trages y ricas alhajas.  
Siguió el consejo la jóven  
Y en tanto que lo esperaba  
En el sitio convenido,  
Martin penetró en su casa,  
Ató en el banco á la vieja,  
Y partió con la zagala.  
Cuando en la estancia sombría  
Se vió la niña encerrada,  
Con dulce y trémulo acento  
Le dijo á Martin:  
— Me espanta  
Este sitio y esta alcoba...

¡Ay, es tan triste esta casa!  
 Señor, ¿usted no me dijo  
 Que viviríamos en Málaga  
 En una quinta que tiene  
 De jardines rodeada?  
 ¿Por qué me deja aquí sola?  
 Aquí ni un pájaro canta,  
 Aquí el claro sol no brilla,  
 Ni una rosa, ni una dalia  
 Aquí nacen, es horrible  
 Este sitio, yo esperaba  
 Ver esas grandes ciudades  
 Que usted me ha dicho...

—Ten calma,

Contestó Martin, ya iremos,  
 Yo sé cumplir mis palabras.  
 Tengo negocios urgentes  
 Qué despachar.

—Ya me extraña

Que no salga usted de día.  
 ¿Por qué de noche se marcha  
 Dejándome sola y triste?  
 Tengo miedo y tengo ganas  
 De volverme con mis flores  
 Y ver el campo á mis anchas.  
 ¿Por qué de noche me encierra?  
 ¿Por qué me deja encerrada?  
 Yo quiero volver con Brigida  
 Mientras sus cosas despacha,  
 Si me riñe, con paciencia  
 Lo llevaré. ¿Por qué causa  
 Me quedo yo aquí? á lo menos  
 Estaré allí acompañada,  
 Y cuando usted determine  
 Me escaparé de mi casa.  
 ¿Quiere usted? ¿vamos ahora?  
 —¿Qué estás diciendo, muchacha?  
 A Brigida la he mandado

A que nos espere en Málaga.

Brígida vendió la choza...

—¿La vendió?

—Sí.

—¿Nos aguarda?

—Es claro.

—¿Cuándo partimos?

—Te prometo que mañana.

Pasó un dia y otro dia,

La pobre jóven lloraba

En el fúnebre recinto

De su reducida estancia.

La cruel incertidumbre

Se apoderó de su alma,

Y sin cesar la domina

La inquieta desconfianza.

Dos veces quiso fugarse

Y halló la puerta cerrada.

En sus horas de amargura

Recuerda la niña á Blanca,

Y recuerda de Don Diego

Las saludables palabras.

Recuerda al hermoso niño

De la compasiva Clara,

Cuando con sus lindas manos

Sus flores acariciaba.

«Es imposible, decia

Sobre el lecho recostada,

Que Martin sea un hombre justo,

Creo que ese hombre me engaña.

Es verdad que no me ofende

Y con respeto me habla.

¿Mas por qué me deja sola

En este cuarto encerrada?

¿Por qué no viene de noche?

¿Por qué no me lleva á Málaga?

¿Por qué no sale de dia?

¿Por qué de noche se marcha?

Si Brígida nos espera,  
¿Por qué no deja que salga  
A ver el campo? ¡Dios mio!  
¡Qué suerte tan desgraciada!  
Así la jóven decia  
Entre sollozos y lágrimas,  
Mientras que Martin perverso  
Entre sombras acechaba  
Al noble contrabandista,  
A la candorosa Blanca,  
Al respetable Don Diego,  
Y á la inconsolable Clara.  
En su corazon mezquino  
El valor no tiene entrada:  
Quiere al valiente Juan Bravo  
Asesinar por la espalda  
Aprovechado el momento  
En que Juan volvía á su casa.  
Dos veces salió al camino,  
Dos veces sacó la daga,  
Y dos veces tuvo miedo  
Y se escondió entre unas matas.  
Cuando á Don Diego veía  
Hablar con Lorenzo y Clara,  
Con Juan Antonio y su madre  
El seductor se asombraba,  
Y se perdía en conjeturas  
Y se estremecía de rábía.  
Desde entonces se propuso  
Robarle el hijo á su amada.  
«Si lo robo, se decia,  
Lo cuidará la zagala.  
Este es el mejor proyecto,  
No pueden dar con mi casa:  
Cuando yo tenga á mi hijo  
Podré conseguir que Clara  
Venga á mi poder de nuevo  
Y su hermano no se casa.

Se desune la familia  
Y todo se desbarata.  
Yo quiero de cualquier modo  
Satisfacer mi venganza.  
Quiero vengarme del Bravo,  
De los desdenes de Blanca,  
De su padre, de Don Diego.  
Si mi plan se malograra,  
Entonces mato al amante  
De la Azucena, y me basta.»  
Así Martin raciocina  
Y este es el plan que abrigaba.  
Por eso todas las noches  
Al pié de la sierra alta  
Dejando oculto el caballo  
Trás de una enorme montaña,  
Embozado hasta los ojos  
Una ocasion acechaba  
Para conseguir su intento.  
Siguió á Juan una mañana,  
Y se ocultó trás el monte  
Cuando Juan salió de casa.  
Vió salir á la familia,  
Y notando que Lutgarda  
Conversando con Lorenzo  
Largo trecho se alejaba,  
Penetró por una puerta  
Que Paco dejó entornada,  
Y se apoderó del niño  
Que en la cuna reposaba.  
Martin habia imaginado  
Perfectamente su trama;  
Sabia tambien la hora fija  
En que Juan se levantaba;  
Veia salir al tio Paco  
Y con el niño á Lutgarda.  
Otras veces desde lejos  
Seguia los pasos de Clara

Cuando el valle recorria  
Con el buen Don Diego y Blanca.  
Entre las peñas oculto  
Noches enteras pasaba,  
Y así consiguió su objeto  
Y realizó su venganza.

Sigue Martin pensativo  
Mirando atento á Luisa,  
Porque ya lo sobresalta  
El desmayo de la niña.  
Entre sus brazos la toma  
Y fuerte la deposita  
Sobre el lecho, junto al niño  
Que horrorizado lo mira.  
El niño en su faz espresa  
El terror que lo domina.  
Martin coloca la lámpara  
Sobre una mesa antiquísima:  
Un momento reflexiona.  
Despues ocupa una silla,  
Y con prontitud prepara  
Tintero, papel y tinta.  
Se levanta y se pasea  
Por la estancia reducida,  
Se acerca inquieto á la cama,  
Vuelve á llamar á Luisa,  
El llamamiento repite  
Y conmovido la agita,  
Y junto al lecho se sienta  
Diciendo:

—Mientras yo escriba,  
Será fácil que despierte,  
Y si no, marcharé á Mijas  
Y traeré un facultativo.  
¿Qué le ha dado á esta chiquilla?  
El niño está sosegado,

Pero el niño necesita  
 Tomar algun alimento.  
 Voy á escribirle en seguida  
 A su madre, si no viene  
 Conseguiré que Luisa  
 Lo cuide, voy al asunto  
 Antes que termine el dia.  
 Esto dice y se levanta.  
 Su ardiente mirada fija  
 En el papel, con presteza  
 Moja la pluma en la tinta,  
 Y con temblorosa mano  
 Rápido escribe estas líneas:

«Clara, si quieres probarme  
 Que sabes querer á un hijo,  
 Es necesario que leas  
 La carta que te remito.  
 Tal vez me juzgabas muerto,  
 Pero por fortuna vivo  
 Y la saña de tu hermano  
 Con arte y prudencia evito.  
 Si cuando leas esta carta,  
 (La última que te escribo),  
 Le dices á tu familia  
 Que está en mi poder el niño,  
 Me marchó á lejanas tierras  
 Y no ves mas á tu hijo.  
 Será en vano que me busquén,  
 Porque no darán conmigo.  
 Si al hijo de tus entrañas  
 Quieres tener, es preciso  
 Que sigas al mensajero  
 Que te presente este escrito.  
 Solo cuatro dias te aguardo.  
 Ya todo lo tengo listo,  
 Y tú sabes que soy hombre  
 Que sé cumplir lo que digo.

Yo no ignoro que hace tiempo  
Que te espanta mi cariño,  
Que mis palabras te ofenden,  
Que mi amor te causa hastío  
Y que léjos de mí gozas,  
Y que padeces conmigo.  
Mas si es verdad que una madre  
Debe sufrir por un hijo,  
Es necesario que aceptes  
Este nuevo sacrificio.  
En fin, ya sabes que espero  
Tu contestacion tranquilo.  
De tu prudencia depende  
El porvenir de este niño,  
Que sin descanso te llama  
Con desesperados gritos.  
Si por tu causa me buscan  
Y dices lo que te digo,  
No me encontrarán, pues nadie  
Logra saber donde vivo.  
Si trascurren los tres dias,  
Y á mi casa no has venido,  
A tu dolor te abandono  
Y me marchó con mi hijo.  
Mi fallo es irrevocable,  
El que te entregue este escrito  
Te dirá de qué manera  
Debes venir, te suplico  
Que sea reservada y pronta  
Tu resolucion, hoy mismo  
Empieza á correr el plazo.  
Clara, no pierdas al niño.»

Esto escribió, por sus lábios  
Rauda pasó una sonrisa.  
Satisfecho de sí mismo  
Se levantó de la silla;  
Y acercándose á la cama

Llamó otra vez á Luisa.  
La vieja lámpara coje,  
A la jóven se aproxima,  
Y dá un grito cuando observa  
La palidez de la niña.  
Con su tosca mano toma  
La pequeña mano fria  
De la jóven, que insensible  
No dá señales de vida.  
Toma la capa intranquilo,  
Listo enciende la bujía.  
Mata la luz de la lámpara,  
Su negro caballo ensilla:  
Deja cerrada la puerta,  
Al noble alazan hostiga,  
Y al galope se dirige  
Por una feraz campiña.

XXII.

Sorpresa.

Amor mio, no pierdas  
Las esperanzas,  
Que en el pozo mas grande  
La sogá alcanza.

Aquel que tiene la culpa  
De que yo fatigas pase,  
Se vea en Argel cautivo  
Sin tener ningun rescate.

*Coplas populares.*

CUAL plácido arroyuelo que entre flores  
Mansamente murmura y se desliza  
Por el ameno prado de colores  
Que con pródiga mano Abril matiza,  
Y de la blanca luna á los fulgores  
Las ondas mece que favonio riza;  
Agitando su linfa plateada  
Se desliza la infancia idolatrada.

Cual la débil barquilla que orgullosa  
Audaz se lanza al caudaloso rio,  
Despreciando gentil y valerosa  
De la inmensa corriente el poderio;  
Así la juventud de amor ansiosa

En alas de inocente desvario  
Lánzase henchida de placer fecundo  
En el inmenso piélago del mundo.

Escuchando al arroyo que murmura,  
Bendiciendo los prados y las flores,  
Y del frondoso bosque en la espesura  
Oyendo á los canoros ruseñores;  
Admirando la célica hermosura  
Del ángel tutelar de sus amores  
Que con placer eterno lo convida,  
Dice el hombre, «á vivir; ¡bella es la vida!»

Vienen despues las juveniles horas  
Amadas del encanto y la alegría,  
Con sus dulces visiones seductoras  
Que aduermen á la inquieta fantasía,  
Y bendice á la estrella bienhechora  
Que al templo hermoso del amor lo guía,  
Cuando ledo contempla en su ignorancia  
Al sol radiante de la alegre infancia.

Insensato recorre la pradera  
En alas de su amor noble y ardiente.  
Amor! le grita el aura pasagera,  
Amor le dice en su rumor la fuente;  
Escucha en la flotante enredadera  
Que le canta á su amor ave inocente,  
Y el céfiro jugando con las flores  
Le revela el poder de los amores.

Dicha es amar, que el corazon que ama  
Todo lo juzga noble, santo y pio,  
Arde en el pecho del amor la llama  
Y cobra el corazon grandeza y brio;  
Mas ese fuego que la mente inflama  
Lo apaga presto el desengaño impio;  
Abre en el corazon profunda herida

Y el hombre llora su ilusion perdida.

¿Será tal vez que cuando el hombre sueña  
Y se eleva al eden de los amores,  
En ser feliz al parecer se empeña  
Ignorando del mundo los rigores?  
El alma del amor sigue la enseña,  
Luego el amor le brinda con dolores,  
Y huye la dulce paz, huye el contento,  
Se agota el manantial del sentimiento.

Hoja del paraíso desprendida  
Es el amor, su misterioso encanto,  
Devuelve al triste su ilusion perdida  
Y alegre enjuga el doloroso llanto.  
Triunfa de las miserias de la vida  
Y es el soplo de Dios clemente y santo,  
Soplo inmortal que en nuestro pecho crece  
Y al alma diviniza y engrandece.

De gloria anhela el engañoso nombre,  
Gloria inmortal en su ambicion desea,  
Que gloria llama en su flaqueza el hombre  
A ese delirio que la mente crea.  
«Yo quiero, dice, que á la tierra asombre  
Mi génio y mi poder, que el mortal vea  
Que ante la llama que en mi mente brilla  
El universo atónito se humilla.

Una muger cual rutilante estrella  
Ilumina su dicha transitoria,  
Y no puede borrar su imágen bella  
Del límpido cristal de su memoria.  
Cuando ardiente demanda para ella  
Sus eternos lauros á la gloria  
Esa muger en su camino avanza,  
Y marchita la flor de su esperanza.

Pasan veloces los alegres años  
 Y con ellos se van las ilusiones,  
 Y á la sima fatal de los engaños  
 Precipitan al hombre sus pasiones.  
 La madre de los tristes desengaños  
 Trueca su breve dicha en aficciones,  
 Loco maldice su contraria suerte  
 Anhelando el reposo de la muerte.

Tal es la historia de la vida humana,  
 Fingese el hombre un mundo á su albedrio  
 Y se juzga feliz, la edad temprana  
 Le dá á su corazon potente brío,  
 Y de su alegre vida en la mañana  
 «El mundo, dice, para siempre es mio,»  
 Y al ver el cáliz que el dolor le enseña  
 Despierta el hombre cuando el alma sueña.

Cuando Clara olvidaba sus dolores  
 Sabiendo que Narciso la queria;  
 Cuando la nueva flor de sus amores  
 Sus delicados pétalos abria;  
 Cuando alegre recibe los favores  
 Que el marqués generoso le ofrecia,  
 El seductor infame la acechaba  
 Y dispó el contento que gozaba.

Lorenzo levantó su faz serena  
 Y dió las gracias al benigno cielo;  
 Dichosa se juzgaba la Azucena  
 Viendo de Juan el amoroso anhelo;  
 Narciso desechó su amarga pena  
 Y halló el marqués á su pesar consuelo,  
 Y todos bendiciendo su ventura  
 Olvidaban sus horas de amargura.

¿Quién logra asegurar la bienandanza  
 Cuando camina en la mudable tierra?

¿Quién no ha visto alejarse la esperanza  
Cuando el dolor su corazón encierra?  
¿Quién logra de recóndita venganza  
Las iras desarmar que al justo aterra?  
¿Quién recorre del mundo los abrojos  
Sin regarlos con llanto de sus ojos?

En la corta jornada de la vida  
Dura la dicha lo que dura un sueño;  
No vuelve nunca la ilusión perdida  
Ni nunca el hombre de la dicha es dueño;  
Si el placer un instante nos convida  
El dolor lo destruye con empeño,  
Porque combaten al amor fecundo  
Los desengaños pródigos del mundo.

Sobre el verde follage  
 Del elevado y peñascoso monte  
 Tendió la noche su estrellado manto;  
 La luna en la mitad del horizonte  
 Tímida fulguraba;  
 Suspendiendo su canto  
 Se oculta en el ramage  
 De la espesa llanura  
 El ave que la sombra amedrentaba.  
 Sobre el tallo se alza la flor pura,  
 Y el viento desmayado murmuraba  
 Del enramado bosque en la espesura.

En la casa del Bravo  
 No se apercibe de la hermosa Clara  
 El delicioso acento,  
 Ni á la amable Lutgarda se veía  
 Del niño acariciar la frente hermosa  
 Reclinada en su asiento.  
 El aura que bullía  
 En torno de la verde enredadera  
 El solemne silencio interrumpía  
 Que en el llano reinaba.  
 Tío Paco solo el valle contemplaba,  
 Un habano encendía  
 Y su moreno rostro acariciaba,  
 Y de este modo en su aflicción decía:

—Me canso de estar solo,  
 Permita el cielo que parezca el niño,

Y cese la inquietud de la familia,  
 Yo comprendo el cariño  
 De Clara y de su madre, ¿quién la auxilia  
 Si el niño no parece?  
 ¿Y quién escucha á Juan? Yo soy un bolo  
 Yo he de salir de quí, ¿mas quién se queda  
 Y cuida de esta casa? ¿no merece  
 El hombre que á ese niño se ha llevado  
 Que lo cuelguen de un tronco? Yo me he visto  
 Con la muerte colgando en las narices  
 Y no he sufrido mas que sufro ahora;  
 Miro rabiarse á Juan desesperado,  
 Su pobre hermana sin consuelo llora  
 Gime su madre y Blanca. ¡vive Cristo!  
 Yo no me quedo así, cierro la puerta  
 Y me voy á buscar á ese malvado.  
 ¿Quién sabe dónde está? ¿quién listo acierta  
 Con el lugar en donde esté escondido?  
 Tomaré mi puñal y mis pistolas  
 Y saldré por el valle decidido  
 A buscarlo sin trégua ni descanso,  
 Me aflige el corazón ver á Don Diego.  
 Así dijo el teniente:  
 En la espaciosa habitación penetra  
 Y cogiendo sus armas prontamente  
 Cerró todas las puertas de la casa;  
 Reflexionó un momento  
 Y por el verde valle se dirige  
 Abismado en su propio pensamiento  
 Y en la constante pena que lo aflige.

Mústio camina el viejo,  
 El prado ameno con afán divisa  
 Y ansioso se adelanta,  
 De las ráfagas oye los murmullos,  
 Y el delicioso aliento de la brisa  
 Al pasar por las flores  
 Levemente acaricia su semblante,

De la tórtola escucha los arrullos.  
Duerme la tierra en brazos de las sombras  
Y de la blanca luna á los fulgores  
Que argentan los cristales del arroyo  
Y salpican de plata las alfombras  
Del campo que adornó la naturaleza  
Detienese un instante,  
Admira del Eterno la grandeza,  
Conmovido suspira  
Y cruza por el bosque con presteza  
Y á todos lados con recelo mira.

Al cruzar por un llano  
Oye un leve ruido y se detiene:  
Espesísima nube  
Nubla la luz hermosa de la luna  
El viejo inquieto sube  
En alas del afán que lo importuna  
Por la pequeña cumbre de una roca,  
Vé pasar una sombra, el viejo avanza,  
Y mira á una muger falta de aliento,  
Que angustiada sostiene  
Un niño entre los brazos, sin tardanza  
Cruza el viejo del monte los abrojos  
Y á la muger persigue  
Por la verde llanura,  
La muger caminando no prosigue  
Y extasiado contempla  
A una jóven de célica hermosura  
De tersa frente y penetrantes ojos.

La jóven lanzó un grito  
Al contemplar el rostro del teniente  
Que delante de ella se detuvo;  
Con temor infinito,  
Abrazó sollozando al inocente  
Niño que entre sus brazos sostenía.  
Tío Paco se contuvo

Se estremeció un instante de alegría  
Y le dijo á la jóven:

—¿Se ha asustado?

¿Dónde vá usted tan sola, vida mia?

¿Tal vez se ha extraviado?

¿Quiere usted que le haga compañía?

Con fatigado acento  
Le contestó la jóven:

—Yo quisiera

Que me dijese usted si falta mucho

Para llegar al sitio donde vive

Un caballero anciano, que acostumbra

Recorrer la pradera

Con dos jóvenes lindas, cuando el alba

Con su luz placentera

Despierta á los alegres pajarillos.

—Conozco al caballero

Y yo sé donde vive, voy ahora

A complacerla á usted. Dijo el tío Paco

Y se acercó ligero

Al lado de la jóven seductora

Que lo miró un instante fijamente

Con amarga inquietud.

—Vamos, señora,

Yo la acompañaré si usted consiente

Que la deje en el sitio que desea;

Yo conozco el sendero,

Y conozco al marqués perfectamente;

Permita usted que vea

La cara de ese niño, ¡cosa rara!...

¿Ese niño es de usted? yo juraría...

¡Vive Dios que es idéntica la cara!

O me engañan mis ojos todavía

O ese es el niño de la pobre Clara!

Así dijo el tío Paco  
Y se acercó á la jóven, miró al niño,

Lo tomó de los brazos de Luisa  
 Que absorta lo miraba,  
 Lo besó con cariño,  
 El niño con angélica sonrisa  
 En los brazos del viejo se agitaba,  
 Que dijo entusiasmado:  
 —¡El mismo! ¡lo conozco! te buscaba...  
 Mi objeto, vive Dios, se ha realizado!  
 La joven con asombro  
 Admirando del viejo la alegría  
 A su lado acercóse diligente,  
 Y con voz agitada  
 Que manifiesta la ansiedad que siente  
 Le pregunta temblando:

—¿Usted venía  
 Buscando á este inocente?  
 ¿Conoce usted á su madre infortunada?  
 ¿Dónde vive, llevadme, quiero verla,  
 Comprendo que será muy desgraciada  
 No sabiendo la suerte de su hijo;  
 Esa amable señora es una perla.  
 Hoy ya puedo pagarle los favores  
 Y los buenos consejos que me dijo  
 Cuando en el campo me compraba flores.  
 Me siento fatigada,  
 Que esté lejos la casa sentiria,  
 Me encuentro tan cansada...  
 Yo pensé que Martin me perseguia...  
 Yo no sé cómo he hecho la jornada.

Estremécese el viejo  
 Cuando asustada pronunció la joven  
 El nombre de Martin; en el espejo  
 De fuente cristalina  
 Se retrata su faz pálida y triste.  
 Limpia clara y serena  
 En el alto cenit brilla la luna;  
 La brisa campesina

Lánguida entre los árboles resuena.  
Tio Paco inquieto con valor resiste  
El receloso afan que lo importuna;  
Le vino á la memoria  
Las palabras de Juan cuando enfadado  
Le dijo que Martin lo habia seguido  
De la pálida luna á los fulgores,  
Y recordó la historia  
De la hermosa aldeana  
Que en el valle gentil vendia las flores  
Cuando saluda el ave  
Abandonando el nido  
Con su canto suave  
A la trémula luz de la mañana.  
Cuando oyó que la jóven le decia  
Que asustada temia  
Que Martin sin rubor la persiguiera,  
El viejo comprendió que el hombre aleve  
Que insensato se atreve  
A provocar del Bravo la osadia,  
Al niño habia robado  
Y á la niña hechicera  
Astuto habia engañado.  
Acarició en su mente un pensamiento  
Y se propuso conocer entera  
La historia que á sus ojos se ocultaba,  
Acercóse á la jóven con cuidado  
Y le dijo en voz baja:

—Yo sabia

Que ese infame Martin, ese malvado  
En su poder tenia  
La prenda que en su furia deseaba.  
Tambien he sospechado  
Que él amarró á la anciana de la choza  
Y se llevó á la jóven que vendia  
Las flores á la madre de este niño.  
Sin trégua por el valle lo he buscado...  
Dígame usted, por Dios, en dónde vive

Porque me tiene ya desesperado  
 Su eterna villanía.  
 El hombre mas juicioso no concibe  
 Como roba ese mónstruo sin cariño  
 A la madre amorosa,  
 Al hijo que idolatra, á la doncella  
 Su respetable honor; ahora comprendo  
 Que es usted la aldeana que vivia  
 Con la pobre muger que está muriendo  
 En un triste hospital abandonada;  
 Usted es la jóven bella  
 Que escuchaba en el valle silenciosa  
 Las promesas de amor del que venia  
 A verla tan temprano,  
 Usted no oyó las voces del anciano  
 Que tan buenos consejos le ofrecia.  
 Dígame usted del hombre que la ofende  
 El oculto lugar donde se esconde.  
 No tema que ese hombre que maldigo,  
 Cuyo recuerdo enciende  
 El apagado fuego de mi ira  
 La persiga ya mas, cuente conmigo.

La jóven angustiada al viejo mira  
 Y con voz desmayada le pregunta:  
 —¡Santo Dios! ¿Es verdad lo que he escuchado?  
 ¿Brígida está muriendo  
 En un pobre hospital? ¡Ay! me ha engañado  
 El hombre que constante me juraba  
 Con seductor acento enamorado  
 Que eternamente con pasion me amaba.  
 Dios piedad tenga  
 De Brígida y de mí, yo estoy sintiendo  
 Una voz en mi pecho que me dice  
 Que soy la única causa de su muerte.  
 Vamos, señor, de aquí, temo que venga;  
 Mi corazon me advierte  
 Que no puede tardar, mi adversa suerte

Ante mis ojos lo traerá al momento;  
Mi corazón herido lo maldice  
Yo no lo quiero ver, Dios lo detenga...  
Yo no puedo decirle lo que siento.

La joven delirante  
Tomó al niño en sus brazos con presteza;  
Las lágrimas cubrieron su semblante  
Y á grandes pasos recorrió el camino.  
El viejo con notable ligereza  
Se colocó á su lado y con ternura  
La condujo de un bosque á la espesura.  
En silencio los dos se contemplaron  
Y á los piés de un naranjo se sentaron.  
El agua de una fuente  
Que la luna argentaba,  
Al bajar por la rápida pendiente  
Del encumbrado monte  
Magnífica brillaba.  
Al verla desde lejos  
De la luna á los pálidos reflejos  
Una estrella parece descendida  
Del esplendente azul del horizonte  
Por fantásticos géneos suspendida.  
La joven abatida  
Inclinó sobre el pecho la cabeza  
Y en graves pensamientos sumergida  
Cansada reclinó su hermosa frente  
Sobre su blanca mano.  
El viejo con tristeza  
Contemplando á la joven inocente  
Comedido y ufano  
Le cuenta la tristísima aventura  
De la mísera anciana  
Cuando en la choza la encontró Don Diego  
Amarrada en el banco sin sosiego.  
Con sencillez comenta la amargura,  
De la afligida hermana

Del bravo capitán, cuando á su hijo  
Le arrebató Martín; con honda pena  
Le refiere el dolor de la Azucena.  
Todo lo oyó la jóven conmovida  
Y con franqueza y espansion le dijo  
Al anciano prudente  
Todo lo que Martín le habia contado.  
Le confesó la oculta antipatia  
Que en su pecho sentia  
Por el hombre que vil la habia engañado.  
Le esplicó claramente  
El lugar y la casa en que vivia  
El seductor odiado  
Y terminó pidiéndole al teniente  
Que el camino mas corto le enseñara  
Y á la casa del niño la llevara.

—Marchemos al instante,  
Le contestó el tío Paco, que ya es hora,  
Conozco que descanso necesita  
Y ese niño tambien, voy á pedirle  
Un inmenso favor, cuando usted llegue  
A la casa que tanto solicita,  
Si llegan á decirle  
Si hasta la puerta yo la he acompañado  
Le suplico por Dios que usted lo niegue.

En el tosco semblante  
Del misterioso viejo se fijaron  
Los hechiceros ojos de Luisa.  
Comprendió la mirada penetrante  
Tío Paco que fingiendo una sonrisa  
Tranquilizó á la jóven seductora  
Diciéndole:

—Sus ojos preguntaron  
La causa de mi extraño pensamiento,  
Hemos llegado ahora,  
Yo se lo explicaré como lo siento

Mañana que la vea;  
Allí tiene la casa que desea.

La jóven se apresura  
Y penetra en la casa prontamente;  
El viejo cautamente  
La vé entrar bendiciendo su ventura;  
La vé cerrar la puerta cuerdamente  
Y entregado en su lánguida tristura  
Se aleja de la casa de repente  
Y se interna del bosque en la espesura.

En la casa desierta  
Lutgarda penetró, mientras Lorenzo  
Con su hermano y la jóven conversaba  
Y el delicioso valle recorrian,  
Abrió la madre sin temor la puerta  
Del elegante cuarto que habitaba  
Alegre bendiciendo su fortuna.  
El sol del medio dia  
El despejado cielo iluminaba  
Y á torrentes su lumbre derramaba  
Sobre el florido llano  
Donde encontró Narciso su alegría.  
Alzó Lutgarda con tranquila mano  
El paño que cubria  
La descuidada cuna  
Y la encontró vacia.  
Latió su corazon violentamente  
Y de su pecho amante  
Un sofocado grito de agonía  
Rápido se escapó: súbitamente  
La estancia registró, con triste acento  
Llamó al niño, cubrióse su semblante  
De palidez mortal, y diligente  
Entró en el aposento  
Que su hijo Juan le designó al teniente.  
—No está, dijo Lutgarda, se ha marchado,  
¿Dónde estará mi niño, Virgen mia?  
¿Si tio Paco tal vez lo habrá llevado?  
Tal vez cuando saldria  
En el cuarto de Juan me habrá buscado

El niño lloraria  
 Y el viejo con agrado  
 Por no verlo llorar lo habrá sacado.  
 Tio Paco lo tendrá, yo sentiria  
 No encontrarlo al momento, voy ahora  
 A buscar á tio Paco sin tardanza.  
 Así exclamó la madre suspirando,  
 Abrió su corazon á la esperanza,  
 Abandonó su casa sollozando,  
 Atravesó la sierra seductora,  
 Y al ver á Juan, bendijo su ventura  
 Y se acercó á su lado prontamente.  
 —¿A dónde está tio Paco? ¿lleva al niño?  
 Con ansia preguntó.

—Madre del alma,

Le contestó Juan Bravo con cariño,  
 Dígame usted al instante por qué llora,  
 ¿Quién altera su calma?  
 ¿Quién causa su quebranto y su amargura?  
 Allí viene tio Paco ¿qué desea?

—Déjame que lo vea.

Le contestó la madre, cruzó el llano,  
 Llamó al viejo teniente con ternura,  
 Miró solo al anciano  
 Y comprendió su inmensa desventura.

—¿Usted no ha visto al niño esta mañana?

Diga usted la verdad, por Jesucristo;  
 Dios me otorgue su gracia soberana,  
 Cuando usted no contesta no lo ha visto...  
 ¿Donde mi niño está, Juan de mi vida?...

La madre en su espantoso desconsuelo  
 En los brazos de Juan se arrojó triste,  
 Y fué su pena tanta

Que se anudó la voz en su garganta.

Miró Juan á su madre con anhelo  
 Al comprender la causa de su pena.

—Tio Paco; ¿quién resiste ¡vive el cielo!  
 Ver á su madre así? vamos, señora,

El niño tendrá Clara, la Azucena  
 Tal vez lo habrá llevado  
 Porque Blanca lo adora...  
 Ay! serénese usted, madre querida,  
 Que Blanca lo tendrá. Desfallecida  
 Lutgarda contestó:

—No, lo han robado,  
 Clara salió temprano con Don Diego  
 Y lo dejó en la cuna sosegado...

—Cálmese usted, señora, se lo ruego.  
 El viejo al capitán miró asombrado  
 Y se acercó á la madre que lloraba  
 Y le dijo:

—Lutgarda, me fatiga  
 Que así se apure usted; vamos ahora  
 Todos juntos á casa, allí veremos  
 Si encontramos un alma que nos diga  
 Quien al niño llevó, lo buscaremos,  
 Señora, yo le juro  
 Que buscándolo yo, lo encontraremos.  
 Así dijo el teniente  
 Y Juan Bravo añadió:

—Madre querida,  
 Tiene razón tío Paco, sobre todo  
 Es preciso marchar, de cualquier modo  
 Vamos á casa juntos, por mi vida  
 Creo que Narciso y Blanca se llevaron  
 Al niño de mi hermana.

—¿Si, hijo mio?  
 Dijo la madre.

—Si, yo así lo creo.  
 —Vamos á ver á Blanca, lo deseo.  
 Tomó el brazo la madre dolorida  
 Del generoso Juan, por el paseo  
 Del perfumado valle se alejaron  
 Y en su desierta casa penetraron.

Juan Bravo con presteza

La casa registró, siguióle el viejo  
 Y la abatida madre en su tristeza  
 Se sentó murmurando una plegaria  
 A los piés de la imágen, Juan perplejo  
 Dijo á Paco en voz baja:

—Me ha burlado  
 El infame Martin, no tengo duda,  
 Es Martin el que al niño se ha llevado...  
 Es preciso buscarlo en el instante...  
 Si lo encuentro en el valle Dios le acuda.  
 —La hazaña de ese hombre es repugnante...  
 Su retrato tomé y ahora es preciso  
 Que llevemos á casa de Maria  
 A la pobre Lutgarda, yo iré luego  
 A recorrer la sierra, el tiempo pasa;  
 Yo si lo encuentro te daré el aviso,  
 Y ya estamos demás en esta casa.

—Recobre usted el sosiego,  
 Vamos á ver á Blanca, madre mia,  
 Le dijo Juan á la afligida anciana.  
 —Vamos á verla, sí, tu pobre hermana  
 No podrá resistir tanto tormento.  
 —¿Y si el niño está allí?  
 —¿Tú estás seguro?  
 —¡Estoy seguro, madre! yo no miento.  
 —Tú te engañas, mi Juan.  
 —Se lo aseguro.  
 —Pues entonces, salgamos al momento.

Con Lutgarda marcharon  
 Tio Pacó y el mancebo que sentia  
 Arder su sangre en las hinchadas venas,  
 Silenciosos la sierra atravesaron,  
 El sol esplendoroso recorria  
 Las azuladas bóvedas del cielo,  
 Salpicando de oro las arenas,  
 Del caloroso suelo

La casa de Lorenzo divisaron,  
 Se aumentó de Lutgarda la agonía  
 Y Juan la consolaba  
 Alarde haciendo de su sangre fría.  
 Juan y el viejo teniente se miraron  
 Y el viejo la mirada comprendía  
 Que Juan en su amargura le lanzaba.  
 A la casa llegaron,  
 Lutgarda de ansiedad se estremecía  
 Y en casa de Lorenzo penetraron.

Al entrar en la casa  
 Clara salió al encuentro de su madre,  
 Sus brazos con placer le abrió María,  
 Narciso la abrazó, le habló Don Diego;  
 Pero la pobre madre congojosa  
 Atravesó la estancia silenciosa,  
 Miró á la bella Blanca con espanto  
 Y así le dijo á Juan:

—Yo lo sabía,

El niño no está aquí!

—¿Qué es lo que pasa?

Lorenzo preguntó. Bañada en llanto  
 La tristísima faz, contestó al padre  
 De la amable Azucena  
 Lutgarda, revelándole su pena.

—Cuando salió de casa esta mañana  
 Dejé en la cuna al niño idolatrado...

—¿A dónde está mi hijo, madre mía?  
 Clara le preguntó.

—Me lo han robado,

Le contestó la madre en su agonía.  
 Clara se estremeció, la triste anciana  
 Un asiento ocupó pálida y fría.

Ocultó la cabeza

La esposa de Lorenzo entre sus manos,  
 Púsose en pié Narciso con presteza,

Atónito el marqués y vacilante  
 A Lorenzo miró, que su sorpresa  
 Revelaba en su pálido semblante.  
 Blanca miró á su amante  
 Trémula de terror, Juan al momento  
 Con ronca voz y penetrante acento  
 Que el hondo sentimiento  
 De su mucha aficcion manifestaba,  
 A su hermana le dijo:

—Yo sé en dónde  
 Se oculta el vil que te robó tu hijo.

Tio Paco que saberlo deseaba  
 Al Bravo se acercó con ligereza.

—¿En qué lugar se esconde?  
 A Juan le preguntó, dí, yo te exijo  
 Que las señas me des de su aposento.

—Eso me toca á mí, Juan yo quisiera  
 Dijo Narciso con furor al mozo,  
 Saber donde se oculta esa fiera,  
 Que causa los tormentos de su hermana,  
 Su inícua accion castigaria con gozo.

—A la gente villana  
 Yo la sé castigar, vámonos fuera.  
 Juan á la puerta dirijióse inquieto  
 Exclamando al salir:

—Hermana mia,  
 No volverá á mi pecho la alegría  
 Si no logro cumplir lo que prometo.

Tio Paco prontamente  
 Salió detrás de Juan, y éste le dijo:  
 —Váyase usted á mi casa diligente  
 Y póngase de acecho, sé de fijo  
 Que Martín volverá, cuando usted vea  
 Un hombre que embozado en negra capa  
 Por el llano de casa se pasea  
 Lo detiene usted al punto aunque no sea  
 El hombre que se busca.

—Bien pensado,  
 Mas... serénate Juan, oye una idea,  
 Si es Martin el que al niño se ha llevado,  
 ¿Será tan imprudente  
 Que vaya por allí? ¿No habrá ideado  
 Que muere si en el valle se le atrapa?  
 —No escarmienta jamás ese malvado.  
 —Como lo encuentre yo no se me escapa.  
 Le dijo el viejo á Juan, vé sin cuidado:  
 —¿Lo conoce usted bien?

—Se le examina.  
 —A Narciso veré, ya he imaginado  
 Que se esconda Narciso en la colina  
 Y le aceche esta noche  
 —Me parece  
 Muy sutil y oportuno el pensamiento.  
 —Ya se le tratará como merece.  
 Yo parto para Málaga al momento,  
 Tal vez lo encuentre allí.

—Bien, enterado.  
 Dios te ilumine, adios. Con sentimiento  
 Tio Paco abrazó á Juan, éste agitado,  
 Sumergido en su amargo pensamiento  
 Cruzó la senda que á la casa guia  
 De la muger que adora todavia.

Siguió por el camino  
 El viejo con razon triste pensando  
 En las locas mudanzas del destino.  
 Llegó á su casa y se sentó á la puerta,  
 Y vió pasar allí hora trás hora.  
 Se cansó de esperar y abandonando  
 La morada de Juan, la ruta incierta  
 Tomó de otro camino que ignoraba  
 Donde encontró á la niña seductora  
 Y al inocente niño que esperaba.  
 En tanto Juan imaginó preciso  
 Para lograr el plan que meditaba

Ir á la capital, contó á Narciso  
Que Martin una noche lo seguia,  
Y el jóven sin descanso lo acechaba  
Desde el infausto dia  
Que al niño se llevó, no se alejaba  
Del sitio convenido y allí estaba  
Entre las verdes matas escondido  
La noche que el teniente conmovido  
A la jóven, que al niño conducia,  
Le señaló la casa que buscaba.

En casa de Lorenzo  
Reinaba la inquietud. Blanca sentía  
De su amiga infeliz la amarga pena;  
Consolaba María  
A la triste Lutgarda que sufría  
Sobre un sillón pequeño reclinada.  
Lorenzo comprendía  
El agudo dolor de la Azucena;  
Margarita asustada  
Esperaba la vuelta de Narciso.  
Aterrado Don Diego  
La habitación lujosa recorría.  
Triste á su hermano contemplaba luego.  
El anciano sabía,  
Porque Juan al partir solo había dicho,  
El duelo con Martín, sabía el anciano  
Que Martín á Juan Bravo perseguía  
Cuando de noche el venturoso amante  
Feliz y alegre atravesaba el llano.  
Narciso en su dolor le refería  
Las sospechas de Juan, desde el instante  
Que conoció á Martín, hasta la hora  
Que al niño se llevó, continuamente  
Afligido el marqués, no sosegaba.  
Consuela á Clara cuando triste llora,  
A la inquieta Lutgarda consolaba,  
Templaba de Lorenzo la agonía,  
Calmaba de Narciso el celo ardiente,  
A Juan Bravo esperaba,  
El valle silencioso deponía

Y rendido en el bosque se sentaba.  
 Lorenzo si tardaba  
 A buscarlo salia  
 Y gimiendo en el bosque lo encontraba.  
 Cuando el padre en su casa penetraba  
 Y la afliccion veia  
 De Clara y de Lutgarda, un breve instante  
 En su apartada alcoba se escondia;  
 Cuando Narciso oia  
 Los ayes de la jóven que adoraba,  
 Sin poder consolarla en su amargura  
 Rendido y delirante  
 Con balbuciente acento le decia:  
 —No llores, Clara mia,  
 Ten esperanza en Dios y en mi cariño,  
 El tio Paco lo busca en la llanura,  
 Yo lo busco tambien, el mismo dia  
 Que ese infame Martin se llevó el niño,  
 Tu hermano con valor me prometia  
 Que en Málaga á ese aleve buscaria.  
 Poco debe tardar, es arrojado  
 Y es posible que al niño haya encontrado.

La jóven afligida  
 Con el llanto en los ojos lo escuchaba.  
 El anciano marqués en su aposento  
 A solas su desgracia lamentaba,  
 Y Lorenzo á la madre dolorida  
 Generosos consuelos le brindaba.  
 Al mirar de su amada la tristeza  
 Narciso despechado se alejaba  
 Y astuto se ocultaba  
 Del enramado bosque en la maleza.

La luna deliciosa  
 El magnífico espacio iluminaba.  
 Lutgarda silenciosa  
 Al callado Lorenzo contemplaba

Abismado en su grave sentimiento.  
 Clara, cansada de nocturna vela  
 Escucha de su amiga el grato acento  
 Que con dulces palabras la consuela.  
 El marqués reclinado en la ventana  
 Se entrega á su constante pensamiento  
 Aspirando el perfume de la brisa.  
 La madre de la cándida Azucena  
 Le cuenta á Margarita su tormento;  
 Margarita serena  
 Escucha las razones de la anciana  
 Y pensativa se quedó un momento.  
 Con ímpetu violento  
 Se abrió la puerta y penetró Luisa  
 En el ancho aposento;  
 En sus lábios brillaba la sonrisa,  
 Que aumenta su candor y su hermosura.  
 Miró á Clara la jóven y le dijo:  
 —Dios que concede al justo la ventura  
 Se la concede á usted: tome á su hijo.

Alzóse de su asiento  
 Lutgarda, con frenética alegría.  
 Clara expresó al instante su contento  
 Besando á la muger que lo traía;  
 El bello niño de placer lloraba  
 Cuando su buena madre lo abrazaba.  
 Luego en sus brazos lo tomó María,  
 El marqués lo besaba con cariño,  
 Lorenzo complacido lo besaba  
 Y Clara con amor se sonreía  
 Y de nuevo en sus brazos lo tomaba;  
 La estancia delirante recorria,  
 Y besando la frente de su niño  
 Sobre su pecho amante lo estrechaba.

Acercóse Don Diego  
 A Luisa, que alegre contemplaba.

El contento de Clara y de su amiga,  
Y al acercarse á ella  
Para pedirle con galante ruego  
Que aceptase el cumplido testimonio  
De inmensa gratitud, miró asombrado  
Que era la jóven bella  
Que en el valle con gozo lo esperaba,  
Y las primeras flores le vendia  
Cuando el alba gentil anuncia el dia.  
Blanca ansiosa á su madre le decia:  
—Esa jóven que al niño ha presentado,  
Es la jóven hermosa, madre mia,  
Que nos vendia las flores en el prado.

Clara fijó sus ojos  
En Luisa tambien, corrió á su lado  
Y trémula besó sus lábios rojos.  
Lutgarda contemplando su belleza  
Y olvidando su pena y sus enojos  
Acercóse á la jóven con presteza  
Y alegre la abrazó. Blanca al instante  
Revelando su gozo en su semblante  
La mano le estrechó con ligereza;  
La madre y Margaritâ se acercaron  
Y á la jóven hermosa rodearon.

Por la abierta ventana  
Confusa penetró la luz primera  
De la alegre mañana.  
Entró Narciso triste y abatido  
Y Clara á recibirlo salió ufana,  
Y se quedó el mancebo sorprendido  
Cuando al niño miró, con gentileza  
El buen Narciso le beso la mano  
A la madre de Juan; miró á Don Diego  
Habló con él de prisa,  
Llamó á Lutgarda, saludó á su padre,  
Y sentándose al lado de Luisa

De este modo le habló:

—Dios es testigo  
De las buenas acciones que en el mundo  
Practica la virtud, usted á una madre  
Le ha traído la paz y la ventura;  
Admiro de su alma la grandeza,  
Pero escuche usted bien lo que le digo,  
Yo quiero que conteste con franqueza  
A las preguntas que le hará á usted ahora  
Su único protector y único amigo...  
Dijo Narciso, levantóse luego,  
Y con presteza señaló á Don Diego.

—Es preciso, hija mia,  
Dijo el marqués con calma, que sepamos  
Dónde has estado desde el triste día  
Que dejaste el valle, lo anhelamos.  
Luisa con dulzura  
Oyó al marqués, y con pausado acento  
Que indica la estension de su voz pura,  
Fijando en el marqués con sentimiento  
Su mirada hechicera  
La jóven se expresó de esta manera:

—Sin consuelos vivia yo  
Con una muger anciana,  
Que en mi triste edad temprana  
De la inclusa me sacó.

En la miseria nací  
Y en la miseria vivia,  
Que no era la madre mia  
Esa muger comprendi.

Con mis afanes prolijos  
Me dejó fortuna ingrata:  
Señor; ¿qué madre maltrata  
Sin compasion á sus hijos?

Nunca, jamás recibí  
El mas pequeño favor  
De Brígida, con horror  
Entonces, la aborrecí.

Lloraba yo como un niño,  
Brígida me maltrataba;  
Mi alma necesitaba  
El consuelo del cariño.

Amé con solicitud  
A las flores hechiceras,  
Y fueron las compañeras  
De mi triste juventud.

Luego á un hombre conocí  
Que su encanto me llamaba,  
Y me juró que me amaba  
Y yo incauta... lo creí.

Quise amarlo y no podia...  
Y lo seguí con agrado  
Por apartarme del lado  
De un ser que yo aborrecia.

El perjurio me encerró  
En un oscuro aposento;  
No hay en el mundo tormento  
Como el que allí pasé yo.

Comprendí su ingratitud,  
Llamé angustiada á la muerte,  
Y tuve la buena suerte  
De defender mi virtud.

Pero una noche ¡ay de mí!  
Quiero contarlo y no puedo;  
Ví fantasmas, tuve miedo,

Lloré mucho y me dormí.

Cuando triste desperté  
Ví luz en la habitacion,  
Y en mi mísero colchon  
A este niño me encontré.

Al punto lo conocí,  
Horrorizada dí un grito,  
Y ví este papel escrito  
En la mesa, y lo leí.

Me hallé sola, sin tardanza  
Formé la resolucion  
De dejar mi salvacion  
En brazos de mi esperanza.

La puerta cerrada hallé,  
Desesperada la abrí,  
Al niño triste cogí,  
Y la casa abandoné.

Dejé cerrada la puerta  
Dando gritos de alegría,  
Y á todo correr corria  
Por una senda desierta.

Oí una voz que me dijo:  
«En el nombre de tu padre,  
Corre, corre, que una madre  
Está esperando á su hijo.»

Ya le he contado, señor,  
Todo lo que me ha pasado;  
Mi ángel bueno me ha salvado,  
Dios le premie este favor.

Así dijo Luisa

Y le entregó al marqués tímidamente  
 La carta que Martin le escribió á Clara.  
 Don Diego la leyó súbitamente,  
 Y con horror se la entregó á Narciso,  
 Que la leyó tambien. Volvió la cara  
 Y le dijo á Lorenzo:

—Padre, lea...

Tomó el padre la carta, y el mancebo  
 Le contestó á la jóven:

—Es preciso

Que nos diga usted ahora  
 El sitio en donde vive quien desea  
 Que sufra mi familia...

—No me atrevo,

La jóven contestó.

—¿Por qué, señora?

—No temas, hija mia,  
 Dijo triste el marqués. Yo te aseguro  
 Que velaré por tí desde este dia;  
 Nada te importe tu contraria suerte,  
 Olvida para siempre á ese perjuro  
 Que un instante la calma te ha robado.  
 Cuando la mano de la avara muerte  
 Termine mi existencia y mi agonía  
 Dejaré asegurado  
 Tu hermoso porvenir. Yo desearia  
 Que dijeras al punto francamente  
 El nombre del mortal afortunado  
 Que á este lejano sitio te ha guiado.

Resistióse Luisa,  
 Mas Lorenzo y su esposa le rogaron  
 Que lo contara todo: el buen Don Diego  
 Y el inquieto Narciso se acercaron  
 Al oír las palabras de Maria.  
 La jóven con presteza alzó la frente  
 Al escuchar el fervoroso ruego  
 De la feliz anciana,

Y la jóven ufana  
 Su encuentro refirió con el teniente,  
 Y reveló el lugar en donde vive  
 El ínucuo Martín: lo oyó Narciso  
 Y salió de la sala cautamente.  
 Entró precipitado en su aposento  
 Y no encontró la carta que recibe  
 De la muger que adora diariamente.  
 Con ademan violento  
 Recojó su escopeta prontamente,  
 Cerró la puerta de su hogar contento  
 Saltó por la ventana,  
 Y el ancho valle atravesó valiente.

Clara, Blanca y María

A la jóven hermosa acompañaron  
 Y en un limpio aposento la dejaron,  
 En tanto que Lorenzo le decía  
 Al tranquilo Don Diego:  
 —Voy á salir al valle, hermano mio,  
 A ver si llega Juan; volveré luego,  
 No me puedo explicar lo que me pasa...  
 El valiente tío Paco no ha venido,  
 No salgas tú de casa,  
 Hermano de mi alma, te lo pido.  
 Prometióle el marqués que no saldria,  
 Tomó el padre sus armas, precavido,  
 Y de su casa se alejó al instante.  
 Sentóse en la ventana Blanca bella  
 Y esperando á su amante  
 La sorprendió la vespertina estrella.  
 Lutgarda tomó al niño  
 De los brazos de Clara con cariño.  
 Margarita rezaba  
 Y la madre de Blanca reposaba.  
 El astro augusto que preside al dia  
 Trás del lejano monte se ocultaba  
 Y armoniosa se oía

La brisa que sin trégua susurraba  
Entre las ramas de la selva umbría.  
El véspero brillante  
El limpio firmamento atravesaba;  
Cruza el espacio silenciosa nube;  
El astro rutilante  
Sus postrimeros rayos le enviaba  
Y entre el aroma que del valle sube  
La solitaria nube se alejaba,  
Tal vez se avergonzaba  
De verse sola en el celeste espacio  
Al penetrar el sol en su palacio.

XXIII.

**Quien mal anda mal acaba.**

En este mundo redondo  
Quien mal anda mal acaba,  
Y en casa del jabonero  
Aquel que no cae resbala.

—  
Podrá vivir muchos años  
Quien de la virtud abusa,  
Pero despues viene un día  
Y las paga todas juntas.

*Coplas populares.*

CUANDO en casa de Lorenzo  
Dejó tío Paco á Luisa  
Embozándose en su capa  
Cruzó la verde campiña.  
Un constante pensamiento  
Parece que lo domina,  
Un breve instante se para  
Y con trabajo respira.  
Lleva las manos al cinto,  
Sus pistolas examina,  
Y entre sus morenos labios  
Se dibuja una sonrisa.  
Trás de las peñas se oculta  
Y sin descanso camina,

Al atravesar un llano  
El largo valle divisa  
Y dice el viejo en voz baja:  
«Allí está la casa antigua,  
Y en aquella casa vive  
Segun me dijo Luisa.  
Vamos á ver de qué modo  
Me salgo yo con la mia.  
Entro, si lo encuentro en casa  
Le diré muchas mentiras  
A ver si lo saco fuera  
Y lo obligo á que entre en riña.  
Temo que Juan se adelante  
Y me gane la partida.  
Vamos allá, señó Paco,  
Mucho ojo y manos listas.»  
Llegó á la casucha el viejo,  
Y se detuvo en seguida.  
Con las hojas de los álamos  
Jugaba la fresca brisa,  
Tio Paco empujó la puerta  
Que resistió la embestida;  
Volvió á empujarla de nuevo  
Y al cabo consiguió abrirla.  
Volvió la cara sereno  
Para ver si lo seguian;  
Al entrar cerró la puerta  
Y dijo: «Miente quien diga  
Que á los sesenta cumplidos  
Se tiene apego á la vida.»  
Cruzó el corredor estrecho  
Y la oscuridad densísima  
Que en aquella casa reina  
Le obligó á decir: «La vista  
Sin duda me está engañando,  
Está oscuro y es de dia.  
Pues señó, vamos adentro  
Aunque me rompa la crisma.»

Sacó el puñal el teniente,  
Levantó la frente altiva  
Y empezó andar muy despacio  
Como el que inseguro pisa  
Un sitio que no conoce;  
Vió la luz de la bujía  
Que con pálidos reflejos  
La habitacion ilumina;  
Atento aplicó el oido,  
Tendió en rededor la vista,  
Entró en la estancia pequeña  
Y se sentó en una silla  
Exclamando: «Aquí no hay nadie,  
Si no encuentro yo á Luisa  
¿Quién diablo busca al niño?  
¿Quién dá con esta guarida?  
Ese Martin es un hombre  
Que sabe mas que la Biblia;  
No hay mas medio que esperarlo,  
Si no viene me fastidia.»  
Sacó la petaca el viejo  
Encendió yesca en seguida,  
Le pegó fuego á un cigarro,  
Se levantó de la silla,  
Recorrió atento la estancia  
Y recordando á Luisa  
Dijo triste: «¡Jesucristo,  
Si me parece mentira  
Que pudiera en este cuarto  
Vivir esa pobre niña...  
Siento pasos, ¿quién se acerca?  
Es Martin que se aproxima...  
Viene á caballo... esperemos...  
Tengamos las armas listas.»  
Montó el viejo una pistola,  
Y con actitud tranquila  
Volvió á sentarse de nuevo  
Junto al lecho de Luisa.

Puso Martin su caballo  
 Donde siempre lo ponía,  
 Entró en la estancia, vió al viejo,  
 Buscó ansioso con la vista  
 Al niño y á la muchacha  
 Y se puso su faz lívida.  
 Comprendió el viejo teniente  
 Su turbacion y en seguida  
 Sin dejarlo hablar le dijo:

—Ha sido una infamia indigna  
 La de Juan Bravo... el muy perro  
 Le ha robado á usted su hija;  
 Supongo que es usted el padre  
 De esa muchacha tan linda  
 Que Juan sacó de aquí anoche.  
 Martin al teniente mira

Y de sus palabras duda  
 Y se estremece al oirlas.  
 —¿Quién es? ¿qué busca? ¿qué trae?

Dice con voz convulsiva.  
 —Que usted se espante es muy justo,  
 Contesta el viejo, se admira  
 De hallarme en su casa solo  
 Y sentado en esta silla...  
 Es natural que se admire...  
 Mas deje usted que le diga  
 El por qué entré en una casa  
 Donde á nadie conocia.

¿Usted conoce á Juan Bravo?

—No, señor...

—¡Virgen Santísima!

Ese hombre es un infame...

¿Usted no tiene una hija  
 Y otro niño mas pequeño?

—Si, señor... es... mi sobrina...

—¿Y el chiquillo qué le toca?

—Es mi hijo.

—¡Pobre niña!

Si con Juan Bravo se casa  
 Le cayó la lotería.  
 —¿Quién es Juan Bravo?  
 —Es un hombre  
 Que es mas ladron que San Dimas.  
 Yo le ajustaré las cuentas,  
 Usted tendrá aquí á la niña  
 Porque si yo no lo mato  
 Daré parte á la justicia.  
 —¿Quién es usted?  
 —José Alcuza,  
 De oficio contrabandista.  
 —¿Y qué busca usted en mi casa?  
 —Voy á decirlo en seguida.  
 Yo vivia del contrabando  
 Cómodamente en Sevilla  
 Donde tengo mas amigos  
 Que una coqueta muy linda.  
 Con los gefes del resguardo  
 Hice siempre buenas migas,  
 Y si ganaba cien duros  
 Con ellos los compartia.  
 Un soplón con una lengua  
 Del tamaño de una pica  
 Se enteró de mis negocios,  
 Se lo dijo á una vecina.  
 Y la vecina á la Hacienda,  
 Y la Hacienda vino un dia  
 Y me quitó hasta los clavos  
 Que puse yo en mi cocina.  
 Vamos, me dejó perdido...  
 Supe que en Málaga habia  
 Un capitan muy famoso;  
 Tomé plaza en su partida  
 Y viví con él dos años;  
 ¡Qué dos años, madre mia!  
 Yo no sé por qué motivo  
 Me tomó Juan ojeriza

Y se propuso dejarme  
 Como una novia sin ligas.  
 Para abreviar, caballero,  
 Entregó á la compañía  
 Y se llevó los monises  
 Y me dejó sin camisa.  
 Yo me he propuesto matarlo,  
 Le voy siguiendo la pista  
 A ver si me dá el dinero  
 Que me debe.

—¡Qué pérfidia!

Dijo Martin.

—Es un pillo!

—Mátelo.

—Sí, es cosa lista.

Ayer tarde lo acechaba,  
 Salió de casa en seguida,  
 Lo seguí, lo ví meterse  
 En esta pobre casita;  
 Esperé, al cabo de un rato  
 Lo ví salir con la niña  
 Y con el niño...

—¡Qué infame!

—Ya se vé!...

—¡Pobre sobrina!

Yo te buscaré!...

—Es preciso

Que sea pronto, corre prisa...  
 No sea que Juan se las *guille*  
 Con la muchacha á Manila.

—¿Se irá con ella?

—¡Canario!

Pues hombre, ¿usté no sabia  
 Que la muchacha lo quiere?

—Yo... no... sé...

—(¡Cuántas mentiras!)

Martin se queda callado  
 Lo estrecha el viejo y lo anima,

Pero Martin no comprende  
 Cómo se llevó á Luisa  
 Y cómo dió con su casa  
 El bravo contrabandista.  
 Martin se arrima á la mesa,  
 Con desasosiego mira  
 Y ansioso y rápido busca  
 La carta que dejó escrita.  
 El viejo astuto lo observa  
 Y le dice:

—¡Voto á cribas!

¿Qué hace usted? vamos ahora  
 A vengarnos. Yo creia  
 Al verlo entrar en la casa,  
 Cuando se llevó á la niña,  
 Que pronto daría la vuelta.  
 Pero no viene.

—¿Y qué opina?

—¿Qué opino? que me acompañe,  
 Y dé parte á la justicia  
 En tanto que yo lo acecho.  
 Martin confuso vacila  
 Y el viejo le dice:

—Vamos

En busca de su sobrina:  
 Yo le arreglaré este asunto...

—Vamos, sí.

—Vamos, de prisa.

—Voy á tomar el caballo.

—¿Para qué se necesita?

A pié vamos.

—Como guste.

—Agarre usted esa bujía,  
 No la apague, en esta casa  
 Se rompe un hombre la crisma  
 Con la oscuridad.

—Es cierto.

—Ya estamos en la ancha via.

Colgó el viejo la pistola  
 En el cinto y con malicia  
 Miró á Martin que agitado  
 Cerró la puerta.

—Me admira,

Dijo el viejo con voz ronca,  
 Que un hombre como usted viva  
 En tan miserable casa...  
 Miró al teniente con ira  
 El infiel Martin y dijo:  
 —Es culpa de mi familia  
 Que han dispuesto de mis bienes...  
 —El rigor de las desdichas  
 Es usted, contestó el viejo  
 Con sarcástica sonrisa.  
 —¿Dó vamos por ese sitio?  
 Dijo Martin.

—Qué salida!

Vamos á ver á Juan Bravo,  
 A pedirle la sobrina...  
 —No señor.

—¿No le acomoda?

Pues tiremos para arriba.

—Bien pensado.

—Como quiera.

—Un nuevo plan me domina,  
 Dijo Martin.

—*Desembuche.*

—Oiga usted.

—Dígalo y siga.

Martin y el viejo tío Paco  
 Por la llanura caminan,  
 Y al pié de una enorme sierra,  
 En el camino de Mijas,  
 A la derecha de un cerro  
 Que embellece la campiña,  
 Paróse el viejo tío Paco  
 Y dijo á Martin:

—Ea, diga

Ese plan que lo preocupa...

—Hace rato usted decia

Que ese Juan Bravo alevoso

Que ha robado á mi sobrina

Le robó á usted su dinero

Cuando entregó á la partida.

¿Usted no quiere vengarse

De ese hombre?

—Me precisa.

—Yo le enseñaré su casa

Y la casa que visita...

Y en donde vive su novia...

Le diré á usted la hora fija

En que de noche se aleja...

Le enseñaré una guarida

En donde pueda ocultarse

Y matarlo...

—¿Usted así opina?

—Yo le ayudaré á quitarle

El niño otra vez.

—Pues mira,

Dijo el viejo bruscamente,

He tomado mis medidas

Para que el niño de Clara

Solo con su madre viva,

Para que Blanca se case

Sin que Martin la persiga,

Para que Juan Bravo goce

Sin que interrumpen su dicha

Los amaños miserables

De Martin.

—¡Suerte maldita!

Dijo Martin dando un grito

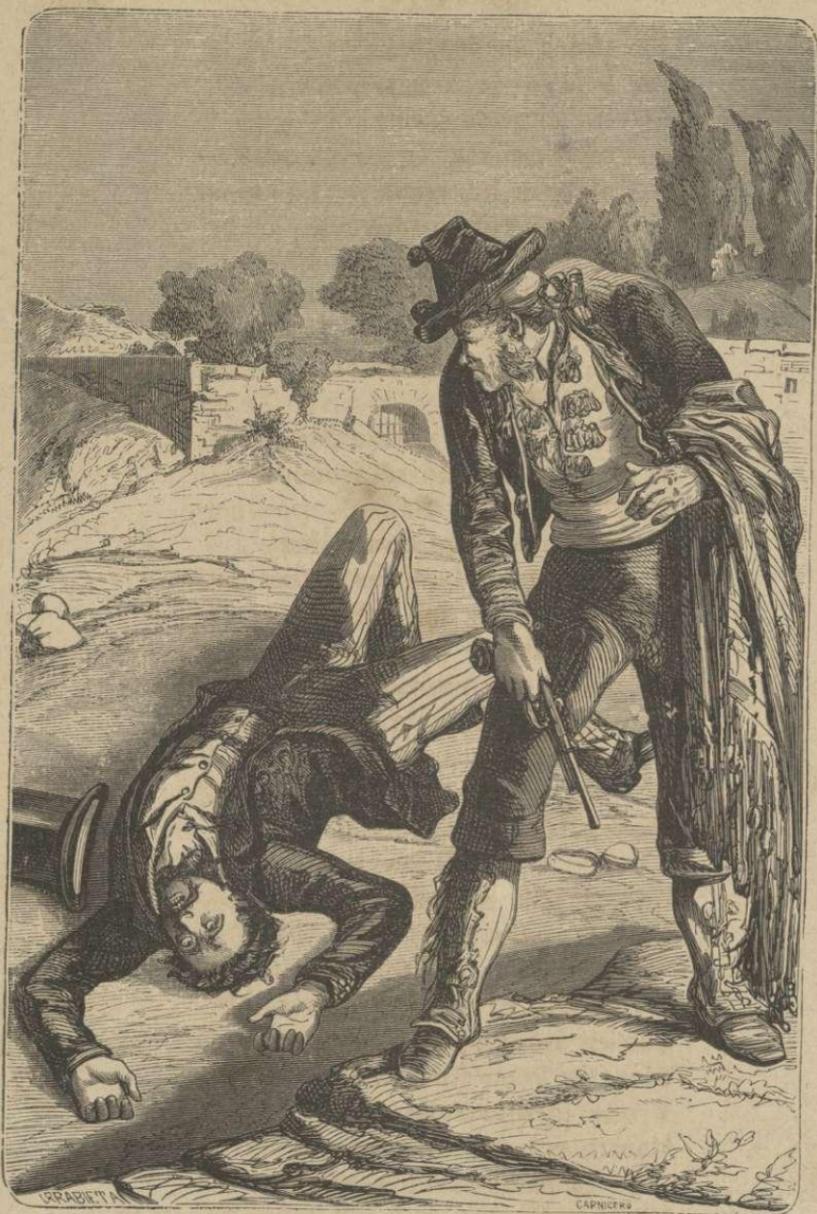
Cuando al viejo Paco oia.

Viejo vil, me has engañado!

—Y tú, infame, ¿no mentias

Diciéndome que la jóven





Tio Paco y Martin.

Que tanto á Clara cautiva  
 Era hija de tu hermana?  
 Ya está segura Luisa.  
 —¿Quién de casa la ha sacado?  
 —¿Quién la ha sacado? ella misma  
 Que se fué por no mirarte  
 Esa *catadura* indigna.  
 —Tú abusas de mi tormento  
 Y abusas de tu perfidia  
 Porque me ves desarmado,  
 ¡Vive Dios!

—Eso es mentira,  
 El que temblando se esconde  
 En una casa de día,  
 El que roba á los chiquillos,  
 El que sorprende á las niñas  
 Y las seduce y las deja  
 Deshonradas y perdidas  
 No puede ser un valiente  
 Es una asquerosa víbora...  
 —¡Esto mas!...

—Sí, reza el credo,  
 Miserable.

—Por tu vida,  
 Dijo Martin con presteza,  
 No me mates...

—Lo sabia...  
 ¿Y eres tú el hombre que dice  
 Qué es valiente? ¿Qué me miras?  
 Dice tio Paco furioso  
 Y una pistola amartilla.  
 Martin retrocede, el viejo  
 Dispara el arma en seguida,  
 Martin exhala un rugido  
 La pálida frente inclina,  
 Convulso estiende los brazos  
 Y cae en el campo sin vida.  
 Saca el viejo otra pistola

Al cadáver se aproxima  
 Y con prontitud lo mueve  
 Y con cuidado lo mira.  
 —Entró la bala en el pecho,  
 Dice el viejo: veo cumplida  
 Mi mision, vuélvome al punto.  
 Dios que á todo el mundo auxilia  
 Te perdonará tus culpas.  
 Así dice y se retira,  
 Atravesando sombrío  
 La solitaria campiña.  
 Cuando el viejo llegó al valle  
 Donde está la casa antigua,  
 Contempló al jóven Narciso  
 Y á Juan Bravo que venian  
 Por las laderas del monte  
 Que á la casa se aproxima.  
 —¡Tio Paco! gritó Narciso.  
 —¡Tio Paco! Juan Bravo grita.  
 Y el viejo pausadamente  
 Volviendo la faz sombría  
 Les dijo:

—Vamos callando,  
 Bien me ha engañado la niña.  
 —¿Y Martin? preguntó el jóven.  
 —¿A dónde está? ¿Quién me evita  
 Que lo busque? dijo el Bravo.  
 —Su alma estará allá arriba  
 Y su cuerpo está en la sierra,  
 Dijo el viejo.

—¡Voto á cribas!  
 Se ha lucido usted, tio Paco,  
 Exclamó Juan. Yo venia...  
 —Le encargué que no dijera  
 A esa zalamera niña  
 A ningun viviente el sitio  
 Donde su amante vivia.  
 No me cumplió la palabra...

—Señó Paco, por mi vida  
 Que ella no tiene la culpa,  
 Nos dijo donde vivia  
 Porque se lo suplicamos  
 Casi toda la familia,  
 Dijo Narciso.

—Teniente,  
 Añadió Juan. Yo venia  
 De Málaga donde he estado  
 La friolera de tres dias.  
 Allí he buscado á ese hombre  
 Por todas partes, mi vista  
 Registró cuantos casuchos  
 Tiene Málaga; volvia  
 Desesperado á mi casa,  
 Muertecito de fatigas  
 Y en la mitad del camino  
 Ví á Narciso que venia  
 A buscar al miserable.  
 Lo supe todo en en seguida,  
 Y le dije: vamos juntos...  
 —Juan, el tiempo me fastidia...  
 Seguidme, vamos ahora  
 A verlo otra vez.

—Camina.  
 Narciso y Juan trás del viejo  
 Atraviesan la campiña,  
 Y los tres juntos llegaron  
 Al pié de la sierra altísima,  
 En donde estaba el cadáver  
 De Martin.

—Juan Bravo, mira  
 Al seductor de tu hermana.  
 Juan á Martin se aproxima  
 Y en silencio lo contempla.  
 —Dios lo perdone.

—A fé mia,  
 Dijo Narciso, quisiera

Que se le enterrase en Mijas.  
 Con la muerte no hay encono.  
 —Opino lo que tú opinas,  
 Dijo Juan.

—Vamos, señores,  
 Que pronto se acaba el día,  
 Exclamó el viejo.

Juan Bravo,  
 Pronto sabrá la justicia  
 Que tío Paco ha hecho una muerte...  
 Debo partir en seguida,  
 Tuyos serán mis recuerdos  
 En cualquier parte que viva.  
 A mis años, francamente,  
 Importa poco la vida.  
 A Dios, Juan; á Dios, Narciso,  
 Le dices á la familia  
 Que bendiciéndola parto...  
 Juan, te encargo que me escribas...  
 Ea, sed felices, caramba,  
 Lloro como una chiquilla...  
 El pobre viejo se enjuga  
 Las lágrimas, Juan lo mira  
 Y llora también, Narciso  
 De pesar se estremecía.  
 —Vamos, señores, paciencia,  
 No hay que apurarse, la vida  
 Está llena de estas cosas.  
 Señores, que no se diga...  
 Los tres unidos llegaron  
 A la *casucha* sombría.  
 Tío Paco tomó el caballo  
 De Martín, cogió las bridas,  
 Abrazó á Juan y á Narciso,  
 Y partió á escape en seguida.

## XXIV.

### La boda.

Casadita y con hijos  
Te quiero ver,  
Que mocita y curiosa  
Cualquiera lo es.

—  
El sagrario está abierto,  
Vamos llegando,  
Que la mesa está puesta,  
Dios convidando.  
*Coplas populares.*

Huyó el aterido invierno  
Que con su mano tirana  
A la pradera galana  
De sus flores despojó,  
Dejando al árbol sin hojas;  
Que en desigual torbellino  
Al arenoso camino  
El viento las arrastró.

No tiende el manto de sombras,  
La noche triste y callada  
Ni la tórtola asustada  
Busca un nido que habitar,  
Ni rebrama la tormenta,

Ni en lo espeso del ramage  
Con su graznido salvaje  
Se oye el cárabo silvar.

Ni un eco en el valle zumba,  
Ni los rancos vendabales,  
Convierten en eriales  
Los campos que adornó Abril;  
Ni la movible veleta  
De dura elevada torre  
Agita el viento que corre  
Por el desierto pensil.

Ya torna el Abril florido  
Con sus brisas y sus galas,  
Y un ángel de blancas alas  
Deja la éterea region  
Y viene anunciar al mundo  
Que la alegre primavera  
Vá á derramar por do quiera  
La paz y la animacion.

Envuelta en flotante nube  
De nácar y de topacio,  
Cruza el azulado espacio  
La primavera gentil;  
Con mil vistosos cambiantes  
Se adorna el rosado Oriente  
Y una estrella refulgente  
Anuncia al pálido Abril.

Agita el árbol sus ramas  
Con música deliciosa,  
Y se levanta la rosa  
Sobre el tallo seductor,  
Y con su espuma el arroyo  
Besa la yerba del prado,  
Y el céfiro enamorado

Blando acaricia á la flor.

Tras la alta cumbre del monte  
Sobre una nube de grana  
Anuncia el alba galana  
Que el régio sol vá á salir;  
Y con sus rayos de fuego  
Dorando el lejano Oriente,  
Se eleva el astro esplendente  
Sobre un cielo de zafir.

Los canoros pajarillos  
Saltando de rama en rama,  
Ven la fuente que derrama  
De perlas blanco raudal,  
Y al halago de la fuente  
La flor abre en la espesura  
Al soplo del áura pura  
Su corola virginal.

Cruzan las aves cantando  
Las cumbres de las montañas,  
Murmuran las verdes cañas  
Con delicioso rumor;  
En busca de sus hijuelos  
Vuela la alondra amorosa,  
Y en la enramada frondosa  
Canta el dulce ruiseñor.

El labrador sosegado  
Deja la frondosa viña  
Y á la lejana campiña  
Lleva sus bueyes á arar,  
Sentado al pié de un arbusto  
El alegre pastorcillo,  
Al son de su caramillo  
Vé á las ovejas triscar.

Con nuevas yervas y flores  
Se adorna la fértil sierra  
Que está impregnada la tierra  
Con el matinal albor;  
Y la pálida azucena  
Que nace en el bosque umbrío  
Una gota de rocío  
Pide al alba con rubor.

Deja su caliente nido  
La hermosísima paloma  
Y atravesando la loma  
Vuela á la orilla del mar:  
Calla el armonioso viento  
Y el sol con su luz divina  
Dora la verde colina  
Con sus rayos al pasar.

La sonrisa de Maria  
Es la primavera hermosa,  
Ella presta bondadosa  
Sus galas al bello Abril;  
Y en las mañanas de Mayo  
Le dan las gracias las flores  
Mandándole sus olores  
Con el céfiro sutil.

Eran seis meses despues  
Y en una alegre mañana  
Del grato y florido Mayo,  
A la tibia luz del alba,  
En su preciosa casita  
A la sombra de la parra  
Al noble Narciso espera  
Vestida de negro Clara.  
Poco despues llegó el jóven  
Y de este modo se hablan:  
—Dios te guarde, vida mia,  
Siempre triste.

—Te esperaba.

—¿Estás vestida de negro  
Cuando tu hermano se casa?  
Tu dolor me martiriza,  
Tú no vives feliz, Clara,  
Y yo moriré de pena  
Porque sé... que no me amas.  
—Desecha ese pensamiento  
Porque me ofende; te engañas,  
Yo vivo feliz, Narciso.  
—¡Tú feliz! ¿por qué no hablas?  
¿Por qué al punto no disipas  
Las dudas que me maltratan?  
Cuando el tio Paco valiente  
Mató á Martin, tú llorabas,  
Y á Don Diego le digiste  
Que su cuerpo se enterrara  
Y yo le pagué el entierro.

Desde entonces te veo pálida,  
Triste, de negro vestida,  
Hoy que Juan Bravo se casa  
Te veo lo mismo... te juro  
Que creo que tú no me amas.

—Oyeme, Narciso, atento,  
Dijo sollozando Clara.

Cuando Martín sin reparo  
Entró atrevido en mi casa

Y arrebató de la cuna

Al hijo de mis entrañas,

Juré á los piés de la Virgen

En mi piadosa plegaria

Que si el niño parecía

Y mi pena disipaba

Dos años vestiría luto.

Juré que no me casaba

Hasta que pasen dos años;

Narciso, si tú me amas

Te suplico que respetes

Estas promesas sagradas.

—Las respeto y las admiro,

Y ruego á la Virgen Santa

Que me ames.

—Yo te amo,

Dijo con dulzura Clara,

Y al mancebo generoso

Le tendió su mano blanca,

Y los jóvenes amantes

Penetraron en la casa,

A Juan Bravo dulcemente

Contempla alegre Lutgarda;

Viste el arrogante mozo

Una preciosa zamarra,

Calzon de punto, botines,

Angosta y moruna faja,

Y chaleco azul bordado

Con cien botones de plata.

—Bien por los guapos, le dijo  
Narciso que lo miraba

Con orgullo. Si el tío Paco  
Estuviera aquí... Lutgarda...

—Pobre Paco, he recibido  
De Portugal una carta.

—¿Qué te dice?

—Toma y lee,

Dijo Juan, léela en voz alta.

Tomó el billete Narciso

Y leyó:

«Juan de mi arma,  
Aquí en Portugá me tienes,  
Y ya las fuerza me fartan  
Para resistí á los mozos  
De esta tierra. Si me hablan,  
Que me afusilen si entiendo  
Juanico, ni una palabra.  
He recibio tu esquila  
Y me dices que te casas.  
Buen provecho, buena boda,  
Dále espresiones á Blanca,  
A tu madre y á Don Diego,  
A Narciso y á tu hermana,  
A tu suegro y á tu suegra,  
Te he mandado cinco cartas  
Y esta seis, si el marqués dice  
Que puedo ir, yo sin farta  
Arrecogeré mis trastos  
Y me *plantifico* en Málaga  
Y llegaré el mismo dia  
Que sepa que pare Blanca.  
A Dios, memorias á todos,  
Y tú, ya sabes tu casa.»

—Siempre el mismo!

—Siempre alegre.

—Vamos Juan que nos aguardan.

—Vámonos pues, madre mia.

—Vamos, sí.

—Vamos, muchacha,

Dijo Juan y con presteza  
Abrazó alegre á su hermana.  
Tomó en sus brazos al niño  
La generosa Lutgarda,  
Cerró Juan Bravo las puertas,  
Dió Narciso el brazo á Clara,  
Y todos se dirigieron  
Del buen Lorenzo á la casa.  
Cuando llegaron á ella  
La encontraron rodeada  
De todos los campesinos  
Que en aquel valle trabajan.

—Queremos ver á la Azucena!

Sencillamente gritaban,  
Cuando vieron á Juan Bravo  
Todos batieron las palmas,  
*¡Viva el novio!* le digeron.  
Juan Bravo les dió las gracias,  
Y en extremo conmovido  
Entró el mancebo en la casa.  
Lorenzo abrazó al amante,  
Tomó de la mano á Blanca  
Y la presentó á la puerta  
Diciéndoles:

—Camaradas,

Aquí teneis á mi hija...  
Todos al verla exclamaban:  
—¡Qué hermosa está la Azucena!  
¡Dios la bendiga! ¡Qué guapa!  
Sobre sus negros cabellos  
Luce la hechicera Blanca  
Una espléndida corona  
Y un velo de fina gasa,  
Viste un magnífico traje  
Que su hermosura realza,  
Lleva pendiente del cuello

Rico collar de esmeraldas  
Y un alfiler de brillantes  
En su blanco pecho irradia:  
Cien canastillos de flores  
Con orgullo le regalan  
Los absortos campesinos  
Que alegres la contemplaban.  
Llegó el digno sacerdote  
La gente invadió la casa,  
Y satisfecho Lorenzo  
Abre las puertas y exclama:  
—Entrad, entrad, hijos míos,  
Entrad, hermosas zagalas,  
Que siempre en mi casa humilde  
Tendrá la honradez entrada:  
Su asiento ocupó Maria  
Con Margarita y Lutgarda,  
Y á ambos lados se sentaron  
Luisa y la amable Clara:  
Llamó á Narciso Don Diego,  
Y despues Juan Bravo y Blanca  
A los piés del sacerdote  
Con las manos enlazadas  
La bendicion recibieron:  
Maria de gozo lloraba  
Y los buenos labradores  
Batian alegres las palmas.  
Cuando su manto de sombras  
Tendió la noche callada,  
Se oyeron alegres vivas  
Alrededor de la casa,  
Vivas que repitió el viento  
Y en el aire resonaban,  
Vivas que expresan el gozo,  
Vivas que llegan al alma  
Y en los oídos resuenan  
Como una música grata.

XXV.

Epilogo.

¿Quieres vivir sin afares?  
Deja la bola rodar,  
Que lo que fuere de Dios  
A las manos se vendrá.

—  
Aunque lo mires ajado,  
No desprecies al laurel;  
Que algun dia fué buen árbol  
Y puede reverdecer.

*Coplas populares.*

HAN pasado cuatro años.  
¡Lector, cómo corre el tiempo!  
¡Ay! ¡quién tuviera en el mundo  
La dicha de detenerlo!  
Sígueme, lector amable,  
Y de imposibles no hablemos.  
Sígueme, no te impacientes;  
Si me sigues, te prometo  
Que te pagaré el viaje:  
Vamos á ver á Don Diego,  
Que con su familia vive  
En su posesion de Oviedo:  
Tú no ignoras que vivimos  
En el siglo del progreso,

Siglo de ferro-carriles;  
 Merced á este grande invento,  
 A la quinta hemos llegado,  
 Amigo lector, adentro,  
 Aquí hay sitio para todos,  
 Es una quinta modelo.  
 Yo te diré por qué causa  
 Habita en ella Don Diego.  
 Al cumplirse los dos años,  
 Cumplió Clara el juramento  
 Y se casó con Narciso,  
 Y entonces pensó Lorenzo  
 Edificar en el valle  
 Un edificio soberbio.  
 Al esplicarle á su hermano  
 Su original pensamiento,  
 Le dijo el marqués:

—Yo opino

Que vivamos juntos; quiero  
 Pues la muerte me amenaza  
 Escribir mi testamento,  
 Porque mis cuantiosos bienes  
 Te pertenecen Lorenzo,  
 Solo dotaré á Luisa;  
 Es huérfana y yo deseo  
 Que la eduques y la quieras  
 Tanto como yo la quiero.  
 Es mi voluntad que todos  
 Vivamos juntos; yo tengo  
 Una deliciosa quinta  
 Y otras fincas en Oviedo.  
 Si admites hermano mio,  
 Mi invitacion, partiremos,  
 Allí murió mi Matilde,  
 Y mi ferviente deseo  
 Es estar cerca de ella...  
 —Justo, respondió Lorenzo,  
 El buen padre á la familia

Entera, reunió en consejo,  
Y todos determinaron  
No abandonar á Don Diego.  
El padre de la Azucena  
Vendió sus casas contento,  
Y al terminar el Otoño  
Marcharon todos á Oviedo,  
Clara conservó la casa  
Como un bendito recuerdo  
Del noble marqués. Veamos,  
Amigo lector, primero  
Ya que estamos en la quinta  
Del hermano de Lorenzo,  
Sus dilatados jardines,  
Sus cómodos aposentos.  
Ese jóven arrogante  
De rubios, lacios cabellos  
Es Gonzalo, el que administra  
Las riquezas de Don Diego,  
Ese es un jóven honrado  
Muy laborioso y modesto,  
El buen marqués lo protege  
Y él le paga con respetos  
Su proteccion, hace un año  
Que sabe con gusto el viejo  
Que el jóven quiere á Luisa:  
Y el marqués está resuelto  
A que se case con ella:  
Pronto será el casamiento  
Porque Luisa lo quiere  
Y así lo sabe Don Diego,  
Juan Bravo y la hermosa Blanca  
Viven en ese aposento,  
Y ese niño que Maria  
Acaricia con esmero,  
Es hijo de la Azucena  
Y como su madre es bello.  
En ese cuarto que tiene

Cuadros al óleo y espejos,  
Viven Narciso y su esposa.  
En ese Maria y Lorenzo,  
Y en ese espacioso cuarto  
Que está junto al de Don Diego,  
Viven Luisa, Lutgarda  
Y Margarita: bajemos,  
Buen lector, á los jardines,  
Con el permiso del céfiro  
Que entre las flores murmura.  
Bravo; ya estamos en ellos.  
En ancho sillón forrado  
De costoso terciopelo,  
Con la mano en la mejilla  
Está sentado Don Diego:  
Un rayo de sol refleja  
Sobre sus blancos cabellos  
Como refleja la luna  
Sobre el cristal del riachuelo.  
Tiene á su izquierda á Luisa  
Y á la derecha á Lorenzo,  
Junto á Lorenzo Narciso,  
Y al jóven Gonzalo en medio,  
En frente á María y á Blanca  
Y á Juan que se sonríe al verlo.  
Clara y su madre lo miran,  
Margarita con respeto  
A las plantas de un arbusto  
Mira del sol los reflejos.  
Después de una breve páusa  
Miró á su hermano Don Diego  
Y señalando á Gonzalo  
Dijo con solemne acento.  
—Toca á su ocaso mi vida  
Y como mi fin preveo,  
Quiero dejar en la tierra  
Mis deberes satisfechos.  
Ama Gonzalo á Luisa,

Y yo de su amor me huelgo,  
Porque de este modo obtiene  
Su honradez un digno premio.  
Sé que Luisa lo ama  
Y por lo tanto he resuelto  
Que al nacer la primavera  
Tan justa union tenga efecto.  
Bajó los ojos Luisa  
De gozo palideciendo,  
Gonzalo estrechó la mano  
Temblorosa de Don Diego,  
Y en nombre de la familia  
Aprobó la union Lorenzo.  
Amigo lector, ya has visto  
A los héroes de mi cuento;  
Ahora falta que lo compres  
Y lo apláudas al leerlo,  
Si no te gusta, paciencia,  
Mi Editor pierde el dinero.

FIN.

## FÉ DE ERRATAS.

En la página 108 primera estrofa verso 10, donde dice *alma*, léase *alba*.

En la página 63, octavilla 4.<sup>a</sup>, verso 6.<sup>o</sup>, donde dice *dulce simpatia*, léase *dulces simpatias*.

En la página 80, octavilla 4.<sup>a</sup>, verso 6.<sup>o</sup>, dice: *entre mantas y retacos*, léase: *entre mantas y un retaco*.

En la página 186, redondilla 5.<sup>a</sup>, verso 1.<sup>o</sup>, dice: *esto dijo mi Adela agonizante*, léase: *esto dijo Matilde agonizante*.

En la página 260, redondilla 5.<sup>a</sup>, verso 4.<sup>o</sup>, dice: En pos del *lucero* de la gloria vá, léase: en pos del *láuro* de la gloria vá.

Página 442, verso 6.<sup>o</sup>, dice: Del campo que adordonó *la* naturaleza, léase: del campo que adornó naturaleza.

---

# PLANTILLA

para la colocacion de las láminas.

	<u>Páginas.</u>
Juan Antonio. . . . .	31
Blanca . . . . .	59
Clara y su hijo . . . . .	125
Lorenzo, Narciso y Margarita . . . . .	198
Juan Antonio y Blanca . . . . .	365
El tio Paco y Martin . . . . .	477

---







